
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01328701 6

NÉMESIS

PAUL BOURGET

DE LA ACADEMIA FRANCESA

NÉMESIS

(NOVELA)

Prólogo de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Versión española de GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA



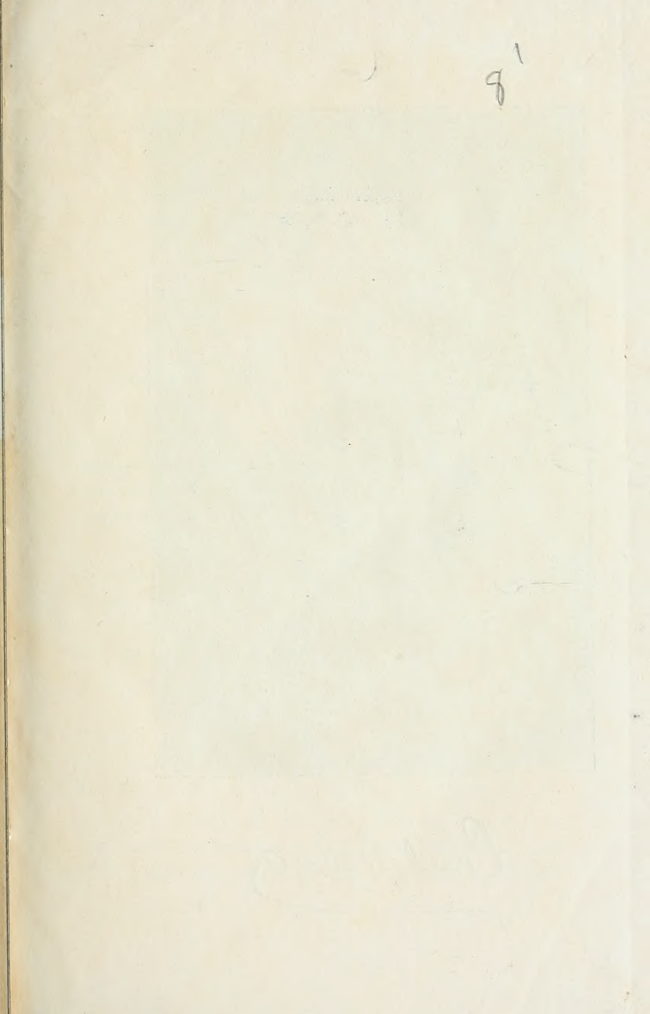
PROMETEO

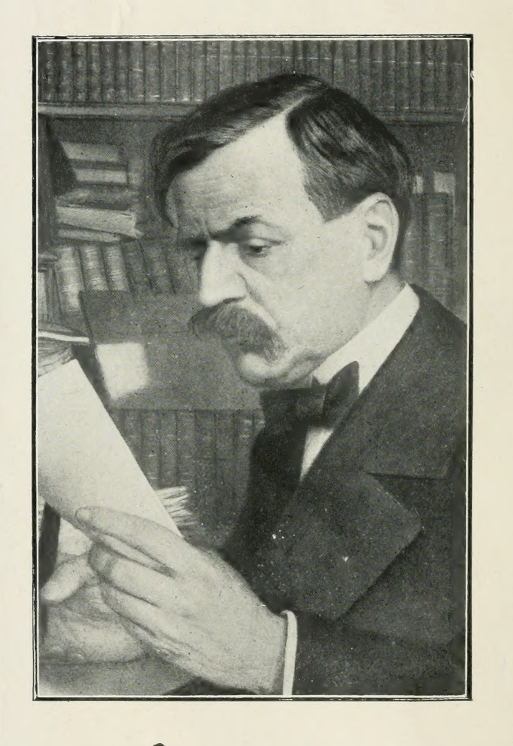
SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, 33.—VALENCIA

Esta obra es propiedad absoluta de la Editorial Prometeo en todos los países de lengua española.

Los que la traduzcan de nuevo ó la reimpriman sin permiso nuestro, lo mismo en España que en las naciones de América, serán castigados rigurosamente con las penas que imponen las leyes á los defraudadores de la propiedad.





Paul Bourget

PAUL BOURGET

Por V. BLASCO IBAÑEZ

Némesis es la última novela de este maestro célebre y fecundo, que ha llegado a poseer en la confección de sus libros la facilidad asombrosa de los grandes ejecutantes musicales dominadores de su instrumento.

Una novela de Bourget (dejando aparte su tesis, que resulta simpática o antipática según las creencias del lector) es siempre una novela bien hecha, bien construída, con personajes que inspiran interés, con una acción emocionante y dramática.

Este académico, este psicólogo, que ha sentido intensamente la curiosidad científica y realizado graves y extensos estudios, lleva oculto en el fondo de su talento un escritor popular, un folletinista, un autor dramático para las altas galerías. Decimos esto como un elogio. Tal vez en su instin-

tiva tendencia al interés dramático, a la escena emocionante, al conflicto de gran relieve, reside una parte considerable del entusiasmo que Bourget ha sabido inspirar a su público de damas elegantes, de hombres del gran mundo; gentes que leen a ratos perdidos y necesitan sentir el espuelazo de la curiosidad para llegar hasta el final del libro.

Gracias a sus condiciones de novelista que sabe dosificar el interés, sirviéndolo en cantidad ascendente, de autor emocionante que no desprecia los efectos seguros y fáciles, Bourget mantiene agrupado a su enorme público y puede deslizar en sus relatos, sin cansancio de los fieles, las ideas religiosas, políticas y morales, a cuya propagación dedica la segunda parte de su vida literaria.

Yo soy enemigo del Bourget apóstol, del Bourget monárquico, católico de alma estrecha y partidario de que la sociedad esté dividida en castas inamovibles, sin que el de abajo pueda intentar una ascensión a las esferas superiores.

Pero admiro al Bourget novelista, hábil arquitecto en la construcción de sus libros, y especialmente al Bourget de la primera época, cuando observaba la vida, trasladándola a sus obras como un psicó-

logo impasible, sin entenebrecer éstas con declamaciones de predicador, dejando a los lectores la facultad de pensar y extraer las consecuencias de su relato.

* * *

Némesis es un drama amoroso; pero siguiendo la fórmula predilecta de Bourget, es al mismo tiempo una lección de alta moralidad y de filosofía social.

La estatua antigua de Némesis, en torno de la que gira toda la acción de la novela, es un símbolo. Representa una ley de la Providencia según la cual toda felicidad excesiva acaba por expiarse con la guerra y la muerte.

En el último capítulo apunta la guerra presente: es el coronamiento trágico de los amores tempestuosos de la duquesa de Roannez y del capitán Courtin, y al mismo tiempo el castigo enviado por Dios sobre una sociedad materialista, demasiado ávida de goces.

Esta es la idea de Bourget, que dejamos íntegra a la apreciación del lector.

Todos los personajes que se mueven en el relato novelesco son altamente simbólicos, y representan la aristocracia dedicada por entero al bienestar material y desnuda de idealismo, los creyentes que encuentran

en su fe las razones para vivir y luchar, los anarquistas, arrastrados por la lógica de sus principios a las destrucciones implacables.

En todo lo que se refiere al desarrollo del relato, a su forma exterior, a las descripciones de los lugares y al dibujo de los caracteres, Bourget es, como siempre, un novelista maestro, ameno en el contar, luminoso y exacto en sus pinturas, hábil y rápido para poner ante los ojos del lector el personaje que presenta con detalles seguros que le fijan para siempre en la memoria.

La dulce Toscana, tierra predilecta de sus evocaciones, es el lugar de esta historia, en la que se mezclan el misterioso fatalismo del mundo antiguo y las fastuosidades y locuras de los multimillonarios de nuestros días que pasean su aburrimiento por toda la tierra.

* * *

Hablemos del autor.

Paul Bourget nació en Amiens en Septiembre de 1852, sin que nada del pasado de los suyos le ligase a esta ciudad. Su padre era un catedrático de matemáticas; su abuelo fué ingeniero civil, y su bisabuelo simple labrador de una provincia del cen-

tro de Francia, la Ardeche. Por parte de su madre es originario de las proviucias del Este. Sus ascendientes maternos estuvieron estableeidos en Alsacia y Lorena, pero procedían indudablemente de Alemania.

«Sin duda—dice uno de sus biógrafos—hay que atribuir a esta última influencia el gusto extremadamente vivo que el Bourget de los *Ensayos de psicología* ha sentido siempre por las especulaciones filosóficas.»

«Esta herencia compleja—dice el mismo novelista en una autobiografía—ofrece a veces ciertas ventajas, pero yo he experimentado especialmente sus defectos, o sea una gran dificultad para poner de acuerdo las dos tendencias demasiado en contraste.»

Todos los que se han ocupado de Bourget reconocen el influjo de esta diversidad de orígenes, explicándose así los conflictos de su temperamento de escritor, las reacciones, que han dado a su obra un aspecto desconcertante y que no pueden justificarse de otro modo.

Monsieur Justino Bourget, el catedrático de matemáticas, lleva la vida errante de todo profesor que pasa de ciudad en ciudad buscando un ascenso en su carrera y una situación mejor para su familia. Al poco tiempo de haber nacido Paul en

Amiens, la caravana univesitaria se trasladó a Estrasburgo, donde el padre había conseguido una nueva cátedra. Aquí transcurrió la infancia del futuro novelista. Luego hizo sus primeros estudios en Clermont-Ferrand, de cuyo liceo había sido nombrado rector el matemático Bourget.

El novelista ha descrito su propia adolescencia atribuyéndola al protagonista de una de sus novelas, pero sin disimulo alguno, sin cambiar siquiera el nombre de la ciudad.

«Mis primeros recuerdos—dice Bourget por boca del personaje que es su creación—me representan la ciudad de Clermont-Ferrand... Mi padre trazaba con tiza sobre el cuadro negro de una pizarra signos enigmáticos, figuras de geometría o figuras de álgebra, con una limpieza en las líneas curvas o en las letras de las fórmulas que revelaba el método habitual de su sér íntimo. Otras veces escribía de pie ante un tablero de arquitecto, que prefería a la mesa de su despacho, tablero compuesto simplemente de una ancha madera cepillada y blanca sobre dos caballetes. Los grandes libros de matemáticas alineados municiosamente en la biblioteca, los rostros fríos de los hombres de ciencia, cuyos retratos, grabados en acero y bajo

vidrio, eran los únicos objetos de arte que decoraban las paredes, el reloj, que representaba un globo terráqueo, dos cartas astronómicas colgadas sobre la mesa, la regla de cálculos con sus cifras y su movible varilla de cobre, los cartabones, los compases, la regla plana en forma de T; evoco todos estos pequeños detalles, y sus imágenes me ayudan a comprender cómo desde mi lejana infancia el deseo de una existencia puramente ideal y contemplativa se elaboró en mí, formado sin duda por la herencia. Mis reflexiones posteriores me han hecho reconocer en muchos rasgos de mi carácter el resultado de la existencia de estudios abstractos vivida por mi padre.»

Como es natural, en torno de este profesor de ciencias exactas no había sitio para lo novelesco.

La única obra de literatura que existía en la casa era una colección de los dramas de Shakespeare impresa en dos grandes volúmenes, y estos gruesos infolios servían en el comedor de duro almohadón sobre la silla del pequeño Paul, para que éste alcanzase el nivel de la mesa, como las personas mayores, a la hora de las comidas. La curiosidad infantil acabó por hojear estos libros, y fué el dramaturgo inglés

el primero que reveló las bellezas de la literatura al hijo del matemático.

El gusto por el estudio que le había inculcado su padre hizo que se mezclasen a la vez en su naciente pensamiento el culto de la ciencia y el recuerdo de las románticas concepciones del gran Shakespeare.

«Mi padre—dice Bourget por boca de otro de sus personajes—me dotó de una inteligencia curiosa, prematura para mi edad. El espíritu es una criatura viviente, lo mismo que las criaturas humanas, y en él, toda potencia va acompañada de una necesidad, como ocurre en las otras. Hay que volver al revés el antiguo proverbio, y decir: «Poder es querer.» Una facultad acaba siempre por producir la voluntad de ejercerla. La herencia mental y mi primera educación hicieron de mí un inteletual antes de tiempo. Luego continué siéndolo, pero mi inteligencia se fué aplicando a mis propias emociones... y me convertí en un «egoísta» absoluto, con un extraordinario y enérgico desdén para los demás... Estos rasgos de mi carácter sólo debían mostrarse años adelante, bajo la acción de las crisis de ideas que he atravesado.»

A la edad en que otros jóvenes empiezan sus estudios, Bourget seguía ya una

dirección intelectual. Como dice Jorge Grappe, «llevaba el sello de los métodos científicos, y fuese cual fuese la carrera a la que adaptase su destino, dicha carrera estaría sometida a tales influencias. El matemático austero había dado un marco inconmovible a esta inteligencia juvenil, para que ella lo llenase a su gusto». Y Bourget escogió la literatura. La influencia hereditaria de sus ascendientes maternales, los gustos románticos de su madre, lo impulsaron interiormente a la poesía, luego a la novela.

En 1867 el padre fué trasladado a París, aspiración suprema de todo profesor, y Paul Bourget empezó su vida parisién, completando al mismo tiempo sus estudios en la Escuela Normal. La pasión por la exactitud que le había inculcado el matemático le hizo dedicarse a las lenguas muertas, con una asiduidad de futuro filólogo. Pero el amor a las letras por ellas mismas, por la belleza de su contenido, le hizo abandonar muy pronto los fríos y secos estudios del mecanismo del lenguaje, y fué, como tantos otros, el estudiante que ama los libros no recomendados por sus maestros. A hurtadillas, ocultando sus obras predilectas bajo los volúmenes clásicos, leía los versos de Musset y de Baude-

laire, las novelas de Balzac y Sthendal, Flaubert y Goncourt. Así pasó los años terribles para su patria: 1870 y 1871.

Balzac, especialmente, impresionó su imaginación y guió secretamente sus gustos. Bourget ha sido siempre un admirador fervoroso del potente novelista. El autor de la *Comedia humana*, más que ningún otro, le inspiró la ambición de ser un artista de la palabra, un escritor de los que siembran y popularizan las grandes ideas conductoras de la humanidad.

En 1872 terminó sus estudios, obteniendo el título de licenciado en Letras. Su amor a la ciencia hizo que el joven estudiante de literatura abandonase muchas veces sus clases de la Escuela Normal para asistir como curioso a la clínica del Hôtel-Dieu.

Al año siguiente hizo su primer viaje a Italia y Grecia, inaugurando los numerosos y largos éxodos de su vida que «le han hecho modificar profundamente—según él dice—su concepción de la sociedad».

Bourget ama los viajes, y rara vez ha pasado un año sin vivir algunos meses lejos de París. «Todo lo que yo sé—afirma el novelista—, todo lo que yo deseo, todo lo que yo soy, lo debo a los viajes.»

Durante esta primera peregrinación a

los santos lugares de la antigüedad compuso una gran parte de las poesías que aparecieron en 1874 formando un volumen, *La vida inquieta,* y en el mismo año empezó su colaboración en la *Revista de Dos Mundos* con un artículo en el que reclamaba un nuevo género novelesco, titulado por él «la novela de pensamiento».

* * *

A la vuelta de su viaje tropezó con la cruel necesidad de resolver el problema material de su existencia. Ciertos sucesos de carácter íntimo le impulsaron a vivir independiente de su familia, y para poder mantenerse tuvo que dedicar una gran parte del día a las lecciones particulares. Luego, robando tiempo a su reposo, trabajaba hasta horas avanzadas, abusando, como Balzac, de la excitación del café o empleando otros medios más originales para mantenerse en vela. Así continuó sus estudios y escribió numerosos versos, pues su única ambición en el primer periodo de juventud literaria fué conquistar la gloria de los grandes poetas.

Los principios de su carrera de escritor no resultaron fáciles ni halagüeños. Vivió una existencia algo bohemia, de artista pobre, con otros escritores jóvenes de su

generación. Algunos que después se hicieron célebres como artistas revolucionarios, sembradores de ideas violentas, fueron sus camaradas: Octavio Mirbeau uno de ellos.

Sólo podía acariciar sus ilusiones de escritor y trabajar para realizarlas en las horas escasas que le dejaba libre su penoso oficio de profesor a domicilio, pero puso una energía, una tenacidad sobrehumanas en su deseo de vencer literariamente. Siete años tuvo que luchar para que su nombre surgiese un poco nada más de la obscuridad, para conseguir un puesto fijo en la prensa de París que le permitiera dedicarse por completo a las letras.

De 1873 a 1880 pudo deslizar unos cuantos artículos de crítica y novelas cortas en revistas y diarios. En 1877 publicó *Edel*, un largo poema novelesco a semejanza de los poemas ingleses. Pero todas sus colaboraciones eran irregulares y no le permitían vivir de su producto. El mismo Bourget ha dicho, hablando de este período obscuro y penoso de su existencia; «Me costó mucho forzar la puerta de los periódicos. Aunque había impreso en 1872 mi primer estudio sobre *Spinoza*, no tenía, ocho años más tarde, un rincón de hoja impresa donde meter mis escritos. Sólo en 1880 pude conseguir que un diario admi-

tiese mi colaboración regular...» Este diario fué *El Parlamento,* que le encargó de dirigir su parte literaria.

Todavía transcurrieron cinco años antes de que publicase su primera novela, *Cruel enigma.* Pero durante este período su reputación de escritor fué formándose. El gran público se familiarizó con su nombre, que sólo era conocido en los pequeños cenáculos de la juventud literaria. Además publicó en la *Nueva Revista,* fragmentariamente, sus *Estudios de psicología contemporánea,* el primer libro que le dió celebridad.

«Leyéndolo—dice Grappe—, toda la juventud de la época tuvo conciencia de ella misma (lo que muchos parecen haber olvidado actualmente) y se inclinó ante Bourget, al que Julio Lemaitre había de saludar años después, sin exceso de ironía, con el título glorioso en todo tiempo de «principe de la juventud».

Fué en 1885 cuando lanzó su primera novela, *Cruel enigma,* y desde entonces Bourget no ha cesado de producir una novela por año. Más de cuarenta forman actualmente su bagaje literario. El poeta, el crítico, el psicólogo, no quiso ser en adelante mas que novelista, y la adhesión del público le rodeó desde sus primeros

volúmenes: público compuesto de gentes ricas y especialmente de mujeres.

* * *

Cuando Bourget publicó su primer relato novelesco, el naturalismo estaba en pleno triunfo.

Zola era el gran maestro admirado hasta la idolatría por unos e insultado por otros con la saña feroz que sólo merecen los artistas geniales. Maupassant empezaba a elevarse en el horizonte literario como un astro deslumbrador, lanzando los destellos de sus cuentos inimitables. Daudet representaba al lado de Zola el naturalismo dulce, amable, optimista, impregnado del espíritu irónico y piadoso de los grandes novelistas ingleses. Este Dickens francés hacía llorar y sonreir a todas las almas sentimentales. Goncourt el viejo cincelaba prolijamente sus obras en su retiro de artista. Huysmans aún no había sentido su extraña curiosidad, su aburrimiento de la vida, que le arrastraron primeramente al diabolismo, luego al catolicismo, y producía en aquellos momentos sus obras más crudas y violentas.

La novela naturalista dominaba la literatura. El gran público había acabado por interesarse en las discusiones de los

escritores como si fuesen querellas de partidos. Los novelistas fueron más populares en aquel período que los hombres políticos. Las gentes refractarias al naturalismo aullaban de cólera, como los viejos clásicos enemigos de Víctor Hugo en la primera representación de *Hernani*.

Lo que echaban en cara a la novela dominante era su falta de vida interior. Los maestros del naturalismo parecían pintores más que escritores. Sólo veían y apreciaban la parte externa de personas y cosas. Pinceleaban con vigor, como nadie lo había hecho antes de ellos; sabían sentir profundamente los aspectos visibles de la Naturaleza, pero eran ciegos para todo lo que no se viese con los ojos: ignoraban el alma; en una palabra, estaban faltos de psicología.

Esto era cierto, pero en parte nada más. Lo exterior influye poderosamente en lo interior, del mismo modo que en sentido inverso nuestros pensamientos se reflejan en el medio ambiente que nos rodea. Los naturalistas, como una consecuencia de su vigorosa pintura exterior, llegaban muchas veces sin desearlo a dar la sensación de la vida interna de sus personajes Pero los fanatismos de escuela, las exageraciones de la discusión, les hacían renegar de

esto como de un defecto. Querían ser observadores únicamente, impasibles y minuciosos: nada de inducciones psicológicas, nada de inventos novelescos. El hombre debía ser un simple documento y la novela una especie de proceso del individuo suelto o de un grupo de seres...

Y lo gracioso de este engaño fué que Zola, con todas sus pretensiones científicas y su aire profesoral de Claudio Bernard de la literatura, no era más que un poeta, el vigoroso y genial poeta de las grandes masas, un retardatario del romanticismo, y en muchas de sus novelas sombrías, dolorosas, fatalistas, en las que pasa a ras del suelo, con la frente inclinada sobre las miserias terrenales, se escapa de pronto verticalmente como un ave que abre las alas y se remonta gorjeando por el azul, con una alegría lírica... Y lo mismo puede decirse de los demás maestros naturalistas, que parecían reñidos para siempre con todo lo que representase imaginación, ensueño y delirio.

Otra causa de la aversión de una gran parte del público por el naturalismo fué que éste mostró un amor exagerado por los bajos fondos sociales, por la descripción de la canalla, desarrollando la marcha de la mayor parte de sus obras en

medios vergonzosos, concediendo honores de protagonistas simpáticos a personajes repelentes. Hubo un momento en que pudo creerse que sólo existían en la tierra cocotas de gran precio o prostitutas callejeras; obreros perezosos y alcohólicos; burgueses imbéciles, feroces e hipócritas; nobles familias habituadas al infanticidio y al incesto.

Bourget, aparte de su gran talento de escritor y sus condiciones nativas de novelista, es un hombre de ojo rápido y seguro. Su educación, dirigida por un matemático, le ha habituado a ver las cosas claramente, sin ilusiones engañosas, abarcando todo el problema con una sola mirada. Además existe en él, indudablemente, como afirman sus enemigos, un escritor de oportunidades, un halagador de muchedumbres, un hombre de teatro de los que saben adivinar lo que desea el público sin que se dé cuenta de ello, y se lo sirven a tiempo.

Había llegado su hora.

La novela naturalista era acusada de no pintar más que el exterior de las cosas. El iba a restaurar la «novela de pensamiento», la novela interna, con el título de novela psicológica. Sus estudios anteriores, sus aficiones de ana-

lista, le habían preparado para esta obra.

El público estaba cansado de las novelas democráticas, con personajes ordinarios. El le daría a todo pasto duquesas enamoradas. millonarios virtuosos, señoritas angelicales de inabordable virginidad, protagonistas simpáticos y atractivos como primeros galanes, todos ellos viviendo en castillos o en lujosos hoteles, con rentas seguras, sin tener que preocuparse de la lucha por el pan, dedicados por entero al amor, gran resorte de nuestra existencia.

Y el público corrió hacia Bourget, viendo en él un Mesías: el creador de la novela psicológica. amable Jordán que lavaba a la literatura de los pecados y torpezas del naturalismo.

Los lectores más frívolos no retrocedieron ante las largas disquisiciones que pretendían explicar los misterios y conflictos de nuestra alma. El «psicologismo» novelesco fué excesivo y pesado en sus descripciones, lo mismo que lo había sido el naturalismo. Páginas y más páginas eran dedicadas a la explicación de lo que ocurría en el espíritu de los personajes, como origen o consecuencia de sus acciones, lo mismo que habían sido dedicadas por el naturalismo para describir el esce-

nario de sus relatos: un mercado, una calle o una casa.

El público aceptó la psicología novelesca como algo misterioso, digno de respeto, por lo mismo que es difícil de comprobar. La descripción de un paisaje o de una persona puede sentirla en su justo valor el más torpe convenciéndose de si es exacta o no lo es. Le bastan para ello los ojos. Las descripciones psicológicas son más abstractas y difíciles de apreciar. Cada uno tiene el alma diferente, y cuenta además con numerosos medios de desfigurarla y ocultarla. La descripción de las almas tiene mucho del «mentir de las estrellas».

Pero aquí del talento de Bourget, de su magia de novelista. Sus lectores apasionados y numerosísimos, ante las largas descripciones de vida interior hechas por el maestro, dijeron con una docilidad de creyentes que no pueden razonar ni comprobar su fe:

—Así lo dice el autor y así debe ser.

* * *

La obra novelesca de Bourget se divide en dos partes.

Primeramente fué un analista, un observador de los ricos de su época, limitán-

dose a pintar los placeres, los conflictos y los vicios de la alta sociedad, sin sacar consecuencias de sus observaciones.

En el segundo período, que es el actual, el analista se convirtió en moralista, predicando como un misionero al término de sus observaciones para que el lector vea claro cómo son las cosas de nuestra vida y cómo deberían ser.

Inútil es decir que el novelista verdadero es el de la primera época, el Bourget de *Mentiras* y otras obras que le dieron su renombre.

En este período de pura novela psicológica, sin otra preocupación que la del análisis presentado en una forma artística, el mismo Bourget formuló el más certero ataque que puede dirigirse contra el Bourget moralista de la segunda época.

«El moralista—dice en uno de sus escritos—es vecino del psicólogo por el objeto de sus estudios, pues uno y otro sienten la curiosidad de llegar a los bajos fondos del alma y desean conocer los móviles de las acciones de los hombres. Pero al psicólogo le basta con esta curiosidad. Su deseo no va más allá...

»Se limita a ver el nacimiento de las ideas, su desarrollo, su combinación; cómo las impresiones de los sentidos se convier-

ten en emociones y razonamientos; los estados de conciencia siempre en camino de hacerse y deshacerse; una complicada y cambiante vegetación del corazón y del espíritu. Inútilmente el moralista declara criminales ciertos estados de conciencia, despreciables ciertas combinaciones, odiosos ciertos cambios. Apenas si el psicólogo entiende lo que significa crimen, desprecio o indignación. Es más: hasta se deleita con la descripción de los estados peligrosos de alma que sublevan al moralista y se complace en compreder las acciones condenables si estas acciones revelan una naturaleza enérgica y si el trabajo profundo que ellas manifiestan le parece singular.

»En una palabra: el psicólogo analiza solamente por analizar y el moralista analiza con el propósito de juzgar.»

El Bourget atractivo y triunfador de la primera época fué solamente analista y psicólogo. Un público de todas las opiniones siguió con simpatía los trabajos novelescos de este espíritu observador y elegantemente escéptico.

«Una especie de duda cartesiana—dice Grappe—le servía de método y de brújula en sus obras. Le bastaba con abrir los ojos sobre la vida del alma, que se le aparecía tan concreta como a un escritor realista el

aspecto de una calle o el gesto violento de una persona. Contemplaba el juego de las obscuras claridades que existen en cada uno de nosotros, y esto era bastante para su descripción... No se reconocía el derecho de franquear los mojones que limitan los dominios del análisis. Podía con su talento seguir las diferentes fases de un amor, indicar cómo una mujer que adora a su amante puede engañarle en un momento de extravío, reconstituir los diversos estados de alma que la arrastran de la fidelidad a la caída, anudar entre ellos los actos que unen las dos antitéticas situaciones: pero consideraba que no debía ir más allá. El escribía y no juzgaba. Permanecía en el terreno de la ciencia y no se consideraba con derecho para condenar ni con derecho para absolver a la amante infiel»...

El Bourget de la primera época era un vivisector magistral de la vida. Su mano de novelista fué una mano de cirujano famoso. Ante los abcesos abiertos por su escalpelo no dogmatizaba, limitándose a mostrar, sin hacer deducciones. Pasaba adelante, como Sthendal, uno de sus maestros, sin permitirse siquiera la risa de éste después de las «crueles vivisecciones del amor».

Al final de su primera novela resumía brevemente su doctrina: «La traición de la mujer, la debilidad del hombre, el duelo de la carne y del espíritu, la vida misma en este universo destinado a la caída... ¡cruel enigma!»

* * *

Al novelista aplaudido, favorito de las mujeres y de los hombres discretos y bien pensantes, no le bastaron los éxitos dulces y suaves de sus primeros libros. Soñó con manejar el público a contrapelo, provocando protestas y discusiones: deseó obtener un éxito atronante de escándalo y controversias violentas, como los que alcanzaba Zola en aquella época.

La ciencia era en tales momentos una víctima señalada para los golpes. Se hablaba de su inutilidad, de su «bancarrota», y los flechazos que se dirigían contra ella levantaban aplausos.

Antes de la catástrofe de 1870 todos habían creído en la ciencia como algo capaz de realizar estupendos milagros inmediatamente. Las tradiciones habían sido minadas, para no dejar sobre el pedestal del respeto mas que la ciencia, «madre del fatalismo». Toda la Francia intelectual pensaba como Taine, Renán y Claudio

Bernard. Las hipótesis científicas sólo representaban para los jóvenes «un principio de negación y pesimismo».

Y sobrevino la invasión prusiana, con todos sus horrores y vergüenzas; luego la roja tragedia de la Commune y estas calamidades inpusieron a la generación nueva un deseo de acción enérgica, de esfuerzo útil y directo, haciendo que algunos empezasen a abominar de a ciencia como de un pastor de desgracia que marchaba despacio, sólo sabía dudar, y se inclinaba impotente ante la fatalidad, no encontrando los viejos medios de la tradición para rehacer las voluntades.

Bourget, espíritu de piernas ágiles y ojo certero, cazador siempre afortunado en los matorrales de la actualidad, descubrió antes que nadie la bestia acosada por la jauría de los anticientíficos, y apuntando a espaldas de ella, hizo fuego.

Su disparo ruidoso fué la novela *El discípulo*.

Un joven falto de ideas religiosas, dedicado en absoluto a la ciencia, discípulo de un grande hombre, esparce en torno de él la desgracia a causa de su escepticismo, y acaba por matarse y arrastrar a la muerte a la pobre joven que se enamora de él. Todo esto a causa de su educación

puramente científica, que se convierte en refinada maldad. Y el maestro, el gran sabio Adriano Sixto, que es un exacto retrato de Taine (una mala acción de Bourget), se conmueve de tal modo ante el resultado indirecto de sus enseñanzas, que al final de la novela acude a su memoria el Padrenuestro aprendido en la niñez.

El novelista obtuvo su deseo. *El discípulo* fué un éxito inaudito, atronante, y su autor recibió al mismo tiempo los aplausos de la juventud, que es por naturaleza iconoclasta, y del llamado gran mundo.

En los salones lloraban de entusiasmo las bellas damas. ¡Ese Taine disfrazado, que en la última página repetía mentalmente el Padrenuestro como un niño de la escuela!... ¡Ah, la religión!...

Y al mismo tiempo, en torno de la ciencia, que consideraban herida de muerte, los ignorantes formaban corro, juntos con los anti-intelectuales de buena fe, bailando la danza del escalpo. ¡Qué gusto patear a un dios caído! ¡Qué superioridad para los tontos elegantes y sin letras asistir a los funerales de la ciencia, que habían mirado siempre de lejos, con el miedo religioso que inspiran las cosas incomprensibles e inmortales!...

Esto fué en 1889.

Los que ahora vuelven a leer *El discípulo* no comprenden el estrépito triunfal de esta obra, ni pueden concebir cómo el público pudo tragarse su fondo artificioso y falso, sus argumentos preparados *ad hoc* para demostrar los males del intelectualismo.

Sólo han transcurrido veintinueve años y parece datar de una época remota. ¡Ah, los libros de circunstancias!...

Esto es en lo que se refiere al fondo de la obra, a lo que puede llamarse la tesis. Como novela es una novela. La fuerza de Bourget reside en sus cualidades magníficas de novelista. Muchos de sus libros, escritos por otro que no tuviese sus dotes, harían reir o no conseguirían siquiera este éxito triste. Sus personajes serían maniquíes; sus amoríos parecerían cursis. Pero el novelista lo ilumina todo con un talento natural, instintivo, cubriendo las negruras de los huecos con resplandores que deslumbran y hacen pasar adelante. Anima con un galvanismo de artista a sus personajes, que las más de las veces no son seres extraídos de la realidad, sino hábiles actores que llevan bien aprendido su papel, saben por adelantado lo que deben decir y marchan de acto en acto a la

conclusión que el autor les ha fijado, a la afirmación final formulada en su pensamiento antes de que se le ocurriese el argumento de la novela y para llegar a la cual ha escrito la novela.

La descripción de los lugares, hecha de un modo perfecto, completa la ilusión y ayuda a fijar la veracidad de las personas.

* * *

Después de *El discípulo,* Bourget debía seguir forzosamente la pendiente en que le había colocado el éxito.

El analista escéptico del primer período se transformó poco a poco en el moralista de *La etapa.* Y aquí empezó la segunda época de Paul Bourget; lo que muchos llaman «la conversión».

Sus enemigos han supuesto en esta «conversión» un fin interesado, un deseo de halagar a las clases conservadoras, que forman la mayor parte de su público. Yo no lo creo así, y me abstengo de la interpretación injuriosa. Acepto la sinceridad de esta evolución última de Bourget, y la considero una consecuencia lógica del camino seguido en su primer período, de la predilección sentida por el novelista en favor de las gentes ricas y poderosas, únicos personajes de sus obras.

Un biógrafo de Bourget explica dicha evolución de un modo semejante:

«Partiendo de una indiferencia casi absoluta en materia de moral, Bourget esbozaba solamente al término de sus novelas cuán diferente conclusión hubieran podido alcanzar de tener sus héroes la salvaguardia o el refugio a lo menos de una creencia. Así llegó poco a poco a la conclusión que la creencia religiosa es lo único que puede preservar las almas... Su análisis durante mucho tiempo se había empleado únicamente en estudiar las relaciones entre el hombre y la mujer, o sea en el amor, que no constituye el único asunto importante de este mundo, aunque sea uno de los más graves»...

Esta observación atinada y justa sugiere una nueva interpretación del cambio de frente realizado por Bourget. La conversión del novelista que hizo del amor el principal y tal vez único resorte de sus obras no se ha realizado durante su juventud. El psicólogo amoroso ha evolucionado en plena madurez, viendo ya en lontananza la ancianidad. Ser un tratadista del amor no va bien con las canas y la dignidad de padre de familia. Además, hay que tener en cuenta la influencia de los años, que hace descubrir cómo en la vida hay

algo más que los juegos y los dramas del amor: el miedo a la muerte, la inquietud del más allá...

En su primera época no dejaba escapar en sus novelas una sola línea que pudiera ser interpretada como una conclusión. Pero luego ya no vió el alma de la mujer como un enigma; «ya no terminó sus libros con diálogos que no eran conclusiones y dejaban al lector la libertad de escoger entre las dos grandes ideas que se reparten el mundo».

Después de veinte años de analista sin doctrina, de escritor dedicado únicamente a observar y exponer, consideró el individuo, la familia y la sociedad en plena anarquía (en todos los siglos han existido autores que han considerado su época en plena anarquía); y buscando remedio a este mal general, sólo encontró uno: la religión; y entre todas las religiones, el catolicismo.

«Con el mismo vigor de deducción—continúa el biógrafo antes citado—que le había hecho declarar que el hombre no puede vivir sin leyes fuertes que destruyan la anarquía de sus instintos y que la única ley capaz de este milagro es el cristianismo, Bourget llegó al término de su evolución proclamando que sólo la monar-

quía puede detener la decadencia social.»

Fué en *La etapa* donde el psicólogo de los amores y los adulterios, el novelista de los idilios mundanos, el observador escéptico de la vida, declaró sus nuevas convicciones católicas y monárquicas.

Su entusiasmo realista fué más vehemente aún que su fe religiosa. Todo lo malo de Francia lo debe ésta a vivir constituída en República. La salvación, según Bourget, estriba en destruir sistemáticamente todo lo que proceda de la Revolución francesa, en suprimir hasta su recuerdo, restableciendo la monarquía nacional.

Largos años lleva profetizando la disolución y la muerte de su país, sólo porque es republicano. La escuela laica, el gobierno democrático, el descreimiento de las masas, fueron para él como floraciones malditas de un pueblo corrompido, sin energías para defenderse, destinado a morir si no restauraba sus antiguos reyes.

Y en los presentes momentos la República francesa asombra hasta a sus mismos enemigos con la tenacidad de su resistencia heroica, sosteniendo el choque de toda la Europa imperial, superior en población y en fuerzas. La nación gangrenada y anárquica, según Bourget, ha realizado un esfuerzo heroico y espontáneo como no se

conoció nunca en la antigua monarquía. Todos los franceses, sin distinción de creencias y de castas, han cumplido su deber patriótico; pero es oportuno hacer constar que la clase que cuenta más muertos en los campos de batalla es la de los maestros de escuela, de esa «escuela sin Dios», contra la que han clamado tanto los que piensan como Bourget: maestros laicos, amigos de la República, socialistas avanzados en su mayoría, «profesores de anarquía, de antipatriotismo, de disolución nacional», según se afirmaba hasta la víspera de la guerra.

* * *

La conversión de Bourget merece respeto, porque el novelista no ha ganado nada con ella. Antes bien, esta conversión le ha hecho perder una parte de su prestigio literario y mucho público selecto.

Los intelectuales que leían al antiguo analista con la seguridad de encontrar en sus libros ciertos descubrimientos de observación psicológica independiente, no quieren leer al Bourget moralista y predicador de la actualidad, pues saben por adelantado lo que puede decir y de qué modo lo puede demostrar. Su nueva música es corta

y harto conocida: tan vieja casi como el mundo.

En un artista exquisito resta siempre el encanto de la expresión, el modo original y propio de describir cosas y personas; pero en esto también ha perdido mucho Bourget. Le ocurre lo que a las beldades que se hacen devotas y en el ambiente de las iglesias y las prácticas de la devoción se marchita su hermosura, envejecen prematuramente sus encantos, se apergamina su piel y un fulgor enfermizo contrae sus ojos. El novelista ágil y atrayente de otros tiempos, que sabía infundir amenidad a las más intrincadas psicologías, es ahora un misionero que no pierde ocasión de moralizar y con frecuencia intercala un sermón en el relato novelesco.

Las exageraciones de la escuela naturalista, que en fuerza de querer exponer la verdad acabó muchas veces por desfigurarla pesimistamente, presentándola más fea y antipática de lo que realmente es, se repiten en Bourget, pero en sentido inverso. Sus personajes de primer término llegan a ser muchas veces caricaturas de la virtud y de la belleza por las proporciones grandiosas, sobrehumanas, que les da su creador. Las jóvenes apenas tocan el suelo, tienen alas, son lirios antipáticos por

su perfume concentrado e irresistible; y los galanes se muestran invariablemente bravos como un protagonista de melodrama, generosos, buenos creyentes y con escrúpulos de monja cuando cometen uno de esos deslices amorosos sin los cuales sería imposible la existencia de una novela. Todos son nobles, todos tienen magníficas rentas, todos viven en castillos o palacios. El pueblo lo representan los domésticos, fieles y abnegados hasta el sacrificio o perversos y corrompidos por las doctrinas revolucionarias. Y cuando el novelista necesita un personaje plebeyo hace salir a escena a un norteamericano, pero muy rico, mucho más rico que los nobles personajes del viejo mundo.

Las más de las veces, el joven conde protagonista de la obra es militar por gusto, militar porque el deber de la nobleza es arrastrar el sable y defender generosamente a una República debilitada por las malas ideas. ¿Qué sería de los plebeyos sin la nobleza, que, a pesar de su decadencia, guarda el depósito de las antiguas virtudes guerreras?...

El fatal año de 1914 ha quitado su brillo extraordinario a estos protagonistas de Bourget, blasonados, creyentes y guerreros por tradición. Hay nobles que han

muerto heroicamente en los campos de batalla: pero aún han dado más héroes, por ser más numerosos, los zapateros, los albañiles, los dependientes de comercio, los viajantes, etc. Entre los oficiales que se baten en este momento con el pecho constelado de cintas, testimonio de sus valerosas hazañas, los hay que nacieron en rica mansión y llevan una sortija con sus armas grabadas; pero su número resulta insignificante y se pierde bajo la inmensa ola de jóvenes capitanes cubiertos de heridas que hace cinco años nada más eran poco afectos a la profesión militar, abominaban de la guerra y ganaban su vida como abogados, ingenieros, escritores, maestros de primeras letras, contables de comercio o simples dependientes de modas de los que conversan con las damas dulcemente mostrándolas sedas y encajes.

Entre los personajes del Bourget psicólogo y los del Bourget moralista hay la diferencia de la mujer al ángel, del ser de carne y hueso que todos conocemos a la abstracción que nadie ha visto. En sus primeras novelas los hombres eran hombres: todos ricos, todos elegantes, confinados en su gran mundo—que no es más que una pequeñísima parte de la humanidad—, pero moviéndose en él con vida propia,

como seres efectivos, entre los choques de sus cualidades y sus vicios. Los de ahora son actores elocuentes que cambian de traje en cada obra, pero guardan los mismos gestos, la misma voz: y Bourget entre bastidores les apunta lo que deben decir contra la corrupción de las democracias y la inmoralidad de las sociedades sin creencias. A veces desconfía de sus intérpretes, y sintiendo una impaciencia de misionero, salta a la escena para hablar directamente al público.

* * *

La misma disminución que se nota en la intensidad de sus obras la ha sufrido el novelista en su prestigio personal después de la «conversión».

Oficialmente es todo lo que puede ser un escritor en Francia. Pertenece a la Academia; la República maldecida por él le ha dado la Legión de Honor; tiene todos los honores de los maestros, de los que «han llegado»... Y sin embargo, es algo menos que en su época juvenil, cuando lanzaba sus primeras novelas.

El antiguo «príncipe de la juventud» saludado por Lemaître, ve hoy en la juventud un pueblo sublevado que le hace expiar la pasada admiración con su me-

nosprecio, sus críticas implacables o su olvido.

Los más de los jóvenes no lo leen y muestran una repulsión instintiva ante la última novela que publica. Saben lo que dice sin abrir sus páginas: no les interesa. Otros más vengativos escriben contra él, y casi le tratan como a un Jorge Onhet de gran talento pero igualmente aficionado al mundo de los ricos, a las conclusiones moralizantes que conmueven con facilidad.

Y no son los enemigos de las creencias de Bourget, los revolucionarios, los impíos, los que le dirigen tales ataques. La mayor parte han dejado de seguir su obra y no se acuerdan de su nombre. Otros—yo entre ellos—continúan leyéndole por un hábito de juventud, por respeto al Bourget de la primera época, porque aún se encuentran de tarde en tarde algunas de sus magistrales observaciones de novelista en los libros que produce actualmente.

Es del mismo lado de la barricada que ocupa Bourget de donde salen los peores ataques contra su obra o se confabulan los silencios despectivos.

Parecía natural que su «conversión» hubiese hecho del novelista célebre el hombre representativo de la reacción francesa. Pero otra «conversión» ha surgido des-

pués de la suya: otro hombre de talento se ha puesto delante de él, rempujándole con su espalda a un segundo término.

El escritor de las clases conservadoras, el héroe de la juventud que mira atrás, es Mauricio Barrés.

Se comprende que Bourget haya sido suplantado.

Barrés, al mismo tiempo que un autor célebre, es un hombre de acción. No tiene el talento de novelista del autor de *Mentiras;* sus novelas apenas son novelas, pero es un gran literato, un colorista, un orador que habla en los mítines tumultuosos y en el Parlamento, un polemista incansable que escribe todos los días en los grandes diarios, un escritor capaz de bajar a la calle, de figurar en un motín, y que en sus viajes de propaganda ha estado alguna vez próximo a morir a consecuencia de las pateaduras de sus enemigos. Además, tiene un carácter franco, expansivo; su ironía desorienta a los adversarios y hace reir a los amigos; aspira a ser un conductor de masas, un caudillo de la calle; ha recibido la herencia de Déroulède con la presidencia de la «Liga de patriotas». Y el maestro Bourget vive encerrado en su estudio de París o en su magnífica residencia de Costebelle, al borde del Medite-

rráneo; la «conversión» parece haber agriado el carácter del novelista amable de otros tiempos: sus enemigos lo describen como obsesionado por la idea de la muerte o afligido por una especie de fanatismo religioso que dificulta su trato con las gentes.

Bourget aparece como un Don Quijote sombrío, enamorado de un ideal imposible. Quiere la resurrección de los reyes legítimos, la muerte de la Revolución francesa, la vuelta de las flores de lis en la bandera blanca, la desaparición de ciento treinta años de historia.

Mauricio Barrés ve a los reyes muy lejos: sabe que no volverán, y es republicano. Su República es la de Boulanger, la de Déroulède, una República plebiscitaria, militarista, nacionalista, católica, con un poco de federalismo para halagar y desarrollar las tradiciones de las antiguas provincias.

—Ya que tenemos la República, conservémosla, hijos míos—dice un personaje de una de sus novelas.

Y la juventud reaccionaria, la burguesía amiga de un gobierno fuerte, las gentes de iglesia, siguen a Barrés—que fué anarquista en sus primeros años de escritor—, con la esperanza de que la Repúbli-

ca barresiana pueda llegar a convertirse un día en realidad y convencidos en todo caso de que es algo más oportuno y más práctico que la resurrección de los reyes imaginada por el autor de *La etapa*.

* * *

Octavio Mirbeau, que fué amigo de Bourget cuando ambos eran jóvenes, explica con su estilo franco y brutal cómo se dedicó éste a ser el novelista de las clases ricas.

Una tarde, paseando juntos por los Campos Elíseos, el joven Bourget, pobre y desconocido, contempló con ojos de amor las verjas de los lujosos hoteles, las fachadas imponentes, medio ocultas por el ramaje de los árboles.

—Ahí se encuentra la verdadera vida digna de ser observada—dijo a Mirbeau—. Esas son las gentes interesantes. La gloria y el dinero están reservados al que sea su novelista.

Octavio Mirbeau afirma que después de oir esto ya no quiso verle más.

Tal vez le guió al principio de su carrera un deseo de provecho y de gloria fácil halagando a las clases poderosas. Pero las evoluciones del resto de su existencia literaria las creo desinteresadas.

Bourget es el cautivo de su propia obra. Ha levantado su torre en torno de él, olvidándose de dejar el hueco de una puerta. En fuerza de hacer análisis, sintió la necesidad de deducir, de establecer una moral, y esta moral sólo podía ser la de su mundo, la apropiada a sus eternos personajes de salón, una moral estrecha y religiosa, de sacristán con frac, pero ingenuamente sentida, pues él, bajo la influencia de los años, cree en ella firmemente.

Más exacta es la crítica burlona de los que han dicho:

—Para Bourget, toda persona que no tiene una renta de cien mil francos no ofrece interés psicológico.

Es cierto. Este autor ignora la existencia de los pobres. Todo el que no es rico carece de alma, no tiene conflictos interiores, no merece la atención de un novelista.

Si las historias de Bourget cayesen bajo los ojos de un habitante de otro planeta, creería de buena fe que en el globo terráqueo todos somos ricos, sin otra ocupación que pecar, arrepentirnos e ir desarrollando nuestros estados de alma para que los describa el novelista; y que, aparte de los millonarios felices, sólo existe la cantidad necesaria de plebeyos para desempeñar

los papeles de lacayos, conductores de automóvil, sacerdotes bondadosamente moralizadores y campesinos de una lealtad perruna que admiran a sus amos.

Bourget, dotado de una gran energía productiva, trabaja incesantemente. Todos los años lanza un libro o dos. Y sin embargo, su obra envejece visiblemente a pesar de la continua renovación.

La crítica le trata con un desdén respetuoso, como si le negase el derecho a sobrevivirse, aunque reconociendo al mismo tiempo el derecho que todos tenemos a la vida.

El público, en cambio, sigue comprando sus libros y leyéndolos. Tal vez no es tan enorme como en otros tiempos; tal vez sólo han desertado de este público los intelectuales, los refinados, y el número de los lectores es todavía mayor que en sus buenos tiempos juveniles, cuando lanzaba sus mejores novela,.

Paul Bourget es un nombre consagrado, y los maestros que tienen la reputación hecha gozan siempre en el ocaso de su existencia—cuando decaen y sienten perturbadas las facultades por el miedo a la muerte—un favor del público que no conocieron en sus verdes años de originalidad guerrera.

El vulgo busca siempre las tiendas acreditadas, las muestras conocidas, y toma a ciegas el género, convencido de su valor por la simple marca del envoltorio. Los frescos establecimientos recién abiertos, sin tropel a la puerta, no atraen su atención, y pasa de largo.

Toda novela de Bourget se vende considerablemente en Francia y en el extranjero. Los traductores la trasladan sin perder tiempo a todos los idiomas. En Inglaterra y en los Estados Unidos, las señoras buscan los libros de Bourget como breviarios de la elegancia francesa. Yo no creo que al escritor moralizante le complazca esta fama. ¡Pero cómo desvanecer las falsas reputaciones hechas por el vulgo!...

Se comprende que Bourget sea un autor mundial. Diga lo que diga, es siempre un novelista, un grande, experto y hábil novelista, que sabe infundir a sus relatos el incentivo del interés y los desarrolla en una forma literaria y atractiva. Es como esos tenores que cantan bien hasta caerse de viejos, hasta después de haber perdido la voz. Escribirá libros mientras viva, y aunque éstos irriten o hagan encogerse de hombros por lo falso e injusto de sus conclusiones, servirán siempre para que el lector pase agradablemente entretenido unas

cuantas horas, primer aliciente que debe ofrecer toda novela,

Además, es el único autor que permanece en pie de la gran floración última de la novela francesa. Zola, Daudet, Goncourt, Maupassant, Huysmans, Mirbeau, todos muertos. Queda el gran Anatole France, pero escribe poco y no quiere acometer en su vejez el largo trabajo de una novela. Entre los jóvenes apuntan varios herederos dignos de recoger esta tradición gloriosa, pero aún no han adquirido, en fuerza de repetidos triunfos, el prestigio que forma la gran masa internacional de lectores.

Bourget ha quedado solo como novelista mundial entre los grandes maestros que se fueron y los futuros maestros que empiezan a asomar.

Su público se compone especialmente de mujeres, según afirman los libreros.

Ignoro lo que piensan de él las jóvenes actuales. No sé si nuevos contingentes han venido a engrosar este ejército de admiradoras.

Pero todas las que ruedan en torno de los cuarenta y cinco años y muchas que se aferran a ellos con las uñas, aunque sus pies estén más allá, adoran al maestro como la más alta representación literaria de nuestra época.

—¡Ah, Bourget!... ¡Paul Bourget!...

Y a la dama se le humedecen los ojos. Ve su primer vestido largo, su primer baile, sus primeros amores, sus primeros malos pensamientos, ¡quién sabe si sus primeros pecados!... Ve la juventud que se ha ido ¡ay! en busca de otras mujeres más tiernas, y sólo se deja alcanzar por unas horas, burlona, costosa, caricaturesca, en los botes y los lápices de la tienda del perfumista.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ.

París.—Julio 1918.

NÉMESIS

I

Charlas de Círculo, en París

LUDOVICO Courtin—«el hermoso Courtín», como se le llamaba en 1880, «Courtin el Teñido» o sencillamente «Tin-Te», como se le llama hoy, a causa de sus sabias preparaciones capilares—penetró en el Circnlo de la calle Royale; y cuando anunció la partida para Italia de su hijo único, capitán, que hacía una semana había regresado de una expedición de dos años en Mauritania, se produjo en torno de este padre abandonado un concierto de frases afectuosas y de lamentaciones.

Courtín había dado la noticia sentándose, como de costumbre, al sonar las seis de la tarde, a su mesa de *bridge*, en el rincón de la derecha, al fondo del salón que hace esquina a la plaza de la Concordia. Y mientras él, con lentitud y pru-

dencia, estiraba sus piernas reumáticas y empotraba en la butaca su espinazo rígido, sus tres camaradas de juego seguían compadeciéndole, sin tocar a los naipes.

—Sí—insistió—, Hugo ha salido en el rápido de Roma ayer a las dos de la tarde. ¡y me ha avisado por la mañana! Sabe que estoy solo en el mundo... que no tengo buena salud... (Y tendió su mano, deformada por los dolores, haciendo crujir las coyunturas.) Me prometía yo pasar con él este fin de primavera, que en París es tan agradable, y festejar su cruz en honor, aquí, en las carreras, en el teatro, de un lado para otro...

Transcurría el mes de Junio de 1914, y ni el regalón sexagenario ni sus compañeros de *club* sentían pesar sobre sus ocios distraídos y satisfechos la amenaza de la catástrofe tan próxima.

—Y después de París—continuó—, estaba Deauville en el programa. Sólo por él he alquilado allá una *villa*. Convengan ustedes en que para este resultado no valía la pena de haber mimado tanto a ese niño, de haberle tratado siempre como a un amigo joven o como a un hermano menor, y de no haberle aburrido con sermones de moral. Bien es verdad que no los necesitaba... ¿Quieren ustedes decirme si tiene sentido común algo de lo que ocurre con él? ¡Un muchacho que podía vivir aquí, en nuestra sociedad, holgadamente, alegremente, libremente,

con la fortuna que le dejó su pobre madre!... Pues bien; empieza por matarse a trabajar en el colegio. Se prepara con objeto de entrar en Saint-Cyr (1), a quemarse allí las cejas, como un desgraciado que no tendrá más que su sueldo para vivir y que desea hacer carrera. Sale de allá para entrar en infantería colonial y marcharse en seguida a Africa, cuando pudo escoger la caballería (2) y estar de guarnición cerca de París, como sus condiscípulos... ¡Además, siempre haciendo frases, y frases que dan ganas de echar a correr! Había que oirle cuando se exaltaba disertando sobre la «mística» de la carrera militar... Porque me ha soltado discursos de ese género. «Sé lo patriota que quieras, puesto que todos lo somos (le contestaba yo); pero sin caer en esas manías»... ¡Ah, vaya unos mozalbetes que hemos dado al mundo, pues ya saben ustedes que no es el único de su especie el mío!... ¡Y qué adustos los vuelven esas pedanterías! «¿Y su viejo papá? (le he dicho cuando me ha anunciado esta nueva partida). ¿Es que no tiene usted gana de divertirse un poco con él?» ¿Verdad que la indicación era cariñosa? Pues ni siquiera me ha contestado.

—Ya no hay familia—profirió Crucé, el ca-

(1) El Colegio Militar de Saint-Cyr, donde estudian los oficiales del ejército francés.

(2) Los aristócratas franceses prefieren la caballería a las otras armas.—*Notas del traductor.*

mastrón septuagenario que, después de haber vivido durante cincuenta años dedicado a una concupiscencia insana, cazando en terrenos prohibidos, habíase tornado tradicionalista y doctrinario—. Y sin familia no hay sociedad.

—Esto me recuerda *La course du flambeau*—interrumpió el príncipe de La Tour d'Enguerrand, a quien habían hecho aficionarse a la literatura unas prolongadas relaciones con Camila Favier, la eterna dama joven de la Comedia Francesa—. ¡Por cierto que usted, Ceurtin, afirmaba que no era vivida esa obra! ¿Se acuerda usted? (1).

—Si hubiese acompañado usted a Hugo en el tren—dijo Máximo de Portille, el cuarto jugador de *bridge*—, sin duda habría comprobado usted que su «mística», por el momento, es alguna mujercita que se permite el capricho de pasear por Italia a un oficial guapo.—Y tarareó: «*¿Conoces el país?...*» (2).—He oído decir que todavía quedan jóvenes de esa clase...

—¡Ah, ojalá!—suspiró cómicamente Ludovico—. Aunque no hay motivo para ir a amarse en Italia, en cuartos de hotel, cuando se tiene un pisito en París como el suyo. Yo mismo le he ins-

---

(1) *La course du flambeau (La carrera de la antorcha)*, comedia de Paul Hervieu, basada en la tesis de que los hijos quieren poco a sus padres y reservan todo su cariño para los hijos que a su vez han de tener, los cuales mostrarán con ellos igual ingratitud.

(2) De *Mignon*.—*Notas del traductor*

talado, y pueden ustedes creerme que la alcoba y el tocador son estupendos. No está mejor puesta mi casa. Pero ¡ay! no, no se trata de mujeres. Nunca adivinarán ustedes los motivos que me ha expuesto para emprender ese viaje. Escuchen ustedes: me ha dicho que iba a estudiar sobre el terreno la batalla de Canas.

—¡Caramba, hombre!...—repuso Portille.

—Ni más, ni menos—continuó el abandonado padre, con la pequeña vanidad de producir algún efecto en sus oyentes más jóvenes, pues La Tour d'Enguerrand y Portille aún llevaban pantalones cortos cuando él era ya un «*fleur des pois*» (1), si hemos de hablar como nuestras abuelas—. Me ha contado que los alemanes consideran esta batalla la batalla tipo. Parece ser que cierto general Slissen, Strieffen o Simssen ha pergeñado un librejo a este respecto (2). Hugo ha empezado a hacer la crítica de ella en Mauritania, y ¿qué dirán ustedes que se le ha ocurrido ahora? Pues quiere acabar ese trabajo sobre el terreno, para publicarlo en una revista militar. «¿Qué prisa te corre?», le he objetado. Y entonces me contestó: «Siempre corre prisa enseñar a los franceses el arte de la guerra.»

—¡Todavía está en mantillas!—exclamó rien-

(1) «*Fleur des pois*»: equivalente a «gomoso» o a «pollo».—*N. del T.*

(2) Alusión a la obra del *General Graf* Schlieffen: *Cannae* (1913).—*Nota del Autor.*

do, La Tour d'Enguerrand—. ¿La guerra? Pero si eso se acabó y ha pasado de moda. ¿Quién puede creer aún en la guerra?

—Él—respondió Courtín, e inició un gesto a manera de excusa—. Desgraciadamente, hay en el ejército algunos apasionados así...

—Desgraciadamente, dice usted bien—interrumpió Crucé—, y también los hay fuera del ejército. Ya verán ustedes como ni siquiera nos dejarán morir tranquilos.

—¡Qué cosas se le ocurren a usted, Crucé!... —dijo Portille alegremente—. Vamos a ver, ¿cómo quiere usted que haya una guerra en 1914?... Ante todo, los pueblos no irían a ella. Lo único grato que tiene el socialismo es eso. Jamás el proletario alemán tirará sobre el proletario francés, ni viceversa... ¿Y la Banca? ¿Creen ustedes posible que las Bolsas de París, de Londres, de Berlín, de Viena y de Roma, que en el fondo no constituyen más que una, permitan este desquiciamiento de todos los valores? Fíjense bien... Además, no hay que olvidar las máquinas de guerra modernas. En la primera batalla morirían todos... Vamos, pongámonos serios y comencemos nuestra partida. Yo voy de compañero con usted, querido Courtin. Ganaremos, y eso le consolará de sus penas.

—Un padre no puede consolarse de saber que su hijo no le quiere—repuso Ludovico.

Y empezó a dar las cartas con sus dedos nu-

dosos, en los que lucían sortijas que debían de martirizarle al ponérselas y al quitárselas: la elegancia tiene sus estoicismos. Había una fuerza cómica intensa en esta declaración de desconocida sensibilidad en boca de un incorregible vividor, cuyo cínico *curriculum vitœ* sabían todos sus compañeros de juego: su mujer desposada a causa de la dote, y tratada con tanta dureza, que murió de sentimiento, muy joven; luego el hijo, cuya indiferencia deploraba a la sazón, encerrado a los ocho años en Jersey con los jesuítas, mientras el padre aprovechábase de la tutela para rehacer su fortuna especulando con la del huérfano.

Interesado hasta la avaricia, Courtin era célebre en el París que se divierte, por su tacañería con las mujeres y con sus camaradas. Constituía el tipo del hombre de quien se dice, en la jerigonza del bulevar, que «es incapaz de enviar a nadie el ascensor después de haber subido». Así es que Crucé, La Tour d'Enguerrand y Portille, no pudiendo reprimir una sonrisa cuando Raimundo Casal, que había escuchado esta charla sin mezclarse a ella, de pie junto a la mesa de *bridge*, hizo coro a la queja paterna con esta respuesta de una leve ironía:

—¡Vaya con el bueno de Ludovico! No le va a quedar otro remedio que hacerse egoista.

Y tras de disparar tal epigrama, este otro «gomoso» de 1880 abandonó su sitio, no sin que

su víctima devolviese la agresión vengándose... desde lejos.

—¡Pobre Raimundo!—dijo a media voz—. ¡Qué cambiado está! ¡Y pensar que le he conocido cuando era todo un buen mozo!... El cáncer no le impide cuidar de su prestigio. Va a conversar con ese canalla de Saveuse... Ya sabrán ustedes que Saveuse es el que firma *Smoking* en...

Nombró un periódico, famoso por el tono agresivo de sus mundanidades, e insistiendo, añadió:

—Pues si, es Saveuse, estamos absolutamente seguros. En todas partes tiene acreedores. ¡Si yo poseyera tantos centenares de miles de francos como veces me ha sableado su padre!... Pues bien: prefiero los sablazos paternales. Eso era más decente...

—Sin embargo—dijo Portille—, Casal debería estar aburrido de leer tantas veces en los *Ecos:* «La última palabra del más ingenioso de nuestros *clubmen,* Raimundo C***.»

—Máxime cuando la palabra en cuestión suele ser de un gusto anticuado—insinuó La Tour d'Enguerrand.

—Vaya, señores—dijo Crucé, en cuya mirada había encendido una chispa el examen de sus naipes—. Dejémonos de habladurías. ¿Empezamos?... Yo salgo.

Y los cuatro jugadores se absorbieron en el silencio de meditadas combinaciones, en tanto

que «el hermoso Casal» se dirigía, efectivamente, hacia Gastón de Saveuse, pero con una idea muy distinta del bajo cálculo de que le acusaba Ludovico Courtin.

Le he llamado «el hermoso Casal» porque seguía siéndolo a pesar de sus sesenta y cinco años y de la máscara obscura que ponía sobre sus acusadas facciones el terrible mal que debía acabar con él al cabo de unos meses de dolorosa decadencia—¿por qué no decirlo?—heroicamente soportada. Para un mimado de la vida como él, a quien desde su llegada al mundo hicieron una atmósfera de voluptuosidad continua y de exquisito refinamiento su buena figura, su parentela selecta y sus doscientas-mil libras de renta, aseguradas en cuanto llegó a la juventud, era una prueba dura mirar en su espejo todas las mañanas un rostro cada vez más consumido y negruzco, sentir como flotaba su ropa en torno de su cuerpo ya esquelético, y conservar apenas la fuerza suficiente para sostener su bastón, habiendo sido un príncipe del deporte: jinete, esgrimidor, boxeador, pelotari y cazador. Y tras de haber tenido la energía de estudiar en los libros de los especialistas todos los síntomas de su dolencia: debilitamiento, dolores, decoloración del cutis; tras de saber, sin ningún género de duda, como lo sabía Casal, que se hallaba aquejado de la terrible enfermedad bronceada que ha hecho siniestramente célebre el nombre

de Addison y cuyo fatal desenlace no permite abrigar esperanzas, no se quejaba nunca, sostenía sus hábitos de elegancia con un rigor impecable y no desmentido, deseando morir ataviado, es decir, con la armadura puesta. Una energía tal, basada en la única preocupación del buen aspecto, aunque pueda parecer fútil al doctrinario e inexplicable al psicólogo, no deja de ser una manera valerosa de afrontar la muerte, y por consecuencia, una alta empresa humana que define a un alma.

Esta superioridad de carácter iba unida en Casal a una agudeza de inteligencia, de la que daba prueba hasta en el minuto en que sus camaradas de Círculo le creían ocupado en su «labor de prensa», como el autor que publica un volumen. Sólo él conocía con certeza la rara valía del joven oficial de quien el padre y sus amigos acababan de hablar tan banalmente; sólo él le había seguido, desde hacía años, con su penetrante mirada; sólo él también había sospechado el drama amoroso de que era un nuevo episodio esta brusca marcha a Italia, y sólo él había comprendido antaño la verdad de lo que representaba el destierro del capitán Courtin, entonces teniente, a Africa.

No le había hecho éste, sin embargo, ninguna confidencia; pero Casal tenía golpe de vista, un sentido casi infalible para juzgar personas y acontecimientos, uno de esos genios inductivos

que, aplicados a la ciencia, constituyen los fisiólogos y los químicos, y transportados a la política, los estadistas. ¿Por qué misterio hombres así dotados no se han sentido atraídos a la acción útil? ¿Qué principio de debilidad se mezcla a sus fuerzas y parece que les impide emplearlas? Casal había invertido su larga existencia en mantener su rango dentro del más mediocre de los mundos: el de la gran vida parisiense. Había sabido tener la casa mejor montada, la cuadra de carreras más escogida, los mejores pertrechos de caza, las amantes más difíciles. Durante cuarenta años había sido uno de los árbitros de la moda, y para los que le juzgaban de cerca, nada más triste que el contraste entre esta nulidad y tantas facultades notables.

Pero si Casal no hubiera tenido conciencia del fracaso de su propio destino y de sus causas, ¿se habría interesado de tal suerte por un joven a quien su nacimiento colocaba en análogas condiciones y que luchaba por no ser un ocioso ni un inútil? Muy vivo debía de ser este interés, porque, al acercarse a Saveuse, Raimundo sentía cierta inquietud. No ignoraba que el informador *Smoking* tenía unos instintos de policía sin escrúpulos, y le hubiese sido soberanamente penoso que el nombre de mujer que él iba a pronunciar diese el alerta al peligroso *reporter*. Por esto tomó un camino tortuoso.

Se recordará que en la primavera de 1914,

por uno de esos fenómenos de vértigo precursores de las catástrofes, asaltó de repente a París con una violencia extraordinaria la locura de los bailes de trajes. Como su salud privaba a Casal de salir por la noche, era naturalísimo que interrogase al Dangeau (1) oficial de los salones elegantes acerca de la más reciente de dichas reuniones, una fiesta persa celebrada la antevíspera. El mundano indigente era un hombrecillo de semblante desmirriado, con el torso embutido en un chaqué de corte impecable, pagado ¡ay! en publicidad. Insolente de ordinario, como todos los que se han salido de su esfera y con su actitud paran de antemano cualquier afrenta, respetaba en Casal la autoridad de un hermano mayor, capaz, si era preciso, de ejecutarle ante un tribunal de honor por deudas poco honrosas. Empezó, pues, a detallar los esplendores de los trajes con una mezcla de *snobismo* admirativo y de bufonería que le retrataba por entero, hasta el momento en que el otro le hizo esta pregunta, después de otras muchas:

—¿Recuerda usted, Saveuse, aquel baile de pedrerías en casa de la duquesa de Roannez, hace cuatro años? ¡Qué bien resultó! Por cierto que fué en esta época...

---

(1) El marqués de Dangeau fué un ingenioso cortesano francés de fines del siglo XVIII, y por extensión, se da en Francia este nombre a todo individuo agradable por su galantería y su charla amena. —*N. del T.*

—El 14 de Junio de 1910—repuso Saveuse—. ¿Que si me acuerdo?... ¡Qué linda estaba la duquesa, vestida de zafiro estrellado! ¡Bien la echamos de menos ahora!...

—En efecto—dijo Casal—, hace algún tiempo que he dejado de encontrarla. Pero como yo salgo tan poco... ¿Dónde está?

—En esta época del año, en Italia. Ya sabe usted que nuestra duquesa Daisy es un poco chiflada y un poco amiga de la *pose*. Por lo visto, no le han contado a usted que se ha encaprichado por una *villa* del siglo XVI que hay cerca de Siena. Parece ser que allí juega a la princesa del Renacimiento con un grupo de anticuarios y de estetas, amén de un enano, como una infanta de España. Le da por la arqueología y hace excavaciones. Por fortuna, papá Brigham dejó varios millones de dólares, y hay de dónde tirar. Pero no nos conmovamos con su ausencia, porque volverá a nosotros. Para esa clase de comediantas un poco *rastas*, no existe más que un teatro: París.

—¡En Italia!—pensaba Casal, mientras el informador proseguía su perorata—. Está clarísimo. Hugo Courtin va a reunirse con ella. Por lo visto, continúa amándola después de estos dos años de ausencia. ¡Pobre muchacho!

II

Charlas de hotel, en Siena

CASAL tenía razón. Era, en verdad, para reunirse con la joven duquesa de Roannez por lo que el presunto comentador de la batalla de Canas y del feldmariscal Schlieffen había montado en el rápido de Roma, con parada en Pisa y transbordo en Empoli. Desde allí, había llegado a Siena, donde se alojaba en el Hotel Barrafranca a la misma hora en que era objeto de las mencionadas charlas.

Y también tenía razón Casal al compadecerle por el sentimiento, cualquiera que fuese, que asi le precipitaba, un día después de regresar a Francia, en pos de una mujer cuyos orígenes, educación, género de existencia, gustos e ideas debian de irritarle en su fuero interno. Ante todo, la distinción de espíritu y de modales que caracterizaba a esta mujer la salvaba de ser una ad-

venediza o una *rasta*, como había dicho malignamente Saveuse. Era una cosmopolita, o más bien, la propia Cosmópolis. Los anuarios del *High-Life* ostentaban junto al título ducal de Roannez, que se remonta al primer chambelán del rey Carlos VII, la indicación: «de nacimiento, Daisy Brigham».

El padre de la duquesa era el millonario John L. Brigham, fundador de la célebre fábrica de armas de Springfield (Mass). Este magnate del acero—que residía en su yate tanto como en su ciudad, por lo menos—, durante una travesía por el mar del Norte, se había casado con una condesa de Radkensburg, hija de una judía de Suabia, esposa morganática de un gran duque de Rusia. Una herencia tan compleja no podía producir un alma sencilla, y las circunstancias parecían haberse complacido en complicarla aún más.

Huérfana, muy joven, de padre, Daisy había sido educada, o más bien, paseada a través de Europa por una madre galante e intoxicada de *snobismo* intelectual. Uno de los encuentros de «palace», que con tanta frecuencia desorbitan estos destinos sin rumbo fijo, había ocasionado su matrimonio con Artus de Roannez, heredero medio arruinado de un nombre tan hermoso, al que iba unido el recuerdo de una amistad ilustre, la de Pascal. La muerte del equívoco personaje, con quien había acabado una *grippe* ma-

ligna, y la de la viuda de Brigham, sobrevenida unos meses más tarde, habían dejado a la joven libre de toda vigilancia a los veintiún años. Treinta tenía en 1914, y estos diez años los había invertido en recorrer Europa al azar de sus caprichos, lo mismo que su madre. Pero este vagabundaje a lo menos había conservado su reputación, asegurándole un constante silencio sobre su conducta. Hacía falta la fuerza de observación de un Casal para adivinar la novela secreta, empezada e interrumpida al cabo de unos meses, cuyos protagonistas fueron Hugo Courtin y la duquesa a fines del invierno de 1912. Los comienzos y las rupturas de las uniones provocan la atención del mundo; pero ¿cómo notar las que son tan pasajeras?

A pesar de lo rápida que había sido esta novela mordió profundamente la sensibilidad del joven oficial. Lo probará un hecho de poca importancia. Al instalarse en el tren de Italia, llevaba consigo, para leer en el camino y justificar un tanto a sus propios ojos su viaje, el tomo de los *Comentarios* de Montluc, uno de sus volúmenes favoritos, donde se encuentra el admirable libro III que narra el sitio de Siena en 1556. Pero en vano hojeó estas páginas, pues su espíritu estaba en otra parte. Cuando llegó a la vieja ciudad toscana en un claro mediodía de Junio, los baluartes rojos, la catedral, los campaniles, los sombríos colores de las calles abier-

tas entre palacios, todas las visiones de una edad media intacta y poderosa, en fin, no suscitaron en él ningún recuerdo militar. Sólo una idea le asaltó:

—¿Y si ella hubiera venido hoy a Siena desde su *villa*—se dijo—y yo la encontrase?...

Y se le apareció en el pensamiento su amante de 1912, con la elegancia altiva de su silueta, sus gestos finos, sus bellas manos de largos dedos inteligentes, el porte gracioso de su cabecita, la masa de sus cabellos castaños con reflejos de oro y la mirada de sus grandes ojos, de un obscuro tinte fulvo, bajo una frente amplia y descubierta. La parte alta de este rostro encantador, iluminada de ingenio y de curiosidad, contrastaba con el dibujo un poco brutal de la parte baja, a la que daban una expresión de robusta animalidad las aletas palpitantes de la nariz, una boca abultada y un mentón cuadrado. La cálida palidez del cutis acababa de revestir de una hermosura de retrato a esta mujer. Su peinado, complicado adrede, la elección de sus alhajas siempre antiguas, el refinamiento de su atavío, que era casi teatral, acentuaban este efecto, del que se daba cuenta ella, sin duda. Por poco que se conociese su historia, se advertían inmediatamente los elementos diversos de que se componía su sér: la energía americana, en la decisión de su fisonomía; el ardor oriental de la sangre israelita, en el fondo abrasador de

sus pupilas; el «no importa» eslavo, en la ironía de su sonrisa; el orgullo de una raza imperial, en el aire de afirmación que se diría esparcido por toda su persona.

Tan precisa se hizo de pronto esta imagen para Hugo, que en el coche que le conducía al Hotel Barrafranca tuvo una verdadera crisis de la doble y torturadora emoción que durante tanto tiempo le había infligido esta criatura: embeleso y protesta al mismo tiempo. Hubo un instante en que se incorporó a medias para interpelar al cochero y ordenarle que volviera a la estación. Como la señora de Roannez ignoraba en absoluto su viaje, nada más fácil que interrumpirlo.

—No—se dijo, volviendo a arrellenarse en el coche—; debo verla y *saber*.

Mentalmente, se repitió por dos veces. «¡Saber, saber!...» Esta simple palabra, que tanto sentido tenía para él, le devolvió, si no la calma, a lo menos ese aplomo interior del hombre de corazón que persigue un propósito, concebido y deliberado en lo más íntimo de su probidad. Su monólogo mudo continuaba:

—Entre ella y yo no puede existir amor ahora... Jamás me perdonará el haberla dejado como la dejé... Además, existía un abismo entre nosotros. Existe siempre. Ella no ha cambiado ni más ni menos que yo, y pensamos de manera muy diferente acerca de cuestiones profundas. ¡Qué poco me conocía al exigir que rehusase yo

esa misión a África, tan deseada por mí y desde tanto tiempo! Me dió a escoger entre ella y el ejército, y yo escogí... ¿Conocerme? ¿Cómo podría conocerme? Ella no tiene patria, ¿y dónde elegiría una? Sin hogar, sin ningún afecto, sin fe ninguna, no vive sino para su placer. En el fondo, su mundo es el de mi padre, en otro escenario, con un refinamiento superior, nada más. ¡Y eso resulta tan pequeño, tan pobre!... No, este amor está bien terminado. Pero hay *algo más.*

Durante algunos minutos, el tumulto de estos pensamientos había abstraído al joven, haciéndole olvidar dónde estaba. Por esto sintió el sobresalto de un despertar cuando el cochero se volvió para decirle primeramente y luego gritarle:

—Hemos llegado ya, señor. Este es el hotel.

Un portero galoneado avanzaba por el umbral de una alta puerta en ojiva, encima de la que aparecía esculpido en relieve el escudo de armas de los Barrafranca, antiguos poseedores de este palacio transformado en lujoso albergue de otoño y de primavera. Los humildes menesteres de orden material, consistentes en responder a este hombre, pagar su coche, dar su nombre en la portería del hotel, escoger su habitación e instalarse en ella, tuvieron, al menos, el resultado de suspender por un instante en el viajero la tormenta de sus dolorosas reflexiones.

Aún no las había reanudado cuando, una hora más tarde, se sentó a su mesa reservada en el *restaurant*. Por una ventana alta podía ver estremecerse en el aire obscurecido el follaje de la Lizza, el noble jardín público de Siena, chisporroteante en las hermosas noches tibias, como se anunciaba ésta, con el ligero vuelo de las luciérnagas innumerables. En el comedor abovedado y estucado, que había sido antaño uno de los salones de recepción del palacio, haciase sentir la semisoledad de fin de estación. Algunos turistas retrasados, ingleses y alemanes, comían cambiando en sus lenguas respectivas sus impresiones sobre iglesias y museos. Las panzudas botellas de Chianti, con su cuello delgado emergiendo de sus fundas de mimbre, se balanceaban sobre esos *porte-fiaschi* de cobre ligero que son una de las pintorescas singularidades de la Toscana. En cada mesa se deshojaba un ramo de rosas, y a trechos, un pétalo destacado de una de las flores ponía sobre el mantel blanco una mancha amarilla o roja. Dos de los comensales tomaban ya el café, y largos y negros cigarros de Virginia, atravesados por una paja, se consumían delante de ellos, colocados cerca de una llama sobre menudos soportes metálicos.

En otro momento, estos pequeños rasgos locales hubieran divertido al oficial; pero la conversación del *maître d'hôtel* le hizo olvidar bien pronto el aspecto de la sala y estos detalles de

costumbres, así como a los comensales. Era demasiado tentadora la ocasión de obtener algunos informes acerca de la mujer por la cual se encontraba en Siena.

El *maître d'hôtel* era un italiano de pura cepa, pequeño y esbelto dentro de su frac de servicio, calvo, con una de esas facies exangües y desgastadas que ya no tienen edad. En reposo, su máscara inmóvil revelaba la vigilancia sagaz de un mozo, avispado por naturaleza, que ha conocido a mucha gente, ha atravesado por muchos países, por muchas circunstancias, y desconfía. Al hablar animábanse sus rasgos y brillaban sus ojos negros de meridional entre el abolsamiento de los párpados arrugados. Su trágico nombre de Egistho contrastaba con la bondad astuta que fué desplegando en sus funciones de mayordomo. No bien hubo instalado al recién llegado, le ofreció la lista de los vinos.

—Me permito recomendarle nuestro *montepulciano*, Excelencia. ¡Es un vino tan agradable!...—dijo en un francés de un ceceo encantador—. ¡Oh! Éste no es uno de esos «palaces» de Niza y de Nueva York en donde yo he aprendido mi oficio. Pero ya verá Su Excelencia, *non c'é male*.

Había vuelto a hablar la lengua nacional para formular este elogio, cuya falsa modestia subrayó con un guiño sutil.

—Aquí casi no se guisa más que cocina italia-

na, pero esmeradísima. Su Excelencia me dirá qué piensa de este *minestrone*.

Un mozo, en efecto, traía uno de esos fuertes potajes todo de legumbres, que son deliciosos para los gastrónomos de allá. El *maître d'hôtel* llenó con cierta compunción el plato del joven, que le preguntaba:

—Por lo visto, ¿ha estado usted en Nueva York y en Niza?

—Y en París y en Berlín...—repuso Egistho—. Pero ya he pasado la mitad del camino de la vida, como dice nuestro Dante. Y he querido terminar la caminata entre los míos.

Nel bel paese là dove il si suona

He nacido sienés, y quiero morir sienés...

—Puesto que es usted de aquí, conocerá bien los alrededores.

—¿Que si los conozco, Excelencia? No hay en diez leguas a la redonda una sola piedra cuya historia no pueda yo decirle. Mi padre era cochero de punto. Siendo yo muy pequeño, me llevaba a su lado cuando paseaba viajeros, y yo le oí enseñar una porción de cosas que no cuentan los guías. Así, pues, Su Excelencia visitará indudablemente el castillo de Belcaro. Es nuestro Peruzzi el que lo reconstruyó. En el mismo sitio había un castillo viejo que tomó por asalto el marqués de Marignan, y la conquista de esta fortaleza le costó tanta gente, que dijo al visitar-

lo: «*Bello ma caro.*» ¿Comprende? *Hermoso* pero *caro*. De ahí viene el nombre...

Y sonrió con esa complacencia en las tradiciones de la ciudad natal que da una intensidad tan viva al patriotismo italiano, alimentado por Dante aun en los más iletrados. El oficial francés era también un desarraigado. Los Courtin descienden de una antigua familia burguesa de Poitou emigrada a París, donde el abuelo de Hugo fué consejero del Tribunal de Cuentas desde 1840. Su madre, una Le Boedec, era hija de un rico armador de Nantes, retirado asimismo en París después de hacer fortuna. El natural de París no es natural de ninguna parte.

Las extrañas opiniones de Hugo, sus ideas y su actitud de honda hostilidad para el mundo contemporáneo se explicaban por una lucha constante contra ese desarraigamiento a la vez que por la reacción contra la mísera frivolidad del alegre vividor cuyo nombre llevaba. Su alma bretona, herencia de su desdichada madre y que prestaba a sus claras pupilas de celta una mirada tan grave, había buscado en el ejército el sustitutivo del terruño natal, un ambiente fijo donde quedarse, como había pedido a la carrera de soldado un empleo útil de su energía.

Escuchando al apasionado sienés, no pudo por menos de evocar el empobrecimiento regional de tantos rincones de la vieja Francia que no tienen ya historia porque los habitantes la

han olvidado. Pero él no había ido a Toscana para hacer una información de este género, y apoyándose en la anécdota contada con exactitud o sin ella por el *maître d'hôtel*, le interrogó:

—¿Está muy lejos de Valverde ese Belcaro?

—¿Valverde?—contestó el otro, con un indulgente movimiento de hombros ante semejante ignorancia—. Á Valverde se va por Camollia, y a Belcaro por Fonte-Branda... No me extraña que no lo sepa Su Excelencia, porque acaba de llegar de la estación. Indudablemente no ha visto nuestra puerta Camollia con su hermosa inscripción latina. ¡Cuántas veces he oído a mi difunto padre traducírsela a extranjeros! *Cor tibi magis Sena pandit*. Ó sea: *Siena te abre más aún su corazón*. ¡Qué inscripción tan simpática!

Y repitió las palabras latinas. Luego, reanudando su infatigable charlatanería de *cicerone* oficioso, añadió:

—También Valverde es un hermoso castillo que tiene su historia. Fué un cierto conde Ercole, bastardo de los Gonzaga, quien lo hizo construir en el siglo XVI a un discípulo de Peruzzi. Peruzzi se había negado a ello porque se trataba de una reducción del *castello* de Mantua, de donde aquel señor se fugó por haber conspirado. «*Peruzzi fà da se o non fà.*» «Peruzzi hace a su gusto o no hace.» Tal fué la respuesta. Esa es la verdadera divisa de nosotros los toscanos. Sin

embargo, ese *castellino* tiene su mérito. El año pasado lo ha comprado una dama francesa.

—Ya lo sé—dijo el oficial—, la señora duquesa de Roannez. La conozco. ¿Está allà en la actualidad?

—Sí, Excelencia. Ella a su vez podría decir de su castillo: *bello ma poco caro*. Figúrese: tuvo la suerte de encontrarlo todo restaurado por un inglés que se gastó en ello cientos y miles, y luego se rompió la cabeza al regresar de Siena en su automóvil. *Chi va piano*... Hay muchas tierras alrededor, bosques de encinas verdes con grutas y quizá una necrópolis etrusca. Al menos, eso dicen ahora. Ella ha empezado a hacer excavaciones.

Al llegar a este punto de su charla, le brilló una mirada de desconfianza, corregida inmediatamente.

—Por fortuna—prosiguió—, tenemos leyes que ya no permiten que se nos lleven nuestros tesoros. ¡Poseíamos tantos que nos han robado! Ya sabe usted que los toscanos somos anteriores a los romanos...

—¿Y en cuánto tiempo se va de Siena a Valverde? ¿Ha dicho usted que hay carretera para automóviles?

—No se tarda ni una hora.

—¿Se puede telegrafiar?

—Por San Gemigniano o Colle, sí—dijo el *maître d'hôtel*—. Pero desde allí hace falta un propio.

Y mostrándose *entrante*—otra metáfora italiana de lo más expresiva—, añadió:

—Si quiere anunciar su visita, debe hacerlo enviando un mensajero.

Luego, con ese genio de intermediario—de *mezzano,* como dicen ellos todavía—propio de los países en que el extranjero es una de las riquezas nacionales, siguió diciendo:

—Precisamente, hoy he encontrado a Bellagamba, el enano de la duquesa.

Y sonriendo de nuevo como verdadero sienés que subdivide su ciudad por barrios, insistió.

Estaba en *Campansi.*

—¿El enano de la duquesa?—interrogó Courtín, asombrado.

—Sí. Tiene uno, como Isabel de Este. ¿No ha ido a Mantua Su Excelencia?

—No—repuso el oficial.

—Pues hay que ir. Es una ciudad hermosa. ¡Oh! Claro que no puede compararse con Siena. Allá, tienen pantanos y mosquitos; pero también tienen su *castello* y su *reggia*, y en esta *reggia,* un aposento de enanos. El conde Ercole hizo construir uno igual en un *casino,* en Valverde, con escaleras de peldaños tan bajos como este escalfador.

Y mostraba el que había sobre el mantel.

—Es preciso doblarse por la cintura para entrar allí. Todos los techos son bajos, y delante del *casino* hay un jardín microscópico con ruinas

de tamaño proporcionado a la altura de los habitantes: arcos minúsculos, un arroyuelo, un lago pequeñito. El inglés rehizo ese aposento y puso en él muebles de miniatura; pero entonces no había enanos allí. Decía el dueño que no era cristiano tener en casa hombres desgraciados a guisa de curiosidad, como se tienen animales raros. *¡Sarà!*—exclamó, subrayando la interjección con una mueca—, puesto que Dios Nuestro Señor creó enanos, preciso es que vivan, que coman y que se alojen en alguna parte... La duquesa no ha razonado como el inglés. Apenas fué propietaria de Valverde, se dedicó a buscar un enano. De Niza le enviaron un tal Mario Bellagamba, a quien conocí allá en otro tiempo. ¡Cómo vuelve a encontrarse la gente!... Allí vendía él tarjetas postales y cerillas en los cafés. Á pesar de todo, en Valverde es más feliz viviendo en su *casino*. Repito al señor que me le he encontrado hoy, y si no ha regresado ya, llevará la carta del señor. Por la menor cosa hace el recorrido entre Siena y Valverde en un automóvil minúsculo proporcionado a su estatura, menos de un metro quince. Guarda su automóvil aquí al lado, en la vía Montebello. ¿Envío al recadero para saber si se ha marchado?...

—Sí, envíe al recadero—dijo Hugo.

Y comenzó a interpretar a su manera los informes facilitados por el complaciente Egistho. Esta *villa* principesca comprada por capri-

cho, esta existencia artificial de gran dama del Renacimiento, arbitrariamente organizada en un rincón de Italia, que el día de mañana abandonaría la fantástica criatura para no volver nunca; esta miseria humana, este enano que servía de juguete a su humor y de pretexto a su carácter paradojal, ¡qué símbolo del bizantinismo sin verdad profunda, sin necesidad íntima, que tanto le había disgustado siempre en la duquesa, incluso cuando sufría la fascinación de su ingenio y de su hermosura! ¿Y con quién llevaba ella semejante existencia? ¿Qué huéspedes habitaban Valverde? ¿Quién había reemplazado o precedido entre ellos a Hugo? ¿Qué lugar ocupaba él en los recuerdos de esta mujer? ¿Habia sido su primera, su segunda, su décima aventura? ¿Acaso podía saberlo?...

Después de dos años de separación y de reflexión, el enigma seguía siendo insoluble para el joven, y aunque él no se lo confesase, doloroso. Se le planteaba con más intensidad en aquella mesa de hotel de una ciudad extranjera con la perspectiva de un encuentro, cercano quizá, que de nuevo los pondría frente a frente.

Había sido su unión de las que no dejan a un amante ninguna idea indiscutible sobre el pasado sentimental de su querida. Ella se entregó con la suficiente rapidez para que él tuviese derecho a creerla una mujer galante: pero luego se condujo con él tan apasionadamente, y tan

espontáneamente, que había que creerla sincera. No habia en ella la menor astucia ni la menor coquetería, y por otra parte, ¿cómo concebir que con su desconcertante audacia de inteligencia, con su desdén por todos los prejuicios y por todos los principios, con su constante anhelo de la sensación nueva, no hubiese tenido ella, libre, hermosa, joven, cortejada, la curiosidad de las experiencias novelescas? Los intelectuales ofrecen esas contradicciones entre su pensamiento y su vida, y la señora de Roannez era en realidad una intelectual, aunque en cierto modo perteneciese, como su madre, a la clase de esos *culture-snobs* que abundan en lo que se podía llamar la Europa Mundana (cuando había una Europa). Esta dificultad para poner de acuerdo sus pensamientos con sus actos hace fácilmente de estas mujeres unas torturadoras de amor, especialmente para sensibilidades que han permanecido intactas y jóvenes, como la de Hugo Courtin.

No se conocía él a sí propio lo bastante para darse cuenta de que la sencilla rectitud de su carácter y su pensamiento había ejercido desde el primer instante una atracción sin igual sobre aquella criatura de complicación y de artificio. Ella era una estragada y él era un primitivo. La secreta tragedia de la pasada pasión, su intensidad y a la vez su incapacidad para durar se basaban en este contraste. ¡Cuánto había sufrido

él por eso en otro tiempo y sufría aún ahora!... Pero era demasiado tarde para vacilar.

Otra vez se acercó el *maître d'hôtel*, acompañado de un personaje que por su estatura minúscula y su aspecto grotesco no permitía equivocarse, y presentando a este mamarracho, con un acento cómico, mezcla de burla y ceremonia:

—Excelencia—dijo Egistho—, le traigo al señor Mario Bellagamba, uno de los servidores de la señora duquesa de Roannez.

No era el enano una simple reducción de un individuo normal. Era menos notable por su pequeñez que por la desproporción entre la brevedad de sus extremidades y el tamaño excesivo de su cabeza y de su busto. Su torso era de un hombre adulto y vigoroso y sus piernas de niño. Sus manos apenas le llegaban a las caderas, y los dedos separados las daban una forma de tridente. Este verdadero boceto humano tenía huesos y músculos poderosos y fuertes, hombros anchos, pecho abombado, cabeza gruesa, con las prominencias frontales en extremo abultadas, y rasgos muy acentuados en una cara abotargada de nariz corta y aplastada en su base. Lo mismo podía tener veinte años que cuarenta. Sus cabellos muy obscuros y sus dientes muy blancos pregonaban juventud. Los surcos de sus mejillas y lo quebrado de su color denunciaban más edad. Estaba vestido con un traje de *chauffeur*, de paño obscuro con trencillas negras, que, moldeando su torso

robusto, dibujaba el aplastamiento de su espalda y lo hundido de sus riñones. Iba muy derecho, con la cabeza alta, para no perder una pulgada de su exigua persona. Ostentaba una barba corta, pero bien poblada, que le comía el rostro hasta los ojos. Bajo el bigote se adivinaba el pliegue arrogante de la boca. Llevaba la gorra en la mano, aunque muy cerca de su cabeza, como si este gesto de banal deferencia repugnase a su orgullo, y bajo las cejas espesas, sus ojillos sombríos lanzaban una mirada de malicia casi salvaje que de repente se convirtió en una mirada de maldad.

El oficial permanecía asombrado ante esta extraordinaria aparición. El enano, halagado e irritado a la vez por semejante estupor, murmuró bruscamente, con voz ronca:

—El señor Egistho me ha dicho, caballero, que desea usted hablarme. Puedo concederle poco tiempo, porque me esperan en Valverde, donde ya estaría de vuelta hace dos horas a no ser por una avería del carburador. La avería está reparada al fin y tengo que marcharme.

—En efecto, señor—contestó Courtín, a quien el tono de importancia del personaje no sorprendió menos que su aspecto—, deseo enviar una carta a la señora de Roannez, y...

—Si es para visitar la *villa*—interrumpió Bellagamba—, es inútil, porque no concedemos permisos de esa clase.

El hombrecillo había pronunciado «concedemos» irguiéndose más todavía, con un orgullo tan cómico, que su introductor Egistho, detrás de él, meneó la cabeza y se llevó un dedo a la frente para justificar las singularidades del bufón. Pero ¿cómo iba a pensar Hugo en molestarse por las puerilidades agresivas de este gnomo? Tampoco le divertían, pues en aquel momento sólo podía pensar en su visita a Valverde.

—Se trata sencillamente de llevar dos letras a la duquesa—dijo—. No le haré esperar.

Y añadió, encarándose con Egistho:

—Tráigame recado de escribir.

—Basta con el papel, señor Egistho—rectificó el enano—, porque tengo aquí mi estilógrafo.

Con la misma infantil vanidad, aunque servil esta vez, en su insolencia, sacó de su bolsillo un portapluma de oro, esmaltado de verde pálido y ornado de una corona ducal. Luego se lo ofreció a Hugo, que con un nuevo sentimiento de tristeza tomó este absurdo juguete, regalo fastuoso e irrazonable de la gran dama a su juguete vivo. Ya tenía delante el secador, el papel con las armas del hotel, los sobres, y continuaba sin embargo con el estilógrafo en la mano, sin trazar una línea.

No era para escrita la pregunta que pretendía hacer a su antigua amante. Ni siquiera sabía cómo llamarla en el encabezamiento. Acabó por extraer de su cartera una tarjeta de visita,

y despnés de otra vacilación, se limitó a escribir en ella estas palabras: «El capitán Hugo Courtin, de paso en Siena, desea saber de la señora duquesa de Roannez si puede ir a presentarle sus respetos y cuándo.» Y deslizó la tarjeta en el sobre, no sin haber leído y releído esta frase de una banalidad oficial.

Inmóvil a algunos pasos de distancia, Bellagamba observaba estos manejos con una curiosidad que, en cierto momento, le hizo adelantar el cuello para espiar, por debajo del hombro del joven, el contenido del billete... ¿Por qué se fruncían sus cejas erizadas? ¿Por qué el pliegue cruel de su belfo y el estremecimiento en las aletas de su nariz? ¿Se trataba únicamente de la envidia, propia de un desgraciado, ante la soberbia silueta de un soldado hermoso?

Hugo no resultaba muy alto, pero estaba bien proporcionado para su estatura mediana, y era delgado, de movimientos sencillos y armónicos, cada uno de los cuales pregonaba la calma de la fuerza. Una expresión marcial ennoblecía los rasgos finos de su rostro, bronceado por dos años en Mauritania. Sus ojos de bretón parecía más azules por el contraste con una tez tostada que iluminaban los reflejos rubios del bigote y de los cabellos muy cortos. La costumbre del mando prestaba a este semblante de una belleza varonil no sé qué altanería que podía también explicar la reacción hostil del enano, habituado a todos

los mimos (según lo demostraba el portapluma de esmalte) y a todas las libertades (según lo demostraban sus impertinencias). El pretencioso personaje puso el colmo a éstas con el gesto desabrido con que tendió la mano para coger la carta, su estilógrafo y un luis de oro que Courtin acababa de buscar en su portamonedas. Guardóse la propina con un «gracias» muy seco y salió del comedor sin saludar más que con la cabeza y de una manera insolente.

El otro no reparó en ello, ensimismado como estaba en sus pensamientos, y acabó de comer, abismándose en un mutismo que Egistho era demasiado astuto para no respetar.

—Debe de ser un enamorado de la duquesa ese francés—dijo por la noche a la dueña del establecimiento, al referirle los hechos y gestos de los clientes, según tenía por costumbre.

La hotelera en cuestión era una exuberante pisana, casada con un moribundo aquejado de ataxia. El sagaz Egistho consolaba el abandono de esta semiviuda, esperando la viudez completa y las segundas nupcias. Entretanto, creía oportuno cuidar bien la prosperidad de su futuro hotel.

—Puedes aumentar la cuenta, María—añadió—, pues él no la mirará siquiera. Ha subido desde la mesa a su cuarto. ¡Cuánta luz eléctrica va a consumir!... Porque de seguro no dormirá en toda la noche.

III

Magna Dea Némesis

A despecho de las previsiones del juicioso *maître d'hôtel,* Hugo durmió profundamente aquella noche. Era un soldado, es decir, un hombre de acción por naturaleza y por disciplina. El reposo de Condé sobre su cañón la víspera de la batalla de Rocroi es el sublime símbolo del don que poseen esos hombres, el de la calma animal en la espera una vez tomada su resolución e iniciado el acontecimiento.

Al despertarse al día siguiente por la mañana, esta misma calma le permitió visitar la ciudad, llevando en la mano los *Comentarios* de su caro Montluc, pero esta vez sin una distracción excesiva.

La Señora de Roannez tenía ya su carta, y él estaba seguro de que en aquel mismo día recibiría la respuesta, pues sabía que la dama era ani-

mosa. Este valor para no retroceder jamás era el único rasgo de aquel carácter que el joven estimaba verdaderamente. Ella no pretendería esquivarse a la demanda de una explicación que se sobreentendía en las pocas palabras escritas en la tarjeta.

—¡Qué lástima!—pensaba él, bajando por las calles de Siena, casi todas en pendiente, pinas como escaleras, y en las que de cuando en cuando tenía que echarse a un lado para dejar paso a grandes bueyes grises que desfilaban en yunta tranquila y lenta, o bien a alguna *carrozzella* toscana de dos ruedas, cuyo caballejo trotón polpeaba las baldosas con sus cascos precipitados—. ¡Sí, qué lástima que, con una naturaleza como la suya, no crea ella en nada, y para nada sirva su fuerza interior!... ¡Las mujeres del siglo XVI de que habla Montluc creían y servían de algo!...

Había preguntado el camino de la Puerta Ovile, y releía en el volumen la página en que el viejo mariscal cuenta cómo, viéndose obligados a cubrirla con un parapeto de tierra para que estuviese resguardada del cañón enemigo, las grandes damas y los burgueses acudieron a tomar parte en el trabajo. «De ningún modo—exclama el mariscal—dejaré de inmortalizar vuestro nombre, damas sienesas.» Y nombra y enumera las tres bandas en que estaban divididas. «Existía, primero, la de la *signora* Forteguerra, que

iba vestida de violeta, y también todas las que la seguían, con un atavío corto, a guisa de ninfas, y mostrando el brodequín.» Existía la de la *signora* Piccolomini, «vestida de raso encarnado». Existía, por último, la de dama Lucía Fausta, vestida de blanco, con una enseña blanca. «Habían compuesto un canto—prosigue Montluc—en honor de Francia, y lo cantaban encaminándose a las fortificaciones. ¡Daría mi mejor caballo por poseer ese canto y ponerlo aquí!»

Para el oficial francés de 1914 se animaban tales frases en medio de esta decoración que se mantenía igual que en la remota época: las mismas fachadas de argamasa gris o de ladrillos rojos, el mismo sombrío azul del cielo entrevisto en el intersticio de los arcos que unían los tejados de las casas, las mismas alternativas de fresca sombra y sol abrasador, las mismas fuentes de agua corriente, y franqueada la famosa puerta, la misma ondulación en las colinas, el mismo follaje argénteo de los olivos... Hugo veía a las hermosas obreras de la guerra como si desfilasen ante él, con la azada en la mano, sobre la cabeza el cesto lleno de tierra, y en espíritu comparaba a las abnegadas y heroicas servidoras de la ciudad con aquella nómada de la gran vida europea, que era la duquesa, adornada de un título cuyas tradiciones no conservaba, enriquecida por una fortuna adquirida en una tierra que no quería habitar, comprendiéndolo todo y retraída de todo,

desconcertante e ineficaz mezcla de razas y de paises, de condiciones y de ideas.

—Razón de más—concluyó a media voz—para que yo defienda de ella lo que tengo derecho a defender...

Y añadió luego en voz alta:

—¡Si fuese suyo ese coche y ella estuviera esperándome!... Dentro de un cuarto de hora *sabré*...

Absorto en sus meditaciones, y conforme avanzaba la mañana, se había remontado de la Puerta Ovile a la calle Camollia, y veía que en el soportal del Hotel Barrafranca estaba estacionado un automóvil de lujo, bruñido, charolado, con un chispear de cobres, la caja barnizada de verde obscuro. El coche estaba vacío, y el *chauffeur* dormitaba en su asiento. A dos pasos del vehículo hablaban dos personas, y en una de ellas reconoció Hugo al enano de la víspera. El otro era el dúctil Egistho, que se adelantó hacia su huésped con la amabilidad deferente de siempre en su rostro sagaz:

—El automóvil de la señora duquesa viene a buscar a Su Excelencia para conducirle a Valverde.

Bellagamba, sin abandonar su gesto huraño, se había subido al estribo del coche, y tomó de una de las bolsas del vehículo una carta que entregó al recién llegado, saludándole apenas, sin pronunciar una palabra.

Si el oficial se hubiese preocupado de observarle, le habría chocado la atención suspicaz con que el enano le miraba abrir el sobre. Tenía igual mirada cruel que la víspera, cuando en cierto momento adelantó la cabeza para leer las palabras trazadas en la tarjeta de visita. Pero el antiguo amante sentíase demasiado conmovido, al solo aspecto de aquella letra alta y firme, para reparar en incidentes de este orden, y su corazón latía demasiado fuerte, a pesar de todo, al oir la voz de la querida abandonada, detrás de las palabras de este billete casi tan sencillamente impersonal como la misiva de él, aunque redactado con más tacto.

«Bien venido sea usted a Toscana, mi querido amigo—decía el tal billete—. Ya que todavía quiere usted acordarse de una amiga de otra época, sepa que me complacerá mucho si acepta Valverde como alojamiento durante el tiempo que consagre usted a visitar Siena y este maravilloso rincón de Italia. Por lo menos, será un albergue algo mejor que el anticuado Hotel Barrafranca. No le permito a usted decir que no, y le envío mi automóvil con el divertido Mario Bellagamba, a quien ya conoce usted.

»Los reyes de España no tuvieron más perfecto modelo de *acondroplásico* para proponérselo a los Ribera y a los Velázquez. Pregúntele el significado de esa antipática y pedantesca palabra al Padre Desmargerets, que le acompañará

en el camino. Es un ilustre miembro del Instituto y un arqueólogo de primer orden. Ha ido a Siena a examinar un cuadrito en madera que me han ofrecido. Le tengo en casa, y es el director de las excavaciones que he emprendido. Porque también yo me he chiflado por la arqueología. La culpa de ello la tienen este país de antigüedades y mi *omnivorismo,* al que tanto se opuso el ascetismo guerrero de usted. Soy demasiado vieja para corregirme.

»El padre le ayudará a pasar el rato. Tiene muy desarrollada la tercera circunvolución de la izquierda, como diría un médico. Otro rasgo de omnivorismo que perdonará usted a su afectísima...»

Y había firmado protocolariamente *Brigham-Roannez* esta misiva cuya jovialidad se avenía mal con el serio móvil que lo había atraído en pos de la dama. Tan viva fué en él la impresión de este contraste, que estuvo a punto de responder en el momento con una excusa verbal. Otra vez asaltó su espíritu la idea de tomar el tren inmediatamente, y otra vez la rechazó por el motivo de antes.

—Que preparen mi cuenta—dijo al *maître d'hôtel*—. Subo a mi habitación para hacer la maleta.

Un cuarto de hora más tarde, bajaba, encontrándose en la acera con el otro compañero de camino anunciado por la duquesa.

El Padre Desmargerets era una especie de gigante que parecía escuadrado con un serrucho. De pie al lado de Bellagamba, hacía resaltar cómicamente, sólo con su presencia, la exigüidad y vanidad del enano, el cual ponía toda su energía en erguirse junto al coloso, con el torso abombado e inflado, las pantorrillas en tensión y separados del cuerpo los brazos semejantes a aletas, vueltas las palmas de las manos. Constituían, en verdad, un par extraordinario de fenómenos. Pero el más fantástico de ambos, para quien los observase con detenimiento, era el arqueólogo.

La semialucinación constante del sabio que no ve lo real sino en lo que se relaciona con sus ideas le daba una fisonomía pasmada, y sin embargo, el arte le debía un admirable estudio sobre *El simbolismo en la escultura antigua*. Sin esta expresión casi de estupidez, hubieran sido hermosos los rasgos principales de su noble rostro ¡Y qué incuria la suya! Sus largos cabellos grises, mal peinados, manchaba de películas el grasiento cuello de la sotana, a la que faltaban botones. Una barba de varios días se le erizaba en las mejillas y el mentón. A esto habia que añadir una timidez de niño, que le hacía enrojecer, vacilar y tartamudear en cuanto se trataba de cualquier cosa de orden práctico.

El desconcierto ante la vida de este hombre superior tomaba un carácter patético si se re-

cordaba que el tal presbítero, gloria del Oratorio, había sido expulsado de su comunidad, por la ley de congregaciones, a los cincuenta años cumplidos. Pero sus timideces y torpezas desaparecían como por encanto no bien una idea le animaba. Aparecía transfigurado entonces por una juvenil exaltación. La inteligencia iluminaba sus ojos y la elocuencia habitaba su boca.

No habrían transcurrido diez minutos, cuando proporcionó a Hugo el espectáculo de esta metamórfosis. Al principio se mostró todo confuso, todo azorado, balbuceando complicadas fórmulas de cortesía, y luego hizo patente su torpeza al instalar su largo cuerpo en el automóvil. Sin embargo, bastó una palabra del oficial para que de repente surgiese de él otro hombre.

Rodaba a toda marcha el vehículo a lo largo de la carretera sinuosa que, por Casciano, el Piano del Lago y Santa Colomba, llega a Valverde. Bajo un cielo intensamente azul, se desarrollaba el divino paisaje toscano, con sus colinas, sus cipreses, sus olivos, sus encinas verdes y sus castaños. Pero Hugo no estaba en disposición de disfrutar esta naturaleza salvaje y dulce. Miraba al enano, sentado frente a él en una bigotera, e invadíale el estupor al pensar que la duquesa tuviese a modo de animal doméstico este monstruo de siniestra catadura. Miraba al Padre Desmargerets, y se preguntaba cómo podía ser verdaderamente un sabio de primer orden,

cuyo nombre recordaba haber leído en los periódicos, este buen hombre tan ridículo. Por él, no obstante, podía saber algunos detalles acerca de Valverde y de la manera de vivir que tenía allí la duquesa. Buscando un pretexto para entablar conversación, se fijó en el cuadrito que el arqueólogo guardaba sobre sus rodillas cuidadosamente envuelto en papel, y dijo:

—La duquesa me manifiesta en su carta, Padre, que le lleva usted de Siena una pintura interesante.

—No es muy buena—contestó el Padre, descubriendo su adquisición: una tablita en la cual estaba pintada una clarisa con sayal burdo y sosteniendo su corazón en una mano—. Indudablemente, es un trozo arrancado de los largueros de un cuadro mayor, en los cuales se escalonaría toda una serie de personajes. Es una Santa Clara, la fundadora de la orden que tomó su nombre. Este residuo, al menos está intacto. No lo han retocado, porque se descascarilla el estuco dorado de la aureola. El vendedor quería hacerlo pasar por un Pietro Lorenzetti; pero yo no le creo ni una palabra. Basta comparar este dibujo blando y estos puños sin vigor con el hermoso séquito de *La invención de la Santa Cruz* que hay en la Obra del Domo. De allí vengo ahora. A pesar de todo, he comprado por cuenta de la duquesa esta tablita, porque confirma un dato, capital para nosotros, de la historia de la

pintura sienesa. Mire usted este rostro, mire los pliegues de esta vestidura. Ha servido de modelo una estatua antigua. Es curioso, ¿verdad?

Y con una falsa modestia de sabio entusiasmado por su descubrimiento, continuó:

—Es una idea mía, que hoy tengo yo solo y que dentro de veinte años será del dominio público, la de que todo el arte sienés deriva del arte antiguo. Había aquí una porción de estatuas griegas, lo cual induce al escocés Theophantus a decir en su comentario sobre Juvenal: *Tuscia, mater omnis impietatis et supertitionis,* porque esas estatuas representaban divinidades. Había, particularmente, una debida al cincel de Lisippo. El otro Lorenzetti, Ambrogio, se sirvió de ella para la Paz de su *Buen gobierno.* ¿La recuerda usted?

Y ante el gesto negativo de Courtin, volvió a interrogar:

—¿No la conoce usted?

—Estoy en Siena desde ayer solamente—dijo el oficial.

—Pues ¿qué ha hecho usted esta mañana? —preguntó el entusiasta.

El enano sonreía maliciosamente en su banqueta, y dijo con su voz chillona que parecia salir de un gaznate metálico:

—Pero, Padre Desmargerets, ¿cómo quiere usted que la Paz interese a un capitán de infantería colonial?

—¡Bellagamba—replicó el Padre con un enfado bondadoso—, háganos gracia de su antimilitarismo... Le advierto a usted—añadió, encarándose con Courtin—que el señor es anarquista, pero un anarquista que quisiera bombas de casa de Falize o de Lalique (1). Mire usted, si no.

Mientras hablaban de él, el enano se había sacado del bolsillo—para extraer de ella un cigarrillo que encendió con la mayor desenvoltura—una cigarrera de esmalte, como su estilógrafo, y ornada de la misma corona.

—Pero volvamos a mi tesis—continuó el arqueólogo, con una expresión exaltada y tenax de rebuscador satisfecho—. Estoy sobre la pista de otra de esas estatuas. Es una historia extraordinaria, un milagro, me atrevería a decir, si no temiera profanar un término sagrado, aunque...

A la sazón se hizo grave su acento. Este sabio era un sacerdote que tenía mucha fe.

—Aunque—concluyó—también Dios se mezcla en las pequeñeces...

De nuevo sonrió el enano, lanzando una bocanada de su cigarrillo. Demasiado se comprendía, por su actitud, que la duquesa no sólo le colmaba de preciosos regalos, sino que en su casa le otorgaba la familiar y a menudo insolente libertad de los locos de corte.

---

(1) Célebres productores de objetos artísticos, de París.—*N. del T.*

—¡En las pequeñeces!—interrumpió—. Menos mal, ya que no se mezcla en las cosas grandes.

—Me había olvidado—dijo el arqueólogo a Courtin—de que el señor también se cree ateo.

—Usted, en cambio, Padre, se cree muy creyente—replicó el enano.

—Imagínese usted—prosiguió el oratoriano, sin reparar en esta nueva impertinencia de peor género que la otra—que, hace tres meses, estudiaba yo en nuestra Biblioteca nacional, para cierto trabajo de orden en absoluto diferente, un manuscrito milanés de Valerio Máximo... ¡Ah, qué hermoso era el tal manuscrito, con un frontispicio en el que se veía a Tito Livio ante Roma, y enfrente de él a un ángel con una espada, de pie sobre una columna! Es uno de los volúmenes traídos por la expedición de Carlos VIII. ¡Cuántas cosas buenas proporcionaron a Francia nuestros reyes!

—Nos las han hecho pagar un poco caras—dijo el enano, meneando su cabeza enorme—. ¡Si tuviera yo tantas monedas de cinco francos como hombres murieron en esas guerras de Italia, sin contar los inválidos!...

—La guerra es un azote, ¿quién lo duda? —repuso el Padre—. Consolémonos, al menos, pensando que aquélla nos valió ese precioso ejemplar. Tiene los márgenes muy anchos—continuó—. Esos márgenes son una delicia para mí. Verá usted por qué. Están llenos de notas... To-

dos esos tesoros de la literatura antigua nos han sido conservados en los conventos.

—Si los frailes hubieran sabido lo que guardaban—bromeó Bellagamba—, ¡qué auto de fe habrían hecho!

—Lo sabían perfectamente—replicó el Padre—, y esas notas lo prueban. Juzgue usted, si no, señor Courtin. En uno de esos márgenes de mi Valerio Máximo me llamó la atención lo extenso de cierta nota, escrita con letra menuda y puesta al frente de un pasaje en que se recordaba el sobrenombre de Félix dado a Sila el dictador. Pero va a leerla usted mismo, porque siempre llevo conmigo la copia...

Y sacó del bolsillo interior de su sotana una cartera grande que le abultaba el pecho por debajo de la tela; luego, de esta cartera atestada de apuntaciones, extrajo una hoja de papel muy usada en los dobleces, de tantas veces como había sido abierta y vuelta a cerrar, y se la tendió a Hugo, insistiendo:

—Lea, lea...—al mismo tiempo que recitaba de memoria las primeras líneas—: *Paucis abhinc annis, in hoc nostro monasterio sancti Marcelliani...*

—Confieso a usted, Padre—dijo el oficial—, que me confundo un poco con el latín, por no haberlo practicado desde el colegio...

—No se necesita saber tanto para dar de sablazos a los pobres negros—comentó el enano.

Le voy a traducir el trozo—repuso el Padre Desmargerets—. Usted me dispensará si rebusco un tanto. La nota dice así. Sigue el texto literalmente.

Y leyó:

Nota del monje del convento de San Marcelliano (1)

Véanse más adelante fols. 97 y 113.

«Hace algunos años, en nuestro monasterio de San Marcelliano, agitó mi espíritu un asunto muy difícil, relativo a ese dictador Sila que quiso se le llamara *el Dichoso*. Este hombre, de un carácter abominable, había encargado en la Gran Grecia a un artista hábil una estatua de la diosa que los paganos llaman Némesis; y a fin de conjurar los encantamientos de la siria Martha que Cayo Mario mantenía en su campamento, y también para desarmar la envidia de los dioses, había consagrado el ídolo en el célebre templo de Nurtia, diosa de los vulsinienses, *Magna Dea Nurtia,* como la llamaban ellos. Esta diosa era su Némesis. Pero, en la desgraciada época en que el Imperio romano padeció bajo el poder de los bárbaros, el templo de Nurtia fué destruido al mismo tiempo que la ciudad, y la estatua, dedicada por Sila, fué transportada a Siena, no se cómo. Entonces, nuestros abuelos, conmovi-

(1) Al final del volumen se encontrará el texto latino de esta nota.—*N. del A.*

dos por la belleza de la efigie, y quizá conocedores del poder de preservación que se le atribuyó en la antigüedad; olvidando, además, las prescripciones de nuestra fe, decidieron ponerla en lo alto de una fuente pública, lo que se efectuó al punto, con gran concurrencia del pueblo y verdadero júbilo. Bien es verdad, y esto constituye una especie de excusa que debo invocar en favor suyo, que los florentinos, a quienes desde hacía mucho tiempo abrasaba un odio mortal contra nosotros, habían confiado la salvación de su ciudad a una estatua en mármol del dios Marte. Pero he aquí que un día, habiendo comenzado a ensañarse con nosotros la guerra y la peste, nuestra ciudad se vió afligida por numerosas adversidades, y uno de nuestros principales ciudadanos, famoso por su rara prudencia, acusó vivamente en el Consejo a esa estatua impía de ser causante de nuestras desventuras; y con aplauso de todos, propuso hacerla añicos y sepultarla, si era posible, en territorio florentino. Bien fácil le fué realizar su deseo. Desmontada durante la noche de lo alto de la fuente, fué transportada al punto la estatua a nuestro convento, y me la entregaron los oficiales del municipio (yo era entonces portero) para que la rompiese y la sepultase por orden de nuestro Consejo. Pero ¡oh maravilla! en cuanto me quedé solo con la estatua y me dispuse, provisto de un martillo de hierro, a ejecutar la orden del Consejo,

se apoderó de mí una lástima extraordinaria por aquella imagen impía, y me pareció ver que una sangre joven animaba el rostro del ídolo. Se me cayó el martillo de las manos. Empecé por tirarlo en un rincón de la celda; pero luego lo recogí y fingí dar fuertes golpes a la estatua para que el reverendo abad no pudiese dudar de mi fidelidad en cumplir mi deber. Entonces, tomando una súbita resolución, coloqué con mis propias manos, con el mayor cuidado, la imagen (¡pero intacta!) en un cofre de madera elegido a este efecto. Después, cerrando el cofre con clavos y cuerdas sólidas, y depositándolo en un carro bastante grande, enganché el caballo y en voz baja le dí la señal de partida. Caminamos a paso igual entre las sombras de la noche, y al cabo de más de una hora de camino—el cofre pesaba mucho y el caballo era muy viejo—, llegamos a un paraje próximo a Colle que yo conocía de largo tiempo atrás. Con el alma estremecida, hice pararse a mi cuadrúpedo compañero. Allí estaban, desapareciendo por entero bajo hierbas y arbustos, las ruínas de varias cámaras sepulcrales que uno de nuestros hermanos, muy sabio, creía eran etruscas, basándose en cierta inscripción grabada sobre una pared. Pero si el exterior de los monumentos era invisible, el interior estaba poco deteriorado. Escogí el que sabía yo que era más accesible, y sacando del carro el cofre de madera, lo introduje en la cámara

sepulcral, convencido de que la notable estatua conservada en otro tiempo en el templo de Nurtia no podía ser sepultada más convenientemente que en la tumba etrusca y entre los demás demonios de la subterránea mansión. Aunque soy mucho más robusto que la mayoría de los hombres, hasta el punto de poder doblar entre mis dedos una barra de hierro, este trabajo me había agotado. Sin embargo, tuve fuerzas para darle cima, cavando una fosa con un pico fuerte. Luego empujé una piedra hasta la entrada del subterráneo, y me marché. ¡Dígnese ahora perdonarme el Dios todopoderoso! Y tú, Virgen María, madre de Cristo, protectora de mi ciudad, accede a perdonar a tu humildísimo servidor por haber seguido las huellas del doctísimo Francisco Petrarca (quien, según dicen, vive hoy alegremente en Milán) y haber osado admirar en secreto y salvar un ídolo pagano. Otórgame tu perdón para esta falta al mismo tiempo que para mis demás pecados; perdóname, ¡oh Virgen María!—Hay que recordar que Prudencio, poeta cristiano, ha escrito: «Es una hermosa cosa la belleza esculpida en el bronce.»

—¿Qué le parece a usted?—interrogó el arqueólogo, después de esta traducción improvisada, con fuego en los ojos y una gran emoción en la voz—. ¡Es asombroso, y cándido, y conmovedor!

—Es un relato muy pintoresco, efectivamente —contestó Hugo Courtín.

—Y muy edificante—dijo Bellagamba—. En nuestros días, cuando hay una epidemia se busca el microbio. En la Edad Media se enterraba una estatua. Quizá hayamos progresado algo.

—En escultura, jamás—repuso el Padre—. ¡Ah, si yo pudiese encontrar la estatua!—continuó—. Adivinará usted, señor Courtin, que esa fué mi primera idea en cuanto descifré la nota. No había duda posible de que se trataba de un convento próximo a Siena. Aun cuando no se mencionase el nombre de la ciudad, el del santo me lo habría revelado. Marcellianus y Secondianus son santos venerados de un modo especial por los sieneses. De ellos se dice en el martirologio romano: *Per vaticinium Sibyllœ Cammœœ Virgiliano carmine celebratœ conversi martyres fuerunt...* Un detalle me preocupaba. En esta parte de la Toscana no se conocía ninguna necrópolis etrusca, ¡Qué doble éxito descubrir una, y en ella la estatua! No tuve vacilación y llegué aquí. En los archivos inquirí noticias del convento de San Marcelliano, del cual no queda rastro ya. Descubrí que fué fundado en el año 731 por Warnefred, ayo de Luitprando, rey de los lombardos, y destruido a fines del siglo XIV, en el transcurso de otra guerra entre Siena y Florencia. Fíjese en que la nota habla de Petrarca, que nació en 1304 y murió en 1374. Por tanto, esta

nota data de mediados del siglo XIV. Continué mis pesquisas, y hallé un documento que me reveló que un conde Ercole dei Franceschi, bastardo de un Gonzaga, edificó su *palazzo* de Valverde sobre el emplazamiento de San Marcelliano. ¿Y todavía pretende usted, Bellagamba, que no crea yo en un pequeño milagro?... ¿Quién posee Valverde ahora? La señora duquesa de Roannez, a quien he tenido el honor de conocer en París, donde había comprado una colección de medallas griegas, pagándolas con mucha generosidad, a la viuda de un colega mío en arqueología. Le hice una visita y le conté la historia. Entonces ella me invitó a alojarme en su casa para estudiar los alrededores. Hizo más aún. Se interesó tanto en mis trabajos, que me proporcionó un material completo de excavaciones. Porque ya hemos comenzado a efectuar excavaciones en un terreno que me ha parecido correspondía a la descripción del monje y que ha comprado la señora duquesa... ¿No es hermosa esta afición a la arqueología, caballero, en una gran señora que podría limitarse a ser una mundana?... Pues bien—concluyó solemnemente—; ya hemos encontrado la necrópolis etrusca. ¡Otro milagro!... Hemos explorado dos tumbas, y no estaba en ellas la estatua; pero queda una tercera y última. Continúan las excavaciones, y si no dan resultado esta vez, volveremos a comenzarlas. Pero ¿dónde, dónde?...

—La estatua estará en la tercera tumba—insinuó Hugo, por condescendencia a la pasión de que veía poseído al anciano.

—No diga usted eso al Padre—interrumpió el enano, echándose a reir—. Ahora le asusta encontrar su estatua. ¿Y sabe usted por qué razón?... Pregúnteselo a él mismo. Es como el fraile de la nota. Teme que le traiga desgracia la estatua impía.

—Búrlese, Bellagamba—respondió el Padre—, usted que toca hierro cuando se encuentra con un sacerdote... Así es—añadió, encarándose con Courtín—; cada vez que se acerca a mí se mete la mano en el bolsillo para tocar sus llaves, y se imagina que no lo veo... No—continuó, abandonando el tono festivo—, no tengo miedo a la estatua impía. Pero es cierto que siento alguna aprensión ante esta serie de casualidades afortunadas: la nota descubierta por casualidad, la señora de Roannez instalándose precisamente en el sitio del convento por casualidad, la sepultura etrusca hallada por casualidad. Pues bien; sí, es cierto; este exceso de buena suerte me desconcierta, me asombra, me inquieta. En los pequeños dominios, como en los grandes, me asusta la dicha demasiado completa. No es la superstición sino la observación de la vida humana, la que me ha conducido a la evidencia de que en el mundo hay una ley de la medida, justamente la que los antiguos encarnaban en el

mito de Némesis. No estaba tan equivocado Sila al temer su propia fortuna, según significa eso de hablar de la envidia de los dioses. Aquí empieza el error: creer a la Divinidad animada de pasiones semejantes a las nuestras es una observación exacta interpretada imaginativamente. Pero es exacta la observación: *Todo sabiamente repartido*, es el epígrafe que mi viejo maestro Eduardo Tournier puso a su hermoso estudio sobre Némesis. En Valverde tengo el libro, y se lo prestaré a usted. Allí verá como Némesis no se convirtió en la justicia, en la venganza y en la cólera de los dioses hasta más tarde. En un principio fué, y sigue siendo, bajo el acumulamiento de trabajo mítico, la diosa de la mesura, de las soluciones prudentes y medias, me atrevería a decir. De antemano estoy seguro de que, si descubrimos la estatua, veremos que tiene uno de los dos atributos siguientes, o los dos acaso: una balanza y una medida llamada *codo*. En la balanza se pesa el lote atribuído a todo mortal, y para medir la dicha que le corresponde a cada uno se usa el *codo*, esa longitud de pie y medio que empleaban los antiguos. Creían los antiguos que cualquier exceso es funesto para el hombre, exceso de riqueza, exceso de poderío, exceso de inteligencia o exceso de acierto. Tal es el sentido de la célebre historia de Polícrates, según la cuenta Herodoto. ¿La recuerda usted?

—¿No fué uno a quien se le cayó su anillo al

mar, encontrándolo un pescador en el vientre de un pez?—dijo Courtín.

—No se le cayó. Lo tiró por consejo de Amasis, rey de Egipto. ¿Y por qué motivo? Para remediar (textual) con una desdicha voluntaria su prosperidad demasiado constante... Cuando Amasis se enteró de que la sortija había sido hallada, rompió toda relación con él, sin querer seguir siendo amigo de un hombre a quien su prosperidad consagraba inevitablemente a las desgracias espantosas. Algún tiempo después, Polícrates era prendido por Oretes, sátrapa de Cambyse, y crucificado.

—Y Amasis debió beberse una buena botella de vino para celebrarlo—dijo el enano—. Al fin y al cabo, ¿qué es un amigo? El tipo cuyo dolor nos da más gusto.

—No se calumnie usted, Bellagamba—repuso el Padre Desmargerets con acento de paternal reprimenda—. A usted, que es amigo de la duquesa y mío, ¿le gustaría que los dos fuéramos desdichados?... ¿Se da usted cuenta al presente, señor Courtín, de la especie de semiangustia que experimento ante esa asombrosa aventura de la estatua? ¡Nada menos que una estatua de Némesis!... Hace poco le decía a usted que no era por superstición, y sin embargo, hay algo de eso. Acabo de sentirlo al contarle esa historia. Sí, ese mito me impresiona, a pesar mío. En él, como en todas las leyendas de la antigüedad,

veo el rastro borrado, obscurecido, degradado, de las grandes verdades de la religión primitiva. ¿Qué dice el Demonio para tentar a nuestros primeros padres? *Eritis sicut Dei.* ¿Por qué castiga Némesis al hombre? Por haber querido ser como un Dios. ¡Saber demasiado, poder demasiado, poseer demasiado!... Es el caso de Prometeo, de los Titanes y de Polícrates, en la fábula. En la realidad de nuestros días, es el caso de Napoleón. Otra de mis ideas es la de que el plano natural y el plano sobrenatural del mundo no son contradictorios, sino que éste esclarece y completa aquél. De ser así, los paganos de buena fe debieron presentir la ley divina, mirando de cerca el fenómeno humano. Al inventar la Némesis, los griegos estuvieron muy próximos a reconocer que nos hallamos en el universo de la caída. Entrevieron el pecado original.

—¿Me permite usted una pregunta, Padre? —exclamó el enano—. Si el amo del *Risorgimento,* donde me he obsequiado con un aperitivo esta mañana, viniera a decirle: «Me debe usted el *vermouth* de Bellagamba», ¿encontraría usted justo que lo consumiera yo y se viese obligado a pagarlo usted? Pues, entonces... ¡Eso es absurdo!

—Lo que es absurdo—respondió el Padre—es que continúe usted tomando aperitivos, cuando el doctor Boris Roudine le ha repetido ayer mismo que está usted a punto de alcoholizarse.

—Efectivamente—dijo Courtin—, hay una Némesis de la cual no puede dudar un africano como yo, y es la que amenaza a los bebedores... Pero ¿será esto la Némesis de nuestro exceso de velocidad?... ¿Qué pasa?

El automóvil, que desde Siena rodaba a toda marcha de sus cuarenta caballos, acababa de pararse súbitamente, con un viraje brusco, detenido por un inmenso rebaño de carneros que se empujaban unos a otros. Tendido en tierra junto a la cuneta, lloraba un niño dando gritos, mientras el pastor, abriéndose paso entre los animales, se precipitaba sobre un gran morueco negro y blanco y le cogía por los cuernos. Hugo se había apeado del carruaje y preguntaba al niño, que redoblaba sus gritos, sin comprender el francés. Entretanto, se acercó el pastor, arrastrando al morueco y abrumándole a puntapiés.

—¿Que qué ha hecho?—contestó en italiano a Bellagamba, que le interrogaba en esta lengua—. Ha embestido con sus cuernos a mi pobre Milio, y le ha herido en la espalda...

—¡Ah, mala bestia!...—dijo el enano; y rechinando de placer los dientes, propinó por sí mismo con toda su fuerza un puntapié en el flanco del morueco, que yacía en el suelo bajo la rodilla del pastor.

Entonces, poseído de una emulación feroz

ante este gesto, el muchacho cesó de gritar. Irguióse, loco de venganza, recogió su vergajo y empezó a pegar al animal con golpes redoblados, mientras corría la sangre por los nasales del carnero furioso. Esta escena de salvajismo rústico tenía por marco un vallecillo plantado de olivos azulencos. Entre los troncos rugosos y agujereados, verdeaban los trigos. Salía una humareda de una casa cercana, cuya pared, pintada de color de rosa, se entreveía detrás de una cortina de negros cipreses. Un perro, hirsuto como un oso, ladraba alrededor de los carneros, contagiado de cólera.

—Vas a matar a ese infeliz animal—dijo el sacerdote al muchacho.

Su noble y cándido rostro expresaba tanta lástima desaprobadora como perversa alegría el rostro del enano.

—Ya le has castigado bastante—continuó el sacerdote—. Mira que sufre mucho.

—Nunca será bastante—exclamó el pastor, cuya larga cara peluda había adquirido una extraña semejanza con el perfil de sus animales.

Y como el niño, cansado, dejara caer su vergajo:

—*Verga, Milio, verga!*—aulló—. *Che ti conosca.*

—¿Sabe usted lo que ocurrirá?—dijo Courtin, terminada la ejecución y puesto en marcha otra vez el automóvil—. Un día el morueco matará

a ese niño, porque esos animales son prodigiosamente rencorosos. Un árabe no se conduciría de tal manera con el macho de su rebaño, pues conocen mucho mejor el carácter de sus animales. Lo he observado con frecuencia en Mauritania.

—Si el carnero mata a ese chico—replicó el enano—, lo hará con justicia. Ya han oído ustedes: «Pega para que te reconozca». Esa frase es la divisa de todos los tiranos. Llega un día en que el pegado reconoce, en efecto, al que le pega. A ese reconocimiento se le llama la Commune.

—A mí esa escena me ha privado de contemplar el hermoso paisaje—suspiró el Padre Desmargerets—. ¡Parece formado para un San Francisco de Asís! Hermano sol, decía, hermanos árboles, hermanos pájaros. Ahora hubiese dicho: hermano carnero.

—¿Decía también: hermanos ricos? —interrogó el enano.

—Sí, y eso que se llamaba pobre a sí mismo. Lo que primero debemos perdonar a los demás, querido Bellagamba—dijo, envolviendo al enano en una mirada digna del *poverello* San Francisco por la ternura de su caridad—, son nuestras propias miserias.

Hugo miró al enano, que no supo qué contestar. ¡Era tan oportuna la frase, aplicada a este desheredado!... ¿Qué había mostrado, en los cuarenta minutos que duraba el trayecto, sino reacciones de odio y de maldad? ¿Rencor por

qué? Su solo aspecto constituía una respuesta. Pero aquella ola continua de odio brotaba de otro manantial distinto al sentimiento de su deformidad.

El oficial de infantería colonial había tenido demasiado que ver en África con los «malas cabezas», como se dice en el cuartel, para no distinguir, bajo esta rebeldía física del monstruo contra su desgracia, otra rebeldía, la del anarquista contra la sociedad. En el fondo de su memoria se despertó el recuerdo de uno de sus camaradas de Mauritania que domesticaba a una pantera pequeña. Un día, este animal, hasta entonces manso y acariciador como una gata joven, había mirado a su amo con una mirada inquietante. Acto seguido, salió él de la estancia para coger su fusil y disparar sobre ella por la ventana hasta matarla. ¿Por qué asociación de ideas se le impuso una comparación entre el felino doméstico, siempre a punto de convertirse en fiera, y el gnomo que la duquesa había tomado de juguete vivo? Pero esta imaginación no hizo más que atravesar su espíritu. De nuevo hablaba la cordial y cálida voz del Padre Desmargerets, para decir con un entusiasmo igual al de antes:

—Ya estamos en Valverde. ¡Ah, la hermosa casa! ¡Qué gusto tan noble y tan fino tenían los italianos del siglo XVI!...

IV

En Valverde

La *villa*, o más bien la *castellina*, para dar su verdadero nombre a esta reducida copia del célebre *castello* de Mantua, acababa de aparecer en la oquedad de otro valle, cubierto por completo de encinas verdes, al borde de un estanque.

El Padre continuó:

—Ya ve usted cómo no mentía el dístico de la Edad Media:

Bernardus valles, montes Benedictus amabat
Oppida Franciscus, magnas Ignatius urbes. (1)

Los que habitaban este valle eran monjes reformados de la regla de San Bernardo. El convento debía de ocupar el sitio donde están ahora los edi-

(1) «San Bernardo amaba los valles, San Benito las montañas,—San Francisco las aldeas, San Ignacio las grandes ciudades.»—*N. del A.*

ficios de la servidumbre. He encontrado huellas de los muros antiguos. Los monjes eran demasiado ricos. ¡Siempre la Némesis! Su monasterio fué saqueado y después quemado por una banda de aldeanos que se sublevaron en estos campos con pretexto de la guerra.

—De esos aldeanos procedía el dinero de los frailes—dijo el enano—. Recuperaron lo suyo, nada más.

—Y arruinaron una fundación de la cual vivía la gente en veinte leguas a la redonda. Jamás se es rico sólo para sí, Bellagamba, ni aun practicando el más feroz egoismo; y cuando se posee un monasterio, se acapara la riqueza, como las fuentes acaparan agua, para distribuirla... Pero no nos quejemos por demás. Si el convento no hubiese sido destruído, no poseeríamos esta joya del Renacimiento... Disminuya la marcha, Pascual—indicó, hablando con el *chauffeur*—. Estamos en el primer punto de vista, el del estanque: con las dos gruesas torres cuadradas, provistas de bohardas y almenas, y horadado el cuerpo central por ventanas estrechas encima de la puerta baja que en otro tiempo precedía a un puente levadizo, el edificio parece una fortaleza, ¿verdad?... Espere un momento... Vamos a volvernos hacia el lado que mira a la montaña... ¡Cuánto talento tenía ese Bellarmati, el discípulo de Peruzzi! Entre paréntesis, él fué quien fortificó el Havre. ¡Qué coincidencia! ¿verdad?...

¿Ve usted cómo se alegra esa arquitectura severa con esa *loggia* de finas columnas? Los capiteles de hojas de acanto son de mármol blanco, y debajo se extiende un amplio *cortile,* embaldosado de blanco y negro. Y los soladizos de las torres, ¿no son elegantes? ¡Ah, hermosa morada!...

Y el viejo entusiasta, que se había conservado joven de corazón y de espíritu, a despecho de la sequedad de la erudición y de los años, se sumió en un silencio admirativo. Pocos minutos más tarde, el automóvil franqueaba una bóveda abierta bajo un fortín cuadrado y almenado de ladrillos rojos.

—Aquí estaba la hospedería del convento—dijo el Padre—, la *Foresteria.* Es todo lo que queda de San Marcelliano. Y este es el *casino* de nuestro Bellagamba.

—¡Mi perrera!—guturó el enano, que, a su vez, gritú al *chauffeur*—: ¡Para!

Y saltó del coche con prontitud, sin despedirse de otro modo, para desaparecer en una extraña edificación de un solo piso, agujereada por puertas y ventanas reducidas a la mitad de las dimensiones ordinarias. Lindante había un jardín, trazado con la misma escala de dimensiones del edículo. Se adosaba a un canal de mármol èn pendiente que, por escalones sucesivos y de un depósito de mármol a otro, llevaba agua de la colina hasta el estanque. Un ramal del ancho conducto derivaba en este minúsculo recinto,

regándolo con un arroyuelo sinuoso que serpenteaba entre las ruinas en miniatura celebradas por el mayordomo del Hotel Barrafranca.

—Apeémonos para ver esta curiosidad—dijo el arqueológo—; tenemos tiempo. . Son las ruinas de Roma, pero enanas. Mire, ese circo de la altura de una topinera es el Coliseo, ¡el *Colosseum!* Aquí están los arcos de triunfo de Tito y de Constantino, que parecen esperar una procesión de topos. ¡Qué lección de filosofía encierra este capricho! ¡Y cuàn pintorescas son esas avenidas, bordeadas de cipreses chiquititos, con sus sarcófagos semejsntes a tiestos de flores!...

—¡Así es! ¡El juguete de la duquesa tiene unos juguetes muy bonitos!...—les gritó una voz que reconocíeron, por ser la del enano.

Entonces le vieron acodado a una ventana que llenaba con su torso. Había lanzado esta frase con tal acritud, que, al volver al automóvil el oficial no pudo menos de decir al Padre Desmargerets:

—Parece que no quiere mucho a su ama ese tuno.

—¡Sí la quiere, sí!—dijo índulgentemente el sacerdote—. Es el perro favorito que ladra, gruñe y no muerde nunca. Además, esa deformidad, esa *acondroplasia,* ¡qué desgracia!

—Ese es precisamente el término que ha utilizado la duquesa en su carta de invitación, diciéndome que preguntara su sentido a usted.

—Ella se lo habría explicado lo mismo que yo —contestó el Padre.

La sola mención del nombre de la señora de Roannez le ponía en los ojos una llama de agradecimiento y de idolatría.

—Ella sabe griego, y mucho—continuó—. Como Cristina de Suecia, lee a Tucídides y a Polibio en el texto original. *Acondroplasia* viene de tres palabras griegas muy sencillas: un privativo, «cartílago» y «formar». Un *Acondroplásico* como Mario es un hombre que tiene una mala conformación de ciertos cartílagos, y por consiguiente, una atrofia de los brazos y de las piernas. El busto es normal, y también la cabeza. ¿Ha notado usted que todos los hombres pequeños tienen tendencia a la vanidad? Pues todavía más los enanos. Bellagamba cifra su amor propio en hacerse el anarquista. Ya le ha oído usted, ¡y no obstante, es tan dichoso en Valverde, que también podría temer él a la Némesis! Pero la lleva ¡ay! en su persona. Además, no todo el mundo es bueno para él, como la duquesa. Se gozan demasiado en molestarle.

—¿Quiénes se...?—osó preguntar Courtín.

Desde el comienzo del viaje prometíase interrogar a su acompañante acerca de los huéspedes del castillo. Á última hora se decidió a esto, y con un azoramiento de lo más revelador para otro que no fuese un arqueólogo, insistió:

—¿Con quiénes voy a encontrarme en el cas-

tillo? Se me había olvidado preguntárselo a usted.

—Solamente con cinco personas extrañas a él —dijo el sacerdote.

Y añadió, riendo:

—Una pequeña colección de muestras de Cosmópolis, un medico ruso, un pintor alemán, un lor inglés casado con una norteamericana, la americana en cuestión y este servidor de usted. Es lo que la duquesa llama su mesa redonda. Estas mezcolanzas la divierten... Pero veo que nos sale al encuentro. ¡Qué amable es y qué hermosa! Una belleza del Renacimiento. Cuando vaya usted a Florencia, verá en la galería de los Oficios el retrato de Lucrecia Panciatochi, pintado por Bronzino, y le parecerá reconocerla. Es ella misma. ¡Ah! ¡Verdaderamente, sabe actuar de dama de este castillo!

¿Había salido la señora de Roannez al oir el motor del automóvil roncar en el parque? ¿Se paseaba, sencillamente, para disfrutar la dulzura de la mañana en este jardín, trazado bastante después de construirse el castillo? Las fuentes, los parterres, las rosaledas, la disposición de los naranjos en sus tiestos de barro cocido, traicionaban una imitación de Versalles. El conjunto recuperaba su carácter italiano por la profusión de enorme iris, y en las proximidades de las cascadas por la abundancia de grutas de rocalla

con estatuas de un paganismo torpemente imitado. Rodeaban este parque cipreses y macizos de carrascas, ese árbol cuyo verdor seco no parece alimentarse de agua, sino de sol.

La dama de este jardín y de este castillo, como la llamaba su ferviente adorador el arqueólogo, iba toda vestida de blanco, con un manojo de claveles azafranados en su blusa, una sombrilla de seda cuyo color se armonizaba con las flores, y en sus cabellos castaños de reflejos rubios, un sombrero grande de paja blanda, cuya sombra ligera afinaba, desleía, idealizaba los rasgos delicados del bello rostro, en el que brillaban sus ojos de un obscuro color fulvo. En torno a ella saltaban dos grandes lebreles rusos, y la acompañaba un hombre desconocido de Courtín.

No había envejecido ni un día en los últimos veinticinco meses. Sólo con verla agitarse a una distancia disminuída de segundo en segundo, Hugo experimentó la misma indefinible emoción sufrida en el momento de ser presentado a ella en París, en la primavera de 1912. Sus gestos, en los que el movimiento se distribuía con una gracia tan natural, sus andares ligeros y enérgicos, su cabeza alta sin rigidez, su sonrisa orgullosa y voluptuosa, todo lo que caracterizaba a aquella mujer, en fin, ¡le había emocionado tanto, y en lo más íntimo de su sér, desde el encuentro inicial! ¡Pero era tan joven entonces de sentidos y de corazón!

Su protesta contra el ambiente en que vivía su padre, cuyo único interés lo constituían las intrigas galantes; la ruda y asidua disciplina de su oficio, y un fondo de creencias católicas, conservado aun sin practicarlas, fueron otras tantas influencias que le habían preservado de aventuras novelescas. Del libertinaje no conocía más que raros encuentros brutales, seguidos de disgusto, si no de remordimiento. Realmente, la duquesa había sido para él su primer amor, más inolvidable todavía por haber sido tarde cuando lo sintió.

Ciertamente, el oficial de África llegaba a Valverde bien curado de esta mujer, según creía, por los dos años de separación, habiéndose dado palabra a sí mismo de no volver a sucumbir, y era de los que mantienen las palabras dadas al propio honor. Pero hay un silencio de los sentidos que no impide que éstos tengan memoria, y cuando su mano tocó la mano de su antigua querida, este roce de dedos, por muy rápido que fué, le hizo estremecerse. ¿Permanecía indiferente ella misma ante este retorno a su vida de un hombre a quien había amado apasionadamente hasta suplicarle, venciendo su orgullo, que no se marchase? La costumbre del peligro en el uno y del trato mundano en la otra les daba a ambos ese total dominio de sí mismo que ninguna situación desconcierta, y se abordaron con palabras de una sencillez cordial, él dándole

las gracias por su invitación, por haberle enviado el automóvil, por la buena compañía que le había proporcionado, y ella diciendo:

—Va usted a hacerme creer en la doble vista, querido Courtin. Anteayer estuve hablando de usted con el Padre Desmargerets, a propósito de las ruínas de Timgad, que ha visitado el año anterior, y de la misión desempeñada por Africa en la sociedad romana. ¿No es exacto, Padre?

—Exacto—dijo el arqueólogo—. ¡Ah, cómo se repite la historia! ¡La Francia envejecida pidiendo al continente negro el mismo rejuvenecimiento que la vieja Roma!

—Halaga usted mi manía de africano platónico, Padre—respondió Hugo—; pero creo que la duquesa...

—La duquesa se precia de comprenderlo todo —interrumpió la señora de Roannez—, hasta las manías de los coloniales...

Y cual si no hubiese existido entre ellos más que una de esas amistades superficiales en las que las ausencias no constituyen dolores, añadió:

—Pero lo que comprendo sobre todo es el gusto de volver a verle. ¿No es Sully Prudhomme el poeta que ha dicho:

Le charme du voyage est celui du retour? (1)

Y como mi buena suerte es contagiosa, ha de

(1) «El encanto del viaje reside en el regreso.»-*N. del T.*

saber usted que viene a verme para asistir, quizá mañana, al descubrimiento de una obra maestra del arte antiguo.

—Ya me ha explicado el Padre Desmargerets...

—¿Y si el Padre Desmargerets se equivocara?—terció el sabio—. ¿Y si estuviera en otra parte la necrópolis etrusca en que enterró el monje a la *Némesis?*

—¿Y mi buena suerte, Padre—repuso la señora de Roannez, riendo—, esa buena suerte que le asusta a usted por mí?... Pero ¡qué cabeza la mía!...

Y con un ademán invitó a adelantarse a su compañero de paseo, que se había rezagado acariciando a los dos perros.

—Querido Courtín, permita usted que le presente al señor doctor Boris Roudine... Doctor, el señor capitán Hugo Courtín...

Luego, encarándose con éste dijo:

—Le advierto a usted que el doctor es un antimilitarista y un anarquista activo.

Y como los perros se obstinaban en jugar con el médico, gritó:

—¡Abajo, *Tristán!* ¡Abajo, *Iseo!... Keep quiet, dogs...*

Luego reanudó la conversación:

—Mis primos de Rusia son como usted, querido Courtín. Pretendiendo también hacer la dicha de las personas por medio de la autoridad, en-

viaron a Siberia al doctor. Aún lleva las huellas de ese viaje en una muñeca.

Había cogido la mano de Roudine, y bajo el puño de éste apareció una cicatriz circular.

—Pero se ha evadido, a pesar de su cadena. Ya se lo contaré todo, y discutirá usted con él indefinidamente acerca del orden y de la libertad, del ejército y de la revolución, de la paz y de la guerra, de la rutina y del progreso, en medio de esta decoración italiana. Resultará también muy renacentista, como mi enano y como el castillo mismo, un diálogo a lo Platón entre estos cipreses, estas encinas verdes, estas estatuas, estas aguas, estos naranjos, estos iris y estas rosas... Pero me olvidaba del cuadro.

Mientras ella hablaba, el Padre Desmargerets había desenvuelto del papel la tablita sienesa.

La dama la cogió, y dijo con una volubilidad de niña:

—Hay que llamar a nuestro amigo Erico von Richter para que nos dé su opinión. ¡Señor de Richter, señor de Richter!...

Gritó esto haciendo portavoz de sus dos manos, y hubo de explicar a Courtin:

—Es otro de mis huéspedes. Está pintando en el parque. A ese tal vez le encuentre usted demasiado militarista. Es el *junker* prusiano en toda su crudeza... ¡Señor de Richter!...—gritó aún, añadiendo luego, desalentada—: Por lo visto, està lejos. No me oye...

—De antemano sabe usted, señora, lo que le dirá del cuadro—exclamó el doctor Roudine, que a su vez tenía la tablita—: una fecha, un nombre y una escuela. Eso sí, todo con cuantas citas y documentos quiera usted...

Mientras hablaba, su rostro, del tipo kalmuco más puro, con nariz achatada, pómulos salientes y ojos oblicuos, expresaba un desprecio irritado. Era un hombre flaco y delicado, bajo de estatura y todo nervios, al parecer. Se veía que había sufrido mucho, que había aguantado mucho. A los treinta y cinco años, no tenía ya cabellos y le faltaban varios dientes. Su semblante era de mártir, pero la mirada inquieta de sus ojos apagados alejaba toda simpatía. Revelaban estos ojos un alma implacable de fanático, de criminal en caso preciso. ¡Y qué ironía en su voz cantarina y sostenida de ruso, cuyo acento contrastaba de una manera extraña con el acento de sus conversaciones habituales!...

—Los alemanes—continuó—comprenden la crítica de arte como todo lo demás. La organizan militarmente. Ordenan los cuadros con arreglo al mismo método que las posiciones de un campo de batalla. El procedimiento es científico, completo, indiscutible... y absurdo. Sólo falta una pequeña cosa ¡pero en qué grado!: el sentimiento del arte. Esta debilidad la dejan para nosotros los eslavos y los latinos, razas hembras, como ellos dicen.

—A pesar de todo, son unos buenos trabajadores de la erudición—intervino el Padre Desmargerets—; pero qse no se les pida más. Mire usted, señora. (Había vuelto a coger la *Santa Clara.)* Esta es una cabeza griega, y sin haber yo nacido en Königsberg, puedo indicar con certeza la escuela de que procedía el mármol original que sirvió de modelo al pintor: la de Scopas. Observe, señora, los rizos de la cabellera, y recuerde nuestra conversación del otro día.

—El tradicionalismo de usted debe estar contento—dijo la duquesa a Courtín—. Aquí mantenemos a nuestra manera una tradición, la de Isabel de Este y sus aficiones a la antigüedad. Por amor a ella se construyó este castillo. ¿Le ha contado el Padre la historia? ¿No? Tal vez porque es un poco escandalosa. Se la explicaré en dos palabras: Durante su estancia en Loches junto a Luis XII. en 1502, Francisco de Gonzaga tuvo de una dama francesa un hijo natural a quíen llamó Ercole, haciéndole educar en Turena primero y luego en Mantua. ¿Se prendó Isabel del joven o el joven de ella? Lo cierto es que en 1524 fué proscrito de los Estados de su padre el conde Ercole, a consecuencia de un drama de corte que permanece bastante obscuro. Pero estoy haciendo pesquisas para averiguarlo en los archivos de Mantua, y lo sabremos al detalle. Llegó Ercole a Florencia, donde su buen aspecto trastornó la cabeza a la viuda del rico banquero Alessandro

Guagdani, y la desposó. Murió ella y heredó él. Los sentimientos que abrigaba con respecto a la marquesa Isabel no podían ser más firmes, puesto que, cuando la herencia le convirtió en poseedor de esta tierra, hizo construir una reproducción del palacio de Mantua, donde vivía su dama... Y como esto ocurría en 1530 aproximadamente e Isabel nació en 1474, el hecho es para animar a las mujeres de edad, entre las cuales me contaré pronto... En este castillo del recuerdo, no se olvidó Ercole de un aposento para los enanos. Uno de los caprichos de Isabel era la afición a los enanos familiares. Ya le daré a leer la historia de su enano Morgantino, que bailaba danzas moriscas, coronado de flores, a orillas del lago de Garde. Claro que no valía tanto como mi Bellagamba. Otra tradición que mantengo... Pero estoy hablando sin ton ni son, y hemos llegado al castillo. Voy a dar otra vuelta por el jardín. ¡Bridger!...

Un *butler* inglés de rostro impasible había avanzado para sacar del automóvil las maletas del viajero.

—Bridger le conducirá a su habitación. Comemos a la una. Se llama a la mesa con dos toques de campana. Hasta luego.

—No permaneceré aquí mucho tiempo...—se dijo Hugo, diez minutos más tarde, en el cuarto que le prepararon.

El solemne Bridger le confió a un ayuda de cámara italiano, de sonrisa complaciente, que en vano trató de hacer charlar a su señor circunstancial, colocando el contenido de las maletas en los armarios y en las cómodas con una destreza que revelaba el buen servicio de la casa. Los atavismos de la señora de Roannez le permitían aliar a sus excéntricas especulaciones intelectuales el sentido más certero de las cosas prácticas. Permitir al criado esta minuciosa instalación de sus efectos era en Hugo aceptar tácitamente una prolongacióu de la estancia suya allí, contra la cual ya protestaba su sér íntimo.

Desde que llegó, le había molestado todo. Sus largas permanencias fuera de Francia dábanle ese instintivo retraimiento ante el extranjero que es como un gesto involuntario de defensa nacional. Le resultaba detestable aquella mezcolanza cosmopolita en que tan visiblemente se complacia el *dilettantismo* de la duquesa: un pintor alemán, un médico ruso, un lord inglés, una pairesa nacida en América... Más detestable todavia se le hizo la actitud de ella, tan poco conmovida en aparíencia y tan indiferente a su pasado común, aquel pasado repleto para él de un enigma tan doloroso como obscuro. Le desagradaba hasta la inteligencia de esta mujer, lo que llamaba ella su *omnivorismo,* una facilidad para asimilarse ávida y estérilmente las más diversas

nociones, un don de comprenderlo todo para jugar con todo. La encontraba igual que la dejó a esta criatura abusiva que no creía en nada, que no servía para nada, que no respetaba nada; y él, soldado cuyo constante principio consistía en reducir la vida a su mínimo de lujo y de comodidad, se acusaba a sí mismo por no rebelarse lo bastante contra todo esto: contra ella y contra el opulento marco ficticio en que ella se movía.

Para llegar a su cuarto tuvo que subir la noble escalera cuyos anchos peldaños se ofrecían entre grandes tapices, y atravesar piezas cada una de las cuales era una sala de museo, con muros pintados, colgaduras, cuadros, estofas antiguas en los muebles, consolas cargadas de jarrones y chucherías, mesas de madera dorada y un poco pesada que tenían esos mosaicos de mármoles multicolores tan amados por los Médicis del siglo XVIII. A pesar suyo, sus ojos se habían distraído y complacido con este decorado en que el capricho imprimía su sello por doquiera, sin que en ninguna parte se advirtiese la utilidad, la necesidad, el arreglo, y se irritaba por haber cedido a esta curiosa atracción.

—No—se repetía—, no permaneceré aquí mucho tiempo. Tendré con ella la explicación que deseo hoy mismo. Yo encontraré medio de lograrlo. *Y sabré*. Por otra parte, desde el momento en que ella me ha pedido que venga es porque

también quiere que nos expliquemos. De no ser así, carecería de sentido su invitación.

Pero el razonamiento era especioso. Ofrecíase a su pensamiento otra suposición. Podía haberle atraído la duquesa a su casa para recuperarle. Podía querer vengarse, sobre todo. ¿Cómo? Tratando de inspirarle celos. No bien asaltó el espíritu del joven esta suposición se sintió herido por ella, pues el antiguo amor alentaba aún, sin advertirlo él, en los últimos repliegues de su sensibilidad. ¿Lo habría calculado así la señora de Roannez? En tal caso, había sido certera, pues después de una hora invertida en formular y apoyar esta hipótesis, cuando Hugo bajó al toque de campana de la comida dirigió una mirada apasionadamente inquisitorial a todos los huéspedes reunidos en el gran salón.

Si la duquesa tenía un nuevo amante y había combinado la tal venganza de los celos, el hombre amado se encontraría allí, sin duda. No debía de serlo, indudablemente, el médico ruso, quien, por cierto, leía un periódico de su país con una atención absorta de sectario fanatizado por la política.

Tampoco debía de serlo el gran señor inglés, al que su aspecto físico quitaba toda probabilidad de llegar nunca a héroe de novela. Lord Ardrahan, como el Padre Desmargerets, cerca del cual se hallaba a la sazón, era un gigante, todo

brazos y piernas, con una cabeza muy pequeña empinada sobre un cuello muy largo. Un humorista del lápiz, al caricaturizarle, le hubiese convertido en un ave zancuda, con la cual le daba más semejanza todavía cierta particularidad de su dentadura que transformaba en verdadero pico la parte inferior de su rostro. Los incisivos, muy largos y saledizos, le pasaban del labio. Sus grandes pupilas azules, infinitamente dulces y de una inocencia infantil, la finura de sus rasgos y la distinción de sus maneras, no obstante su silueta extraña, prestábanle un aire de aristocracia que contrastaba con la brusquedad un poco ruda de los modales de su mujer. Bastaba verlos uno junto a otro durante cinco minutos para comprender que ella ejercía sobre él el poder absoluto de un carácter fuerte sobre una voluntad vacilante.

Tendría unos treinta años, como su marido, y era linda en extremo, con canas precoces, cuya clara ligereza avivaba aún más la frescura y juventud de su tez. El brillo singular de sus ojos grises denunciaba una nerviosidad muy próxima a lo morboso, pero también, cuando se encaraban con la duquesa, una amistad tierna y confiada. Una traición para con una mujer que así creía en ella supondría en la señora de Roannez una hipocresía malvada, y Hugo sabía que ella no era hipócrita ni coqueta.

No parecía más verosímil una intriga galante

con el pintor alemán. Erico von Richter era un prusiano de los anchos y bajos, con pelo rojo y cabeza cuadrada. Sus ojos, tirando a glaucos, se escondían y mostraban de continuo tras los cristales de sus gafas, metódicamente divididas en dos partes, una blanca y otra negra, por una línea horizontal. Del bolsillo de su chaqueta salía, denunciando al profesional, un álbum de dibujo forrado de tela gris. Pero el corte de sus bigotes, con puntas enhiestas, a imitación del jefe militar del gran establecimiento germánico, recordaba a los iniciados que en país extranjero todo alemán, rico o pobre, mozo de hotel o gran señor, comerciante o artista, oculta un soldado o un oficial siempre en actividad.

Cuando Hugo entró en la estancia, el pintor examinaba la tablita traída por el arqueólogo y discutía con éste.

—Jamás—decía—concederé a usted que sea sienesa esta *Santa Clara*. Mire este rostro tan delicado, estos cabellos rubios, este talle fino, esta línea alargada del cuerpo. Además, este oro tan suave no es el oro rutilante de Siena. No me cabe duda acerca del autor—concluyó de modo terminante—: es el *Meister des heiligen Bernardini Polyptychons,* descubierto por el profesor Rosenstretter, de Berlín.

—Conozco su libro—respondía el Padre Desmargerets—, lo he leído, y no creo en su *Maestro del Políptico de San Bernardino*, ni tampoco

en su *Primo de Carpaccio,* ni en su *Discipulo de Mantegna.* Esas creaciones sobre documentos son novelas del género científico, el peor de todos. Lo que no engaña es la impresión, la intuición del entendido. ¡El entendido!—repitió—. El que ha observado mucho y ha variado mucho las condiciones que rodean a sus sensaciones de arte, ¿qué es, sino una aplicación viva del método experimental? Me atrevo a decir que estoy en ese caso, y en mi concepto, es evidente que esa *Santa Clara* está copiada de un modelo griego... Para ello apelo al señor—y designaba a Hugo—, a quien he enseñado la pintura en cuanto la compré.

—No mezclen ustedes en sus querellas estéticas al señor Courtín—intervino la duquesa, riendo—; todavía no pertenece al *studuolo* de Isabel de Este. ¿Sabe siquiera lo que era el camarín donde la castellana del *castello* de Mantua pasaba sus más dulces horas, con sus libros, sus camafeos, sus cuadros y sus invitados?... Invitados que no eran más originales que los míos—comentó entre dientes, dirigiéndose a Hugo. Luego añadió en voz alta—: ¿Conoce usted, lord Ardrahan, al profesor Rosenstretter? Se lo he oído nombrar varias veces.

—Sólo le conozco por carta—dijo el inglés.

—Tiene usted que pedir a lord Ardrahan, querido Courtín—repuso la duquesa—, que le enseñe su cartulario. Porque tiene uno, y bien suyo. Desde la época de sus estudios en Oxford, se ha

tomado el trabajo de escribir a todos los personajes notables de nuestro tiempo. Cada vez guarda su carta y la respuesta.

—Sí—exclamó lord Ardrahan—, esa será la obra de mi vida. *Correspondencia de un Par de Inglaterra con las glorias del siglo XX.* Por cierto que espero recibir dentro de poco una carta interesante, pues ayer escribí al emperador Guillermo II para felicitarle por ser el kaiser de la paz.

—Añade que te has permitido aconsejarle que esa paz no sea la paz romana—aclaró lady Ardrahan—, la de la injusticia y la conquista, sino la paz del comercio y de la industria, una paz democrática, digna de un Hohenzollern *business man.* Nuestra sangre anglosajona no admite otra.

—No hable usted mal de la paz romana—interrumpió la duquesa, risueña siempre—en este salón consagrado a su gloria. Todavía no le he hecho a usted los honores de él, querido Courtín. Todo es de mano de Peruzzi... Mire.

Por muy poco familiarizado que estuviese el oficial con los caprichos del siglo XVI italiano, era de espíritu demasiado selecto para no sentir la elegancia del decorado que mostrábale la linda mano alzada de aquella moderna émula de Isabel de Mantua. En su fina muñeca tintineaba una pulsera de medallas de Sicilia que conocía muy bien el joven. Otra razón para tener los nervios a flor de piel y sufrir, aun defendiéndose, el encanto pagano de aquellos nobles frescos.

Los testeros de estuco, con muy poco relieve, adornados de figuras grotescas a la manera de las galerías de Rafael, sostenían composiciones de factura amplia y libre, con personajes vestidos a la antigua. A lo largo de los muros corría toda una ilustración de la *Eneida*. El alumno de los jesuítas de Jersey todavía se acordaba de su Virgilio lo bastante para discernir los motivos sucesivamente tratados en los frescos: acá estaba el griego Sinón llevado a la presencia de Príamo; allá, el caballo de madera introducido en Troya; más lejos, Casandra arrastrada por los cabellos y Creusa suplicante; en otro lado, Anquises a hombros de su hijo; luego, la navegación de los troyanos, el ataque de las harpías, y por fin, el desembarco en la costa italiana. Comentaban estos episodios versos de la *Eneida*, inscritos en medallones, con letras de oro sobre fondo azul. En la bóveda figuraba Eneas entre los grandes fundadores del Imperio romano, desde Rómulo hasta los triunviros, todos de pie a ambos lados de un zócalo de mármol en el que se erguía una blanca estatua de Venus, desnuda y sonriente sobre el fondo de sombrío verdor de un bosque de laureles, y el zócalo llevaba esta dedicatoria:

D. O. M.
VENERI ROMANÆ

—Dígame usted, señor Courtín—exclamó el

Padre Desmargerets, prosiguiendo su quimera—, si prueba o no esa Venus la tesis que se obstina en impugnar el señor de Richter. Peruzzi es un sienés, sin embargo, y esa Venus es una estatua antigua perdida hoy, como tantas otras. Me objetará usted que, si había aquí tantas estatuas, ¿en dónde están? Es muy sencillo. Las robaron, y además, para venderlas clandestinamente, las rompieron, dándoles salida en pedazos sueltos. Se cortaba una cabeza, una mano, un pie, una pierna, o se mutilaba un torso. ¡Ah, qué maravilla era aquella Italia de la Edad Media! ¡Cuántos tesoros se conservaban en ella, teniendo la cordura y la piedad de no tocarlos! Lo atestigua la nota del monje acerca de nuestra Némesis, duquesa. El renacimiento y la Reforma constituyen el principio de la barbarie. Dispénseme, señor de Richter, pero...

Iba a responder el pintor alemán, cuando de pronto cortó la discusión la voz del mayordomo Bridger, anunciando en francés con el más puro acento británico:

—La señora duquesa está servida.

Para pasar al comedor, la señora de Roannez había tomado el brazo de Hugo, por ser el más reciente de sus huéspedes, y le dijo mientras avanzaban:

—Confiese usted que resulta divertido coleccionar tipos humanos. Si estuviéramos en la bue-

na estación, sería más completo mi museo. En la mesa se mostrarán éstos más francamente. Todavía no se ha manifestado lady Ardrahan. Cree en la doble vista, en los lectores del pensamiento, en la revelación anestésica y en las comunicaciones telepáticas. En fin, es el espiritualismo americano en toda su tranquila audacia. La haré hablar...

—Yo soy—replicó Hugo en voz muy baja—quien necesita hablar con usted a solas. Ya sabe usted de qué.

—Cuando usted guste—repuso ella, cambiando repentinamente de tono.

No obstante, ni un solo rasgo de su fino rostro llegó a estremecerse. Continuaba sonriendo, cual si las palabras pronunciadas por el joven no tuviesen una significación trágica para ella lo mismo que para él.

—¿Hoy?—preguntó su interlocutor.

—Bueno—contestó la dama—, hoy. Estaré ocupada hasta las cinco. Después del té hablaremos.

Habían llegado al comedor, magnífica pieza digna del salón y de la escalera por los mármoles que la revestían, componiendo un decorado muy a propósito para alguna *Comida en casa del fariseo* a estilo de Bonifazio o de Moretto. Con un gesto mostró la duquesa a su acompañante una silla a su diestra. A su izquierda se sentaba lord Andrahan, y enfrente de ella el Padre Desmar-

gerets. El enano Bellagamba, vestido ahora con un suntuoso traje de seda negra, copiado del *Primo,* de Velázquez, le había adelantado su sillón y puesto a los pies un escabel.

—Es mi amable paje—dijo ella a Hugo—. El me sirve a la mesa y cuida de *Tristán* y de *Iseo.* Es para mí tan fiel como ellos.

Los dos lebreles se habían tendido contra el asiento de su ama, y al oir sus nombres alzaron sus cabezas inteligentes.

—Y tan feliz como ellos—repuso Bellagamba, continuando la frase de la duquesa—. ¿Verdad, *Tristán?* ¿Verdad, *Iseo?* ¿No somos muy felices los tres?

V

El enigma

Era un sarcasmo la risa con que acompañó el gnomo su irónica declaración, estallido de rabia impotente de un sér humano degradado al nivel de un animal doméstico por su deformidad, por su miseria y por el malsano capricho de una estragada, enferma de esteticismo histórico? ¿O acaso, desde su rincón y a su manera, manifestaba únicamente su desdén hacia el Padre Desmargerets al verle persignarse y rezar su *Benedicite?* El único de la reunión que imitó al clérigo persignándose fué Hugo.

Este gesto superaba con mucho el grado de devoción a que le había reducido el ambiente militar y colonial; pero, sintiéndose francés, su instinto le indujo a asociarse a la afirmación católica del sacerdote ante aquellos extranjeros, todos de otra Iglesia, o tal vez de ninguna. ¿Ha-

bría notado la duquesa la señal de la cruz hecha por él? ¿Pensaría entonces que los escrúpulos religiosos adivinados en su amante en otro tiempo se erguían ahora, más enérgicos, contra una reincidencia en sus antiguas relaciones, si es que ella meditaba tal proyecto? ¿La habían turbado, simplemente, tanto como a él las escasas palabras cambiadas entre el salón y el comedor, y por muy segura que estuviera de sí misma, se la oprimiría el corazón ante la perspectiva de una entrevista a solas? Lo cierto es que, a pesar de su promesa, transcurrió el almuerzo sin que tratase ella de poner en evidencia a ningún actor de su compañía. Por otra parte, aunque el doctor ruso había prodigado sus paradojas socialistas, el pintor alemán sus pedanterías, lord Ardrahan sus revelaciones acerca de sus ilustres corresponsales, y la prócer americana los relatos de sus experiencias espiritistas, el apasionado Courtín permaneció indiferente ante estas exhibiciones características. Apenas se hubo sentado a la mesa empezó a mirar la esfera de un reloj de bronce dorado colgado enfrente de él. Al cabo de cuatro horas sonaría el minuto por el cual suspiraba con obstinación su pensamiento desde hacía dos años.

—¿De qué voy a enterarme?—se preguntaba.

Y oía con singular emoción a la señora de Roannez hablar con la misma voz y con el mismo acento con que aquella misma tarde iba a

pronunciar una palabra decisiva para él. Pero ¿cuál?... ¡Ah, qué largos le parecieron estos instantes pasados junto a ella, casi codo con codo, sin que le fuese posible hacer inmediatamente la pregunta que de antemano le quemaba los labios! Y aún más largos le parecieron los posteriores, cuando ella estuvo ausente, ocupada en no sabía él qué.

Quizá, si le hubiese sido posible ir detrás de la dama, habría averiguado más pronto el enigma cuya solución había ido a buscar en Valverde, después de tanto martirizar su pensamiento en las soledades de África.

De regreso en su cuarto, trató de engañar su ansiedad escribiendo algunas cartas a camaradas, oficiales como él. Se le aparecían sus rostros, sus gestos, sus actitudes, sus miradas. Los veía, al uno acampado en el desierto ante aquel vasto horizonte de dunas de arena cuyo silencio había escuchado tanto él mismo; al otro pasando revista a los soldados en el patio de un cuartel de Francia; al de más allá navegando en un barco a lo largo de las orillas bajas del Senegal. ¡La verdad estaba allí, en la simplicidad de la vida, en el oficio militar, en el servicio de la patria! ¿No había tenido él sus motivos para preferir esta ruda y sana existencia a la deletérea atmósfera de bizantinismo y de decadencia en que se agitaba la duquesa? ¿A dónde habría llegado si hubiese cedido cuando la dama le suplicaba que

no partiera para África, que permaneciese junto a ella, todo suyo, abandonando el ejército?...

Revivía con la imaginación la postrer escena antes de su viaje: ella cogiéndole las manos y la cabeza, buscándole la boca, tentándolo; y luego la fuga de él, su viaje en tren, el embarque en Marsella, el *paquebot*, Dakar; y luego, en Saint-Louis, aquella visita a la oficina de Correos con el corazón palpitante, y entre su correspondencia, un sobre de puño y letra de su querida y las líneas terribles que encerraba.

¿Le habría mentido en aquella carta?... Ahora que estaba a punto de interrogarla y de *saber*, ¿deseaba que hubiese ella mentido o que hubiese dicho la verdad? Pero, ¿qué importaba su deseo? Sólo importaba una cosa: *saber*, ¡saber!...

Por fin, las manecillas del reloj habian hecho su camino y se aproximaba el momento. Un criado fué a advertirle, de parte de la duquesa, que el té estaba servido en el jardín. Todavía necesitaba tener un poco de paciencia, la paciencia febril de los supremos segundos que son preliminares de los encuentros esperados demasiado tiempo.

Desde que traspuso el umbral de este castillo había sido constante la rebelión de Hugo contra la manera que tenía de comprender la existencia aquella gran europea. Hasta odiaba las bellezas que hallaba en torno de ella, viéndolas tan mezcladas de artificio. Aún extremó este

disgusto la contemplación del grupo reunido en torno de la mesa de té bajo un dosel magnífico de rosales en flor, sobre un fondo de naranjos negros y lustrosos en la agonía transparente de la hermosa tarde. Allí estaban todos los comparsas de Valverde, excepto el Padre Desmargerets, sin duda ocupado en su excavación, y éste era el único cuya sencilla y cálida espontaneidad habría agradado al joven. Presidía la duquesa con su arrogante cortesía, sirviendo a uno, charlando con otro, y en derredor de ella agitábanse sus lebreles y su enano.

—¡Siempre el disimulo!—se decía Hugo al acercarse—. No puede tener la menor duda acerca de la pregunta que voy a hacerle. Mi viaje aquí prueba que me trae un sentimiento muy serio. Ella misma ha visto mi sufrimiento hace unas horas. Aunque no fuese más que por humanidad, debía abreviarlo, y lo prolonga. ¿Por culpa de quién y de qué, Dios mío?...

¿Se escapaba a la observación de la señora de Roannez su cólera secreta, o acaso medía el grado de poder que aún conservaba sobre esta sensibilidad reacia? Ni por un instante aceleró el interminable té. Ya marcaba cerca de las seis el cuadrante solar dispuesto en la fachada con su epicúrea divisa del Renacimiento, tomada del viejo Lucrecio: *Brevis hic est fructus homullis,* cuando ella dijo a Courtín:

—Tiene usted que aguantar la ceremonia de la visita de los jardines acompañado de la propietaria; pero se la administraré en pequeñas dosis. Hay demasiado que ver para una vez. Hoy solamente le conduciré a nuestro Teatro de la Naturaleza, por nuestro túnel de encinas verdes. Ésta es una de las particularidades de las *villas* sienesas... Richter, enseñará usted luego al capitán la acuarela que ha hecho de la avenida de la Palazzina, y así podrá comparar...

El pintor respondió con un «*Ya wohl, Frau Herzogin*», en el más ronco acento prusiano. Estaba a alguna distancia de la mesa de té, con su álbum de apuntes en la mano, para tomar un croquis del dosel de rosas, bajo el cual no quedaban a la sazón más que el doctor Roudine y Bellagamba, charlando. Lord y lady Ardrahan subían hacia la *villa*. La señora de Roannez y Hugo Courtín se adentraron, pues, solos por el largo corredor hábilmente formado entre dos líneas de seculares carrascas, podadas de manera que su follaje constituía una especie de matorral con sus ramas bajas, que llegaban hasta el suelo. Las ramas altas uníanse arriba en una bóveda impenetrable para el sol hasta en los mediodías más calurosos. En este momento del día, el sol, próximo al ocaso, proyectaba su luz en el extremo de la avenida cubierta, que miraba al Oeste. Así la hermosa pareja de antiguos amantes parecía caminar de la sombra a la cla-

ridad, irónico contraste con su dura entrevista, más cargada de obscuridades a medida que fluían las palabras. No bien penetraron en la avenida, comenzó a hablar Hugo.

—Abordaré rectamente la cuestión, señora.

—¿Señora?—respondió la aludida con un tono de amable reproche.

—No adopte ese aire zumbón—suplicó él—, pues no resulta oportuno en este momento... ¿No ha comprendido usted el motivo grave por que estoy aquí?

—Supongo que por verme—dijo la dama, sin dejar de ocultar su propia emoción, si es que sentía alguna, con su sonrisa y con la suave burla de sus ojos—. Y quizá también para pedirme perdón por haber partido como partió usted, hace dos años. Ya me está usted viendo, y en cuanto al perdón, ya ve usted también qué se lo he otorgado en absoluto. En otro tiempo le prometí que siempre seguiría siendo amiga suya. ¿Le he acogido de modo que demuestre que no mantengo mi promesa? Responda.

—Continúa usted de broma—protestó él—. ¿Por qué?...—Y hubo de añadir, casi implorante—: Puesto que acaba usted de aludir a mi marcha para África, ¿recuerda usted haberme escrito a Saint-Louis una carta que encontré allí al llegar?

—Sí, por cierto.

¿Y recuerda usted su contenido?

—Perfectamente.

—Nada más que dos palabras, nada más que dos, pero ¡qué palabras! *Estoy encinta*... Responda—y se detuvo antes de formular la pregunta que por fin aliviaría su inquietud de tantos días—, ¿era verdad?

—Era verdad—contestó ella.

—Entonces—¿ha nacido ese niño?

A su vez, ella se detuvo, y mirándole con ojos altaneros de improviso, desdeñosa la boca, dijo:

—¿Por qué quiere usted que responda a esa pregunta... hoy?

—¿Por qué? Sencillamente porque no respondió usted cuando la escribí, y no una vez, sino dos, tres, cuatro; porque hace dos años que me deja usted martirizarme y herirme con un enigma espantoso para un hombre de corazón. ¿Soy padre? ¿Hay en el mundo un pequeño sér que respira por mí, que ve y oye por mí, que siente por mí, y por el cual tengo derecho a interesarme? ¿Existe ese pequeño sér? Usted debe decírmelo. Por lo pronto no lo guarda usted consigo. Si existe, ¿a quién se lo ha confiado usted?

Ella le miró de nuevo, y con el mismo tono de desafío, repuso:

—Le he escuchado a usted, querido Hugo, y en verdad que le admiro. Al no regresar usted cuando supo que yo estaba encinta, abandonó usted al niño. ¿Dónde está su derecho de padre?... Aquel día renunció usted a él...

—Bien sabe usted que no podía regresar, lo mismo que no pude quedarme. Menos aún—exclamó el joven—. Un soldado...

—Querer es poder—interrumpió ella—. A diario dicen que se ponen enfermos y regresan muchos oficiales encargados de misiones tan importantes como la de usted, en África y en otras partes. Usted prefirió su profesión, después de su profesión iba yo en el orden de sus preferencias, y el niño luego. A él y a mí nos rechazó usted de su vida. No hay para qué insistir sobre esos actos.

—Entonces—interrogó él—, ¿vive el niño?

—No he dicho semejante cosa.

—En ese caso, ¿qué significa su «nos»?

—Que yo lo llevaba conmigo, que vivía cuando recibió usted aquella carta.

—Pero ¿ha muerto?

—No he dicho semejante cosa—replicó ella, con un semblante tan hermético, tan mudo ahora, que el joven sufrió un nuevo y más violento transporte de su reciente irritación.

Sentía tan fuerte y a la vez tan frágil a aquella mujer, que habría podido maltratarla, matarla, pero hacerla ceder, jamás. Y añadió ásperamente, apasionadamente:

—¿Quiere usted hacerme sufrir, Daisy, quiere usted vengarse? Pues ya lo ha conseguido. No conocí en mi vida horas más amargas que las pasadas en mi alojamiento de Saint-Louis, des-

pués de recibir su carta, preguntándome si debía abandonarlo todo para volver... ¡Y no volví! Pero, durante los largos meses siguientes, en la soledad y el peligro, no dejé transcurrir ni un día sin decirme: «¿Dónde estará ella? ¿Qué hace?...» La veía a usted en París, angustiada, obligada a ocultar su estado, usted tan orgullosa, dando a luz en otra parte con un nombre supuesto, enferma, moribunda acaso. Veía al niño. ¡Y no había manera posible de informarse! El honor me prohibía interrogar a nadie por carta. Buscaba el nombre de usted en los ecos de sociedad de los periódicos, con cierto terror a la vez que con la necesidad de hallarlo. Así fué como supe que estaba usted en Italia. ¿En qué circunstancias? No me enteré hasta mi regreso, y entonces supe cómo había comprado usted esta *villa* y que vivía usted en ella todo el año. ¡Oh, bien vengada está usted! No hace una semana que me hallo de vuelta en Francia, y si no se hubiera tornado para mí en un sufrimiento intolerable la necesidad de saber la verdad acerca de ese niño, ¿me habría humillado como lo he hecho, pidiéndole que me recibiese y exponiéndome a una afrenta? No sería justa tal afrenta, sin embargo, como no lo es la acusación de haber rechazado de mi vida a ese niño. Me vi en un conflicto entre dos deberes, y cumplí con uno. ¿Es equitativo, es generoso, es humano impedirme que cumpla lo que puedo cumplir del otro deber?

Ella le había escuchado sin interrumpirle esta vez. Llegaban a la parte de la avenida cubierta en que los rayos del sol oblicuo desplegaban en el suelo un cálido y glorioso jirón de luz. Al fondo, empezaba a aparecer el Teatro de la Naturaleza, con su meseta alfombrada de césped, el muro colgado de rosas que lo cerraba por detrás, y las filas sucesivas de cipreses que servían de bastidores. La enigmática mujer mostró con la mano este otro capricho, original supervivencia del gusto por los espectáculos al aire libre, prolongado durante tanto tiempo en Italia, y dijo:

—Esta escena y sus alrededores estaban dedicados a las comedias pastoriles. No pronuncie usted, pues, frases de drama.

Si hubiera conservado Hugo un poco de sangre fría, habría comprendido, por la voz de la joven, por el estremecimiento de la comisura de sus labios y por la misma dureza de la respuesta, que en esta mofa buscaba ella un refugio contra su propia emoción. Pero como estaba demasiado conmovido para razonar, aquel tono burlón hubo de lastimarle físicamente, y no pudo reprimir un grito de protesta que la crispó a ella más aún en su mutismo.

—¡Desdichada!—gimió—. Pero ¿es que nunca sentirá usted nada, verdaderamente?

—Es muy natural en usted que me dirija ese reproche—repuso ella con un acento más amargo todavía y encogiéndose de hombros con altanera

irritación—, cuando usted mismo confiesa que me dejó sin apoyo en el trance más peligroso por que puede atravesar una mujer como yo... Y usted tenia conciencia de ese peligro. Acaba de decírmelo, a pesar de que esa lucidez le priva de su última excusa... Pero soy demasiado buena al discutir con usted. Si le ha parecido oportuno interrogarme hoy, ¿por qué motivo voy a estar a sus órdenes? No me place responderle hoy. Dejemos la cuestión.

Habló de un modo tan terminante, con una cólera tan mal disimulada, que el joven se calmó por temor a una ruptura irreparable, y asiéndose a la palabra sobre la cual había insistido con la mayor ironía su cruel interlocutora, insinuó:

—Se ha referido usted sólo a hoy. Luego admite que en cualquier otro momento...

—¿Llegue yo a responderle?—interrumpió ella—. Quizá...

—Entonces, ¿por qué jugar así conmigo, Daisy? ¿Por qué infligirme esa larga espera?...

—Esa espera no le será más dura que la que me infligió usted durante las semanas que siguieron al envío de mi carta... Además, repito que no insistamos sobre el asunto. No tengo costumbre de que se me den órdenes. Me ha hecho usted una pregunta, y responderé a ella si me place y cuando me plazca.

—Está bien—replicó Hugo tras un minuto de pausa.

A la sazón se hallaban fuera de la avenida, al pie de la escalera que conducía al escenario del Teatro de la Naturaleza, y se habían detenido junto al primer peldaño.

—Sólo me resta, después de esto, despedirme de usted y continuar mi viaje. Dispénseme le pida que tenga la bondad de hacer que me lleven otra vez a Siena esta misma tarde. Ya sabe usted mis señas de París. El día en que me llame comprenderé que se digna usted responder a mi pregunta, y si me es posible, vendré de dondequiera que me encuentre.

Se erguía ante ella, dueño de sí al presente, ostentando impresa en su rostro varonil una resolución triste, pero valerosa. Había disminuído su exaltación de poco antes, siendo vencido su orgullo. Los guerreros, los marinos, los exploradores y cuantos viven con peligro, se reconocen en este rasgo común: el riesgo los induce a repentinas inhibiciones de la violencia interior.

Ya otra vez hubo visto la señora de Roannez en el joven esta expresión y esta actitud, el día de su despedida en París. Y he aquí que se apoderaba de ella la misma apasionada voluntad de romper la resistencia de este hombre; y correspondiendo con el tacto al tacto en aquel duelo que de nuevo ponía en antagonismo sus dos personalidades, dijo:

—Es usted libre. Váyase. Pero si abandona Valverde esta tarde, le doy mi palabra de honor,

puesto que ustedes los militares no admiten otra, de que jamás, ya me oye usted, jamás sabrá usted la verdad acerca de la pregunta que me ha hecho.

También Hugo conocía esta expresión y esta actitud. La misma mirada dominadora, el mismo frunce imperioso de su entrecejo, el mismo acento autoritario tuvo ella para dictarle en otra ocasión otro *ultimatum:* «Si me amas, no partirás para África y dimitirás.» Él mantuvo su decisión entonces, contrariándola. Entonces, sin embargo, no tenía ella, para obrar contra él, el arma que tenía ahora; y temiendo que la pusiese en juego, exclamó el joven dolorosamente:

—¡Ah! ¿Quiere usted envenenarme para siempre su recuerdo? Comete usted un secuestro, un abominable secuestro, a cuenta del más sagrado de los sentimientos humanos, el sentimiento de la paternidad. Me ve usted curado de su amor, y quiere usted recuperarme. Pero, quedándome o sin quedarme, no me recuperará usted.

Y repitió con feroz energía:

—¡No me recuperará usted!...

—Puesto que tan seguro está usted de sí, ¿por qué le indigna que pretenda yo retenerle en Valverde?—repuso ella, y de nuevo flotó una sonrisa de ironía en torno de sus lindos y sutiles labios—. En este momento no está usted de servicio y dispone de tiempo. Viajaba usted por Italia

y se ha detenido en casa de una amiga que habita un delicioso rincón de Toscana y que le ha hecho los honores del lugar. Eso es todo. Y esa amiga será para usted lo mismo que ha sido esta mañana, si no insiste usted sobre lo que acaba de recordarnos a ambos algo que prefiero olvidar. ¿Es el haberse amado una razón para odiarse y para rehuirse? Nunca lo pensé. Prueba de ello es la carta con que respondí a su tarjeta de Siena. Así debía acoger su llegada. No puedo hablarle de otra manera...

—Pero entonces, ¿por qué se niega usted a contestarme?

—¡Ya vuelve usted a empezar!—repuso ella, moviendo la cabeza con un mohín de impaciencia—. Explíquese mi decisión como mejor le parezca. Motéjela de capricho, de coquetería, de venganza. Sin embargo, es absoluta, es irrevocable. Tómese, pues, el trabajo de reflexionar antes de decidirse a su vez... Y mire usted si soy buena, que ahora mismo voy a dar orden de que esté dispuesto el automóvil para el caso de que persista usted en su idea de regresar a Siena. Entretanto, visite el teatro. No tiene usted necesidad de guía. Se compone de este terraplén y estos cipreses. Para volver a la *villa*, hay otra avenida a lo largo del canal. A esta hora, el cielo del poniente se refleja en el agua que corre. Es un espectáculo inefable...

Y como ya no respondiera Hugo:

—Hasta luego—añadió, esbozando con la mano un ademán de despedida, y se perdió en las profundidades de luz y sombra de la avenida cubierta.

Largo rato permaneció inmóvil el joven en el primer escalón del teatro, siguiendo con los ojos la blanca y esbelta silueta de aquella mujer que tanto y tan poco podía sobre él al mismo tiempo. Luego, pasándose la mano por la frente y como si todavía estuviera allí la tentadora emanando de su persona aquel efluvio de cuyo sortilegio no habían logrado exorcizarle los años de ausencia, volvió a decir a media voz:

—No me recuperarás.

Iba a ascender por la escalinata, cuando, al oir estremecerse las hojas de un vecino matorral, la costumbre militar del acecho en la maleza le hizo mirar atrás con un movimiento casi mecánico. De la espesura emergía Mario Bellagamba, con un haz de porcíneas silvestres en la mano.

—Buscaba a la duquesa—dijo— para darle estas flores que le gustan. Creía que estaba con usted...

Mientras pronunciaba estas palabras, los ojos malignos del enano se fijaban en Courtín con una intensidad turbadora. ¿Se habría escondido en el muro de arbustos aglomerados a todo lo largo de la avenida de encinas verdes para escuchar la conversación con la señora de Roannez, y sus flores no serían más que un pretexto? Como

muchos soldados, el oficial creía en los presentimientos. La presencia del obscuro y deforme personaje en este minuto le produjo de nuevo ese malestar que es cual una doble vista premonitoria del peligro. Por esto, sin disimular su mal humor, contestó:

—Vuelva a la *villa*. Allí le darán razón.

—¡Ah!—exclamó el enano—. Entonces es que ha vuelto la duquesa. Sin duda ha ido a reunirse con *Herr Hauptmann* Erico von Richter. Porque tiene ese título. ¿No le ha dicho mi señora que ese gran artista es también capitán del ejército alemán?

Y su cara repulsiva se contrajo en un rictus.

—Su especialidad — prosiguió — es el paisaje de las fronteras. Pídale su álbum de los Alpes del Piamonte. Ahora pierde el tiempo dibujando los alrededores de Siena. No es probable que su regimiento sitie nunca esta ciudad. Está aquí de paso a su regreso de Córcega. Pídale también sus vistas de la costa corsa. Pero, ya que no está la duquesa, voy a aumentar su ramo.

Y desapareciendo como había llegado, se metió en la espesura con un rumor de ramas y de plantas que recordó al colonial el modo de arrastrarse por las hierbas los animales peligrosos de Africa.

—¿Con qué fin viene este monstruo a denunciarme a ese espía alemán?— pensó—. Por lo visto, para que yo le insulte y tengamos una

cuestión. Pero ¿qué interés le impulsa? La maldad, sin duda, aunque en balde babea su veneno... Además, ¿sé siquiera si volveré a ver a ese Richter?

Hacíase la pregunta, como si ignorase aún qué partido tomar. Demasiado sabía, no obstante, que obedecería al apremio de la duquesa y no abandonaría Valverde aquella tarde. Bastaría para retenerle una palabra, una sola, el «nosotros» que había pronunciado ella en un momento dado y que al punto intentó recoger. Aquel «nosotros» pasaba y repasaba por su imaginación, mientras iba visitando una después de otra las bocacalles de cipreses que servían de bastidores al Teatro de la Naturaleza.

—¡Nosotros!—repetíase—. Luego el niño vive. ¡Nosotros! Ese ha sido el primer grito, espontáneo, involuntario, el de la verdad. Después lo ha embarullado para hacerme dudar. Pero el niño vive...

Esto de que viviese el niño, *su hijo*, lo deseaba Hugo demasiado para no creerlo. ¡Cuántos motivos que no hubiera podido explicar él contribuían a tal deseo desde las más inconscientes regiones de su sér íntimo! ¡Cómo se habría asombrado si se le demostrase que su emoción en torno a esta idea de paternidad constituia una prueba de que, a pesar de su tibieza, seguía siendo el hombre educado religiosamente! El cristianismo, que se basa por entero en el valor y en

el precio de las almas, no permite, a aquellos cuyo corazón ha formado, que se encenaguen en la sensualidad, ni aun cuando exista la excusa de la pasión. El amor ilegítimo los inquieta. Para ennoblecerlo, o más bien para cristianizarlo, hasta en el pecado buscan un deber que cumplir. En su unión con la señora de Roannez, de la cual estaba ahito y que ya no le agradaba, el deber por cumplir era el niño, y el monólogo interior de Hugo continuaba:

—Sí, el niño vive; pero no lo tiene ella consigo. ¿Por qué? A pesar de sus bravatas, su situación mundana le preocupa mucho. El niño no ha cumplido dos años. Por tanto, lo natural es que se lo haya confiado a alguien... Ahí está el secreto de su estancia en Valverde. En este rincón perdido no son de temer los *chantages* ni los resentimientos sociales. Cuando el niño sea un poco mayor, le traerá aquí, haciendo creer que es un hijo de aldeanos con el que se ha encariñado hasta adoptarle... No cabe duda. El niño está muy cerca de aquí. ¿Será niña? ¿Será varón?

¡Otra incertidumbre en la incertidumbre y otro deseo en su deseo! A los veinte años, cuando sentía por su profesión de soldado aquel austero fervor que escandalizaba a su padre, Hugo habíase dicho con frecuencia: «Me casaré joven.» Luego, durante cada una de sus estancias en París, se decía: «No encontraré mujer que me

convenga»; tanto contrastaban con su ideal de una esposa las jóvenes solteras que hallaba en la sociedad. Habría aceptado la idea de un celibato semejante al de los caballeros hospitalarios de otro tiempo; pero no aceptaba la idea de envejecer sin tener un hijo, otro yo a quien educar, para convertirle en un soldado como él.

Cuando, a principios de 1912, volvió a París, al Ministerio de la Guerra, antes de emprender el camino de África, lo hizo con la decisión de realizar por fin, durante esta semilicencia, el proyecto de su matrimonio largo tiempo diferido. El encuentro con la duquesa lo trastornó todo, lo barrió todo. ¿Existiría, empero, ese hijo tan anhelado? ¿Cómo arrancar el secreto a la madre? Ciertamente que no sería marchándose, según había resuelto en un principio.

No, había que prescindir de todo amor propio, sufrir la condición a que se veía reducido, esperar, demostrando al mismo tiempo a la dama que no le recuperaría nunca... Pero ¡ay! ¿No era ya estar bastante cogido el debatirse así entre pensamientos cuyo único centro lo constituía aquella mujer?

Durante estas reflexiones se había dejado caer sobre un banco de mármol, instalado allí en otros tiempos para que descansasen los actores que no estaban en escena. De pronto, le hizo volver la cabeza un grito singular, como de al-

guien que se dirige a otro por medio de una señal convenida. A este grito respondió otro que partía de diferente sitio. Hugo se asomó a medias sobre la pared de verdura que resguardaba el banco de mármol.

Vió al enano desembocar de un sendero transversal, con sus porcíneas en la mano, y al médico ruso Boris Roudine dirigiéndose hacia él por la avenida trazada a lo largo del canal. Nada más explicable que este encuentro. Pero, como las impresiones de antipatía experimentadas por Hugo, con respecto a estos dos hombres, habían sido demasiado intensas desde el primer contacto, la cita de ellos en un rincón apartado, no obstante de que conversaban tan tranquilamente en torno de la mesa de té, tres cuartos de hora antes, revistió de pronto para él un carácter clandestino. En su espíritu surgió una sospecha que no pudo dominar, la de un misterio que erraba alrededor de la duquesa. Sólo con imaginarla amenazada—¡y sobre qué fantásticos indicios!—, elevóse en él de repente un instinto de protegerla, lo que venía a revelar cuánto la amaba aún. En este punto terminaron sus vacilaciones. Se quedaría en Valverde. Pero como se empeñaba en no reconocer la verdad de los impulsos que agitaban su corazón, en el momento mismo en que esta sensación casi imponderable acababa de persuadirle, pretendió negar sus suposiciones:

—Soy absurdo—se dijo—. Si estos individuos quisieran conspirar contra ella, tendrían todo el día para ese trabajo. Y además, ¿a qué fin conspirar? ¡Qué locura! ¿Para robarla? ¿Para asesinarla? ¡Es demasiado estúpido! ¡Todo porque me desagradan sus semblantes!... En cualquier caso, sería innoble espiarlos. Y puesto que no me marcho ya de aquí, debo retroceder...

Del terraplén descendía otra escalera, por detrás de los cipreses. El joven se aventuró por ella, aunque no lo bastante de prisa para que Bellagamba, que había dejado súbitamente a su compañero y había corrido hacia el sitio en que Hugo estaba sentado hacía poco, no le viese irse a través del *bosco*, y dijese a Roudine:

—Ya sabía yo que nos observaba alguien.

Y empleando un término de jerigonza revolucionaria, que demostraba la calidad de sus lecturas y de sus amistades, añadió:

—Era el galonero (1) que moscardoneaba.

—¿Que moscardoneaba a quién?—preguntó el ruso, alzando sus desmedrados hombros.

—Pues a nosotros, doctor—insistió el enano—. Y la prueba es que se las ha guillado en cuanto ha advertido que yo no le perdía de vista. Acabo de decirle a usted que hay algo entre ese hombre y el ama.

(1) Sinónimo de militar por los galones de oficial.—*N. del T.*

—Si hubiera algo, deberías saberlo tú. A escucharlos has venido.

—Pero no he podido oir nada. ¡El canalla hablaba muy bajo! ¿No es eso un indicio?... ¿Y esto otro?

Había sacado de su bolsillo un minúsculo pañuelo de batista, guarnecido de un encaje todo desgarrado, hecho trizas, y lo sacudió nerviosamente. Exhalóse de él un delicado aroma. Las narices bestiales del enano se estremecieron con una palpitación casi convulsiva, y repuso, frenético:

—Mire usted lo que ha hecho ella de su pañuelo, con sus uñas, estando a la mesa. Se le cayó al suelo y lo recogí yo.. ¿Qué hay entre esos dos seres para que él estuviese tan agitado como yo le ví cuando la escribió para pedirle audiencia? ¡Y ella!...

De nuevo mostraba el jirón perfumado, que acabó de desgarrar con rabia.

—¿Pretenderás hacerme creer aún que no estás enamorado de ella?— repuso Roudine.

—Le he prohibido a usted que diga eso—rugió Bellagamba.

Y asiendo la muñeca del doctor, la oprimió con tal fuerza, que la boca de éste se contrajo en un pliegue de sufrimiento. Miró entonces al enano con una calma singular, y dijo sencillamente:

—Suéltame, Mario. Me has tocado en el sitio

de la argolla. No olvides que lo tengo un poco resentido.

El recuerdo de la prueba sufrida en otro tiempo por el presidiario de Siberia calmó de repente al enano furioso. Si el Padre Desmargerets le hubiera oído pedir perdón al mártir ruso, habría comprendido que no eran un juego los propósitos anarquistas del desgraciado. Para él, la Revolución era un desquite de su destino. ¿Por qué anomalía moral, acaso debida a su deformidad física, sentía su apetito de odiosa venganza en una forma casi mística? Con un gesto en el que había ahora una intensa piedad, inclinó sus labios sobre la mano que acababa de lastimar al oprimirla y repitió humildemente por dos veces:

—¡Perdón, perdón!

Como el médico respondiese a esta súplica haciéndole seña de que no insistiera, prosiguió:

—Lo que temo, doctor Roudine, es que la señora hable a ese hombre del proyecto que tiene usted de fundar un periódico. Ya imaginará usted que un militarista no va a aconsejarle que dé dinero a un revolucionario para fundar en Zurich una hoja de insurrección internacional. Y si verdaderamente...

Se interrumpió. Le hacía demasiado daño el formular cierta hipótesis.

—No te preocupes— contestó el ruso—, tendré el dinero para el periódico, aunque sólo sea por esto.

Y de nuevo tendió su brazo.

—Para la duquesa, soy una víctima de sus primos los Romanoff, a los que detesta por causa de su madre, que nunca fué aceptada por ellos. Cuando me presentaron a la duquesa en Florencia, la interesé por haberme escapado de las minas de Siberia. Si vacila en facilitar fondos al periódico, esto obedece a que es muy inteligente. Odia a los Romanoff, desde luego, pero asimismo comprende muy bien que hay una Santa Alianza de los capitalistas. La revolución en Petersburgo supone la revolución en París, en Londres, en Berlín, en Roma, en toda Europa. Y entonces...

—¡Ah!—suspiró el enano—. ¿Cuándo veremos la Santa Alianza de los miserables?

—¡Paciencia!—repuso Roudine.

—¡Paciencia!—repitió Bellagamba—. ¿Y si me muero antes? Si me muero antes de haber visto eso, mi venganza... Usted, doctor, es un burgués, y ha venido a nosotros sólo por las ideas. Pero a mí, a los seis años, mi padre me echaba de casa a puntapiés para que fuese a mendigar por los cafés de Niza...Me daban monedas a causa de...

Y mostró sus piernas torcidas y demasiado cortas, sus brazos exiguos, su torso enorme. Luego continuó con una risa siniestra:

—Toda la chusma de papá, mamá, las hermanitas y los hermanitos me volvía los bolsillos del revés cuando regresaba a mi pocilga para poder dormir en un jergón. Yo era un mons-

truo explotable. Un recadero de hotel me enseñó a leer por caridad. Crea usted que falta la paciencia cuando se han pasado veinte años recogiendo del suelo colillas para fumar y viviendo de las propinas que me daban, por ser un fenómeno, en los *restaurants* galantes, donde los mozos le atropellan a uno y en nuestras narices entregan a los clientes cuentas con cuyo importe podría subsistir una semana, un mes, o un año, cualquiera familia de obreros. ¡Ah, qué miseria! —gritó—. ¡Esto tiene que terminar! ¡Esto tiene que dar un estallido! ¡Y en seguida!...

—Como bajo la Commune, ¿verdad?—dijo el médico, encogiéndose de hombros—. ¿Para que el pueblo sea vencido una vez màs, por falta de preparación?... Reflexiona antes. Cuando guías tu automóvil, necesitas esencia. También necesitas tu dirección. Los sentimientos y la cólera de todos los desheredados como tú constituyen la esencia. La Idea constituye la dirección, que hace que la máquina emprenda un camino fijo y llegue al punto de término... En cuanto al oficial y a su influencia, no te preocupes, pequeño mío. La duquesa me dará el dinero inmediatamente.

Luego añadió con una sonrisa y un acento singulares:

—Tengo un medio seguro... Entretanto, no dejes de vigilarlos.

VI

La estatua robada

Un medio seguro?—se decía el enano, dos horas más tarde, cumpliendo junto a la duquesa, ante la mesa de la comida, su rito paradójico de galán grotesco.

La seguridad de Roudine al afirmar el inmediato éxito de una negociación entablada en vano desde hacía ocho días y su sonrisa enigmática habían picado en lo vivo la curiosidad de Bellagamba.

—Sabe algo acerca de *ellos* que me oculta —pensó.

Ahora era al médico ruso a quien espiaba el enano, sin perder ni uno de sus gestos, ni una de sus palabras, ni una de sus miradas.

—Sabe algo acerca de *ellos*—se repetía.

Comer con la duquesa y el recién venido producíale un espasmo de celos que casi le obligaba a gritar, adivinándola a ella más nerviosa

aún que por la mañana sólo con ver la contracción de sus hombros desnudos, estremecidos bajo las perlas, mientras su noble y detestado rostro denunciaba una turbación semejante. La opulencia de la mesa, con sus flores, su cristalería, su vajilla artística y las idas y venidas de los criados con calzón corto en torno de los comensales acababan de exasperar su delirio. Las conversaciones llegaban a él de la derecha y de la izquierda, sorprendidas con la rapidez y la precisión infalible de los momentos de intenso eretismo. Cada pequeño grupo de convidados habitualmente reunidos por una inteligente dueña de casa adopta como un diapasón de charla. La afición de la duquesa por jugar a la dama del Renacimiento había dado el tono a las conversaciones que se cruzaban alrededor de su mesa. Todos *platonizaban* o *decameronizaban* a distancia. De ordinario, al principio de la comida, lanzaba ella a sus invitados, con fingida indiferencia, un tema de discusión y se entretenía en verlos abandonar este tema y volver a adoptarlo. Estos torneos, o para ser más justos, estos *tennis* de ideas, agradaban a su ingenio, acostumbrado a pensar por excitación.

Esta noche, traicionando el orden de preocupaciones en que se agitaba su espíritu, había hecho al Padre Desmargerets, a propósito de la estatua buscada, una pregunta sobre la misión que los antiguos asignaban al destino.

—¿Es cierto—había preguntado—que Némesis tiene por otro nombre Adrastea y que esa Némesis-Adrastea es también la Parca Atropos, encarnación de la fatalidad?

—También es lo inevitable—había respondido el Padre.

Y al punto se iniciaron las naturales variaciones respecto a ese problema del *fatum,* el más angustioso y el más insoluble de los que suscita el espectáculo de la vida humana. El arqueólogo citó a Herodoto después de Esquilo y el célebre diálogo de Creso y Solón; lord Ardrahan, en su calidad de inglés, afirmó nuestro poder sobre nuestra suerte por el *self control;* Roudine profesaba el *Nitchevo* ruso; el alemán recordó a Herder y sus páginas relativas a la Némesis de Rhamnunte, hasta el momento en que la americana, formulando la tesis sostenida por su marido, concluyó diciendo:

—Al destino se le ve venir. Basta para ello producir en uno mismo el silencio interior, y dejar en libertad esa fuerza que los sabios llaman el yo subliminal, ese sér en la superficie del cual vivimos y que es más que nosotros propios. Nuestra actividad psíquica no tiene por límite el organismo corporal. Va más allá que éste. Puede adelantarse al tiempo, como se adelanta al espacio, y evitar entonces lo inevitable de que habla el Padre Desmargerets. Cuando nos encontramos, por ejemplo, con un individuo que debe sernos

dañoso, siempre podemos comprobar, si queremos recordarlo, que nos habia prevenido contra él nuestra consciencia subliminal... Por mi parte hace años que obedezco a ese instinto sin discutirlo. Lord Ardrahan dirá si exagero. El año pasado íbamos a Nápoles y pensábamos embarcaruos en Marsella. Entramos en la oficina de la Compañía para tomar nuestros pasajes. Se encontraba allí el capitán del barco, y nos presentaron a él. Entonces dije en voz baja a lord Ardrahan que no tomara los pasajes. Había leido claramente la desdicha en los ojos de aquel hombre. Lord Adrahan se decidió a viajar por línea férrea, como yo deseaba, motejándome de poco razonable. Al llegar a Nápoles nos enteramos de que el barco se había sumergido en un abordaje, perdiéndose todo, cuerpos y bienes. Usted, doctor Roudine, puede negar la doble vista, como mèdico partidario del materialismo. Sin embargo, los hechos son los hechos.

Esta profesión de fe de la visionaria correspondía con tanta exactitud a las aprensiones sufridas por Hugo Courtín repetidas veces desde por la mañana, que, a pesar suyo, miró a Bellagamba, el cual estaba mirándole. Un mismo pensamiento asaltó a ambos. Cada uno de ellos, involuntariamente, acababa de aplicar al otro la confidencia de lady Ardrahan.

A pesar de lo bravo que era, el oficial se estremeció; pero no a causa del enano, sino por-

que, a través del bullicio de los comentarios que siguieron a este fantástico relato, oyó la voz del médico preguntarle bruscamente, mientras miraba a la duquesa con sus inquietantes pupilas pálidas:

—Antes de partir para África, hace dos años, ¿estaba usted de guarnición en París, capitán?

Tal pregunta incongruente contrastaba de un modo extraño con la reserva avizora de este conspirador de gestos sobrios, de palabras mesuradas, de voz voluntariamente discreta.

Durante sus veinte años de semimendicidad, Bellagamba había desarrollado en sí hasta el más alto grado el sentido de la observación individual, que hace que un andrajoso aborde en la calle al transeunte que puede socorrerle, y no a otro. Por el rostro de Roudine, comprendió que el médico daba a esta frase, indiscreta e insignificante a la vez, una importancia inexplicable. Sin embargo, no podía relacionarse con el misterioso y seguro medio de acción de que le había hablado en la tarde.

No obstante, la duquesa se mostró más nerviosa todavía. Sus pies crispados removieron el escabel, cuyo rechinamiento percibió el oído sutil del enano, al mismo tiempo que adivinó la impaciencia de Courtín en el acento de su respuesta, insignificante en apariencia como la pregunta. Pero ¿qué se podía inferir de todo esto? ¿Qué relación establecer entre el conocimiento

que tuviese el doctor de la estancia del oficial en París en 1912 y aquella presión que el médico se proponía ejercer sobre la voluntad de la duquesa, presión de la que había de adquirir Bellagamba una prueba indiscutible horas más tarde?

Cuando regresaba de encerrar a los dos lebreles en su perrera—una de sus tareas en el castillo—, se cruzó en la escalera con Roudine, que subía a su cuarto. El médico llevaba en la mano un sobre que le enseñó victoriosamente diciendo:

—Se ha decidido. Ya tengo el cheque para el periódico. Cien mil francos, Mario, ¡cien mil! Y mañana vuelvo a Florencia.

Continuó ascendiendo por la escalera, sin añadir una palabra explicativa. El sentimiento del misterio tornóse aún más evidente en el enano, que pensó:

—Yo sabré hacerle contar, antes de que se marche, de qué medio se ha valido. Ante todo, es preciso que me entere de cómo interpretan su marcha ella y el tal Courtín.

—Su clientela le reclama en Florencia—contestó sencillamente la duquesa cuando el enano le habló de que el doctor se marchaba.

En cuanto a Courtín, se había retirado ya.

Al despertar Bellagamba en la mañana del siguiente día, oyó el ronquido del motor de un automóvil. La curiosidad le precipitó hacia la ventana, reconociendo en el vehículo que pasaba á toda velocidad por delante del *casino,* con

rumbo a Siena, la desmedrada silueta de Boris Roudine. Esto era una prueba de que el enigmático conspirador ruso quería evitarse toda información, por parte de su cómplice en anarquía, sobre su éxito rápido y los procedimientos empleados.

—Adivino la verdad—se dijo el enano—. Es un secreto relativo a la estancia del oficial en París lo que le permite ejercer cierta presión sobre la duquesa, y Boris tiene miedo de que yo lo sepa.

En estos términos meditados indefinidamente, se planteó Bellagamba el problema del cheque obtenido tan pronto y de la partida presurosa del doctor, mientras saboreaba una taza de espeso chocolate, su desayuno favorito, que un criado le traía todas las mañanas a las ocho. Por lo general, se levantaba tarde, permaneciendo en su cama, dedicado a leer obras de propaganda revolucionaria, con las cuales nutría el profundo y feroz rencor de su sensibilidad lastimada. La mayoría de estos volúmenes se los había proporcionado Roudine, y él los ocultaba cuidadosamente en un *cassone* pintado del siglo XV, escogido a causa de sus dimensiones relativamente exiguas, por el inglés que reconstruyó el mobiliario enano del *casino*.

Las escasas piezas de este singular reducto habían sido decoradas bajo la dirección del mismo maestro que adornó el salón del *castello*. Aquí su

numen se había desarrollado con toda libertad en las paredes y en los techos. Entre doseles de follaje en donde se debatían y cantaban pájaros, unos medallones circulares parecían abrir miradores con vistas al cielo. Dentro de estos medallones había *putti* (1) representados en todos los juegos y todas las actitudes de la infancia, corriendo y saltando, danzando y luchando, riendo y llorando. Sus manos tenían máscaras trágicas o cómicas, y sus cuerpos de niños sustentaban cabezas enormes. Eran monstruos, eran enanos. En cada sala, en el medallón central de la bóveda, un Amor, batiendo las alas y con el arco tendido, parecía burlarse oprobiosamente de sí mismo y de sus hermanos en desgracia, con los redondos ojos saltones en una cara de calabaza.

Tales frescos constituían una de las glorias de la *villa* y un constante insulto para Bellagamba, que en esta clara mañana los contemplaba con más odio, acordándose del visitante llegado la víspera, tan guapo, tan joven, tan distinto de él. Entre cada dos cucharadas de su chocolate, iba dando un poco del bollo que desmigajaba en su taza a otro monstruo, a su perro, un largo zarcero de la isla de Skya, de patas torcidas y pelos que le arrastraban.

Con una educación perversa, había enseñado

---

(1) Nombre italiano de los niños que figuran en los cuadros y esculturas de la antigüedad.—*N. del T.*

a este perro a morder a las gentes, en vista de lo cual, la duquesa, que se lo había regalado por el gusto de tener cerca de elía un par de abortos, le ordenó que no le quitase la cadena. Atraído por la golosina, *Serio*—éste era el nombre del zarcero—hacía monadas, en tanto que su amo seguía tarareando una siniestra estrofa de cierta endecha anarquista, compuesta con motivo de la ejecución del criminal que le sirvió para bautizar a su «lanudo», como llamaba también al perro. Se trataba nada menos que del asesino del desdichado presidente Carnot. Había convertido Caserio en Serio, sin que nadie, excepto Roudine, sospechase tan abominable etimología, y cantaba, *sotto voce*, sin preocuparse de ser oído, la endecha de los «compañeros» italianos en honor del asesino de Lyón:

Il sedici d' Agosto
Nel far della mattina,
Il boia avea disposto
L'orrenda ghigliottina,
Mentre Caserio dormiva ancor
Senza pensar al triste orror...(1)

Fué interrumpido en su atroz cantinela por el timbre del teléfono, colocado sobre su mesa de

(1) «El diez y seis de Agosto,—al nacer la mañana,—el verdugo había dispuesto—la horrible guillotina,—mientras Caserio dormía todavía,—sin pensar en aquel triste horror.»—*N. del A.*

noche y que servía para transmitirle las órdenes de la duquesa. Por sus ojos pasó un relámpago de alegría y luego la sombra de una decepción. Era la voz del *butler* la que le transmitía un mensaje:

—*¡Alló!...* *¡alló!* Bellagamba... ¿Me entiende usted? Bueno... La señora duquesa le encarga que esté dispuesto a las diez para enseñar las bellezas de su *casino* al señor capitán Courtín. Irá a buscarle a las diez. ¿Ha comprendido? Luego le llevará usted a la excavación, donde encontrarán a la señora.

—¡Las bellezas de mi *casino!*—repitió el devoto de Caserio, colgando de nuevo el receptor—. Ven a visitarme un día, inglesucho, y tendrás el gusto de conocer esta otra belleza...

Y con sus manos abría las anchas fauces de su temible perro, cuyos colmillos blancos se destacaban sobre el fondo negro del paladar.

—¿No es verdad, *Serio?*...—continuó—. ¿Qué harías si te azuzara contra el galonero, *Serio?*... Pero no conviene por ahora...

Y en su fuero interno enunció el amenazador proverbio italiano: «Quien no sabe fingir que es amigo, no sabe ser enemigo.» Luego, abrazándose a la cabeza de su perro, que le lamía el gesticulante rostro a la vez que lanzaba gruñidos de ternura, gritó:

—Ya nos llegará nuestra hora a tí y a mí, pequeño... Entretanto, ¡a tu nicho!

No bien hubo oído estas palabras, el inteligente animal bajó por sí sólo, con una docilidad regocijada, al patinillo situado detrás del *casino,* e instalóse a gusto, por la fuerza de la costumbre, en las pajas que alfombraban la caseta de madera que constituía su dominio.

—¡Ah, Lanudo, Lanudo!—dijo Bellagamba, poniéndole la cadena—. Tú no eres un verdadero anarquista. Te gusta la jaula. No eres más que un burgués. A pesar de eso, cuando venga el bruto del sable, ládrale de firme. Voy a ponerme mi librea de mamarracho.

Se había puesto su traje de *chauffeur,* en efecto, cuando los furiosos ladridos del zarcero le anunciaron la llegada de su enemigo, al mismo tiempo que la voz de Courtín le gritaba debajo de la ventana desde el jardinillo:

—¡Señor Bellagamba!

—Allá voy, papá—contestó el interpelado.

Descendió hasta el principio de su minúscula escalera, y abrió la puerta sin prevenir al visitante. Éste, olvidando lo que sabía de las dimensiones de la casa, dió al entrar con la cabeza en el dintel.

—He aquí un inconveniente de ser demasiado buen mozo—exclamó el enano.

Luego, con una consternación simulada:

—Yo tengo la culpa—añadió—. Debí advertirle... ¿Se ha hecho usted daño, señor capitán?

—No—dijo—Courtín, asombrado de la súbita

cortesía del gnomo, y más aún de la zalamería, tan diferente a los sarcasmos de la víspera, con que el huésped de este palacio caricaturesco empezó a hacerle los honores de su vivienda. Cuando terminaron la visita, el enano continuó sus palabras amables:

—¡Ah! Si el Padre Desmargerets tiene razón, ¡cómo debo temer a la Némesis!... Estoy alojado aquí lo mismo que un príncipe del Renacimiento... ¡El príncipe Bellagamba!...—insistió con un énfasis bufonesco que no discernía el oficial si era figurado o sincero.

Quizá no lo sabía ni el mismo acondroplásico, ya que la mentalidad de estos anormales oscila sin cesar de la maldad a la mitomanía, del implacable egotismo a la exaltación fanática, de la perspicacia más aguda a la sinrazón.

—Esto—continuó—es muy distinto de la época en que yo vendía fósforos en los bares de Monte-Carlo. ¡Suerte fué para mi que el buen doctor Roudine me conociese allá y me indicara a la duquesa cuando le entraron ganas de utilizar su *casino!*... Ya lo ha visto usted todo. Salgamos, puesto que nos espera la señora...

—Entonces, ¿es el doctor Roudine quien le colocó a usted con la señora de Roannez?—interrogó Courtín, cuando se adentraron, yendo el enano delante, por un sendero cubierto de follaje que debía conducirlos a las tumbas etruscas y a la excavación.

La fisonomía de Bellagamba expresó un júbilo análogo al del pescador que siente al pez morder el cebo. Había pronunciado el nombre del médico sólo por provocar una conversación acerca de él. No tardaría en saber de este modo si el oficial sabía algo del misterio que tanto preocupaba al enano.

—Sí—contestó—. ¡Ah no es un médico como los demás! Es un hombre humanitario. ¡Los doctores que se han interesado por mí! Hasta uno de Niza me ofreció una renta vitalicia si me comprometía a legarle mi cadáver para poder disecarlo después de mi muerte.—Y rió amargamente.—El señor Roudine, en cambio, prefirió ayudarme a vivir, y como era amigo antiguo de la señora... Pero ¿no le ha encontrado usted en casa de ella, en París?

—No—repuso Courtín—. Ayer me presentaron a él por vez primera. He creído entender que cometió un delito político en Rusia.

—Efectivamente— dijo Bellagamba—. En el país del crimen, el peor criminal es el justiciero.

Callaron los dos hombres. Entre los hermosos árboles verdes de la floresta que volvían sonora los cantos de las aves, bajo el dulce cielo azul de la primavera toscana, por el tranquilo camino herboso, todo sembrado de flores, Courtín se sintió conmovido de nuevo por el enano anarquista con un extraño escalofrío. Se le apareció como uno de esos funestos genios de las le-

yendas, que surgen para anunciar y propagar la desdicha. Y reanudando la conversación:

—¡Pobre doctor Roudine!—lamentó Bellagamba—. ¡Qué lástima que antes de marcharse no le haya contado a usted su proceso y la historia del año que pasó en un presidio de Siberia! Ya no hablaría usted más de delito...

—¿Se ha marchado?—interrumpió Courtín.

—A Florencia, esta mañana, a primera hora...

Y volviéndose para estudiar en su interlocutor el efecto de su insinuación, añadió:

—No ha debido despedirse de nadie. No sé qué ha pasado. Ayer mismo pensaba seguir viviendo aquí.

—¿Y cuándo vuelve?

—No vuelve—respondió el enano.

Y se dijo aparte: «Indudablemente te molesta eso. Por lo visto tenías ganas de hacer charlar al doctor. Pero ¿de qué?»

El furor habría transportado al enano si, poseyendo el don de leer el pensamiento, en el que creía la espiritista lady Ardrahan, hubiera podido adivinar las frases que en su fuero interno pronunciaba el otro.

—Es evidente—pensaba el capitán—que ella ha alejado al médico por causa mía. Ha sentido miedo de que, conversando juntos, cualquier palabra le pusiese a él sobre una pista y a mí sobre otra. ¿Qué objeto tendría la pregunta de ayer acerca de la fecha de mi estancia en París?...

¿Será él quien la asistió en el parto y quien está encargado del niño?... Tal vez habrá temido ella que descubriese yo dónde se cría el niño y que él adivinara quién es el padre...

El enano seguía observando disimuladamente a su acompañante mientras andaba. La intensidad de la turbación que la marcha del médico había producido sin duda en el oficial, le tenía asombrado. Esto constituía un nuevo indicio del misterio en torno del cual se exasperaba desde la víspera. ¿Qué relación, indescifrable para él, unía a la duquesa con Courtín y a los dos con Roudine? Muy fuerte era el deseo que le impulsaba a llevar más adelante su impotente indagación, pues para enterarse de algo nuevo, llegó hasta a faltar a la consigna de silencio que los revolucionarios observan religiosamente siempre que se trata de la Causa:

—Sin embargo, no estoy en lo cierto cuando digo que ignoro lo que ha pasado... ¿Para qué iba él a continuar aquí? Ya tiene lo que quería.

—¿Y qué es lo que quería?—preguntó Courtín.

—Un valioso cheque de la duquesa, para un gran periódico internacionalista que va a fundarse en Zurich. Ayer por la noche lo firmó ella.

Con un gesto de reto, el terrible hombrecillo irguió su ancha cara al contar este pequeño triunfo de la Idea—como decía místicamente el doctor revolucionario—, esta participación de la gran dama capitalista en una nueva empresa

anárquica. Sufrió, empero, una gran decepción al observar que Courtín no parecía indignado ni sorprendido.

Después de esto callaban ambos, y sin volver a cambiar una palabra en veinte minutos de marcha, desembocaron al fin en un claro del bosque que formaba un pequeño valle, donde se hallaba un nutrido grupo de personas, entre montones de piedras y de tierra. Allí estaban las obras de desmonte para buscar la estatua, con su clásico aparato de trincheras sostenidas por puntales, de herramientas y carretillas, amén de un equipo de obreros en mangas de camisa. Pero había un personaje que, con su sola presencia, transformaba este cuadro un poco vulgar: el Padre Desmargerets, que salía en aquel momento de un agujero abierto en la falda de la colina.

El viejo arqueólogo gesticulaba y suspiraba, con la sotana cubierta de barro, sin sombrero sacudiendo su fuerte cabeza, agitando sus largos brazos, con los cabellos en desorden, presa de una verdadera crisis de desesperación y de locura. Delante de la gruta estaban la duquesa, los Ardrahan y Richter, los cuatro inmóviles, visiblemente estupefactos por un acontecimiento que también asombraba a la media docena de trabajadores congregados, entre los escombros y las piedras, alrededor de sus banastas y sus cestos. No hubieron de esperar mucho el oficial y el

enano para adquirir la explicación de tan extraña escena. Al atisbarlos el Padre Desmargerets, los interpeló, apelando en esta circunstancia a nuevos testigos para redoblar sus lamentaciones.

—¡Ah, señor Courtín! ¡Ah, Bellagamba!—gritaba—. ¡Qué desdicha! Pero ¡qué desdicha!... La estatua estaba en la tercera tumba, según yo les decía a ustedes, allí, allí... Pues bien; la han robado. Sí, ¡la han robado, la han robado!... ¿Cuándo? Anoche, esta mañana quizá... La culpa es mía, sí, la culpa es mía... Ayer, ya de noche, habíamos encontrado la entrada de la tumba mis hombres y yo. En una hora habría quedado desescombrada... Lo prudente hubiera sido continuar, con linternas. No obstante me negué a ello. Sí, la estatua estaba allí, pero yo quería que la señora duquesa tuviera el gusto de ser la primera en saludarla. Tiene derecho, hay que reconocerlo... Entonces, organicé las cosas para que el descubrimiento fuese hoy. Digo mi misa a las siete, y cito para las ocho a mi cuadrilla de obreros. La duquesa debía de reunirse con nosotros a las diez. Lo había calculado yo de modo que llegase ella en el momento oportuno de entrar conmigo en la tumba. Ya no era cuestión más que de unos cuantos azadonazos. La nota del monje es clarísima: *Cavé una fosa muy pequeña*... Se comprende. ¡El pobre había trabajado tanto con sus brazos, que se encontraría fatigado! Esos últimos azadonazos los habría

dado yo mismo... La fosa era pequeñita... y lo es, ya lo ha visto usted, señora... Al llegar, encuentro delante de la puerta un montón de cascote recién quitado y la tumba vacía. Unos bandidos han desenterrado la estatua. ¡La han robado! Pero vengan ustedes, vengan...

Y en su exaltación, cogió del brazo a Courtín y le arrastró detrás de él a la especie de cueva tallada en la roca, teatro del más dramático episodio que había transtornado su apacible vida de hombre de archivos y bibliotecas. Una escalera de veinte peldaños descendía hasta la cámara mortuoria, distribuída, según el rito, en cuatro departamentos, con lechos de piedra para acostar encima a los muertos. Varios cabos de vela colocados en el suelo iluminaban vagamente unas pinturas al fresco que permanecían intactas. Apenas si Hugo Courtín tuvo tiempo para entrever sus figuras blancas destacándose sobre un fondo rojo, y que en un lado representaban convidados medio tendidos ante las mesas de un banquete y en otro un paisaje con cazadores y pescadores. El arqueólogo le obligó a inclinarse sobre un hoyo más largo que ancho, y muy poco profundo, efectivamente, situado en un rincón. Mientras llenaba de tierra sus manos y las del joven, dijo a éste:

—¿Está fresca, sí o no? No hace cinco horas que han venido, acaso no haga cuatro siquiera. ¡De cualquier modo, ha sido anoche o esta ma-

ñana! Aquí se han detenido los miserables. Mire cómo se ven las huellas de sus pies... No ande usted sobre esos rastros, capitán. Yo los descubriré... Eso es un indicio por el que podemos encontrarlos. Los encontraré, los encontraré. ¡Quiero mi estatua, que me han robado los pillos!... ¡Mi estatua! ¡Mi gloria!... Figúrese: ¡una estatua dedicada a Némesis por Sila!... Estaba ahí, en esa fosa, desde hace cuatrocientos años. Estaba ayer mismo. ¡Y ahora no hay nada, nada, nada!... ¡Ah! No puedo soportar este vacío.

Tropezaba con el pie en los cabos de vela, a riesgo de inflamar el paño de su sotana y destruir los preciosos rastros reveladores. De nuevo, sin preocuparse ya del joven, corrió hacia la luz, y mientras Hugo subía los peldaños resbaladizos, le oyó que, fuera ya de la cueva, interpelaba a la duquesa con progresivo frenesí:

—¡Y pensar que no hace veinticuatro horas que yo le contaba a usted, señora, cómo proceden esos bandidos, esos asesinos de estatuas!... Porque indudablemente van a cometer ese asesinato. El sacrilegio que no quiso llevar a cabo el pobre monje del manuscrito, a pesar de la orden de su prior, van a atreverse a cometerlo ellos. Van a romper la estatua. No pueden vender en Italia, ni hacer salir de ella, un trozo de mármol tan grande y tan hermoso. Se sabría: se los descubriría. Van a partir la estatua, van a despedazarla. Tal vez lo están haciendo en este instante.

¡Para que el monje creyese ver correr la sangre bajo la piel de la diosa, tiene que ser muy bella! Y ayer por la tarde, cuando descubrí esta puerta, aún reposaba ella en el silencio de la tumba, acostada, dormida, viva. Me esperaba. ¡Y la exterminan, la exterminan! ¡La matan!... Pero ¿quién, quién?...

En el delirio de su exaltación, avanzó hacia los obreros y comenzó a arengarlos en lengua italiana:

—Si es alguno de vosotros quien ha dado el golpe, que lo diga. Si lo confiesa, se le perdonará. Se hará más aún, se le dará mayor cantidad de dinero que la que sacaría vendiendo el mármol. ¿Verdad, señora duquesa?...

Y cogiéndoles de la mano, uno tras otro, clavando sus ojos en los ojos de ellos, les gritó:

—¿Has sido tú, Antonio? No, no has sido tú... ¿Has sido tú, Giuseppe? No... ¿Y tú Pierino? No... ¿Y tú, Luigi? No... ¿Y tú, Andrea? No... ¿Y tú, Biagio? No...

Luego, soltándolos y siendo el primero en avergonzarse de este injurioso interrogatorio, con su generosidad nativa, añadió:

—Perdonadme, amigos míos, por haber sospechado de vosotros. Ya sé que todos sois hombres honrados. ¡Habéis trabajado muy bien y con verdadera complacencia! Perdonadme...

Y súbitamente, dejándose caer sobre una piedra, oprimió su viejo rostro entre sus viejas ma-

nos, surcadas de gruesas venas, gimiendo entre sollozos:

—¡El criminal soy yo, soy yo!...

¿Había turbado su cerebro la decepción de su descubrimiento frustrado? Tres frases se escaparon de labios de los tres extranjeros, testigos de este doloroso transporte. Los tres dijeron en voz alta, cada uno en su lengua, exteriorizando su pensamiento casi automáticamente y por sí propios:

—*He is gone into hysterics* (1)—profirió flemáticamente lord Ardrahan.

—*Die Franzosen sind immer kindisch* (2)—decretó el alemán.

La americana, en tanto, piadosa y práctica a la vez, sugirió:

—*He ought to be looked after, poor old man!* (3).

—Vamos, buen amigo mío, excelente amigo mío—dijo la duquesa, acercándose al anciano—, cálmese...

Y le obligó a alzar la cabeza. La hermosa señora le sonreía como a un niño, mientras, con fina delicadeza de mujer, le hablaba en el lenguaje de su ciencia, único que podria él escuchar en este minuto.

—Pero si es admirable lo que ha encontrado:

---

(1) Tiene un ataque de histerismo.

(2) Los franceses son siempre infantiles.

(3) Conviene tener cuidado del pobre viejo.—*N. del A.*

tres cuevas tan interesantes como las de Chiusi, de Corneto y de Perusa, con sus pinturas que va a limpiar en compañía de usted el señor de Richter... ¡Tumbas etruscas aquí, en esta parte de la Toscana, donde no se conocían! Un descubrimiento así basta para su gloria... No hay que pensar más en la estatua. Figurémonos que el monje la rompió con su martillo, y no se hable más de ella... Hay que pensar en las tumbas, y ante todo, en ponerlas en estado de que no se produzcan nuevos desplomos que las obstruyan. Voy a dar instrucciones para que las cerquen con una empalizada. Pondré aquí un guarda, y no le autorizaré a usted para que abandone Valverde hasta que no haya redactado, con destino al Instituto, su Memoria acerca de tan magnífico hallazgo. ¡Porque le repito, que es magnífico! Pregúntele, si no, al capitán Courtín. Si él hubiera sacado a luz en África monumentos tan antiguos—pues esas tumbas son del siglo V y del tipo *a cassone*—, ¡qué contento estaría, qué orgulloso!

—Ciertamente...—dijo Hugo.

—Gracias, duquesa—respondió humildemente el arqueólogo—.Usted siempre es buena, muy buena. Pero usted no lo sabe todo. Ni yo mismo me he acordado en el primer momento... No he hecho memoria hasta hace poco rato, antes de insultar a estos honrados trabajadores (porque yo los he insultado, yo, ¡un sacerdote!)... Ayer, en casa de Guarino el anticuario, hablé dema-

siado. Me poseía mi Némesis. No pensaba sino en ella. No hablaba sino de ella. Se lo conté todo a Guarino, lo mismo que a usted, mi capitán, con la historia del manuscrito de Valerio Máximo, y el detalle de la nota del monje, y mis investigaciones, y la seguridad que tenía de encontrar la estatua en la tercera tumba... En casa de Guarino, duquesa, había gente, y ya comprenderá usted que cundió la noticia. Las ciudades que poseen antigüedades, como Siena, Roma o Nápoles, están llenas de individuos al acecho de la menor chuchería. ¡Ahí es nada la chuchería: una estatua griega de la buena época, y además de Némesis, que son tan raras!... ¡Si yo supiese que los bandidos habían trabajado por cuenta de un inteligente que se llevase la estatua entera, menos mal!... Pero no, será para chamarilear, vendiéndola a trozos. Lo que le digo a usted, un asesinato: la cabeza cortada, las manos cortadas, los pies cortados, los brazos cortados, el cuerpo dividido en cinco o seis trozos... ¡Ah, yo soy el culpable, duquesa, el gran culpable, por hablar demasiado!

—Padre—dijo Hugo, interviniendo de repente—, ¿no es de tamaño natural la estatua, a juzgar por la fosa que me ha enseñado usted?

—No—repuso el arqueólogo—; pero tampoco es muy pequeña, sino de tamaño mediano, transportable, en fin. Supongo que sería así— y llevó la mano a alguna distancia del suelo—, con un

zócalo para la dedicatoria, el cual no puede ser muy pequeño, a causa de la inscripción, bastante extensa, sin duda. Sila debió de poner en ella sus nombres, sus títulos, sus promesas... ¡Calcule!

—No hay carretera más que por el lado de la *villa*—continuó el oficial, examinando el terreno en derredor suyo—, y solamente existen dos senderos. Los ladrones no han utilizado el que hemos recorrido Bellagamba y yo al venir. Por tanto, han utilizado el otro, y se han llevado a brazo la estatua. Un mármol de esas dimensiones pesa bastante. Han debido de caminar con mucha lentitud, soltando su carga de cuando en cuando, y la tal carga, necesariamente, habrá dejado cada vez una huella, como las suelas de los zapatos las han dejado en el sepulcro... ¿Si buscáramos esos rastros?

—¡Qué idea tan luminosa ha tenido usted, Courtín!—dijo la duquesa—. Vamos, Padre, levántese y venga con nosotros a inspeccionar ese sendero. Como la estatua es mía, estoy segura del éxito. ¡Ya conoce usted mi buena suerte!...

Y añadió, alegremente:

—Polícrates volverá a ver su anillo.

—No diga usted eso, señora—repuso el arqueólogo, cuyo noble rostro expresó una gran ansiedad dentro de su emoción—. Va usted con ello a hacerme desear que no se encuentre mi estatua. Aunque en el fondo—murmuró con un profundo

suspiro—estoy tranquilo, porque no se encontrará.

—Probemos, sin embargo—insistió la duquesa, aventurándose con sus huéspedes por el sendero que había designado Courtin, y en donde ya se había metido el primero Bellagamba, con una mímica de atareamiento—. ¿Viene usted, Padre?

—No, señora—contestó el sabio, decaído—, me quedo. Seguiré el consejo de usted: voy a comenzar el examen de las pinturas.

Al quedarse sólo con sus obreros, este hombre tan digno se disponia a renovarles individualmente las excusas que un cuarto de hora antes les había dirigido a todos juntos, cuando oyó que le llamaban por su nombre, pronunciado con un fuerte acento tudesco, interrumpiéndole en su tarea de conmovedora caridad. Era Richter quien le gritaba:

—¡Padre Desmargerets! Ya están sobre el rastro. Se ha encontrado en la hierba la primera huella de la estatua. El enano ha sido el descubridor. ¡Cómo va a envanecerse ese *homunculus!*

Y murmuró, en alemán, el verso irónico de *Fausto*:

—«*Veo gesticular a un lindo hombrecillo, de forma elegante.*»

Luego, insinuante y adulador, creyó del caso añadir:

—Padre Desmargerets, debía usted publicar

su Memoria, antes que en ninguna parte, en nuestra gran revista arqueológica de Berlín *Athena Lemnia*. No hay como Alemania para dar su verdadero puesto a sabios cual lo es usted. Entre nosotros, el profesor es el iniciador total... ¿Me lo promete? Yo me encargo de la traducción.

—Todo lo que usted quiera, si se encuentra la estatua—contestó el anciano; y recogiéndose la sotana, a la sazón echó a correr, tan ágil como un joven, delante del pintor.

Al cabo de doce o quince minutos que duró esta carrera, llegaron al sitio en donde se había descubierto el primer indicio. Lord y lady Ardrahan permanecían allí, estudiando el aspecto de la hierba, aplastada y pegada al suelo en una extensión de más de un metro. Habían quedado adheridos residuos de greda. El inglés recogió uno y se lo enseñó al Padre, diciéndole:

—El rastro de la liebre, Padre.

—Naturalmente— exclamó el arqueólogo—. La caja de madera que guardaba la estatua estaría podrida por el tiempo.

Y atisbando él mismo otro pedazo de tierra gredosa, repuso:

—¡Miren, miren! El molde de un lado de la cabellera. ¡Ahí ha descansado la cabeza! ¡Ahí!... —repitió, exaltándose—. ¡Ah! corramos, corramos!

—¡Cómo marcha, cómo marcha! — observó lady Ardrahan—. ¡Ya ha desaparecido!

—Nosotros tenemos un refrán que siempre citaba nuestro mariscal de Moltke—contestó Richter—: «Cuando se es viejo se debe tener más actividad que cuando se es joven.» Es el primer latino a quien veo practicarlo.

—Lo que el hombre hace por gusto lo hace bien—dijo el inglés—. Caza la estatua como nosotros cazamos el tigre en las Indias. Esta caza, sin embargo, es menos excitante.

—Voy a buscarle su sombrero—prosiguió lady Ardrahan, dando una nueva prueba de ese altruismo innato, para el cual los anglosajones han inventado la intraducible palabra de *kindness*—. El pobre corre el riesgo de que se le enfríe el sudor.

Y como su marido hiciera ademán de desandar el camino para evitarle la ida y la vuelta, hubo ella de añadir:

—No. En caso de encontrar a los ladrones, cuantos más hombres seáis, mejor.

—Empiezo a creer que mi mujer tiene razón—dijo lord Ardrahan unos instantes más tarde—. Escuche usted cómo ladran los lebreles de la duquesa. Están sobre una pista.

—Si se tratara de nuestros perros policías—replicó el alemán—, no le diría que no. Los perros alemanes huelen al ladrón a una legua. Pero éstos son tan estúpidos como decorativos... Y ahora, ¿por dónde diablo vamos a continuar?

Habían llegado a un paraje donde se bifur-

caba el sendero. Mientras Richter y lord Ardrahan se detenían vacilando, a quinientos metros de ellos se desarrollaba una escena de la que no habían que ver más que el desenlace...

Al adentrarse en el sendero que debían haber seguido los ladrones, Bellagamba tuvo cuidado de silbar a *Tristán* e *Iseo,* los cuales saltaron en seguida a ambos lados de él. Muy orgulloso de haber sido el primero en descubrir una huella, el enano avanzó más de prisa que ninguno, descubriendo otra huella y otra aún, precedido por los lebreles, a los que de repente vió pararse en la entrada de una especie de plazoleta del bosque en forma de estrella, de la que irradiaban varios caminos.

Tres hombres atravesaban este claro. Un pañuelo flotante, atado detrás de la cabeza, disimulaba la parte inferior de sus rostros. Avanzaban penosamente llevando a brazo una larga mole pesada, manchada de greda, que no podía ser más que la estatua. A la vista de los perros, que no intentaron acercarse, sin embargo, como desconcertados por la extrañeza del encuentro, uno de los ladrones soltó la carga y huyó por el bosque a todo correr, en tanto que los otros dos se volvían interpelados por una voz estentórea. Era el Padre Desmargerets, que a su vez desembocaba en la plazoleta, adelantándose un poco a la duquesa y a Courtín, y gritando en italiano:

—¡Deteneos!

Al ver a los recién llegados, los bandidos dejaron la estatua, y uno de ellos respondió extrayendo de su bolsillo un revólver y apuntando al clérigo, gesto que imitó su camarada. El primer bandido dijo:

—Siga su camino, padre cura. ¿Qué nos quiere usted?

—¡Escóndase detrás de los árboles, Padre! —gritó Courtín—. ¡Y usted, señora, escóndase también detrás de los árboles!... Ya ven que esos hombres están armados.

No había concluído su frase, cuando sonaron dos pistoletazos a la vez, disparados uno contra la duquesa y otro contra el oficial. Los bandidos habían querido desembarazarse primeramente de las dos personas más jóvenes y robustas. Pero en el momento mismo de oprimir el gatillo el hombre que apuntaba a la señora de Roannez, recibió en el brazo una piedra tirada por Bellagamba. Esto desvió el proyectil, que fué a perderse entre las ramas a veinte metros del blanco. El otro bandido habia apuntado a Courtín y acertó el tiro. El oficial, que avanzaba rectamente hacia el miserable, se detuvo en seco, llevándose la mano al pecho con la actitud de quien acaba de recibir un golpe, y dijo:

—Me ha tocado...

Movió los brazos, se palpó el torso, respiró a plenos pulmones repetidas veces, y acabó por añadir alegremente:

—Sí, pero no estoy herido. ¡Los perros! Bellagamba, suélteles los perros!...

Después de disparar estas dos balas, los ladrones desaparecieron entre los matorrales con una prontitud que se explicó por la aparición en el campo de batalla de dos nuevos adversarios, que no eran otros que, Erico de Richter y lord Ardrahan. Hugo se volvió entonces, al oir qne le llamaban, para decirles que su herida no era grave, y vió que a tres pasos de él la duquesa se apoyaba contra un tronco de árbol, pálida y desfalleciente.

—...Pero ¿qué le ocurre, señora?—preguntó, corriendo a ella.

Con la mano le hizo señas la dama de que no podia hablar, y agrandados sus ojos por el espanto, mostró el desgarrón producido por la bala en la chaqueta del joven.

—¿Esto?...—dijo él, riendo—. Es asunto de una zurzidora, nada más. Mire usted el escudo que me ha salvado...

De su bolsillo interior sacó una gruesa cartera profundamente agujereada, y explicó al inglés, que examinó el objeto con una atención de cazador profesional:

—Es piel de gacela, preparada en Mauritania, lord Ardrahan. Realmente, es un trabajo grosero; pero si el cuero hubiese sido más fino, ahora estaría yo...

—¿Pero no le ha pasado a usted nada, ver-

daderamente nada?...—le dijo la duquesa muy por lo bajo, cuando estuvieron solos.

En vez de seguir a Ardrahan y a Richter, que se afanaban alrededor de la estatua yacente en tierra, ella había cogido la mano del joven, y estrechándosela con una energía extraordinaria, repitió:

—¿No le ha pasado nada?...

Luego, con un acento salvaje, tanto era el amor loco que vibraba en él, añadió:

—¡Ah! ¡No sabía aún hasta qué punto le amo a usted!

Esta explosión pasional sucediendo al violento sobresalto de poco antes dejó a Hugo mudo de estupor a su vez. Era demasiado fuerte el contraste entre este arrebato y la actitud de la señora de Roannez desde hacía veinticuatro horas. Ella misma parecía asombrada.

La presencia de lady Ardrahan, que acudió trastornada por el oido de los disparos y llevando en la mano—detalle dulcemente cómico—el ancho sombrero negro, raído y manchado del Padre Desmargerets, vino a interrumpir el íntimo coloquio, que no podía ser sino doloroso, comenzado así, a corta distancia de personas extrañas. Courtín sintió una especie de alivio al contestar a las preguntas de la americana.

—Es a Bellagamba a quien hay que pedir detalles. Él es quien ha descubierto a los ladrones y lo ha hecho todo... Pero ¿dónde está?... ¡Dios

mío! ¡Pues no le he gritado yo que los persiga, y me he quedado aquí!...

—No se preocupe usted del enano, capitán —dijo lady Ardrahan—. Acabo de cruzarme con él, que volvía por el bosque, con los perros, encaminándose hacia las tumbas...

—Entonces, ¿vamos a dejar que escapen los bandoleros?—repuso Courtín.

—¡Bah, tanto mejor!—contestó la duquesa—. Tienen cargados sus revólveres. ¿Para qué arriesgarse a recibir una tercera bala, desde el momento que hemos recuperado la Némesis? Lo mejor será que vayamos a ver si realmente es ella.

—Y a impedir que el Padre tome una insolación—añadió la americana, señalando al arqueólogo, que se había arrodillado ante la estatua, con la cabeza desnuda a pleno sol.

Trataba de limpiar de greda el mármol, utilizando tan pronto la jareta de su pañuelo como el borde enrollado de su sotana, y decía:

—¡Es ella! Sólo han tenido tiempo de herirla. ¡Porque ya empezaban a profanarla los verdugos! Miren...

En el cuello de la obra de arte se veían numerosas muescas, cuyo origen explicaban con exceso los escoplos y martillos abandonados junto a ella. Los perros habían sorprendido a estos vándalos cuando iban a proceder al destrozo.

—¡Qué catástrofe si hubiéramos tardado!...

—continuó el Padre—. Afortunadamente, la estatua es pesada. Creían ellos que iban a tener tiempo de romperla. ¡Cuán hermosa es! ¡Ah, qué maravilla!... Señores, ayudénme a ponerla derecha.

Intentaba alzar del suelo el mármol, con un vigor que era asombroso en su gastado cuerpo; pero la embriaguez del entusiasmo parecía haberle devuelto sus veinticinco años. Con el concurso de los tres hombres, acabó de erguirla. La diosa apareció, admirable de líneas, serena y amenazadora, a través del sudario de barro que la envolvía sin deformarla.

—¡Bien decía el monje!—exclamó el sabio—. Es la Némesis, la ejecutora de la cólera de los dioses... ¡He aquí su dedo levantado contra su boca, y he aquí el *codo,* la medida ponderadora!... No tiene balanza. Pero tiene rueda, como la Fortuna... ¡Ah, que desdicha¡ ¡Rota la rueda!... Y no son ellos los que han hecho eso. La rotura es antigua, porque tiene tierra sobre la parte quebrada. Sin embargo, en el trozo intacto de la llama queda un fragmento de la firma.

Y limpiando con increíble agilidad el sitio en donde adivinaba letras griegas:

—Alfa... Sigma... Iota... Tó...—deletreó nerviosamente.

Luego, lanzando un grito:

—...*Asit*... ¡Pero si es Pasiteles, el arcaizante! Al volver de Atenas por la Gran Grecia fué cuan-

do Sila debió encargar la estatua a ese artista, y no es demasiado grande, como yo les decía a ustedes, para llevarla en sus viajes a lomos de un mulo. Miren. Es indudable el estilo de esa escuela. Recuerden la Electra de Nápoles, adelantando el pie izquierdo, cayéndole rectos los pliegues del jitón, el mismo peinado... ¡Ah, duquesa, ya verá usted cuando esté limpia! Y además, la inscripción del zócalo: *Lucii Cornelii Sullæ*—deletreó de nuevo—. ¡Oh, oh! Un genitivo para comenzar, como en la de Mummius... Vean, vean. *Parsitelis artificis opus.* ¿Son testigos todos ustedes de que yo lo había adivinado?... Pero la inscripción es muy larga. Ya la descifraré despacio... Por lo pronto, duquesa, hay que prevenir a los obreros que lleven la estatua al castillo en seguida para que no vuelvan a robarla. Entretanto, yo la custodiaré.

—Aunque otra vez la robasen, otra vez la encontraríamos, Padre—repuso la duquesa—. Se lo repito. Polícrates...

—Y yo le repito que no pronuncie ese nombre, señora—dijo el Padre.

Y mientras el sencillo sabio contemplaba la estatua con una mirada en la que, a pesar de su alegría desbordante, se mezclaba el miedo al éxtasis:

—¿Sabe usted, padre—insinuó el alemán—, que en tiempo de su monje le habrían quemado a usted por hereje? Confiese que los luteranos te-

nemos algún motivo para hablar de la idolatría romana.

—No, señor de Richter—respondió el sacerdote gravemente, y se persignó—. No tengo miedo a este hermoso mármol ni al mito. Es Santa Teresa quien lo enseña: «No hay que tener miedo sino a nuestros pecados». Por otra parte, la señora de Roannez es en extremo buena, en extremo caritativa, y tiene derecho a ser también en extremo dichosa.

—¡Dichosa! ¡Sí! ¡Cuánto lo soy en este minuto!...—dijo la duquesa en voz muy baja a Hugo, mientras regresaban, a la zaga de los demás, en dirección a las excavaciones.

Y de nuevo tenía en la voz la expresión sofocada y apasionada de su declaración reciente.

—Si me ama usted en realidad—repuso Courtín con el mismo tono—, ¿porqué se negó a responderme ayer? Me refiero al niño.

Los párpados de la joven aletearon nerviosamente sobre sus ojos fulvos, y añadió más por lo bajo todavía:

—Jamás existió el niño... No estuve en cinta jamás.

—Pero ¿no me escribió usted...?

—Fué para conseguir que volviera.

—¿Y sus silencios de ayer, cuando estaba usted viéndome sufrir?—insistió.

—Eran para impedir que te fueses, para rete-

nerte al lado mío, porque te amo... Dime solamente que tú también me amas.

Y con un temblor en todo su sér, Hugo se oyó así mismo contestar, estupefacto de su propia voz:

—Sí, te amo.

VII

El amor vencedor del orgullo

CUANDO una frase de absoluta sinceridad se pronuncia al fin entre los seres que, experimentando un mutuo sentimiento apasionado, callan el uno ante el otro y aun ante sí mismos, se produce en ellos por lo pronto una repentina conmoción.

Se ven uno a otro y se ven así mismos con una verdad que los desconcierta. Les faltan palabras paro traducir un acceso de emoción tan brusco, tan violento. La presencia de extraños se convierte para ellos en una contrariedad casi intolerable y a la vez en una ventaja, tan ávidos e incapaces de hablar son al mismo tiempo. Pero lo más intolerable para ellos resulta una conversación fragmentaria, que mutila las confesiones que sus almas tienen necesidad de hacer y de recibir, y por esto prefieren prestarse a indife-

rentes charlas de sociedad, e incluso a veces se excitan con ellas, sin comprender en absoluto el sentido de las frases que emiten, ¡tan insignificantes y tan lejanas para ellos!

Esta impresión de ausencia en la presencia, y como de desdoblamiento, la sufrieron con una fuerza extraordinaria la señora de Roannez y Hugo Courtín, cada uno a su manera, él más reservado, ella siempre vivaz, durante el tiempo que invirtieron, apenas cambiadas sus abrasadoras palabras de amor, en volver a la excavación y a las tumbas etruscas, y luego al castillo, en compañía de la pareja inglesa y del pintor prusiano.

A su alrededor se sucedían las frases incoherentes, todas relativas a los dramáticos sucesos de la mañana, y que manifestaban las impresiones distintas en los testigos.

—Decididamente, el buen Padre Desmargerets figurará en mi cartulario—declaraba lord Ardrahan—.Le dirigiré una carta para felicitarle por su descubrimiento y rogarle que me cuente por escrito sus pormenores. Pondré su respuesta al lado de la que recibí del comendador de Rossi (1) acerca de las Catacumbas.

—Carecerá de método--objetó Richter--. Ese es el defecto de ustedes los galo-romanos—y sa-

(1) El célebre conde de Rossi, gran explorador e historiador de las Catacumbas de Roma.—*N. del T.*

ludó al oficial francés con una especie de cortesía agresiva—, que por otra parte poseen tantas buenas cualidades. Así me lo decía nuestro emperador, cuando me despedí de él: «¿Va usted a Francia, Erico? Usted verá. Hay allí un montón de cosas que están muy bien en sí, pero no están bien arregladas...»

—No sé qué relación puede tener lo uno con lo otro—repusó Courtín.

—¿Cómo que no?—insistió el pintor—. ¿No ha tenido el Padre Desmargerets una idea genial? ¿Y no ha estado a punto de que le falle el resultado por no haber distribuído su cuadrilla de obreros en dos secciones, una para la excavación de día y otra para la guardia de noche? Ese es el «muy bien, pero no bien arreglado». De seguro que tampoco tendrá espíritu de organización para explotar su descubrimiento ni para exponerlo.

—Pero, por lo pronto lo ha hecho—interrumpió lady Ardrahan—, y es magnífico. Lo que me gusta en el viejo mundo, y sobre todo en Italia —continuó—, es su densidad. Es el espesor del pasado sobre el cual viven ustedes. Vea usted su Valverde, querida Daisy—y se encaraba con la duquesa—. Por debajo de la existencia que lleva usted aquí asoma aún hoy el Renacimiento. Por debajo del Renacimiento, la Edad Media. Por debajo de la Edad Media, Roma con Sila. Por debajo de Roma, la Grecia con esta Némesis. Más

en el fondo todavía, la Etruria con la diosa Nurtia. ¡Cuántas evocaciones en un pequeñísimo rincón de un país! ¡Y qué insignificante es al lado de todo esto nuestra América, con sus cuatro pobres siglos de historia!

—Sí—dijo la señora de Roannez—; pero América es el porvenir. Además, los monumentos del Yucatán, por ejemplo, no son tan recientes, después de todo. Quizá un día nos prueben ellos que sus primeros habitantes fueron esos misteriosos atlantes de los que le hablará a usted el Padre Desmargerets. Está admirable cuando llora por la Atlántida hundida en las olas y describe, como si la viese, la noche en que los ancianos, los sacerdotes, las mujeres y los niños aguardaban a los hombres jóvenes que partieron a la guerra, allende las columnas de Hércules. La tierra temblaba, el suelo se abría, brotando de él vapores abrasadores, los templos se derrumbaban, y el océano subía, subía invadiéndolo todo, cubriéndolo todo. ¡Un continente y una civilización hundidos para siempre! ¡Y qué interesante es, a través de sus discursos, esa civilización que daba como tipo a las sociedades la fijeza de los astros! Mucho me asombraría que no empezase hoy a divagar sobre esa pista, a propósito de Némesis, precisamente. Ayer nos dijo que también esa diosa se llamaba Adrastea. Durante la velada me afirmó que esa Adrastea era una divinidad oriental, la misma que la Ator

egipcia y que el Astoret de los fenicios, la personificación del cielo estrellado...

—Es una tesis exacta—dijo Richter—. Nos la enseñaban en la Universidad, según el libro de Hermann Posnansky: *Nemesis und Adrastea.*

Entretanto, y distraídos con estos discursos, llegaron al claro de las tumbas. Los obreros seguían allí, sentados en los escombros, almorzando un poco de jamón crudo con pan, que regaban con vino de Chianti. Discutían entre sí respecto al robo de por la mañana, y la animación de sus gestos demostraba hasta qué extremo los había tocado en lo vivo la acusación del Padre Desmargerets.

—¿Conque la han encontrado?—exclamaron a una, cuando la duquesa les dió la noticia—. ¡Ah, qué contento debe de estar el Padre!

—Os aguarda. Corred a buscarle por ese sendero. Al llegar a la encrucijada, torced a la derecha—repuso ella.

Y añadió mientras se levantaban los obreros:

—Pero ¿acaso no os ha prevenido Bellagamba?

—No le hemos visto—contestaron ellos.

—Me tiene intranquila nuestro *Primo*—dijo la señora de Roannez, de vuelta en el grupo de sus huéspedes.

Siempre que daba a su bufón familiar el nombre del célebre enano español, cuyo traje le hacía ponerse, era en señal de deferencia para con él.

—Sí—continuó—, no ha pasado por aquí. ¡Con

tal que esos bandidos no le jueguen una mala pasada! Me ha parecido que les tiraba piedras.

¡Qué rabia se hubiera anidado en el corazón del infeliz, de oir estas palabras! Ni siquiera suponía ella que era el enano quien le había salvado la vida. Durante los minutos de peligro, no había visto nada más que a aquel a quien amaba.

—Es extraordinario—dijo lady Ardrahan—. Con mis propios ojos le he divisado en el bosque, seguido de los perros, y por este lado.

—Habrá corrido a la *villa*—insinuó Richter—para juntar gente y dar caza a los ladrones. Insisto, duquesa, en que debería usted tener en este paraje aislado perros policías de los nuestros...

—No me infunde miedo nada ni nadie—respondió la señora de Roannez—. ¿De qué me servirían?

—Por lo menos para encontrar, con su olfato, a esos ladrones—repuso el pintor—, después de ventear las herramientas que han dejado...

—¿Encontrarlos?—exclamó ella—. Me molestaría mucho. La extranjera aquí soy yo. ¿Para qué quiere usted que me cree enemigos entre estas gentes, poniendo a los carabineros en campaña? Bastante castigados están esos ladrones con haber fallado el golpe, quedándose sin la comisión que les habrá prometido Guarino. Porque, aunque no pienso decírselo a Desmargerets,

es muy probable que los haya enviado el mismo anticuario, aunque desde luego sin la idea de que nos asesinaran. Los pistoletazos no estaban en el programa. Mientras no hayan tocado a mi pobre Bellagamba, no los quiero mal... Al contrario.

Y miró a Hugo para añadir esta frase de doble sentido, que tenía para el joven una significación tan tierna:

—Les estoy agradecida por la emoción que me han procurado.

—Siempre he dicho de usted, Daisy—comentó lady Ardrahan, medio en broma, medio en serio—, que, a su manera, era usted un pequeño Nerón.

—Mi *dilettantismo* es menos completo—contestó la duquesa en el mismo tono—. Y la prueba la da mi inquietud por el paradero de mi pobre *Primo*. Esta inquietud es real. Apresuremos el paso para salir de dudas lo más pronto posible.

Ante la visible ansiedad de la señora de Roaunez, Hugo tuvo en los labios una frase que no llegó a pronunciar. De repente se acordó de que apenas disparados los pistoletazos, y mientras él marchaba hacia la duquesa medio desvanecida, había visto la silueta del enano, disimulado detrás de un árbol y espiándolos. E inmediatamente Bellagamba habia desaparecido. ¿Por qué? Las vagas impresiones de desconfianza sus-

citadas en él desde veinticuatro horas antes por las actitudes enigmáticas del gnomo se resumieron en una sospecba tan indeterminada y tan precisa a la vez, que a él mismo le dió miedo. De ahí provenía su silencio. Le asaltaba el espíritu una horrible hipótesis, la de que Bellagamba tuviese celos de él, de Courtin, tan violentos, que había huído al sorprender la declaración de la duquesa y la suya. Estos celos suponían en el monstruo un odioso, un indefinible y turbador deseo hacia aquella admirable criatura, en la atmósfera de la cual vivía, respirando, venteando su belleza, sin que la duquesa reparase en semejante cosa. ¿Qué era el enano para ella? Un Velázquez destacado de su marco, y nada más. La sola idea de tal codicia reconcentrada en torno de la joven infligió un dolor casi físico al amante, que se creía curado. ¡Oh, no, no lo estaba! ¡No habia mentido poco rato antes al responder al grito apasionado de su antigua querida con un grito análogo!...

Llegaron los paseantes al extremo de la avenida, y resonó la voz de lord Ardrahan llamándoles. El inglés se habia adelantado al grupo, abriendo el compás de sus delgadas piernas de gran ave zancuda. Les anunciaba que Bellagamba estaba a la vista. En aquel momento, *Tristán* e *Iseo* corrían ladrando hacia su ama.

—Convenga usted conmigo—dijo ésta, acariciando con su fina mano la pelambre fulva de

sus lebreles—en que éstos son amigos, y los amigos valen más que los policías... Vaya, también veo ahora a mi bravo *Primo*... ¡Cómo se le parece, llevando a la espalda la balija de las cartas! Se ha acordado de que es la hora del correo, y ha querido que tuviésemos más pronto nuestra correspondencia. ¡Qué loca estuve al tener unas ideas tan negras!

—Y yo—pensaba Courtín, por su parte—, ¡qué tonto he sido!...

Volvía a ver en espíritu el gesto del enano embolsándose su luis de oro en el *restaurant* del Hotel Barrafranca, con la tranquila serenidad de un esportulario (1) que toma lo que le corresponde.

—El tunante—volvió a decirse Hugo—ha querido sencillamente mostrarse oficioso, previendo las propinas que le demos al marcharnos.

Cinco minutos más tarde, Bellagamba se presentaba a la duquesa y le tendía abierta la balija anunciada, de la que ella empezó a sacar las cartas, una por una. Al distribuirlas murmuraba la duquesa:

—Para usted. Maud... Para usted, lord Ardrahan... Para usted, Richter. Para usted también... No veo nada para usted, querido Hugo.

(1) Los patricios romanos acostumbraban a repartir diariamente entre sus pobres unas esportillas con dinero, comida y vino. De ahí procede la palabra «esportulario».—*N. del T.*

Para mí. Para mí... ¡Ah!—exclamó alegremente, cogiendo un último sobre que palparon sus dedos—. Creo que aquí viene algo que te concierne, *Primo*. O mucho me equivoco, o es una fotografía que va a interesarte.

Mientras hablaba ella, el enano la contempló con una fisonomía impasible, pero con tal angustia en sus pupilas negras, que de nuevo se impuso a Courtín la sospecha desechada por un minuto. Además, observó que Bellagamba evitaba su mirada, como si le resultase intolerable la presencia de un feliz rival. Esta angustia se tornó en desconfianza de improviso, cuando la duquesa, después de estudiar por algunos instantes la fotografía encerrada en el sobre, se la mostró a lady Ardrahan, diciéndole:

—¿Qué le parece, Maud? La cara es muy linda, ¿verdad?... Pásele el retrato a su esposo... Mírelo, querido Hugo... Y usted también, Richter. ¿No se siente tentado su pincel?

La fotografía representaba una enana del mismo tipo que Bellagamba, con unos brazos muy pequeños, unas piernas muy cortas, una cabeza y un torso de tamaño normal. Esta acondroplásica hembra—¿podría dársele el nombre de mujer?—ofrecía un aspecto tanto más lastimoso cuanto que sus rasgos no eran simplemente lindos, sino verdaderamente bellos. Toda la gracia femenina de este sér desventurado parecía refugiarse en el rostro, aclarado e iluminado por

dos ojos humildes, tiernos, que imploraban afecto. Y la duquesa prosiguió:

—Por fortuna, está ausente el Padre Desmargerets, que no dejaría de aprovechar la oportunidad para desempeñar el papel de su amigo el rey Amasís y recordarme a Polícrates y su buena suerte. ¡Es el colmo de la mía la llegada de este retrato! El otro día leí en la *Vida de Isabel de Este* unas cartas en que pide ella a un tal Brognolo que le busque un camarada de la misma talla *(un compagno maschio)* para una encantadora morenilla *(una moretta)* que tenía consigo. Entonces se me ocurrió la idea de escribir a distintos sitios para saber si también podría yo encontrar una camarada de su talla para mi amigo Bellagamba. Y la vieja condesa Steno me envía esto desde Venecia. Esta pequeña es una huérfana que cose para fuera y aceptaría el venir a casa. Pero es preciso que Bellagamba dé su consentimiento. Mira este retrato, *Primo,* y dí qué te parece.

Tendió la fotografía al enano, que la cogió y la contempló fijamente, sin que pudiese traslucirse por la más leve señal la impresión que le causaba la vista de su hermana en miseria y la feroz inconsciencia de su presunta bienhechora, a no ser por una contracción de su mandíbula y una ronquera más áspera de su voz al dar las gracias devolviendo el retrato:

—La señora llega al colmo de sus bondades

para conmigo, y no falta ya sino que me autorice para pedir su mano.

—¿Quieres que no la haga venir?...—dijo la duquesa.

A pesar de que no conocía a fondo el verdadero carácter de su juguete humano, pues de una vez para siempre habíase formado sus ideas acerca de él, cesando de observarle, el acento de la respuesta había llamado su atención.

—¡Nada de eso!...—repuso Bellagamba, con un tono jovial ahora—. Por el contrario, quisiera verla.

Había vuelto a coger la patética imagen, y la miraba reiteradamente.

—Tiene los ojos y la boca muy tristes, señora. Hágala venir, aunque no sea más que por caridad para ella. Nuestro buen Padre Desmargerets le contará, como a mí, la historia del niño espartano a quien un zorro le devoró el vientre sin que él dejase de reir... Ella demuestra que sufre. No hay que dejarla sufrir... Pero ya es hora de que almuerce *Serio*... ¿Permite la señora?... ¿Puedo llevarme el retrato?...

Y después de un gesto de aquiescencia de la duquesa, deslizó la fotografía en el bolsillo de su dolmán de *chauffeur*. Sin más adiós, se hundió en la maleza por el lado de su *casino,* ordenando a los dos lebreles que querían seguirle:

—Atrás, *Tristán!* ¡Atrás, *Iseo!*...

Los animales se le acercaban. Entonces cogió

un guijarro y los hizo retroceder, con el brazo levantado, gritando a plena voz para que todos le oyesen:

—¡Tened cuidado, bichos estúpidos! Ya sabéis que con una piedra no marro nunca el blanco.

—*¡Tristán! ¡Iseo!*... Aquí, amigos.

Ahora era la duquesa quien llamaba a sus perros, y sin notar la alusión, que no podía comprender, añadió:

—Tírales la piedra, Bellagamba, pero para que corran a recogerla. Yo me encargo de guardarlos.

El enano lanzó el guijarro a lo lejos en el camino, como le había mandado su señora, y se hundió en la profundidad del bosque, arañándose con los espinos, aplastando los brotes tiernos, tropezando en las piedras. Cuando se sintió muy lejos y bien seguro de no ser visto, se dejó caer en tierra y comenzó a revolcarse con el frenesí de una bestia herida. Por un supremo esfuerzo de su orgullo, sofocaba los gritos que le arrancaba su furia, y repetía indefinidamente en un estertor: «¡Le mataré, le mataré!» Sollozos y amenazas se perdían entre los cantos jubilosos de las aves y el trémulo rumor de las hojas, bajo una de esas brisas acariciadoras para las cuales los italianos han creado esa palabra, acariciadora como ellas, de *venticello*. Nada de su siniestra y temible lamentación llegó al grupo de los huéspedes de Valverde, que continuaban encaminán-

dose al castillo, unos leyendo sus cartas, otros charlando.

—...¡Por algo le decía yo, Daisy, que era usted un pequeño Nerón!

A este reproche, tan sencillamente humano, de lady Ardrahan, una ráfaga súbita de indignación ensombreció el hermoso rostro de la señora de Roannez. De ordinario, acogía con una ironía ligera los lugares comunes de la moral corriente. Como todas las actitudes mentales audazmente estereotipadas, su *dilettantismo* estaba compuesto de una mezcla de sinceridad y de alarde. Se complacía en provocar ciertas censuras para afrontarlas luego mofándose de ellas. Pero en este momento estaba allí Hugo Courtin, quien, con la muda tristeza de su gesto, se asociaba a la repugnancia de la americana por la humillación infligida al enano. Por esto puso ella en el acento y en la mirada una vivacidad de desagrado al responder:

—¿Usted cree, Maud, que no he debido mostrar ese retrato a Bellagamba? ¿Y por qué? No le conoce usted. Es un comediante de su propia deformidad. Representa su papel, unas veces para infundir lástima, otras para provocar burlas. Se siente muy orgulloso de su constitución, porque es vanidoso como un pavo, y está muy contento de su suerte, porque es perezoso cual un lirón. Lo que ha visto más claro en esta escena es que nos ocupamos de él. Toda su mentalidad

se reduce a ser centro del mundo y a no hacer nada con sus diez dedos. Hay en él un atavismo más singular de lo que usted se imagina. Ese ha sido uno de los motivos que me hicieron buscar a la venecianita. El otro motivo consiste en el deseo de proporcionarle la única mujer de quien puede ser amado... Usted es algo responsable del primer motivo, Richter—prosiguió, recuperando su tono habitual de aislamiento superior—. Usted me ha traído una porción de pesados librotes germánicos referentes a los enanos: Muller, Winkler, Kirchberg, Kaufmann. Usted ha excitado lo que mi amigo Hugo llama mi omnivorismo. Me interesó la cuestión, y ahondé en ella. Acabé por caer sobre una Memoria del profesor Poncet, de Lyón, y de su alumno Renato Leriche, los cuales afirman que ciertos acondroplásicos, del tipo de nuestro *Primo*, pudieran muy bien no ser enfermos y degenerados, sino los auténticos descendientes de los pigmeos de una remota época... Porque los pigmeos han existido como raza en la realidad y no sólo en la leyenda, desapareciendo hacia el siglo X. Poncet llega hasta decir que esos enanos eran la vanguardia de la variedad actual del género humano, así como en los animales ciertas especies de gran tamaño proceden de las pequeñas. Ya que no una prueba concluyente, tendremos, al menos, una presunción en favor de esta hipótesis, si el hijo de un padre y de una madre atacados

de acondroplasia fuese acondroplásico también. ¿Comprende usted ahora la experiencia cuya idea me sugirió la carta de Isabel de Este? Que la enana de la condesa Steno guste a nuestro enano, que se casen, que tengan hijos semejantes a ellos, y habré resuelto yo un problema étnico muy curioso. Aparte de esto, no hay para qué decir que el matrimonio será dotado de modo que no tenga ella que trabajar cosiendo, ni él que cuidar a mis perros siquiera... Me ha comparado usted a Nerón. Compáreme ahora, Maud, a Vicente de Paúl, para enmendar su yerro. O mejor aún, sea usted indulgente para su Daisy, que la quiere con tanta ternura y a la que se debe amar un poco, porque no es muy mala, confiéselo.

Y con una zalamería de niña, se volvió hacia lady Ardrahan, dándola un beso. Esta le devolvió el beso, diciéndole:

—¡Lástima que no sea usted una duquesa inglesa! No mentiría quien la llamase «Vuestra Gracia».

—No es la gracia lo que yo admiro más en nuestra duquesa—intervino Richter—, sino el valor de su ingenio. Y no me asombra cuando recuerdo que su abuela era de Suabia. Ella justifica el aserto de Ernesto Moritz Arndt, que asegura que nosotros los alemanes somos decididamente los campeones en la lucha intelectual. Y no tienen por qué ofenderse las demás naciones—añadió, mirando de nuevo a Courtin—. No desea-

mos sino asociarlas a nuestra cultura para bien suyo...

—Sí—interrumpió la señora de Roannez—, conozco la doctrina prusiana de la colaboración directora. Es un sinónimo anodino de una palabra más brutal: tiranía. No reniego de lo que pueda yo tener de mi abuela. Sin embargo, cuando verdaderamente quiero instruirme y comprender lo que aprendo, así se trate de enanos o de arte antiguo, leo un trabajo francés...

Al hablar, espiaba un signo que le probase el agrado con que el silencioso Courtín había oído esta respuesta. Pero, fuese desdén o indiferencia, ni la declaración del presuntuoso Richter, ni la protesta de la duquesa, parecieron emocionarle, y en cuanto regresaron a la *villa*, se retiró a su cuarto antes de que pudiera hablarle ella.

Durante el almuerzo, al cual asistía Hugo, siempre tan callado, siempre tan distante, se estuvo preguntando la dama, bajo la mirada siempre inquisitorial de Bellagamba, que la servía sin perder una de sus expresiones ni uno de sus gestos, cómo interrogaría al capitán a solas, cómo provocaría una repetición de aquella íntima y recíproca confesión de sus sentimientos verdaderos, iniciada tan bruscamente por su doble grito en el peligro, e interrumpida luego aún más bruscamente.

¡Inútiles imaginaciones! La necesidad de ex-

plicarse era tan parecida en estos dos seres que nunca habían cesado de amarse, que cuando descendieron al jardín con el resto de la concurrencia, se encontraron apartados de los demás por instinto, sin haberse dado la menor consigna. Por instinto también, se adentraron, lo mismo que la víspera, a cubierto de la bóveda de la larga avenida de encinas verdes. Así aseguraban, de común acuerdo, una libertad completa a esta entrevista que preveían decisiva para el porvenir de su pasión, declarada al fin. Bajo sus pasos retardados por la emoción de la espera, el suelo extendía ahora un tapiz de sombra transparente y movible, sobre el que llovían de los ramajes enlazados gotitas innumerables de luz. La fresca y dulce brisa continuaba extremeciéndose en las hojas, envolviendo sus palabras de amor en la misma caricia impersonal en que tres horas antes había envuelto los sollozos convulsos del enano.

—Hugo—dijo la señora de Roannez, con una timidez que era conmovedora, por lo que contrastaba con sus habituales altiveces—, está usted triste. ¿Ya se ha arrepentido usted?

—Sí, por cierto—tuvo el valor de contestar brutalmente el interpelado.

—¿De qué está usted arrepentido?...—interrogó ella tras de una pausa, y en su apagada voz se adivinaba el latir precipitado de su corazón—. ¿De haberme dicho que me amaba o de haber sentido que me amaba?

—De las dos cosas—repuso el joven con más dureza todavía—. Amándola a usted, falto a todas las resoluciones adoptadas en mi interior durante estos dos años, a todas las convicciones que me sirvieron de razón para irme allá. Y aún agravo mi debilidad diciéndoselo a usted. Debí partir ayer, y así no habría vuelto a caer.

—¡Ah, cómo le encuentro semejante a sí mismo!—gimió la duquesa—. Otra vez nos hallamos el uno ante el otro, como en aquella horrible tarde de la primavera de 1912. en que nos separamos.

Y cogiéndole por la muñeca, en un arrebato de posesión frenética:

—¡Partir, partir!—repitió—. No, esta vez no le dejaré partir. He sido demasiado desdichada. Y usted también. No me diga lo contrario. Usted huyó de mí, y en cuanto estuvo de regreso en Europa, me ha buscado. Unicamente a mí me buscaba usted. El niño no ha sido más que un pretexto para su orgullo de hombre. Y yo, huyendo de París, ¿de quién huía? De usted, sólo de usted. Esta *villa* toscana, la gente que recibo, la vida que aquí llevo, esta fantasía aparente, ¿qué sentido tiene todo eso? Uno solo: no volver a ver a nadie que le conociese a usted, no oir pronunciar más su nombre, no pasar más por un paraje asociado a su recuerdo. ¡Nada que le evocase a usted, nada suyo! Lo que yo quería era otro país, otra atmósfera... Y luego, cuando

recibí su carta, le llamé a usted en seguida... ¡Dos años! ¡Hemos perdido dos años! ¡Qué locos fuimos!...

Y en un rapto de dolorosa ternura, reanudando el tuteo de las horas antiguas, añadió:

—No razonemos tanto, Hugo. Te amo y me amas. ¡Tómame en tus brazos, y déjame olvidarlo todo sobre tu corazón!

—No—respondió él, alejándose de ella con un gesto de sufrimiento—. No, no... Ya no soy, ya no quiero ser su amante. No me haga usted despreciarme. No es responsable uno de sus emociones, pero lo es de sus actos. Ni usted ni yo podemos aceptar que sólo exista entre nosotros una aventura sin mañana, y una unión duradera me haría sufrir demasiado.

—¡Cómo me habla usted!—repuso ella con lágrimas al borde de sus ojos—. Cuando se ama no se tiene orgullo... ¿Conque sufriría usted demasiado? Dígame por qué. Diga qué es lo que le desagrada en mi carácter. Cambiaré, o por lo menos, procuraré intentarlo. Pero ¿está usted seguro de que me ve tal como soy? ¡Es tan fácil engañarse con respecto a los demás!... Hace poco he notado que usted creía, como Maud, que yo juego por perversidad con ese pobre Bellagamba. No es justo, y sólo por usted he procurado defenderme de tal reproche. Por usted he rectificado la torpeza de ese abrumador Richter. Quería complacer a usted respondiendo al otro

lo que usted le habría respondido, si no estuviese usted tan sobrado de cortesía como él está falto de ella.

—No fué por cortesía por lo que dejé sin correctivo la afirmación orgullosa del señor de Richter. Yo soy un oficial francés. Él es un oficial prusiano. Me hallo advertido de ello, y basta. La guerra entre nuestros dos países está demasiado próxima y es demasiado inevitable para que vaya yo a darle una lección de buen gusto, con riesgo de jugarme la vida contra la suya en un duelo ridículo. Ya nos encontraremos en otro terreno, si Dios lo permite. Además, es un alemán. No le guardo rencor por su *Deutschland uber alles*. Por mi parte, yo digo, como deberían decirlo todos los franceses: *Francia ante todo*. Más rencor le guardo a usted por su respuesta.

—¿A mí?—preguntó la duquesa.

—Sí. Usted ha hablado de nosotros con relación a ellos, como en los griegos con relación a los romanos. Nos cree usted unos refinados de ideas que ya no saben batirse. No hemos llegado todavía a ese grado último de la decadencia.

—¿Por qué me busca usted una querella, amigo mío?

—No es una querella, Daisy.

¡Cuánto amor tembló en este nombre, pronunciado con tanta melancolía y por primera vez desde su regreso! Los párpados de ella ale-

tearon de emoción sobre sus hermosos ojos cada vez más fijos, mientras le escuchaba cómo seguía diciendo:

—Es el símbolo de nuestra gran miseria, de nuestra miseria irreparable, suya y mía. Nos amamos y no pensamos igual acerca de nada. Usted no comprende, no siente a Francia como yo. No puede ser más natural esto. ¡Usted no es de ningún país, y yo soy del mío únicamente, hondamente!... Aunque no practico apenas, me siento cristiano y católico con todas mis fibras, y usted es pagana. Usted encuentra naturalísimo tratar a ese lamentable Bellagamba como un animal raro, cuya raza aspira a cultivar. Para usted, ese enano no es una criatura humana, sino un juguete. ¿Qué no será un juguete para usted entre las cosas y las personas? Esta decoración italiana, un juguete. Habita usted no una casa, sino un museo. Juguete también sus huéspedes: ese alemán, ese inglés, esa american, ese excelente Padre Desmargerets, yo mismo...

Y cortando un movimiento de protesta de la duquesa, continuó:

—Así es: en el siglo XX, en París, un soldado de mi especie resulta a los ojos de usted una supervivencia, otro bicho raro. Usted es una mujer de lujo, de abuso, de capricho, y el hombre que yo querría ser y que no soy por culpa de la común debilidad, es el monje militar, que tiene el ejército por convento, la guerra justa como reli-

gión, el sacrificio como orden del día. ¡Qué anacronismo! ¡qué caso tan curioso! Y usted no vive más que de eso, de curiosidad... Hasta las ideas las mira como juguetes, incluso las más peligrosas para el orden social, y eso que usted es una beneficiaria de ese orden. ¡Una duquesa de Roannez subvencionando periódicos anarquistas (parece increible, y en usted, sin embargo, parece lógico), dando un cheque de cien mil francos a un nihilista militante, a un Roudine!... ¿Que cómo lo he sabido? Poco importa, puesto que lo he sabido. Mientras pensé que existía nuestro hijo, supuse que ese médico estaba en el secreto, que usted le pagaba y le alejaba para que no me lo contase. Y sin embargo, esto no era cierto Se trataba simplemente de otro *dilettantismo*, el de la revolución, añadido a los demás. El ideal de usted es prestarse a todo y no darse a nada. El ideal mío es no prestarme a nada y darme absolutamente, completamente, a aquello en que creo. He ahí por qué no podemos ser dichosos uno con otro, por qué tuve razón para marcharme hace dos años y por qué tenía razón para querer marcharme ayer. La amo a usted y no amo nada de lo que usted ama. Usted me ama y no ama nada de lo que yo amo. ¡Es una desdicha sin remedio!...

La duquesa había escuchado esta requisitoria con la cabeza baja, las pupilas fijas, como desconcertada, como asombrada de no rebelarse contra el acento cada vez más severo de este

hombre a quien ella sentía que amaba con mayor ahinco a causa de su misma severidad. La rechazaba y la ultrajaba. Al condenar el *superhumanismo* a lo Nietzsche que constituía el orgullo de ella, la hería en lo más vivo de su íntimo sér, en el punto más profundo de su orgullo intelectual, y sin embargo, en vez de guardarle ella rencor por eso, le quería más aún.

Por vez primera, habituada como estaba a ver plegarse todo ante su hermosura, su inteligencia, su nobleza y sus millones, tanto en el orden de las cosas morales como en el de las cosas materiales, se erguía frente a la suya una voluntad más fuerte. En la época de su ruptura, dos años atrás, cuando Hugo pretendía sacrificar a su carrera el amor de ambos, era ella quien atacaba, ella quien reprochaba, quien insultaba el egoísmo del joven, su falta de corazón, la villanía de su abandono.

Ahora habíanse trocado los papeles. Hugo se convertía en acusador y ella en acusada, pero a pesar de esto advertía la dama que a su humillación se había mezclado una dulzura, casi una voluptuosidad, la de ser dominada, maltratada. Sí, era un amo lo que en otro tiempo había buscado, sin darse cuenta de ello, en aquel amante. Antes de conocer al oficial de Africa, las charlas mundanas habían llamado su atención respecto de él, y sin duda, según había dicho oportunamente el mismo Courtín, la singularidad de su

carácter, que de tal modo contrastaba con un ambiente tan banal, empezó por atraerla. Pero este interés, que hubiera podido no ser más que un juego, invadió muy pronto las porciones inconscientes de su alma, hastiada de artificios. Sí, la mujer que residía en ella había buscado al amo, y al encontrarle en este minuto, cedía, se sometía. Impulsivamente, dominada por un deseo inmenso de que él le hablase con dulzura y se dejase amar, le dijo:

—Hay un remedio, Hugo. Enséñeme a complacerle, a pensar, a sentir como usted desea que piense y sienta. ¿Le molesta mi vida actual? ¡Si usted supiese qué poco trabajo me costará dejarla! ¿He de repetirle que sólo por huir de usted llevo hace dos años esa existencia? Pero ya carece de significación desde el momento en que le tengo a usted. Deme algunos días de plazo para arreglarlo todo, y luego dígame dónde y cómo quiere usted que viva, y así viviré. Haga de mí una simple cosa, pero una cosa que esté a su lado. ¡Y sobre todo, que no le pierda otra vez!

—¡Ah!— gimió él—. ¡Si pudiera creerla!

—Míreme—imploró la joven—, y me creerá.

—Bien sé que no me miente. Sin embargo, es su emoción del momento la que habla, no es usted: usted la que iba y venía cuando yo no estaba aquí: la que irá y vendrá cuando yo no esté, la persona que han hecho de usted su nacimiento, su educación, su fortuna, su ambiente, su

independencia; cuanto sé de su pasado... y cuanto no sé...

Se interrumpió, asustado de estas últimas palabras, dichas también impulsivamente y cargadas de demasiado sentido. Era la suprema acusación después de tantas otras acusaciones, el grito de esos celos retrospectivos, comunes a todos los amores que están fuera de la ley, y tanto más cruel para un amante cuanto que dichos celos se alimentan de las pruebas mismas que su querida le da de su amor. «Lo que ella es para mí, debe haberlo sido para otros.» ¡Qué razonamiento tan injusto! Pero, una vez formulado, ¿cómo sustraerse a su fuerza irrefutable?

Hugo sabía que desde el año 1904 la duquesa estaba viuda. A partir de entonces, habían transcurrido muchos días, durante los cuales muchos hombres la habían encontrado, como él, y deseado, lo mismo que él, ¡en qué condiciones de amplia libertad! ¡Cuántas veces le había martirizado este misterio, sin reconocerse con derecho a formular una pregunta ni a procurarse el menor informe! Y en el paroxismo de la emoción que le producía esta lucha contra su amante y contra sí propio, se le escapaba la ultrajante declaración, informulada e indirecta. No obstante, era tan clara, que la duquesa sintió de nuevo el choque.

Poco antes, cuando él hacía el proceso de su carácter, ella no se había defendido. Los otros

agravios articulados por Hugo se basaban en observaciones, interpretadas implacablemente, cruelmente, pero exactas. Todo era falso en la última acusación, que aún hacía más insultante su expresión concentrada. Esta semireticencia iniciaba la sospecha sin precisarla. Por razones que atañían a la historia más secreta de su sensibilidad, la señora de Roannez no había amado a nadie antes de encontrar a Hugo Courtín. Este primer amante fué para ella lo que ella fué para él, el primer amor. ¿Cómo iba ella a resistirse al deseo de proclamarlo así, de reivindicar el respeto para un sentimiento que no habría él atropellado de conocerlo bien?

—¿Mi pasado?...—repitió la dama—¿mi pasado?...

Luego añadió con violencia:

—Hugo, nos hallamos en uno de esos minutos en que los miramientos están de más. Nos debemos, usted a mí y yo a usted, toda la verdad. ¿Es de mi pasado sentimental de lo que quiere hablar usted?

—Dejemos eso—repuso él—. He cometido una torpeza.

—No rehuya la cuestión, porque eso no es digno de usted ni de mí. Le repito que diga toda la verdad. La necesito entera. ¿Le guiaba también ese móvil, si o no, cuando estaba usted lejos, en África, y buscaba motivos para felicitarse por nuestra ruptura? ¿Se preguntaba en-

tonces si no había usted sido mi primer amante?... Calla usted...

—¿Quiere usted toda la verdad?—replicó el joven con una voz grave—. ¡Ah, lo que me obliga usted a decir!... Pues bien; sí, desde aquella ruptura, me he preguntado con frecuencia qué lugar ocupaba yo en la vida de usted. Y con mi alma y mi conciencia le aseguro que jamás pude responderme.

—¿Y ahora?—suplicó ella.

—Ahora tampoco puedo responderme.

—¿Y me ama usted?

—Sí: la amo.

Hubo entre ellos un largo silencio. Continuaron andando, y luego se detuvieron de repente. Absortos, como estaban, en sus pensamientos, no podían advertir la cara horrible de Bellagamba, que, para sorprender el secreto de su entrevista, sacaba a medias su cabeza feroz por entre el follaje recortado a modo de muralla. Los seguía desde el principio de la entrevista, gateando entre los árboles, de tronco en tronco. Al presente, quien hablaba era la señora de Roannez.

—Hugo—comenzó con voz tan grave como la del joven, una de esas voces que salen del fondo del alma—, cuando hace un rato me ha reprochado usted mi vida, le he dicho: «Ordene, y la cambiaré.» Ahora le digo: «Tome esa vida, haga usted de ella una cosa suya. Cásese conmigo.»

No dudo de que me ama usted, y usted no duda de que yo le amo. Tampoco duda de que en mi estima tiene usted un lugar muy alto, el más alto de todos, y de que nunca sería capaz de infligirle una afrenta.

Calló un momento, para repetir luego:

—No; no le infligiría jamás una afrenta exponiéndole a encontrarse con un hombre que pudiese decir de la que había hecho usted su esposa: «Ha sido mi querida antes». Ese hombre no existe, Hugo, ¿lo oye usted? no existe... Antes que a usted, yo no he amado a nadie. Si hubiese usted conocido al señor de Roannez, a quien me entregaron la imprudencia de mi pobre madre y el infantilismo de mis veinte años, se explicaría usted muchas cosas. Fué demasiado dura la prueba de mi triste matrimonio. Una vez libre, me juré librarme del amor, y he mantenido el juramento durante los años más hermosos de mi juventud. ¿Hablaba usted de mi curiosidad? Pues con todas las fuerzas de mi sér he tendido a ignorar ese amor que hallaba por doquiera, en la música, en los libros, en las conversaciones, en sociedad. Me he defendido de él como se defiende una joven la víspera de entrar en el convento, y sin embargo, era viuda, y era libre, y ya sabe usted que no creo en nada... Después le encontré a usted. Me habían hablado de usted mucho, y tenía curiosidad por conocerle. Esto es cierto, pero yo no podía prever lo que pasó por

mí aquella primera noche, ¿se acuerda? durante la comida en casa de la señora de Candale. No se lo voy a explicar a usted, puesto que ni yo misma lo comprendo... ¿Había yo ejercido antes sobre mis sentimientos una presión antinatural, que los había como prensado en mí? ¿Fué este modo de contrariar a la naturaleza lo que produjo una especie de explosión tan repentina como irresistible? No lo sé... Si, la víspera, una de mis amigas me hubiese contado lo que experimenté junto a usted aquella primera noche, la habría tenido por loca. Si, una hora después de que me le presentaran, me hubiese usted preguntado: «¿Me ama usted?», creo que le habría respondido: «Sí», porque, sólo con hablarme, con estar allí, con aparecérseme (no encuentro otra palabra), se apoderó usted de mi sér hasta ese punto, con una violencia de la que soy la primera en asustarme. En un principio, no quise admitir esta revolución de toda mi alma, tan rápida y tan completamente inesperada. Creí que esta emoción no sería más que una crisis (ya ve usted que le soy franca). ¡Era tan contrario a todas mis ideas sobre mí misma y a todos mis propósitos eso de tener que depender de otro, de no guiarme en lo sucesivo por mí sola!... Pero soy mujer, y al punto sentí que me despertaba de un sueño y que no había vivido hasta entonces. Era cual si respirase y mirase la luz por vez primera. Le volví a ver a usted. Usted también

me amaba... Ya no existió aquí abajo nada que no fuéramos usted y yo. No calculé, no reflexioné. He pertenecido a usted lo mismo que le amaba, irresistiblemente, abandonándome a una embriaguez verdaderamente nueva para mí porque fué un verdadero éxtasis. Hubiera podido decirle entonces lo que le digo ahora: «Cásese conmigo...» No obstante, hallé una suprema dulzura en dejarle libre, en sacrificarle todo lo que el mundo llama honor... Desde entonces, me he dicho muy a menudo que usted no me apreciaba. Comprenda que es una desdicha muy grande que el abandono de una mujer en favor de aquel a quien ama lo interprete éste como indicio de perversidad, como un motivo de sospecha... Pero usted nota que soy veraz, Hugo. No es posible que no lo note. Dígame que no sospecha ya de mí, que me cree. Demuéstremelo aceptando que sea yo su mujer, la mujer del capitán Courtín, que le seguirá a donde él guste, que no volverá a pedirle que deje su carrera, que vivirá junto a él, en una pequeña ciudad de provincia francesa si se encuentra allí de guarnición, en las colonias si le envían al otro lado del mar, y que le aguardará si tiene que ir solo... ¡Ah!—concluyó con un grito de infinita angustia—. Si, después de esto, aún quiere usted partir, márchese, márchese. Pero no diga que me ama...

Por toda respuesta, el joven le cogió una

mano, y mientras apoyaba sus labios en ella, la duquesa le oyó murmurar:

—¡Oh, sí! ¡Te amo!

Y sintió que lloraba. Transportada entonces, le cogió y alzó ella la cabeza y se puso a beber sus lágrimas en un beso prolongado. Estrechábale contra sí con una energía salvaje y tierna, mientras repetía:

—¡Me amas!... ¡Te tengo al fin!... ¡Te tengo!...

—Sí—respondió él—, te amo y te creo.

Un rumor de ramas rotas los hizo separarse bruscamente. Durante un minuto, permanecieron inmóviles, escuchando. Pero no vieron nada.

—Será algún pájaro que ha emprendido el vuelo—dijo él.

Ella se encogió de hombros, y mirándole de nuevo apasionadamente, repuso:

—¿Qué puede importarme que nos hayan visto o no? Quisiera gritarles a todos: «¡Le amo y me ama!» ¡Y sería dichosa!... Sin embargo...—y su profunda y repentina palidez probaba que no mentía—esta conversación me ha hecho daño. Estoy muy nerviosa. Me ocurre igual que esta mañana, cuando te creí herido. Mi corazón late demasiado de prisa. Me ahoga... Ya se me pasará... Solamente necesito tranquilizarme... Y el caso es que también necesito hablarte todavía... Ahora me es imposible... Ven a buscarme esta noche, cuando se hayan retirado los demás. Toda

la noche estaré aguardándote. Y si no vienes, hablaremos mañana por la mañana. Me hallaré más fuerte, seré más dueña de mí.

—Iré esta noche—contestó el joven—. Pero...

—¿Pero qué?...—suplicó ella al verle vacilar.

—No—dijo él, sacudiendo la cabeza en un gesto de protesta contra el pensamiento que le asaltaba—. No, no, porque, si no me hubieras dicho *toda la verdad, toda*—insistió—, resultaría una infamia demasiado grande... Ahora soy yo, Daisy, quien te pide que me prometas que serás mi mujer.

VIII

La clave del enigma

La duquesa no contestó. Hizo señas de que le faltaba la voz. Casi no tenía fuerzas para andar, y hubo de apoyarse en Hugo para salir de la avenida cubierta y ganar el castillo, siempre silenciosa. ¿Qué palabras, sin embargo, podían ilustrar al joven, sobre la intensidad de esta turbación, mejor que la presión, en su brazo de aquel brazo de mujer que alternativamente le oprimía convulso o se abandonaba como roto? De vez en vez necesitaban detenerse, tanto era el temblor de ella. Cuando por fin llegaron al extremo de la larga y solitaria arboleda, vieron que lord y lady Ardrahan seguían bajo el dosel de rosales, leyendo sus cartas. A algunos pasos de ellos, Erico de Richter, con la infatigable paciencia germánica, continuaba su acuarela empezada hacía dos dias.

—Querida, querida Daisy—dijo Hugo en voz

muy baja—, ¿quieres que les anunciemos nuestro casamiento?

—No—repuso ella.

Y por sus ojos pasaba una expresión de espanto que asombró a Courtín.

—Tenemos que hablar todavía.

Y añadió, suplicante:

—¡Ah, ¡Ven esta noche!

Apenas habían tenido tiempo de cambiar estas escasas palabras, cuando una interpelación de la americana los volvió a ambos a la humilde realidad de la vida, cuyo contraste con nuestro estado interno, en minutos análogos, nos hace comprender que el amor es un principio de delirio, la entrada en otro universo. Se regresa entonces a este mundo con el sobresalto de un sonámbulo al que se despierta bruscamente.

—¿Sabe usted, Daisy, que nos hemos olvidado del buen Padre Desmargerets? ¿Cuánto tiempo hará que desayunó esta mañana? ¡Y ya son las tres!...

—Tiene usted razón, Maud—dijo la duquesa.

Por algunos minutos, recuperó su energía, con ese automatismo de ama de casa que en una mujer de alto rango funciona de una manera casi impersonal.

—Voy a dar órdenes a Bridger. Preparará lo necesario, y dentro de diez minutos Bellagamba se lo llevará todo allá. Con su pequeño automóvil pasa por cualquier camino.

—¿Bellagamba?...—interrumpió Erico de Richter—. Acabo de verle salir en su coche, y corría «con vistas a la tumba» (1). ¿No dicen ustedes así en Francia, capitán?

Y encarándose con lord y lady Ardrahan, como para afirmar su calidad superior de políglota, añadió:

Es una expresión muy pintoresca, *very graphic,* ¿verdad?...

—¡Con tal que no se le haya metido en la cabeza prevenir a la policía!—exclamó la señora de Roannez—. Pero voy a ocuparme de lo más urgente. En seguida mandaré el almuerzo al Padre. ¿Me dispensará usted, Maud, si no estoy a la hora del té?—añadió con una sonrisa de sufrimiento—. Voy a subir a mi gabinete para descansar, y así estaré un poco más valiente esta noche. Todavía no me he repuesto de la sacudida de la mañana.

—¡Es encantadora esta Daisy!—dijo lady Ardrahan, siguiéndola con los ojos mientras se alejaba—. Los que no la han visto en la intimidad no la conocen. ¡Con sus actitudes de gran intelectual, posee un corazón tan recto, tan sencillo!

---

(1) Traduzco casi literalmente el modismo francés «*à tombeau ouvert*», porque más adelante ha de venir un juego de palabras, sobre esta misma frase, que, de otro modo, sería intraducible. «Correr *à tombeau ouvert*» quiere decir correr a gran velocidad, con peligro de la vida.—*N. del T.*

Tiene usted en ella una verdadera amiga, señor Courtín. Si la hubiese oído hablarnos de usted, cuando iba usted a venir, y de cómo ejerce usted su noble profesión!... Pregúntele a lord Ardrahan.

Y la excelente mujer continuó contándole frases de la duquesa, cada una de las cuales era un bálsamo de dulzura para el joven. Como todos los enamorados que han conocido el tormento de la duda, tenía ahora una necesidad ardiente de introducir de continuo argumentos nuevos entre la sospecha y su corazón. Pero el funesto y perspicaz demonio de la desconfianza no se deja exorcizar tan fácilmente, y escuchando a la americana, pensaba Hugo: «Puesto que ella les habla así de mí, ¿qué motivo le inducía hace poco a no querer que les anuncie yo nuestra boda? Es como si tuviera miedo. Pero ¿de quién y de qué?...»

El miedo supone peligro, y la señora de Roannez no corría ninguno, que ella supiese al menos. Por otra parte, poseía demasiada fortaleza de alma para desfallecer ante una amenaza. Su violenta y súbita emoción al término de la reciente entrevista provenía de una causa más noble. Aquellas dos palabras: «Te creo», pronunciadas por Hugo con un acento tan simple y entre lágrimas, habían bastado a conmoverla. Su turbación había llegado al colmo al

oir aquella otra frase del joven: «Si no me hubieras dicho *toda* la verdad», y al advertir la insistencia de él en subrayar, en repetir «*toda*». Sin embargo, ella misma había reclamado también « toda la verdad » cuando le interrogaba acerca de sus sentimientos, y él se la habia confesado toda, en tanto que ella había mentido, en una sola cosa desde luego, pero de tal gravedad, que había viciado el resto de sus declaraciones, falseando éstas en su parte más sincera.

Es cierto que, al escribir la carta recibida por Hugo en Saint-Louis, sólo había querido hacerle regresar al lado suyo. Cierto también que, al negarse a responderle la víspera, sólo había querido retenerle en Valverde. Pero había mentido cuando, aquella mañana, en la plazoleta, añadió a la afirmación, ya equívoca, de «No existe el niño», esta otra, enteramente falsa: «No estuve encinta jamás». Lo había estado, efectivamente, y si él no tuvo un hijo, fué porque ella lo suprimió; vergonzosa y siniestra acción conocida de una sola persona. Fácil es de adivinar quién era esta persona, y a la vez qué es lo que el doctor Boris Roudine entendía por aquel «medio seguro» que tanto preocupaba a Bellagamba.

Cuando la duquesa recibió la carta de Hugo, fechada en Siena, le invitó a Valverde con la intención de decírselo todo brutalmente, si es que la preguntaba por el niño, haciendo recaer toda la responsabilidad sobre él y sobre la crueldad

de su abandono. Esto no era verdad hasta cierto punto. No obstante, comprendió luego que declararle el infanticidio era perderle, y no pudiendo soportar esta idea, había callado.

Cuando, después del ataque de los bandidos, le brotó del corazón y de los labios un grito pasional, al que respondió él con un nuevo e inmediato interrogatorio acerca del niño, se impuso como un relámpago en el espíritu de la joven la evidencia de que si hablaba aparecería el horror en aquel rostro donde ella recomenzaba a leer otra vez el amor.

En la turbación de este segundo, había proferido su mentira lo mismo que se extienden las manos al caer, por un gesto instintivo de defensa. A esto siguió lo demás: sus nuevos gritos de pasión tan verdaderos como el primero, y aquel ofrecimiento no menos verdadero también, de cambiar su vida, de consagrársela a Hugo sin importarle en qué condiciones.

¿Recordaba su crimen cuando dijo: «Cásese conmigo», hipnotizada por un solo pensamiento, el de afirmar, probar y mostrar que no había amado a nadie antes que a él?... Y luego había visto cómo cedían, ante el ardor de sus protestas, todas las dudas de Hugo, todas sus desconfianzas. Le oyó decir: «Te creo... Serás mi mujer...», y se apoderó de ella una vergüenza irrazonada, fulminante, irresistible, por no corresponder a esta magnanimidad con una fran-

queza análoga. Pero de nuevo había retrocedido ante la frase fatal que, al caer entre ellos, los separaría, y esta vez para siempre. Como el sacrificio era superior a sus fuerzas, había prolongado con el silencio la mentira.

Por este motivo, menos de media hora después del instante en que, loca de alegría, había bebido en los párpados del joven sus lágrimas de ternura, la desdichada mujer huyó de él con sobresalto, y postrada en la *chaise longue* del gabinete contiguo a su alcoba, corridas las cortinas, con la cabeza entre las manos, gimió presa del remordimiento:

—Debo hablarle. Se lo debo. Me lo debo a mí misma... Pero no puedo... ¿Cómo explicarle, cómo hacerle comprender?...

Sí, era el remordimiento, remordimiento de un corazón altivo que no quiere engañar a un corazón leal; remordimiento, sobre todo, de verdadera enamorada que desea que su amante posea en ella a la mujer que es realmente, y no al fantasma de su ilusión. El otro remordimiento, el del aborto, no lo sentía ahora. Segura del perdón de Hugo, habría confesado este hecho atroz sin una palabra de arrepentimiento. Porque no se arrepentía de él, habiéndolo llevado a cabo con la lógica de una personalidad de la cual no tenía plena conciencia.

Al contar la historia de su vida al hombre a

qnien amaba, sólo había trazado su dibujo externo. No discernía las causas profundas de las que su carácter era una especie de síntesis. ¿No somos así todos? Nuestra alma se asemeja a esos archipiélagos donde unos islotes emergen de la superficie de las olas, cúspides visibles de invisibles basamentos, de todo un relieve submarino, que por sí solos explican la presencia de las rocas y de las tierras, la distribución y la naturaleza del suelo oculto. Del propio modo, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras voluntades, reposan sobre toda una fábrica psíquica cuyos cimientos permanecen ocultos para nosotros y para los demàs, no descubriéndose por completo hasta más tarde, hasta el último dia, y bajo esa luz en que «*quidquid latet apparebit*», como se canta en el himno de espanto.

Cuando el apóstol dice: «Entonces conoceré como soy conocido», quiere hablar de esa suprema equidad que supone una inteligencia total de nuestro pasado, el cálculo exacto y completo de los datos propuestos a nuestro libre arbitrio por la herencia, por el medio, por tantas innumerables influencias que hacen de cada uno de nosotros un enigma viviente, aun para uno mismo. Esta justicia absoluta nos está vedada por nuestra ignorancia. Pero la humanidad quiere que ante una falta como es un aborto, tan degradante siempre y casi monstruosa cuando emana de un sér tan distinguido de espíritu y de sensibilidad como

una señora de Roannez, el testigo de esta aberración trate de prescindir de su lejana génesis. Si semejante rebusca no atenúa ni la fealdad ni la gravedad del crimen—¿hay algún crimen peor que ese asesinato de un niño por su madre?—, permite, al menos, mezclar la piedad a la condenación. Es cumplir un doble deber: la intransigencia en el reconocimiento de la ley y la caridad para con el culpable.

Se recordará que la señora de Roannez había perdido a su padre siendo muy joven. Frisaba ella en los quince años, cuando el multimillonario John L. Brigham sucumbió a una de esas enfermedades complejas que las «necrologías» de los periódicos americanos califican de ***nervous exhaustion***, y que representan un desgaste radical de la máquina humana por exceso de tensión voluntaría.

Aunque Daisy, su única hija, casi no le había conocido, recibió de él una de esas imborrables impresiones que graban, en el fondo de una sensibilidad de muchacha, un tipo superior de hombre. Más tarde, y aun sin advertirlo ella, habría de comparar con su padre a todos los demás varones.

El americano no era solamente el potentado de las fábricas de Springfield, habituado, por la gestión de inmensos intereses y por el manejo de un pueblo de subordinados, a las costumbres y

a la psicología de un señor feudal. A los diez y ocho años tomó parte en la guerra de los Estados del Norte contra los del Sur. Los cuatro años pasados en el ejército federal imprimieron en él una huella no menos imborrable. Por contraste, tornáronse estos años en la poesía, siempre añorada, de su juventud. Había realizado la paradoja de ser un grande hombre de negocios doblado de soldado. Satisfacía su nostalgia militar con esa idolatría por Napoleón que es tan frecuente en la gran democracia americana. Más tarde, la hija del combatiente de 1864 debía encontrar en Hugo Courtin la viva realización del Ideal entrevisto a través de su padre. Pero sobre todo, había sufrido la influencia de las andanzas cosmopolitas de su madre.

También conviene recordar que, cuando quedó viuda, la señora John L. Brigham empezó a pasear de hotel en hotel y de país en país sus excentricidades y sus ligerezas de desarraigada opulenta. Las complicadas herencias psicológicas de Daisy encontraron en esta vida la ocasión más favorable para desarrollarse libremente. La agilidad y la movilidad rusas habían hecho de la joven una curiosa de todas las formas de civilización por que atravesó, tanto más cuanto que esa facilidad eslava para aprender de prisa y bien las lenguas le permitía vivir en Inglaterra cual una inglesa, en Alemania cual una alemana, en Francia cual una francesa y en Italia cual una

italiana, leyendo todos los libros, asimilándose todas las ideas, amoldándose a todos los ambientes.

De su padre americano tenía la energía, y de su abuela judía una potencia de aplicación minuciosa, que la habían salvado de los más peligrosos defectos de esas culturas precoces y múltiples que se reducen a no saber nada con certeza.

Esta existencia prodigiosamente excepcional la condujo al desastre de un matrimonio que explicaba muchos detalles de su carácter, según habia dicho ella a Hugo con razón. Al preservarla de los peligrosos ensueños femeninos, la intensidad de su ardor cerebral la había dejado a los diez y nueve años tan virgen de corazón como de cuerpo. No entendiéndose bien con su madre, la señora Brigham, enferma, y cuyo carácter veleidoso chocaba sin cesar con el suyo, la joven había aceptado el matrimonio con Artus de Roannez en uno de sus accesos de mal humor contra el despotismo maternal, que hicieron y harán la desdicha de tantas jóvenes.

El duque Artus era un buen mozo. Tenía finos modales y buena conversación. Una amiga de la señora Brigham, que había sabido captarse la confianza de Daisy, persuadió a ésta de que él la amaba. La joven creyó amarle igualmente. Apenas fué duquesa de Roannez, cierta casualidad le hizo sorprender una prueba indiscutible de que

esta amiga de su madre era la querida del duque desde años antes. Esta mujer había casado a su arruinado amante para restablecer su fortuna y conservarle. ¡El cínico había pasado con esta mujer la noche que separó su matrimonio civil de su matrimonio canónico! A este triste descubrimiento siguieron una violenta explicación entre ambos esposos y un convenio de divorcio secreto.

Una vez más se había mostrado Daisy como verdadera hija del hombre de negocios de Springfield. Cortó por lo sano y rescató su libertad brutalmente, asegurando a su indigno marido una pensión enorme. Así evitó toda discusión y todo escándalo. La muerte inopinada del duque, muy poco antes que la de la señora Brigham, puso fin de hecho al drama conyugal. En él había recibido la joven uno de esos golpes para los cuales ha creado el término bárbaro, pero expresivo, de *trauma* afectivo, Freud, uno de los más originales psicólogos modernos.

Este maestro de Viena resume en una fórmula no menos sugestiva el trabajo de reacción que sucede a esos traumatismos morales —digámoslo así, para continuar su metáfora—. Habiendo observado que la mayoría de las veces concluyen en la neurosis, asimila esta entrada en la enfermedad que realiza el sér atacado al esfuerzo por el cual el artista, el religioso, el especulador se apartan de la realidad demasiado dura. Estos escapan a la realidad refugiándose

en el ensueño, y el herido moral escapa refugiándose en su dolencia. Freud llama a eso *Flucht in die Krankheit* (1), doctrina profunda que extiende hasta el mundo mental el punto de vista de la patología de que la enfermedad no es más que una manifestación defensiva de la vida.

Cuando la señora de Roannez, recordando su desdichado matrimonio y los años de aislamiento espiritual que le siguieron, afirmaba: «He querido redimirme del amor», decía todo lo que sabía de su historia íntima. Su gesto de alma había ido mucho más allá del dominio particular del amor. Quiso evadirse de su propia sensibilidad. Se convirtió en intelectual y *dilettante*—cuya cultura arbitraria e ineficaz irritaba a Hugo—para huir de sí misma. Era cual si se hubiese resguardado con la enfermedad del artificio. La irritación del joven no le había impedido amarla, porque adivinó, buscó, despertó a la mujer verdadera debajo de la mujer ficticia. Comparando a una explosión la crisis provocada en ella por el primer encuentro, Daisy había definido con gran exactitud un fenómeno de revolución súbita en el plano de su consciencia, fenómeno frecuente en las almas que durante demasiado tiempo han ejercido una censura sobradamente severa sobre las espontaneidades del impulso vital. Así se explican muchos arranques súbitos

(1) La fuga a la enfermedad.—*N. del A.*

que maravillan a aquellos o aquellas en quienes se operan.

Así había sido—ella misma lo afirmaba—su primer sentimiento ante la repentina resurrección de la Daisy Brigham de los diez y ocho años. ¡Qué estupor y qué satisfacción la embargaron al hallar de nuevo en ella a la entusiasta hija del voluntario del ejército de Grant, a la ferviente niña, prendada de las altas empresas de la vida, y que se había como adornado de las mayores superioridades para ofrecérselas en homenaje al hombre a quien amase, el cual sería de esencia superior, como ella!

Por fin había encontrado a este dueño... Y luego sobrevino la ruptura, no menos fulminante. La querida fué abandonada, sacrificada a una profesión cuyas grandezas comprendía, pero sin admitir su servidumbre.

Había explicado a Hugo su agonía, pero no los detalles, la angustia de su soledad primeramente y después su emoción tan dichosa, cuando tuvo que confesar que era madre, ¡y madre por él! Pensó: «Le conozco, y sé que regresará en cuanto se entere.» Él se enteró y no regresó. ¡Con qué repugnancia, cada vez mayor, recibió ella las cartas en que el ausente pedía e imploraba pormenores del hecho! ¡Y jamás, jamás este hombre aventuraba la frase «Volveré», única de que tenía hambre y sed su corazón de enamorada!

«No me ama, no me ama», se decía ella. Mal-

tratada, desgarrada, ensangrentada por semejante evidencia, hizo acopio de energías para evadirse del supremo dolor. ¿Dónde, sino en su antiguo refugio?... La mujer que el amor había vuelto a crear en ella sufría demasiado. Entonces la abandonada apeló a la otra, a la egotista sistemática y fríamente intelectual que existía antes de su pasión.

De nuevo practicó «La fuga a la enfermedad». Quiso volver a ser la criatura de artificio, la especie de superhombre femenino que había sido durante tanto tiempo, situada por su linaje, su fortuna, su rango y sus ideas más allá de las leyes, más allá de la naturaleza, y sobre todo, más allá del amor y de la esclavitud.

El horrible proyecto del aborto marcaba el episodio más agudo de este duelo que se desarrollaba entre las dos personas ocultas en su interior. Cuando se ama, es fácil jurarse en un espasmo de rebelión: «Volveré a ser lo que era cuando no amaba.» Pero es difícil volver a serlo.

Durante el silencio de la tarde que gravitaba en torno del solitario Valverde, y mientras se repetía, pensando en Hugo: «¿Cómo se lo haré comprender?», Daisy revivió aquellos días atroces. De nuevo se veía dejando París, donde tantas cosas y tanta gente le evocaban a Hugo y la felicidad perdida. De nuevo se contemplaba llegando a Florencia, un poco por casualidad, principalmente porque lo avanzado de la esta-

ción le aseguraba la semisoledad reclamada por su estado, y sobre todo, porque esta población de historia y de arte había sido siempre muy grata a su esteticismo de muchacha y de viuda joven. Dentro de una atmósfera así, renacía en ella la *dilettante*...

Aquí había comenzado la tentación de destruir el vestigio viviente de un amor del que no sentía ya sino los sinsabores. Todos los trastornos que una maternidad clandestina amenazaban traer a su existencia habrían carecido de importancia para su alma valerosa, de estar sostenida por la felicidad. Pero ¿iba a aceptarlos en el abandono?... Sobre todo, suprimir el niño era llevar a cabo el acto que odiaría más el ausente y por el cual sufriría más cuando lo supiese. Significaba librarse de él y vengarse a la vez...

En su memoria surgían otros recuerdos, y antes que ninguno, el de su primer encuentro con el doctor Roudine. En ese día le había oído desarrollar, con la siniestra y tranquila lógica de los eslavos revolucionarios, las doctrinas de los místicos culpables de su país, los «hombres divinos» y los «mutilados para gloria divina» (1),

(1) El lector que sienta curiosidad por estas aberraciones encontrará un resumen de ellas muy bien hecho en la serie de articulos publicados por Juan Finot en la revista *La Revue*, con el titulo de *Parmi les Saints et les Possédés de Russie* (números de Mayo, Junio, Julio y Septiembre de 1917).—*N. del A.*

que profesan el odio a la generación. Hasta tal punto le conmovió la entrevista, que hizo llamar al médico, con pretexto de vagos malestares, sin declararle la verdad acerca de su estado. Ni él mismo pareció sospecharlo. Volvió por segunda vez y por tercera, continuando sus visitas sin hacer la menor alusión a un embarazo posible. A la cuarta visita, le dijo, fijando en ella sus ojos pálidos:

—Si usted quiere fiarse ciegamente en mi, señora duquesa, no ocurrirá lo que teme.

Ella comprendió que él había comprendido, y tras de una pausa, repuso sencillamente:

—Haga lo que haya que hacer.

Ninguno de los dos había pronunciado una palabra precisa. En el transcurso de las malvadas maniobras que siguieron, el médico no faltó nunca al extraño pacto de silencio concertado entre ellos con solo una mirada. La petición de los cien mil francos para el periódico revolucionario de Zurich era el primer tributo que había impuesto desde hacía dos años el abortador a su cliente. Incluso esta presión moral se habia efectuado, como el crimen mismo, con el silencio de siempre.

Ahora que el médico había adivinado que Hugo era el padre del niño suprimido, porque lo había adivinado—la señora de Roannez no lo dudaba, y ésta era la razón que la decidió a dar el dinero—, ¿iría a emprender una campaña

de *chantage,* provisto de la nueva arma? Tal amenaza la habría dejado indiferente en otro tiempo. Sólo una cosa le importaba en este minuto en que, deshecha, con el rostro hundido entre almohadones, sintiendo gravitar sobre sí el confuso y abrumador peso del pasado, escuchaba la péndola del reloj llenando el gabinete con su monótono e implacable latido.

Sólo faltaba que transcurriesen unas horas más, y llegaría la noche, y Hugo entraría en aquella habitación. La cogería en sus brazos y le renovaría las protestas de su fe en ella; el compromiso de su matrimonio. ¿Iba a continuar ella mintiéndole? Después de haberle declarado tan solemnemente, y tan sinceramente, que no le haría la afrenta de casarse con él si hubiera tenido antes un amante, ¿le infligiría una injuria peor, dejándole a merced de una palabra de Roudine? ¿Cometería la cobardía de engañarle, ocultándole una acción que le haría abominar de ella al conocerla?

La duquesa no se despreciaba en realidad por esta acción, pero tampoco aceptaba la idea de ser la esposa de aquel hombre sin haberle confesado antes dicha acción. Semejante escrúpulo de honor en el amor revelaba la calidad exquisita de su naturaleza. Al mismo tiempo, el silencio de su conciencia en torno de su crimen atestiguaba la obra destructora llevada a cabo en ella por la relajación de un *dilettantismo* sin freno.

Habíase *amoralizado* al tratar de comprenderlo todo, de pasar por todas las teorías como por todas las impresiones, lo que constituía una prueba más, después de tantas otras, de que el pensamiento no es bienhechor por sí mismo, de que tiene sus abusos al igual que la voluntad y de que exige una disciplina para permanecer en estado normal. El pensamiento no es sano mas que a condición de mantenerse dominado a nuestro servicio. ¡Ojalá puedan justificarse ante los ojos del lector las durezas a veces brutales de este análisis de un lamentable extravío, por la ilustración, aunque sea muy especial, de esa magna ley de los peligros de un pensamiento libre, ley demasiado desconocida por los civilizados a todo trance! Pero ¿no hay una lección saludable, que brota esencialmente de la clínica de las costumbres, en el simple contraste que existe entre el refinamiento de espíritu y de hábitos de la esteta ultracultivada que era la duquesa de Roannez y la vulgaridad, la bajeza del atentado que había cometido y cuya fealdad no advertía?

Lo único que de antemano advertía, y muy precisamente, por el contrario, era la expresión de horror que iba a contraer el varonil e imperioso rostro de Hugo—¡aquel rostro que por fin la había sonreído como en otro tiempo!—cuando ella pronunciase las palabras irreparables. Confesarse era perderle para siempre. No confesarse

era envilecerse a sí misma y envilecer su felicidad, aquella alegría única de pertenecerle libre y francamente, por toda la vida.

Al pensar en la primera de estas dos perspectivas, se sentía desfallecer de angustia, y al pensar en la segunda, desfallecía de vergüenza... La péndola del reloj continuaba su vaivén, acercando con un movimiento invencible el instante en que tendría que elegir entre estas dos agonías. Y a fuerza de barajar una y otra hipótesis, se esbozaba una solución en su pensamiento, como sucede cuando el alma está encerrada en un dilema de desesperanza.

Se le aparecía un proyecto en el que podían satifacerse a la vez el amor y la lealtad. ¿En qué momento preciso comprendió que *debía* a Hugo la verdad acerca del niño? Cuando él la dijo: «Serás mi mujer.» ¿Y cuál había sido su instinto inmediato? No permitir que declarase a las personas presentes su próximo casamiento. ¿Por qué? Dejarle anunciar esto sin que ella hablara era faltar a la probidad del matrimonio. Pero, por si algún tiempo permanecían todavía secretas esas bodas, ¿no estaba ella en el derecho de retrasar también la temible confesión?... ¡Retrasar, esperar! ¡Qué menguados se le antojaban esos procedimientos a la mujer audaz que había querido ella ser siempre! Y sin embargo, se repitió la palabra: «¡Esperar, esperar!»

—Si—se decía—, esperaré, le recobraré primero. Le envolveré, le enervaré con tanto amor, que ya no podrá dejarme, y sobre todo conseguiré que me comprenda. Comprenderá que esa acción la cometí por culpa suya, porque le amaba demasiado y era demasiado desdichada... Le hablaré, pero más tarde, no hoy. Hoy...

Y cerrando los ojos sentía correr por su sangre la fiebre del amor, con esa certeza de la felicidad próxima que es tan dulce como la misma felicidad y más abrasadora. Aliviada en su angustia mental por el retraso de la peligrosa explicación, su pecho se henchía con otra certeza, la de la victoria. ¿No habían concurrido una vez más todas las circunstancias para contribuir como por encanto a la realización de su deseo, todas, hasta aquel atentado de los ladrones de la estatua?

El hombre a quien amaba sería suyo. No le había vuelto a encontrar para perderle. Le retendría, incluso después de haberle dicho la verdad. La cadena de pasión y de voluptuosidad resultaría demasiado fuerte cuando ella le hubiera dado unos besos cuya sola imaginación llenaba sus venas de un flujo ardiente en aquel minuto. Y con el extravío de su pasión, se dijo:

—Que me deje luego, si quiere, al saberlo todo. ¡Siempre habré tenido la dicha de poseerlo hoy!

Se hizo una claridad en la tormenta de sus

incertidumbres. Esta mujer enérgica, que siempre había vivido de precisas resoluciones tomadas por sí sola, acabó de reponerse. Y se levantó de la *chaise longue,* repitiéndose: «Lo que hace falta es que venga...»

En el saloncito, a cada lado de la chimenea, colgaban dos grandes lunas venecianas del siglo XVII, conservadas intactas en sus marcos antiguos de madera esculpida. El verde pálido y el oro desvaído de las molduras armonizaban con la frialdad del agua glauca y muerta que el tiempo da a los espejos viejos. Daisy de Roannez fué a mirarse despacio en uno de ellos, como lo habían hecho, desde ciento cincuenta años atrás, muchas otras mujeres, hermosas y jóvenes como ella, enamoradas como ella, y como ella también, vagamente tentadas por la culpable voz que se escapa de todos los objetos, testigos y símbolos de la rapidez de la vida. ¿Qué somos todos sino un reflejo en un espejo, que se borra no bien aparecido? ¿Qué resta de nosotros cuando hemos pasado? Lo que queda en un espejo de una imágen ausente. Así pensaba el poeta antiguo, cuando componía el verso grabado por el arquitecto de Valverde en torno del cuadrante solar:

...Brevis hic est fructus homullis

¡Pobres de los hombres! ¡Qué poco tiempo tienen para gozar de la vida! Tal es el discurso de los impíos en la Escritura:

«Nuestra existencia es el paso de una sombra.

»Su fin es sin regreso.

»Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes.

»Usemos de las criaturas con el ardor de la juventud.

»No dejemos pasarse la flor de la primavera.

»Coronémonos de rosas antes de que se marchiten,

»y que no haya pradera por la que no haya atravesado nuestra lujuria...» (1).

Estos consejos de ser dichosa en seguida, antes de la catástrofe inevitable, antes de la vejez, antes de la muerte, no se los formula en términos precisos una mujer enamorada, como era ésta. Los siente, los ve, con todas las fibras de sus nervios, con todas las gotas de su sangre. Y al inclinarse hacia las profundidades descoloridas del antiguo espejo, pensaba Daisy: «¡Aun soy bella!...»

Pasando por encima de su imagen, sonreía a su amante, que dentro de unas horas traspondría aquella puerta, entraria en aquella habitación; y alzando sus brazos con un movimiento que libertaba su talle delgado y su busto flexible, se arregló sobre la frente sus hermosos cabellos, recordando cómo le gustaba a Hugo en otro

(1) *El libro de la sabiduría,* II, versículo 5 y siguientes.—*N. del A.*

tiempo desrizar estos bucles castaños de reflejos dorados.

Estaba en este punto de su contemplación, cuando vino a interrumpirla el ruido insólito de una carreta debajo de la ventana. Un resonar de voces acompañaba a la estridencia de las ruedas, al gemido del eje y a las campanillas del caballo. La duquesa reconoció la voz clara del Padre Desmargerets:

—Ya trae su Némesis—dijo en voz alta—. Si lo supiera todo, ¡qué miedo tendría por mí! Voy a bajar para recibirle...

Y envió al espejo una última sonrisa, pronunciando muy bajo esta otra frase:

—También para volver a ver a Hugo y acabar de hechizarle con mi presencia...

El camino embaldosado que separaba el estanque del castillo, y por el cual no pasaba nadie casi nunca, ofrecía en el minuto que bajó la señora de Roannez un espectáculo tan raro como pintoresco. Los seis obreros de la excavación estaban ocupados en extraer la estatua de un carro tirado por uno de los caballos de la granja. El Padre Desmargerets había reclamado el más manso, tanto era lo que temía un nuevo accidente. Una vez cargado el mármol, hizo él a pie todo el camino, sin separarse del animal, al que llevaba de la brida.

—Basta con que el caballo se encabrite o tropiece—explicaba a los demás huéspedes del cas-

tillo, que habían acudido también—, y será la Némesis de mi Némesis...

Reía su chiste, y apostrofaba luego a sus hombres:

—¡La cabeza! ¡Antonio, ten cuidado de la cabeza!

Y al ver acercarse a la duquesa, dijo:

—Se la cuido a usted, señora. No quiero que le rompan la nariz a la estatua. ¿Lo ha observado usted? A todas las estatuas antiguas se les lastima la nariz. ¿Por qué? Porque las dejan caer manos torpes... Hay que tocar estos mármoles con la unción con que las *madonnas* de los frescos tocan a su *bambino*... Va usted a motejarme de pagano otra vez, señor de Richter. Pero ¿no es también la belleza una revelación?... ¡La rueda, Biagio, la rueda! ¡Ah! ¿Quiere usted sujetarme el caballo, señor Courtín?... No faltaría sino que este zopenco me rompiese el trozo en que quedan las cuatro letras de la firma...

Luego, cuando por fin salió la estatua indemne de la carreta, repuso, dirigiéndose de nuevo a la duquesa:

—¿Me permite usted que la instale en el sitio que creo le conviene más? En el vestíbulo entre dos columnas, frente a la escalera principal. Hay allí un banco ancho de mármol que le servirá de base. La pondré un poco adelantada, con el fin de que se destaque bien del muro...

—Haga usted lo que le parezca, Padre, hasta

que se la lleve—dijo la duquesa—. Porque es de usted. Se la doy...

—¿A mí?... ¡Ah, señora!... ¿A mí, a mí?... Pero no, yo no puedo aceptarla.

—La aceptará usted—insistió la señora de Roannez—. Por el momento, instalémosla en su alojamiento provisional.

—Me dará usted un vaciado para Berlín, Padre—dijo Richter.

—Y a mí otro para Londres—dijo lord Ardrahan.

— Y a mí otro para Boston—dijo la americana.

—Tendrán que dirigirse ustedes al Louvre—respondió el Padre Desmargerets—, porque yo no aceptaré la estatua más que para ofrecerla a nuestro museo... si consigo hacerla salir de Italia—añadió en voz muy baja.

Tomó una mímica de conspirador y guiñó un ojo con desconfianza mirando a los trabajadores, como si estos braceros, portadores de la diosa, pudieran comprender una sola palabra del diálogo en francés.

—¿Estás contento de mí?—preguntaba por lo bajo a Courtín la señora de Roannez—. Al dar la estatua al Padre, sé que se la doy a Francia, a la rival que preferiste a mí. Pero déjame el segundo lugar. Yo sabré mantenerme en él.

Se habían quedado rezagados del cortejo que

seguía el transporte de la estatua hacia el castillo, mientras ella le dijo estas palabras tan humildes a media voz y clavando en él una mirada intensa. Hugo le cogió una mano y se la estrechó largamente, apasionadamente. Esta presión denunciaba que no se defenderia ya, que era de ella y que iría a verla por la noche. La duquesa se extremeció de felicidad, y al pasar por la puerta del castillo, inclinóse y estampó un beso en esta mano de hombre que ella estrechaba también. Entonces fué Hugo quien tuvo miedo a una exaltación que, no obstante, le conmovía hasta el fondo de su sér. Pero su entrevista en aquella misma tarde, había sido muy grave, y el proyecto de matrimonio representaba, para él, una consagración muy seria de su destino. La loca caricia de ahora le recordaba demasiado las embriagueces que siempre había hallado culpables en el ùltimo repliegue cristiano de su conciencia, y por esto desasió dulcemente sus dedos de los de Daisy, diciéndole:

—No comprometas a mi esposa.

Pero este reproche fué pronunciado con un acento tan tierno y con una sonrisa tan conmovida, que ella le respondió con un «Gracias, amigo mío» tan ardiente en su reserva como su beso de poco antes.

Para obedecerle, se adelantó luego algunos pasos, y se hallaba ya entre lord Ardrahan y Richter, cuando, con ayuda de los obreros, fué

izada al fin la Némesis sobre el banco de mármol, entre las dos columnas.

Erguida así sobre este pedestal y dándole la luz de lado, la diosa apareció más amenazadora todavía que por la mañana y casi terrible, con una de sus manos colocada delante de la boca para ordenar al hombre silencio en la alegría y en el dolor. Había una autoridad imperiosa en el ademán con que la otra mano presentaba el *codo,* cándido símbolo de la mesura impuesta a toda energía, a todo destino. Aunque de dimensiones reducidas, desde la altura de su zócalo enhiesto, tenía un aire de grandeza tan imponente como hubiera podido ser el de su colosal hermana de Rhamnunte, descrita por Pausanias en su itinerario, con su corona de ciervos y de pequeñas victorias, y su bajorrelieve donde se veía a Leda conduciendo a Helena a presencia de Némesis, «porque, según opinión de la gente —añade Pausanias—, Némesis era la madre de Helena y Leda su nodriza».

En el camino, el arqueólogo había hecho parar la carreta para lavar a la estatua las manchas de barro, de modo que la pátina dada al mármol por los siglos la adornaba ahora con un esplendor nuevo. El sacerdote habíase preocupado particularmente de limpiar bien los caracteres de la inscripción, y quizá para escapar a la turbación en que le sumía, a pesar suyo, la diosa que el monje de San Marcelliano había

llamado «imagen impía», recitaba y comentaba dicha inscripción:

L. CORNELII. SYLLAE.
AVSPICIO. IMPERIOQVE.
EIVS. GRAECIA. DEVICTA.
ROMAM. REDIIT. TRIVMPHANS.
OB. HASCE. RES. BENE. GESTAS.
ET. IN. SPEM. AEQVAE. FORTVNAE.
HOC. MAGNAE. NEMESIS. DEAE.
MARMOREVM. SIGNVM.
PASITELIS. ARTIFICIS. OPVS.
IN. TEMPLO. NORTIAE. VVLSINIORVM.
FELIX. IMPERATOR. DEDICAT.

—Mire los caracteres, señora duquesa. Son de la mejor época. Con mi amigo y compañero Homolle, el que ha descubierto el admirable Auriga de Delfos, he visto en Delos, en un zócalo, un *Lucius Cornelius Sylla* del mismo tipo exactamente. ¿Le asombra a usted, señor Courtín, este genitivo en el aire, para empezar, sin nada que lo explique? Es *tabula* lo que hay que sobreentender y leer: Inscripción, tabla, como usted quiera, «De L. Cornelio Sila.—Bajo los auspicios y el mando—de él, habiendo sido vencida Grecia.—Volvió a Roma triunfante.—En vista de sus asuntos bien dispuestos,—y con la esperanza de una fortuna igual,—ésta, de la gran diosa Némesis—una estatua en mármol,—obra del artista Pasiteles,—en el templo de la diosa Nortia de los vulsinianos,—el dichoso Imperator dedica.» Tra-

duzco bárbaramente y palabra por palabra. ¿Saben ustedes lo más notable que hay en este exvoto? La frase: *con la esperanza de una fortuna igual*. Sila no dice: *con el temor de una fortuna contraria*. ¿Por qué? Porque los antiguos consideraban como de mal agüero cualquier alusión a la desdicha... ¡Qué lengua este latín, en que las frases se tienen de pie por la sola fuerza del sustantivo y del verbo! ¡Parece creado expresamente para las inscripciones! Es preciso que envíe ésta a París mañana mismo, a tiempo para ser leída en la próxima sesión de mi Academia. Voy a hacerla fotografiar y revelar por Bellagamba...

—Si él no está ahí—sugirió Richter—, yo tengo mi aparato.

—Dispénseme, señor de Richter; pero desde que estoy en Valverde, siempre ha sido él quien ha trabajado para mí. ¡Sentiría que el pobre se molestase!

—Voy a enviar a buscarle—dijo la duquesa, dando una orden a un lacayo—. Entretanto, Padre, ya que ha osado usted pronunciar ese nombre, háblenos de Delfos, explíquenos si es exacto que la obscuridad de los oráculos es una aplicación de la idea de Némesis, una manifestación de los celos de los dioses negando al hombre el don completo de presciencia...

Estaba ocupado el arqueólogo en relatar la leyenda de la fundación del fatídico santuario, según el célebre coro de *Ifigenia en Tauride*, y

recitaba los hermosos versos: «La tierra nocturna pare los espectros de las pesadillas que durante el sueño anuncian a los mortales, desde el fondo de las simas subterráneas, las cosas pasadas, presentes y futuras», cuando reapareció el criado para notificar que Bellagamba no había vuelto.

—Estoy un poco intranquila por él—dijo la señora de Roannez—. Si hubiera ido a Siena para prevenir a la policía, estaría ya aquí...

—Me confirmo en mi idea, querida Daisy—dijo lady Ardrahan—, de que le ha ofendido usted con esa fotografía de la enana.

—Ya me ha hecho eso cuatro o cinco veces—contestó la duquesa—, enfurruñándose durante horas y hasta días enteros. Le contestaré haciéndole un regalo.

—Pero ¿qué va a desear más, señora—insinuó Richter—, tan mimado como está?

—Le gustan las alhajas como a una mujer, y tengo una hermosísima cadena de oro portugués, de esas con que se adornan las pescaderas de Lisboa. Hace tiempo que quiero dársela para que la lleve sobre la seda negra de su ropilla de *Primo*, y esta noche la ostentará cuando nos sirva. Volverá a la hora de cenar. ¡Ya verán ustedes qué decorativo está y qué contento de que le admiren! Todos estos enanos adolecen de narcisismo.

—Afortunadamente para él, señora, nuestro

pobre Mario no es un Narciso—intervino el Padre Desmargerets, acodado ahora en el zócalo de la estatua, con una actitud de reposo después de las violentas sacudidas de la jornada—. He ahí otro mito griego de una psicología sutil. Lo que encarna Narciso es el carácter homicida o más bien suicida del egoismo. Gracias al cielo, nuestro *Primo* sólo es pueril en sus pretensiones. Dele la cadena de oro, señora: pero el verdadero medio de ser completamente caritativos con él y de curarle sería no fijarse en su persona.

IX

Una lección de «socioterapia»

Ni la duquesa con su indulgencia, irónica y ciega a la vez, de gran dama que se divierte, ni el sacerdote del Oratorio con la noble piedad de su cándida hombría de bien, estaban en lo cierto respecto al terrible enano y a la tenebrosa profundidad del alma irritada y malvada que escondía tras de sus payasadas y sarcasmos.

Mientras la imprudente castellana de Valverde se regocijaba con la idea de ver luego a su Velázquez viviente adornado con una nueva joya, el individuo en cuestión se hallaba lejos, junto a su zarcero, corriendo en su ligero automóvil «con vistas a la tumba», como había dicho el pintor alemán... una tumba ¡ay! que no era suya solamente. Subiendo y bajando las cuestas a toda velocidad, seguía el accidentado camino que, por Poggibonsi y San Casciano in Val di

Pesa, llega a Florencia. Las colinas, los bosques, las aldeas, los jardines y las viñas sucedíanse con una rapidez cinematográfica, sin que el furioso enano tuviese una mirada para ningún detalle de este paisaje dulce y rústico. Una pregunta ocupaba su pensamiento. ¿Estaría en su casa Roudine?... Por fin se dibujó en la llanura la cinta amarilla del Arno. Santa María de las Flores surgía con el relieve elegante y macizo de su cúpula obscura. Un último esfuerzo, un poco de paciencia aún, y el automóvil bordearía el río. Ya entraba en la ciudad, recorría los muelles, pasaba por el puente viejo, se adentraba en el Lung'Arno Serristori y viraba luego a la derecha por una callejuela.

Allí tenía el médico ruso su casa, vivienda misteriosa de conspirador, escondida en el fondo de un jardín al que rodeaban otros jardines. La cerraba un largo muro coronado de claveles en tiestos de barro cocido. En el muro se descubría una puerta de robustos tableros, con una mirilla para comprobar la identidad de los visitantes, los cuales debían anunciarse oprimiendo un timbre de aviso, cuyo ruido sólo se percibía dentro de la casa. Encima del timbre, una chapa de cobre ostentaba el nombre del médico, con la indicación de sus especialidades de electrópata y radiópata, lo cual era un pretexto para justificar el laboratorio en que el revolucionario, disfrazado de doctor, preparaba máquinas que destinaba

a la *socioterapia*, término forjado por él y tan bárbaro en su formación bilingüe como la anárquica tarea a que se dedicaba su autor.

Bellagamba saltó de su automóvil, y tras de cerciorarse de que la callejuela estaba desierta, sacó de su bolsillo un pañuelo y con él midió cuidadosamente la puerta y luego la anchura de su coche. Podía pasar. Una sonrisa crispó su duro rostro, contraído por una inquietud que rayaba en la angustia. Sólo entonces apoyó sobre el timbre un dedo velludo, en el que brillaba un diamante regalado por la duquesa. Con una atención de cazador en acecho, escuchó, animando su semblante otra sonrisa. Era que reconocía los pasos ligeros que se acercaban a él por la arena de la avenida. El zarcero, que se había quedado en el vehículo, comenzó a ladrar con furor, pero su amo le mandó callar ásperamente. En el intersticio de la mirilla, abierta con lentitud desde dentro, aparecieron los ojos pálidos de Roudine y su extraña carátula de kalmuco flaco.

—Tengo que hablarle largamente, doctor—dijo Bellagamba—, y quisiera meter mi automóvil en el jardín. Entrará, porque ya lo he medido. Es en todo punto preciso que esta noche me halle en Valverde, y cualquier granuja podría pasar y querer robarme el coche. Todos los vagos de aquí saben conducir un automóvil. Además, como dentro está *Serio*, mordería a alguien, y tendría yo un disgusto.

—Voy a abrirte la puerta—dijo Roudine—. Pero cuidado con mis rosales.

El fabricante de explosivos tenía, en efecto, los gustos idílicos espiritualmente fustigados por un humorista, con ocasión de otro sanguinario apóstol, en unos versos muy pocos conocidos:

Robespierre adorait les fleurs
Encort tout humides des pleurs
De l'aurore... (1)

El jardín era un encanto de corolas abiertas y de perfumes. Después de poner de nuevo en marcha su vehículo, maniobró Bellagamba con tanta destreza, que ni siquiera rozó una hoja de los arbustos. Colocó el coche contra la pared del laboratorio que lindaba con el cuerpo principal de la vivienda. Al ver cerrado el ventanal, frunció por un momento sus negras cejas, y refunfuñó para sí:

—Tengo mala suerte.

¿Qué había proyectado, pues, al llevar hasta allí el automóvil? El laboratorio estaba en la planta baja, y desde el jardín podría penetrar fácilmente por la ventana abierta en esta fábrica de bombas. ¿Había contado con aprovechar esta disposición para coger algo de allí mientras el dueño de la casa estuviese ocupado en otra parte?

---

(1) «Robespierre adoraba las flores—húmedas todavía del llanto—de la aurora.»—*N. del T.*

¿Querría llevarse, si los encontraba, alguno de los cartuchos de dinamita de que con frecuencia hablaba Roudine cuando contaba sus formidables investigaciones? Bellagamba engañó su mal humor participando su decepción a su perro en la baja jerigonza aprendida en Monte-Carlo:

—Tenemos mala pata, lanudo. Guarda la carreta, compadre.

Y se reunió con el médico en su gabinete de consulta, habitación oficial, llena de libros de ciencia, en la que ningún indicio revelaba las verdaderas ocupaciones del agitador cosmopolita. Éste preguntó en seguida:

—¿Qué ocurre, pobre Mario, para que te presentes ante mí con esa cara catastrófica?

—Ocurre—repuso el enano—que la señora de Roannez va a casarse con el oficial. Los he oído, los he oído—replicó, rechinando los dientes—. Él ha sido su amante. ¡Ah, canalla!

—Bueno—dijo Roudine—. ¿Y a mí qué me importa eso?

—Pero ¿se imagina usted que cuando sea ella la esposa de ese hombre va a dar más dinero para nuestros periódicos?—interrogó Bellagamba.

—Ya está cobrado su cheque—respondió Roudine—, y no abrigo la intención de obtener de ella otros.

—¿Y la propaganda? ¿Y la Causa?

—Tengo mis razones para no pedir nada más a la duquesa.

—¿Porque no quiere usted parecer un *chantagista?*

—Tal vez.

—Pero qué es lo que sabe usted de ella? ¿Cuál era el medio seguro de que me habló usted? Dígamelo, si es que puede impedir ese matrimonio, Roudine. No quiero que sea dichosa. ¿Me oye usted? Hablo muy en serio. No quiero. La odio demasiado.

El ruso se encogió de hombros, y con un tono de reproche afectuoso, dijo:

—Te lo he dicho veinte veces, muchacho. El verdadero revolucionario no odia a nadie. Odia únicamente lo que entorpece la marcha de la Idea. Y las señoras que viven como la de Roannez sirven a la Idea sin saberlo, proyectando una luz más cruda sobre la injusticia de la sociedad capitalista sólo con el lujo de su existencia. El pueblo necesita Bastillas que inciten a tomarlas, porque concretan sus desdichas. Nuestras Bastillas son las grandes fortunas de los millonarios como ella exhibiéndose insolentemente. ¡Y si el oficial se casa con ella, tanto mejor! Se dirá que lo ha hecho por conquistar el dinero de ella, lo cual manchará un poco su uniforme. Eso es todo.

—Entretanto, ella será dichosa,—repuso Bellagamba—; y le repito a usted que no quiero. Y también le repito que para mí, la Revolución es la Idea, pero primero es la venganza. Esa mujer

me ha hecho sufrir demasiado. ¡Usted, Roudine, no sabe lo que para un hombre que tiene corazón, inteligencia y orgullo, supone que se le trate como a un animal, como a una cosa!... «¡Anda, chucho, ponte en dos patas! ¡Salta por encima del bastón, y te daré azúcar!»

Y en su excitación, burlándose y haciendo muecas, imitaba los gestos de un domador de perros sabios:

—«Hazte ahora el muerto, chucho. Muy bien... Ponte de pie. Pasa por el aro... Vuelve a pasar. Muestra a la honorable sociedad tus habilidades... Estás lavado, peinado, perfumado y rizado. Miren, señoras y señores. ¿Han visto ustedes un perro más amable que *Azor,* ni más contento y más mimado?...» Y lo peor es que a *Azor* le gusta el azúcar. Le gusta la buena ración de comida, la buena cama calentita... También a mí me pasa lo propio, y por eso la odio más que por otra cosa. Me gusta mi cama. Me gusta mi ración. Soy goloso, y en Valverde se guisa muy bien... ¡Ja, ja!...—y rió siniestramente—. Soy holgazán, tengo piel de cardenal, y me emperezo, sin levantarme hasta las diez de la mañana. Soy bebedor, ¡y hay allí una bodega!... No puedo impedir al animal que reside en mí beber y disfrutar con todo esto innoblemente... ¡Es tan distinto esto a mis borracheras de Niza y a las tabernas donde apuntaban mis deudas en una pizarra! ¡Cuánto me regodeo! ¡Pero cuánto sufro!

¡Y cuánto odio a mi ama por haberme atiborrado, por haberme cebado! ¿Lo creerá usted, Roudine? Hay momentos en que me digo: «Lo único positivo es regalarse, encenagarse. Me toman por un bicho raro. ¿Qué más da?» Y luego, por fortuna, me dirigen la palabra ella y los demás. Me gastan bromas, y sólo con escuchar sus voces se despierta el *apache* en mí para gritarme: «No, no, no. Lo pagas demasiado caro...»

Detúvose un minuto, y en voz más baja añadió, inclinando la cabeza:

—Aún hay algo peor, Roudine. Desprécieme, pero compréndame... En Niza y en Monte-Carlo, durante el carnaval, me ha ocurrido varias veces inspirar caprichos a pelanduscas de alto copete que iban vestidas de seda, a pindongas ricas a quienes les pedía el cuerpo el regalo de un fenómeno. Demasiado sé que soy un fenómeno. Las hubo que hasta me pagaron a la mañana siguiente. ¡Ja, ja!...

De nuevo rió siniestramente.

—Y admití su cochino dinero para bebérmelo con pillos andrajosos del puerto y de los arrabales.

Chasqueó entonces la lengua.

—¡Y aquello daba gusto!... Luego, cuando la duquesa, por mediación de usted, me hizo ir a su casa, creí que era también por vicio... Pero en seguida hube de advertir que me engañaba. Lo siento por mí y por ella. Habría sido

algo abyecto, pero positivo, menos degradante para ambos que esta burla renovada a diario, a todas horas, con una intimidad en la que respiro la hermosura de esa mujer...

Mientras decia esto se le estremecían las aletas de la nariz.

—Al mismo tiempo—continuó—, la odio, porque su belleza habla a mis sentidos. En ciertos momentos la deseo con tal ahinco, Roudine, que una siesta en que estaba sola subí su escalera con idea de violarla, de hartarme, de matarla y de matarme luego. Entré en su habitación. Me miró, y ya no me atreví a nada, quedé vencido. ¿Cómo? ¿Por qué? Es el magnetismo del domador. Cuando me sucede eso, me digo yo también: «¡La amas!» Y cuando me lo dice usted, me da rabia. Explíqueselo, si puede, porque yo no sé explicarlo... Lo que sé, por ejemplo, es que no permitiré ese matrimonio. ¡No, no y no! Me moriría en el acto... Me dirá usted: «Pues márchate. Deja Valverde...» Ya lo he pensado. Pero entonces me espera la noche fría, horrible, angustiosa. ¡Ah, con qué angustia!... Tengo en la sangre a esa mujer, Roudine, y cuando pienso que la ha poseído ese hombre... ¡Ah!

Y de tal manera se puso a aullar, como en la espesura unas horas antes, que desde fuera le oyó su perro y contestó con un furioso ladrido.

—Cállate, *Serio*—gritó el enano.

Luego añadió, pasándose por los ojos su mano engarfiada:

—Ya ve usted, Roudine, cómo mi perro me comprende y me tiene lástima... Pero no debo ser así. Inspirar lástima es una cobardía, una vergüenza... La verdad es que he aguantado demasiado de ella. Sin ir más lejos, Roudiue, esta misma mañana le he salvado la vida. No le he contado a usted que unos ladrones desenterraron y se llevaron la estatua buscada por ese viejo loco de Desmargerets. Los sorprendieron, y entonces los bandidos dispararon sobre el galonero y sobre la señora. ¿Recuerda usted cómo tiro yo piedras? Pues con una le dí en la muñeca al ladrón que apuntaba a la duquesa, y la bala se perdió entre los árboles. Ni lo vió ella siquiera. No veía más que a su endemoniado Courtín. ¿Y a que no adivina usted lo que me enseñó poco después? Pues la fotografía de una infeliz enana.

Parecía que mordía esta frase al decirla. Luego repitió:

—¡De una enana como yo, con quien anhela casarme!... Ella es la que no se casará, porque yo no quiero. Estoy completamente decidido, y he venido aquí para eso. Hablemos claro, Roudine. Usted posee un secreto suyo que la atemoriza, hasta el punto de haberle dado a usted cien mil francos para que saliese de Valverde cuanto antes y no hablase a su chulo... Las cosas han pasado así. No diga usted que no, porque no le

creería. Por tanto, ella no quiere que él conozca ese secreto. Luego si él lo conociera, la dejaría. Le repito que no diga usted que no, porque el hecho es evidente. Pues bien: una de dos: o me participa usted ese secreto que posee, y entonces se lo cuento a Courtín para que se vaya, o...

—¿O qué?...—interrogó Roudine.

—O mato a ese galonero, y no dentro de ocho días, ni siquiera mañana, sino esta misma noche... ¡Me aliviará matarle a su hombre!...

La conclusión de la espantosa confidencia fué este propósito de asesinato, expresado con una delectación anticipada, con un cinismo feroz. Y le servía de comentario la mímica del gnomo, alternativamente rebelde, servil, burlón, tierno, sensual, degradado, lastimoso e innoble, mientras contaba los episodios de su historia, modelada, al parecer, sobre su deformidad física, de tan siniestra y anormal como era.

Roudine había escuchado esta lamentación acodado en su mesa, apoyando la cabeza en una mano y bajando los párpados sobre sus ojos pálidos, con la faz impasible: pero de tal modo apretaba una contra otra sus encías desdentadas, que sus labios sólo formaban una línea roja en un rostro exangüe. Esto era en él indicio de una turbación llevada al paroxismo. Como tantas personas de su país, ofrecía el doble carácter de una excitabilidad muy próxima a la neuropatía y de una extraordinaria firmeza en la consecu-

ción de sus ideas. Los primitivos son así, locamente influenciables e inflexiblemente contumaces, y parece ser que hasta los rusos más cultos tienen algo de primitivo por lo que se refiere a esta íntima contradicción. El ser tan emotivos los hace inconstantes. El exceso de simpatía los identifica por un momento en la piedad y el entusiasmo con personalidades muy diferentes a la suya. Pero, si se sigue observándolos, se ve cómo casi inmediatamente hallan medio de amoldar esos modos de ser, pasajeros en absoluto, a la línea constante de su propia acción.

La querella lancinante de Bellagamba infundía a Roudine una compasión que en aquel minuto también le hacía odiar a la duquesa y odiar a Courtín, como si todas las iniquidades naturales y sociales que hacían agonizar al trágico abortador se resumiesen en estos dos seres. Pero al mismo tiempo, el sectario había temblado al oir que aquella boca lanzaba un grito de muerte en su amargura. Vió con precisión a Bellagamba matando al oficial y matándose luego, o si no, detenido, juzgado, condenado y perdido para la Causa.

El antiguo forzado de Siberia, que alimentaba el ensueño de una conjuración europea determinada por sabios manejos, reclutaba sin cesar hombres que fuesen instrumentos posibles de cualquier audaz ejecución. Desde que en Niza le puso el azar en relaciones con el enano, jamás

perdió de vista a este anarquista nato. Le había seguido, preparado, conformado, digámoslo así, para una tarea cuya hora quizá sonase muy pronto. De Rusia, de Alemania, de Suiza y de otras partes llegaban hasta aquella casita de un barrio perdido de Florencia rumores suficientes para que su inquilino estuviese persuadido de la inminencia de una guerra que, según preveía él, se extendería desmesuradamente. Ningún poder humano sería capaz de circunscribir un cataclismo que podía transformarse en una revolución universal. Para esto se necesitarían actos y agentes que los cumpliesen. ¿Iba a permitir, pues, que éste zozobrara en una aventura lamentable, cuando estaba en su mano la manera de atraérselo para siempre, aliviándole de una tortura horrible?

Roudine se preciaba de conocer a los individuos. Aunque había visto a Courtín unas horas solamente, era lo bastante hábil para saber que este hombre no perdonaría nunca a la infanticida. Además, el terror de la señora de Roannez constituía una prueba de ello. De no ser así, ¿por qué se había soliviantado ella a la sola idea de que el abortador adivinase la verdad acerca de sus relaciones con el oficial? El testimonio de Bellagamba respecto a la conversación sorprendida disipaba la última duda de Roudine, si es que le quedaba alguna. Además, a todos sus motivos para acceder a la petición de Bellagamba aña-

díase su aversión de hombre casto por una aventura voluptuosa.

—¡Pobre muchacho—acabó por decir—, cuánto has sufrido! ¡Cuánto sufres!

Y prosiguió, hablándose a sí propio:

—Lo único importante en la vida es el dolor. El único deber es aliviarlo. Cuando se trata de eso, ¿qué importa el secreto profesional?...

Por su flaco rostro de fanático pasó una última vacilación. A pesar de esto, se levantó, dirigiéndose a una mesa alta en donde tenía una máquina de escribir. Puso en ella un pliego, tecleó algunas líneas, y sacando el papel, se lo entregó a Bellagamba:

—Haz llegar esto a poder del capitán Courtín, Mario. Apenas si le he visto; pero he leído en su mano, y te garantizo que, cuando reciba el papel, no aspirará ya al matrimonio ni a nada. Esto es la ruptura cierta y definitiva entre él y la duquesa.

El enano cogió la hoja escrita, y su voz áspera temblaba un poco al repetir la terrible frase que el cómplice del crimen de la señora de Roannez había estampado allí:

«El señor capitán C... debe informarse acerca de los procedimientos empleados por la señora duquesa de R... para librarse de un embarazo inoportuno que databa de tres meses en Agosto de 1912.»

—Devuélveme ese papel—dijo Roudine des-

pués de esta lectura, a la que Bellagamba no hubo de acompañar el menor comentario, de tanta rabia y alegría a la vez como le produjo la asombrosa revelación—. Falta un dato.

Y colocando de nuevo en la máquina la hoja escrita, tecleó esta otra frase, que leyó en voz alta a su vez: «La persona más autorizada para dar pormenores exactos es el doctor Boris Roudine.»

Y devolviendo el documento a su cómplice, añadió, con un suspiro de satisfacción y una chispa de orgullo en sus ojos claros:

—Cuando se denuncia se debe dar el nombre.

De nuevo devoró Bellagamba con los ojos, pero guardando silencio, las líneas acusadoras, y doblando con cuidado el precioso papel, lo ocultó en una cartera de *galuchat,* otro suntuoso presente de su señora, que llevaba esta inscripción: *M. B. 1.° de Febrero de 1914*, en letras áureas, verdadero tesoro de orfebrería construído sobre un autógrafo de la duquesa. Luego, con un rictus espasmódico en que la ferocidad se mezclaba a la lubricidad, dijo:

—Según eso, había un muchacho en camino, y usted fué quien... ¡Enhorabuena! Es un hermoso cuerpo de mujer, ¿eh? No se habrá usted aburrido viéndola... Tiene unas piernas muy bonitas, ¿verdad?

—Vuelve en ti, Bellagamba—respondió Boudine, posando una mirada de infinita tristeza en este monstruo de quien soñaba hacer uno de

los obreros de la Gran Noche—. ¿No tenía yo razón cuando te dije que el apetito de amor hace esclavo de la brutalidad a quien se entrega a él? La vergüenza y la sangre terminan por servir de alimento al inmundo deseo. Confiesa que eso es lo que acaba de sucederte... Por lo visto, ¿crees tú que he pensado en semejantes porquerías al ayudar a esa mujer? En esa operación no ví más que un acto de supresión revolucionaria: un rico menos. Cuando estuve en Siberia estudié de cerca a los Khiystys, que son santos y predican el aborto. En Olekminsk y en Spasskoia he conocido colonias enteras de esos Skoptzi que se mutilan las partes por deber, para redimirse por siempre de la esclavitud de la carne. A menudo he pensado que unos y otros comprendían verdaderamente la religión del sufrimiento humano, la cual debe tener por primer dogma el odio a la natalidad. Es preciso escoger entre este odio y sus consecuencias, o la fe en Dios y en otra vida.

—Queda el consuelo de disfrutar en esta vida cuando se puede—dijo el enano—, ¡y de vengarse cuando no se puede!...

Y se golpeó el bolsillo de su dolmán, donde había metido la cartera.

—Si no falla esta arma que me ha dado usted, Roudine, y no fallará, pídame lo que quiera. No crea que tomé así como así a Caserio para padrino de mi lanudo. Cuando sea necesario dar un golpe, avíseme.

Y volviendo a utilizar en su excitación la jerigonza de los bares por donde había arrastrado su juventud, añadió:

¡Cuando haya que cargarse a algún bandido de alto copete, ya verá usted cómo estoy un poco enterado del oficio!...

Este diálogo unía en un formidable símbolo a los dos omnipotentes factores de las próximas revoluciones: la lógica desenfrenada del ideólogo y el implacable rencor del desheredado, el uno degollando a la vida para someterla a su doctrina y el otro para hacer de ella una presa. ¿Quién determinaba esta mortal concordancia entre el utopista salido de las universidades rusas y el escapado de los zaquizamíes nicenses? Aquella duquesa cosmopolita, flor suprema de una civilización, cuya ruina proyectaban estos dos bárbaros, uno todo reflexión y otro todo instinto.

Una vez más, en la callejuela soleada de la más magnífica ciudad de arte que nos legó el pasado, se cumplía ese misterio de reversibilidad social que pretende que los abusos de lo alto susciten los crímenes de abajo. Si este diálogo, como las escenas que lo precedieron y las que siguieron luego, hubiese tenido por testigo al amigo del gran señor jansenista del siglo XVII cuyo nombre llevaba la señora de Roannez (1), ¿qué

(1) El filósofo Pascal.—*N. del T.*

habría dicho aquel Pascal, tan perspicaz en su misticismo, tan dispuesto a sondar con una ojeada hasta el fondo de la vida humana? ¿No habría advertido, en estos tres seres colocados en tan diferentes planos sociales, un análogo espíritu de rebeldía, la negativa a aceptar como benéfica la ley universal del dolor, que por sí sola da un sentido a la existencia humana? Hasta tal punto es esencial esa ley, que incluso los que reniegan de ella la practican sin cesar al falsearla. ¿Qué hacía Bellagamba, si no, cuando se ofrecía como ejecutor al revolucionario ruso? ¿No era esto prometerse al sacrificio? Pero ¿a través de qué?

Roudine comprendió que este pacto de abnegación era sincero, y estrechando la mano que quizá algún día armaría él con una herramienta de muerte, más eficaz que una carta anónima, repuso:

—Gracias, Mario. Vuelves a ser quien eras. Puede que tengamos que hacer pronto, en efecto. Tengo datos seguros que me inducen a creer en un desconcierto universal dentro de muy poco tiempo, ¿quién sabe si este verano? Quizá entonces haya ocasión de dar en la cabeza a los poderosos de dos o tres países, para hacer un escarmiento y aterrar a los que resistan al impulso de los de abajo. Por lo que pueda ocurrir, he activado mis investigaciones, encontrando una fórmula que me parece notable, una máquina

explosiva e incendiaria, capaz de volar Santa María de las Flores...

Y con el dedo mostraba por la ventana la cúpula imponente y lejana de Brunelleschi.

—Ya he fabricado algunos ejemplares de ensayo—continuó—. También tú tendrás que hacer algunos, Mario. Es muy sencillo, tan sencillo, que un niño lo aprendería a la perfección. Cualquier recipiente de metal es bueno. Empleo la dinamita-goma. Su potencia es enorme, y como se la utiliza en las minas y en las canteras, nada más fácil que procurársela. El dispositivo que determina la explosión es un poco de fulminante que estalla en un tiempo dado. Por tanto, hay pocos riesgos, al menos inmediatos, para el que coloca la máquina. Mi dispositivo lo constituye una ampolla de vidrio. Pero ¿quieres que te enseñe el objeto mismo? Así lo comprenderás mejor.

Pasó al laboratorio y regresó sosteniendo en la mano un receptáculo de hojalata que tendió a Bellagamba sin abrirlo, con una vanidad infantil de inventor. Luego añadió, riendo:

—¿No te da miedo?

—Tengo muchas ganas de comprender el mecanismo—dijo el enano.

—Ahora lo comprenderás.

Y levantando la tapa, sacó de dentro una ampolla.

—Y como ves, esta llena de agua y termina en dos tubos afilados cuyo extremo sueldo con la lam-

parilla de alcohol. ¡Es muy sencillo! La ampolla está metida en una arandela de corcho. Mira. Debajo pongo una copita de vidrio, agujereada a ambos lados por un orificio de desagüe. La copita a su vez descansa sobre un cartucho, en la parte superior del cual pongo fragmentos de sodio metálico y detonadores al fulminato de mercurio.

—También eso se encuentra fácilmente—dijo Bellagamba, que seguía la explicación con un interés apasionado—. Yo tengo fulminato. ¿Y luego?

—¿Luego? ¡Oh! Siempre resulta sencillísimo. En el centro de la máquina deslizo el explosivo, según mi sistema, dentro de un vulgar tubo de cartón, sobre un lecho de cartuchos de dinamita, como ves, dentro de su papel apergaminado... En el momento de ejecutar, tomo la ampolla y rompo el extremo de ambos tubos, que son capilares. Por consiguiente, el agua sale con mucha lentitud. Así, pues, tengo tiempo para volver a poner la ampolla en su sitio, dejar la máquina en el paraje escogido y marcharme. El agua cae gota a gota en el fondo de la copita y se acumula allí. Cuando su nivel llega a los orificios, se desborda. Entonces cae sobre el sodio, que la descompone. Esto origina una combustión considerable, que se comunica al fulminato y provoca la detonación. La detonación se comunica a la dinamita, y la máquina explota, rompiendo y arrasándolo todo. Calcula cuántos pedacitos pue-

den sus súbditos hacer de un zar, de un rey o de un emperador, cuando alguno de tan importantes personajes esté cerca de esta caja. Por cierto que no es difícil de llevar, pues pesa unos quinientos o seiscientos gramos.

--Como en los anuncios farmacéuticos... ¡Tratamiento fácil de seguir, incluso de viaje...—dijo Bellagamba.

Y el monstruo humano se calló, hipnotizado por el misterio del monstruo químico. En aquel momento sonó el reloj de una iglesia próxima. Las vibraciones argentinas se prolongaban en la atmósfera tibia y transparente de la tarde. Los rayos del sol poniente acariciaban el verdor sombrío y los frutos de oro pálido de los limoneros del jardín. Innumerables gritos de pájaros llenaban el cielo.

—Las cinco y tres cuartos—dijo el enano—. Necesito marcharme. ¿No tiene usted que salir para algo urgente, doctor Roudine? Le llevaría de paso. En mi automóvil hay sitio para usted.

Y acariciando el mecanismo terrible con sus dedos ávidos, comentó:

—También usted pesa poco.

—Acepto—respondió Roudine—. Visito aquí a un pobre diablo compatriota que se muere del pecho. Le velaré toda la noche tal vez, si es que dura siquiera hasta el amanecer. En tu automóvil llegaré algo más pronto, y eso le proporcionará una última alegría. Al regresar de Valver-

de esta mañana he pasado por su casa. ¡El pobre me suplicó con tanta insistencia que volviera! Morirá más tranquilo teniendo junto a él alguien que le hable la lengua de allá. Para ese infeliz, yo soy el país natal, y para mí, lo es él. Habita detrás de la Estación Central. ¿Te desvía eso de tu camino?...

—¡Por algunos minutos más o menos no importa!...—contestó Bellagamba.

—Entonces, voy por mi abrigo y mi sombrero, y me reuniré contigo en el automóvil.

Apenas hubo salido Roudine de la habitación, el enano se apoderó de la máquina infernal, que estaba sobre la mesa. Con su enternecimiento por la agonía de un compatriota—¡contrastes inexplicables del alma humana!—, el médico se había olvidado de reintegrar la máquina explosiva al laboratorio. Corriendo luego a su automóvil, Bellagamba ocultó lo mejor que pudo el terrible mecanismo en el arca de las herramientas clavada junto al estribo. Al ver que su perro arrimaba el hocico, dijo:

—Sí, *Serio*, es un confite, pero no para lanudos...

Y puso en marcha el motor, para indicar con su ruido que tenía prisa. Su temor era ahora que el ruso se diese cuenta de su distracción y volviera a su gabinete para guardar la bomba. La estratagema tuvo éxito, porque el doctor gritó desde la ventana:

—No te impacientes, que ya voy.

Y apareció, en efecto, llevando en una mano un estuche de cirugía y en la otra un botiquín.

—Voy a abrirte la puerta de mi vergel—añadió, después de instalar sus caritativos útiles en el asiento contra el respaldo del cojín, amenazado por el perro mordedor, a quien su amo reprendía en términos incongruentes:

—¡Cállate, escandaloso!... Es el doctor... ¡Los anarquistas no se muerden entre sí!

Un cuarto de hora más tarde, el minúsculo automóvil, mirado y envidiado por todos los chicos del barrio, dejaba al médico en la puerta del enfermo y rodaba de nuevo en dirección a Siena. En cuanto salió de la ciudad, Bellagamba se apeó de su coche y procedió a desarmar la máquina. Mientras sacaba con precaución la ampolla y su copita, arengó otra vez a su animal:

—Con un vaivén algo fuerte, amigo mío, se hubiera roto este tubito, y entonces, ¡adiós Roudine, Mario y *Serio!*

Aseguró cuidadosamente los dos elementos de la máquina infernal, separándolos en el arca, entre sus llaves inglesas, sus tenazas, sus rodillas y su gato. Luego reanudó su peligrosa carrera a lo largo de una cuesta bordeada de viñas con los pámpanos enroscados al tronco, según la moda toscana.

Como su ilógica mentalidad de degenerado se prestaba a todas las contradicciones, recordó de

pronto los discursos pronunciados la víspera por el Padre Desmargerets acerca de la Némesis, y un impulso extraño de superstición le hízo decir en voz alta:

—¿Y si fuera verdad que la estatua resultará funesta para esa mujer? Es creíble, puesto que acabo de tener la buena suerte de no volar llevando esta máquina...

X

El juguete del enano-juguete

Ya eran cerca de las diez cuando los faros eléctricos del cochecillo comenzaron a alumbrar poco a poco las cercanías de Valverde, acá un grupo de encinas verdes, allá la arena de una avenida, más allá unos iris, el canal de mármol bordeado de estatuas, las cascadas, el *casino* y su jardincito grotesco, las dependencias del castillo, y el *garage*, por último.

Mientras Bellagamba metía su automóvil en el departamento especial que le estaba reservado—nadie más que él tocaba a su vehículo—, vió a Pascual, el segundo *chauffeur*, ocupado en lavar la *limousine* utilizada la víspera para ir en busca de Courtín al hotel Barrafranca.

—¿Eres tú, Mario?—dijo este hombre—. Cuando te vayas de paseo adviérteselo al ama. A cosa de las seis se ha inquietado, y toda la gente

ha salido para Siena a buscarte en este carruaje. La broma me cuesta un lavado más...

Y echando un ancho cubo de agua sobre la caja del coche, polvorienta del camino, añadió:

—De buena gana me hubiese evitado este viaje. Esto me recuerda mis tiempos de taxímetro en París.

—¿A qué hora se han sentado a la mesa?—preguntó el enano.

—A las ocho y cuarto, como siempre. Hemos vuelto aquí a las siete y media.

—Por lo visto, ¿ya han acabado de comer?

—Sí... Escucha. Ahora fuman y charlan en la terraza.

Bellagamba prestó atención. Primero percibió vagamente el rumor de varias voces, entre las cuales distinguió de pronto las modulaciones cantarinas de la duquesa y el acento varonil de Courtín. Entonces dió un paso en dirección a la *villa;* pero retrocedió, y encarándose con su camarada, dijo:

—Si preguntan por mí, contesta que ya estoy de vuelta, pero que me encontraba cansado y he ido a acostarme.

—¡Parece mentira que seas tan satisfecho! —repuso el *chauffeur*—. Pero ¿qué llevas ahí? ¿Un pastel? Te conozco, tragón. Vas a regalarte a solas, sin dar parte a nadie.

Pero como el hombre intentase avanzar para ver lo que su compañero tenia en la mano, el te-

mible zarcero, que había bajado del automóvil, le dió una dentellada, a la que respondió Pascual con un juramento y un puntapié. Entretanto, Bellagamba había salido del *garage* a escape, con la máquina infernal en una mano y la ampolla en la otra. El perro le siguió a su ***casino***, trotando alegre y sin dar más importancia que su amo a las maldiciones del ***chauffeur*** mordido.

—Si no fuera tan buena la plaza—refunfuñaba éste—, ya os arreglaría yo a los dos: al perro y al mamarracho de su dueño... Pero la señora me despediría, y quinientos francos al mes, aparte de las sisas, no se encuentran de buenas a primeras. ¡Paciencia! Tantas jugarretas le hará el enano, que ella misma acabará por mandarle otra vez a Niza... Ahora voy a anunciar su regreso. En seguida enviará ella alguien a llamarle, y por lo menos, eso le molestará un poco mientras devora su pastel.

Cuando estuvo en su antro, Bellagamba se dedicó, en efecto, a «devorar», como había dicho el antiguo ***chauffeur*** de punto. Sin embargo, su cena fué precedida de una cuidadosa recomposición de la máquina infernal, y sólo entonces comenzó a comer el anarquista, que literalmente no había tomado nada en todo el día.

Un armario veneciano del siglo XVIII, maravilloso trabajo de ébano, marfil y nácar, cuya llave no le abandonaba nunca, le servía de despensa. En él amontonaba las vituallas que esca-

moteaba sin cesar, por un instinto mezcla de robo y de golosina, atiborrándose de ellas a su sabor, por más que la pingüe cocina del castillo y los agasajos de la castellana hacían inexcusable tal glotonería. El compañero de estas francachelas clandestinas, naturalmente, era su «lanudo». La víspera había hurtado el enano un pastel de truchas, que mordió glotonamente, guardándose un gran trozo y dando el resto al perro, no menos aficionado al pescado que su amo. Mientras comía Bellagamba, monologaba:

—Las diez. Hasta las once u once y media hay tiempo de hacer llegar a manos del oficial el papel de Roudine, si es que quiero que lo tenga esta noche. Y es preciso que lo tenga esta noche. Cuanto antes reciba el golpe, antes se marchará, si es que se marcha... ¿Y si no se marcha y se conforma con que ella haya matado al muñeco?... Pero no, no es un tipo de esa clase. Roudine ha oído hablar de él, y sabe a qué atenerse... ¡Vaya! ¡Tampoco van a dejarme engullir tranquilo! ¿Qué me querrán ahora?...

Acababa de sonar repetidamente el timbre del teléfono. Bellagamba interrumpió su cena para coger el receptor, y oyó con claridad la voz de la duquesa, que le preguntaba:

—Me dicen que has vuelto, *Primo*. ¿No estás enfermo?

—No, señora—contestó el enano.

—¿Qué te ha ocurrido, quién te ha detenido? —continuó la voz, siempre indulgente.

—Una avería del motor en Poggibonsi—dijo él tranquilamente.

—¿Por qué no has enviado recado aquí con un ciclista? Habrían ido a buscarte. Además, ¿qué ibas a hacer en Siena?

—Tenía una idea respecto a los ladrones—replicó él con más descaro aún.

—Supongo que no habrás encontrado nada, ni habrás dicho nada a la policía, sobre todo. Los ladrones no han hecho daño a nadie. Sin duda, son unos pobres diablos a los que habían prometido algún dinero. Si los conociera, se lo daría yo misma...

—La señora duquesa es demasiado buena—repuso Bellagamba, tornándose melifluo de improviso.

— Soy dichosa, sencillamente — contestó la voz—, y quisiera que a mi alrededor lo fuese todo el mundo. Y mi *Primo* antes que nadie... ¿En qué quedamos, escribo o no, para que venga el original del retrato?

—Escriba, señora duquesa.

Y tiró contra la pared el receptor, con tanto brío, que se abolló el metal de la bocina.

¡Dichosa!—repitió—. ¡Con qué acento lo ha dicho! Estaba junto a él, sin duda. El la escucharía... ¡Vamos, lanudo, ya hemos engullido bastante!

Y advirtiendo en el mueble una botella de *Haut-Brion*, escamoteada en el castillo:

—Ahora un trago de vinarro—añadió, poniendo en el feo vocablo un insulto para el precioso brebaje de ricos, que se sorbió hasta la última gota.

Luego exclamó ferozmente:

—Ya estamos listos. ¡Al trabajo!

Hacía tiempo que el libertario, amigo del dogma del reparto individual, y por otra parte, poseído de cleptomanía, se había apoderado de una llave que le permitía entrar en el castillo a su antojo por una de las puertas de servicio. En estos rincones retirados de Toscana se conserva tal honradez de costumbres, que el mismo Bridger inspeccionaba cada noche los cerrojos muy a la ligera, sólo por escrúpulo de conciencia y por mantener intacto en el continente el tipo del meticuloso ***butler*** inglés. Para provocar el acto de bandidaje de por la mañana, había sido necesaria la leyenda ocasionada por el entusiasmo exuberante del Padre Desmargerets y el incentivo de una ganancia considerable a costa de personas extrañas al país.

La puerta escogida por Bellagamba daba a una bodega en la que hacía él su acopio de vinos añejos y licores finos, cuidando de elegir sus botellas de la segunda fila. Abriéndola, atravesó la pieza, alumbrado por una lamparita eléctrica de bolsillo. No había podido procurarse otra llave,

la de la puerta de la bodega que daba acceso al interior de la casa, y por tanto, a cada expedición de este género le era preciso quitar los tornillos de la cerradura, tarea difícil que ejecutó mañosamente, con una destreza de ladrón nocturno... Por fin salió al hueco de la escalera principal, solitaria a aquella hora. La servidumbre acababa de cenar, mientras los señores disfrutaban la frescura de la noche en la terraza.

Bellagamba pudo, pues, subir, sin ser visto, hasta el segundo piso en que se alojaba Hugo. Después de abrir sin ruido esta otra puerta, su lámpara eléctrica le mostró el lecho preparado y la ropa de noche colocada en una silla. Sobre una mesa brillaban las piezas de plata de un fastuoso neceser, regalo del «hermoso Courtin», llamado «Tin-Te» en el Círculo de la calle Royale. El oficial se lo había llevado en este viaje, porque su sencillo maletín de militar estaba inservible después de su larga campaña en Africa. El enano desvió la lámpara. Estos coquetones objetos de elegancia masculina eran para él como una ofensa personal. Cogió, no obstante, un frasco de cristal, con la tentación de hacerlo añicos contra el suelo. A través del tapón metálico percibió el aroma de un agua de tocador delicadamente ambarina. La duquesa usaba un perfume análogo.

Bellagamba volvió a dejar el objeto sobre la mesa. Le molestaba la impresión física de una

identidad de costumbres íntimas entre ella y el joven.

—¡Ah!—refunfuñó—. Bien se nota que es el macho de esa hembra. Ya veremos si continúa siéndolo...

Y sacando de su bolsillo el infame documento entregado por Roudine, lo puso a la vista encima de la plata cincelada de los cepillos, y salió de la habitación a paso de ratero, con tanto sigilo como había entrado. La baranda de la escalera principal, que era de mármol, tenía esos agujeros polilobulados en que se complacía la fantasía del Renacimiento. El enano acercó los ojos a una de estas aberturas, no percibiendo sino el vacío y el silencio debajo de él. Nadie en los escalones, nadie en el vestíbulo. Y divisó la Némesis colocada sobre el banco de mármol aquella tarde en ausencia suya.

El extremecimiento de superstición burlona que había experimentado, al abandonar Florencia, pensando en la funesta estatua, se apoderó de él más intensamente, al mismo tiempo que una de las ideas perversas de espionaje que acostumbraba a poner en práctica. Detrás del banco macizo y muy alto, al cual se subía por un escalón, el emplazamiento de la ventana formaba entre las dos columnas un recinto que Bellagamba conocía bien. Un día se había metido allí huyendo de la repostería, después de robar una terrina, al oir que se acercaba Bridger.

Ahora la estatua, sobresaliendo del banco, tapaba el espacio suficiente para formar un verdadero nicho. Pegado a la baranda, a la altura de la cual llegaba justa su cabeza, bajó a toda prisa los dos pisos, y sosteniéndose a pulso sobre los brazos con un vigor que denotaba el desarrollo de su musculatura, se introdujo en el citado escondrijo. Por el intersticio que quedaba libre a cada lado del zócalo podía vigilar la escalera.

—Desde aquí lo oleré todo—se dijo desde el fondo de este observatorio improvisado.

Un rumor próximo de conversaciones anunciaban que los huéspedes volvían al castillo. En la sonoridad del vestíbulo se elevó la voz clara del arqueólogo.

Bellagamba tuvo que acurrucarse más aún en el banco, porque el Padre Desmargerets detuvo al grupo de contertulios a algunos pasos de la estatua, y continuando una discusión comenzada, designó con un ademán la rueda rota en tres cuartas partes.

—Aquí tiene usted la prueba, lady Ardrahan —dijo—, de la degradación sufrida por Némesis en la época romana. En Roma la Némesis se convierte en la Fortuna. Mi maestro Eduardo Tournier tiene páginas admirables acerca de esta decadencia de un mito que en un momento dado hubo de elevarse hasta la idea de Justicia, de Providencia y aun de Caridad. «Mortal, pien-

sa como un mortal», repetían los griegos. Este sentimiento es el que dicta a Ulises unas palabras tan humanas cuando muestra a Euricleo los pretendientes, tendidos por tierra en su propia sangre: «Regocíjate, viejo, pero sólo en el fondo de tu corazón, y contente. Es faltar a la piedad gloriarse después de una matanza.» Pensaba en Némesis, en esta diosa de la mesura que prohibe abusar aun de la misma victoria. Vea usted cómo ese dedo cerca de su boca ordena el silencio en el triunfo lo mismo que en el dolor, la moderación, la humildad. ¡Ah, cuánta razón tenía Tertuliano al admirar en el alma antigua esos atisbos naturalmente cristianos! Y ya que he hablado a ustedes de Roma, ¿saben que, en cierto día del año, Augusto mendigaba para desarmar a la Fortuna? ¡Siempre Némesis! Eso era el principio del culto a la pobreza.

—Confiese usted, entonces, Padre—objetó Richter—, que la Iglesia católica de la Edad Media no implica un progreso sobre el imperio. De esos mitos en que la exégesis de usted distingue símbolos tan hermosos, no retuvo sino los maleficios. Lo atestigua el decreto de los ciudadanos de Siena contra esa noble estatua que tomaban por un demonio.

—Es que, verdaderamente, tiene un aspecto formidable—repuso lord Ardrahan—, a pesar de que no es grande. En Africa habrá usted observado, capitán, que los felinos más pequeños...

—¿Son los más feroces?—dijo Courtín—. Es cierto.

A su pesar, pensaba en la pantera criada y luego muerta por su compañero, cuyo recuerdo le había asaltado la víspera al mirar a Bellagamba. Luego escuchó a lady Ardrahan insistir sobre la impresión de su marido:

—Más que formidable, terrible... Pero, Richter, ¿es que tan equivocados estaban los antiguos al creer en los maleficios? Si en torno nuestro existen fuerzas psíquicas desconocidas, ¿con qué derecho pretenderíamos rehusarles ciertos modos de acción? Hay corrientes eléctricas en objetos que nos parecen inertes en absoluto. ¿Por qué no va a haber, en esos mismos objetos, corrientes psíquicas, igualmente invisibles para nuestros sentidos?

—Me recuerdan ustedes una de las innumerables anécdotas que contaba mi padre acerca de Napoleón—dijo la duquesa—. En el campamento de Bolonia, el emperador hizo quemar una garita cuyos ocupantes se mataban unos después de otros. ¿Es posible que la madera estuviese impregnada de ideas suicidas?

—«En el mundo, Horacio, hay más cosas que las que puede soñar nuestra filosofía.» Lo ha dicho nuestro Shakespeare—replicó lady Ardrahan.

—Y nuestro Goethe—repuso el alemán—. «Caminamos en medio de secretos, rodeados de misterios. Ni siquiera sabemos lo que pasa en la

atmósfera que nos circunda, ni qué acción ejerce sobre nosotros.»

—Nuestro San Pablo se adelantó a ellos—intervino el Padre Desmargerets—. Acuérdense: «Ahora miramos un espejo y todo es enigma para nosotros.» *Per speculum in œnigmate.* La vida humana sería inexplicable si no se admitiera, según nos enseña la fe, que hay espíritus del mal para tentarnos, como hay espíritus del bien para protegernos. ¿De qué medios se valen? Soy de su opinión, lady Ardrahan. Lo ignoramos. Pero ¿qué necesidad tenemos de recurrir a lo sobrenatural para explicar que un objeto de apariencia inerte, como usted dice, y como es esa estatua, pueda proyectar un efluvio de acción? Con su *codo*, su rueda, el gesto de su mano izquierda y su rostro, esa estatua resulta una idea esculpida, o si lo prefieren, concretada. ¿Y qué es una idea? El principio de un acto. ¿No llevamos en nosotros mismos un obscuro universo de ideas que viven, que desean realizarse? Somos pilas psíquicas cargadas de acción, si me permiten explicarme así. Cuando nos encontramos con uno de esos símbolos en un momento en que nos asalta la idea concentrada en él, y ese símbolo nos induce al acto correspondiente, el cual, por otra parte, es voluntario, ¿no hay en ello un fenómeno de lo más natural?

La duquesa se echó a reir con una risa en la que Bellagamba, que la conocía bien, sintió,

aunque no la viese, las palpitaciones de su corazón.

—Si así fuese—concluyó ella—, búsqueme usted desde mañana, Padre, una estatua de Morfeo que nos induzca al sueño cuando sea hora de dormir, sobre todo después de una jornada tan agitada como ésta, en vez de disertar, como Pico de la Mirandola, *De omni re scibili et de quibusdam aliis*. Estas disputas son muy del Renacimiento, pero nada propias del campo.

Con esta invitación de la duquesa, la concurrencia comenzó a dispersarse por la escalera principal, mientras la dueña de la casa se detenía en el rellano del primer piso, donde estaba su aposento, en el ala derecha, al extremo del salón decorado por Peruzzi. Se llegaba hasta ella igualmente por una escalera personal e interior situada en uno de los torreones. Para mayor independencia, los invitados se alojaban en el piso segundo y en el ala izquierda.

Oculto aún en su escondrijo, el enano los oyó despedirse unos de otros. Luego, el meticuloso y solemne Bridger emprendió al punto su ronda, echando los dos grandes cerrojos de la puerta de entrada y apagando la luz eléctrica. No dejó encendida, como de costumbre, mas que una bombilla metida en una copa de alabastro colocada muy alta en uno de los muros y que derramaba una claridad de hipogeo sobre los peldaños, las

paredes y sus tapicerías, el atrio y sus columnas. Distribuída así la luz, quedaban vastos espacios de sombra casi impenetrable.

El banco y la estatua se hallaban en una semiobscuridad que permitía a Bellagamba moverse más libremente. Se deslizó, pues, de su asilo, no sin lastimarse un poco con las aristas del zócalo. A pesar suyo, sólo al tocar el frío de la piedra en esta penumbra propicia a las alucinaciones, comenzó otra vez a recorrerle el cuerpo un escalofrío supersticioso. Con la cabeza apoyada contra los pliegues de la túnica de la diosa, en medio del silencio y de la noche, sufría la indefinible sugestión de que había hablado el arqueólogo. Asaltaban su turbado espíritu las palabras comprendidas a medias, de reparación, justicia, orgullo, abuso y fatalidad. Sentíase instrumento de una fuerza extraña a él y que le inmovilizaba allí; sin que pudiese saber con qué fin. Al introducirse en el castillo, su primitivo proyecto era el de retirarse no bien dejara la carta en el cuarto del oficial; pero la vista del agujero negro situado detrás de la Némesis le había incitado a enterrarse en él, por uno de esos raptos impulsivos que alternaban en su pensamiento con las solapadas combinaciones.

Desde hacía cuarenta y ocho horas respiraba y se movía en una atmósfera de drama. Como a un perro de caza que olfatea a derecha y a izquierda recogiendo las emanaciones de cada

vestigio, un instinto irresistible impulsaba a este mal sujeto a recoger todos los indicios que llegaban a él en alas de la casualidad. ¿De qué aspiraba a enterarse por las conversaciones que en el vestíbulo habían sostenido los huéspedes de Valverde? ¿Qué esperaba sorprender ahora? Pero el espionaje innato tiene por divisa: «¿Quién sabe?»

Este inútil acecho sin motivo, mezclado de obscuros ensueños, después de aquella jornada de fatigas y de emociones, acabó por resolverse en una de esas vagas y confusas somnolencias en que parece que el pensamiento desorbitado flota al borde de otro mundo y las imágenes se asocian por su propia fuerza en el espíritu sin que las dirija nadie... Bellagamba se encontraba otra vez con la imaginación al margen de la avenida cubierta. Oía las palabras de amor pronunciadas por los dos paseantes, el grito de ella: «¡Cásese conmigo!», y luego otro grito: «¡Eres mío, mío!» Veía a la señora de Roannez recibiendo en sus brazos a aquel a quien amaba, bebiéndole sus lágrimas en un beso. Entonces fué cuando un movimiento convulsivo había traicionado su presencia en la espesura, obligándole a huir. Por tanto, no había sorprendido la petición de una cita... ¿Cuáles no fueron, pues, su sorpresa y su cólera, cuando bruscamente le sacó de esta semicatalepsia un ruído de pasos apagados y vió que del segundo piso descendía una silueta mascu-

lina, en la que hubo de reconocer a Hugo Courtín? Llegado que fué éste al rellano del primero, se encaminó directamente a la puerta por donde la duquesa se había retirado a sus habitaciones poco antes. La ausencia de vacilación del joven probaba que, aunque había llegado la víspera, sabía ya el camino de este aposento. Se lo habría enseñado ella. ¡Le aguardaba!

El enano quedó algunos minutos sin moverse después de haber desaparecido Hugo. El exceso de emoción le paralizaba. Luego murmuró de repente:

—¡Qué tontos hemos sido Roudine y yo al no comprender que las cosas terminarían así!... Ahora creerá él cuanto ella quiera que crea. Esa mujer va a recobrarlo. Le ha recobrado ya... ¡Solos y juntos toda la noche!... ¡Pero tanto mejor, tanto mejor!... Los tengo en mi poder a ambos. ¡Ja, ja, ja!...

Y corriendo a la puerta principal, cuyos cerrojos tuvo que quitar, huyó mientras lanzaba esta risa retumbante, que resonó en el hueco de la escalera en el momento preciso en que otro de los huéspedes del castillo salía también de su cuarto. Era el Padre Desmargerets, que se disponía a bajar, armado de un metro y de una palmatoria, para medir con exactitud la altura de su estatua. El buen hombre se proponía invertir la noche en redactar la nota que dirigiría a sus colegas del Instituto, sección de Inscripcio-

nes. Había calculado que, si la mandaba al día siguiente por la mañana en el primer correo, llegaría seguramente a tiempo para la sesión hebdomadaria del viernes. La terrible carcajada de Bellagamba, a más del ruido producido por la puerta al cerrarse, le hizo detenerse, con el corazón palpitante. Luego se inclinó sobre la baranda, sin ver más que el espacio vacío y la Némesis, fantasmalmente perfilada en su rincón de sombra.

—Voy a volverme loco—se dijo—. Pero el caso es que ella no ha podido reir así... Será algún criado que esté de broma... No voy a imaginarme, como un sienés de 1350, que un demonio habita mi estatua... Y sin embargo, tal vez no se debe violar las tumbas viejas, irritando a las sombras antiguas... Además, he tenido una suerte demasiado buena en todo este asunto, y al presente siento miedo... No, el demonio reside en mí, y es este miedo, este pecado mío contra la fe. Reprimamos la tentación. Abajo no hay sino un trozo de mármol. Vamos a medirlo, y en seguida subiremos a leer nuestro breviario.

Mientras el capellán ejecutaba, temblando, este doble programa de erudito concienzudo y de sacerdote fiel, turbado a pesar suyo, en su piedad, por sus imaginaciones de sabio entusiasta, Courtín había entrado en el aposento de la duquesa, iniciándose entre ambos una conversa-

ción que de ser oída por el arqueólogo visionario le hubiese hecho creer en otra acción terrible de la misteriosa ley de equilibrio evocada bellamente por el cincel de Pasiteles, ley que pretende que suceda un dolor a nuestras mayores alegrías, una agonía a nuestros triunfos más afortunados y también un castigo a todas nuestras culpas.

Daisy de Roannez había espiado la entrada de Hugo en el salón grande y se adelantó a lo alto de la escalerilla, alzando en su diestra un quinqué de plata con pantalla azul pálido, para alumbrar al joven en su paso por entre los muebles de la vasta estancia. Aparecía adorable así, vestida con una especie de túnica persa rosa y oro, en esta media luz lo bastante transparente para que él distinguiese desde abajo sus ojos abrasadores y su sonrisa conmovida.

Aún no había puesto el pie él en el primer peldaño de la escalerilla, y ya sabía ella, sin oirle hablar, que había sobrevenido un incidente. El joven no era ya aquel hombre que ella había visto, una hora antes, tan turbado, pero tan enternecido, tan completamente reconquistado después de tantas luchas, tan suyo. De nuevo tenía el gesto duro de sus momentos de mal humor. Pero este rostro contraído se distendería pronto al recibir los besos de ella. Apenas entraron en el saloncito, la duquesa le abrió sus brazos, y buscándole los labios, suplicó:

—¡Gracias por haber venido! Pero... ¿por qué me rechazas? ¿Qué otro contratiempo hay?

El joven esquivaba la caricia, efectivamente. Desenlazóse de aquellos dulces brazos blancos que le estrechaban desnudos en sus amplias mangas, y contestó:

—En mi cuarto me he encontrado esta carta, Daisy. ¿Qué quiere decir esto?

Y le tendió el papel colocado encima de su mesa por Bellagamba. La desventurada mujer lo desdobló nerviosamente, en tanto que Hugo la miraba leer las líneas denunciadoras. Vió palidecer, alterarse y aquietarse luego en una inmovilidad impenetrable aquel noble rostro, iluminado de amor y de dicha a la llegada de él. Su boca, entreabierta poco antes para dar un beso, cerrada ahora con un pliegue de amargura atroz, guardó por algunos instantes un silencio obstinado. Al fin, sacudiendo la cabeza con el gesto de quien toma un partido decisivo, en un espasmo violento de todo su sér, la duquesa miró a Hugo cara a cara, y dijo sencillamente:

—Es verdad.

—Pero ¿qué es verdad?—balbuceó él, arrebatado.

En el primer momento, al encontrar sobre la mesa aquel papel, había sentido el sobresalto de repulsión que la infamia de una carta anónima provoca en cualquier alma un poco elevada, arrugando y tirando después el pliego abomi-

nable. Luego, lo había recogido, releyéndolo, y al punto se hizo esta pregunta: «¿De quién procederá?»

La imagen de Erico de Richter se le apareció tan patente, que se había dirigido a la puerta con idea de pedir acto seguido una explicación a este hombre. Pero inmediatamente desechó el absurdo proyecto: «Está escrito a máquina. Si es de él, lo negará. ¿Y si no es de él?... No tengo derecho a creer que sea cosa suya...»

Solamente entonces se le ocurrió la otra pregunta, no ya sobre el origen de la acusación, sino sobre la acusación misma. Había un dato evidente: el denunciante remontaba el embarazo de la señora de Roannez a la época en que él había recibido una carta de ella en Saint-Louis. Ante esta identidad de fechas, ¿cómo seguir adelante sin informarse? ¿Por quién? ¿Por Roudine, según le invitaba el papel anónimo? Otros datos evidentes eran la pregunta que le había hecho el ruso la víspera estando a la mesa, su mirada inquisitorial, su marcha precipitada con el cheque para su periódico.

Hugo se había explicado este donativo de dinero por el *dilettantismo*. ¡Ciego, ciego de él! La denuncia decía el verdadero motivo. La sola idea de encontrarse frente al médico causaba al joven un escalofrío de horror. No, era a la duquesa, a ella sola, a quien debía dirigirse. Y como en este carácter enérgico la acción seguía inmediata al

pensamiento, había ido a buscar a la acusada para que se explicase, y por muy cruel que fuese la perspectiva, a convencerse de lo falsa que era esta mujer a la que amaba más locamente que nunca.

Ella, por su parte, no esquivó la explicación, pues era tan enérgica como él. Por lo menos, la recíproca franqueza ennoblecería la desgarradora explicación. ¿Cómo no estimar a esta mujer por su valor, a pesar de todo? ¿Y cómo no amarle a él más aún, por la recta y varonil manera que tenía de iniciar el duelo entre los dos, sin equívocos ni celadas? La dama, hablando consigo misma, se dijo: «Prefiero esto. Era un peso que me agobiaba demasiado el corazón. No habría podido continuar callada.»

Y fijando de nuevo en Hugo unos ojos resueltos, exclamó en voz alta:

—Es verdad que estaba encinta cuando le escribí a usted a Saint-Louis. Usted no volvió, y yo no quise tener ese hijo.

—Entonces, ¿el doctor Roudine?...—interrogó él, vacilando todavía en pronunciar la horrible palabra.

—Sí—interrumpió ella—. No me pregunte más. ¿Para qué?... Sólo él ha podido hacer llegar esto a manos de usted.

Y mostró el papel, que no habían soltado sus dedos crispados.

—¿Cómo? ¿Por quién?...—prosiguió—. ¿Qué

importa? Lo esencial es que me hace un favor. Usted no me hubiera perdonado nunca que le recobrara mintiéndole.

—Entonces, ¿por qué me ha mentido usted? —gimió Hugo.

—Por la misma razón que me obliga a decirle la verdad ahora. Porque le amo a usted... Acababa de verle en peligro de muerte a dos pasos de mí. Estaba loca. No reflexioné, no calculé nada, ni esa mentira, ni mi grito de amor. Fué una necesidad de hacerle confesar a usted que también me amaba. Usted me interrogaba, y era preciso que yo le respondiera. Y en aquel momento, dadas las ideas de usted, no podía decirle la verdad, como no he podido callarla hace un momento. La prueba de que lo hubiera dicho todo, y quizá esta misma noche, aun sin ésto—y de nuevo mostró el papel—, es que no he querido que anunciara usted nuestro matrimonio sin decir antes la verdad. ¡Ah, cuánto tuve que sufrir para negarme a que hiciese usted tal anuncio! Al presente la suerte está echada. Ya lo sabe usted.

A medida que iba hablando parecía que se serenaba, recobrando una calma extraordinaria que ofrecía rudo contraste con su turbación de por la tarde. Esto era porque entonces sufría y se recriminaba mortalmente por su mentira, mientras que ahora no hacía sino afrontar un acto de consecuencias peligrosas, pero exento ya de re-

proche. Conocemos ya las causas del mutismo de su conciencia. Poniendo en evidencia ante ella su infanticidio, Hugo acababa de reanimar, de resucitar contra la acusación a la aristocrática anarquista, en quien las malvadas sugestiones del abortador no habían tenido que vencer ningún escrúpulo moral. No había en su calma el menor alarde. Se mostraba sencillamente, tal como era en la realidad íntima y total de su alma, con su amor y su crimen, que para ella no era crimen. El no ocultar ya nada de su presente ni de su pasado le daba una tranquilidad no exenta de grandeza en este encuentro tan trágico.

Pero Hugo, «dadas sus ideas»—según ella había dicho—, y sacudido hasta la más profunda raigambre de su sér por la fulminante revelación, veía en esta confesión sin arrepentimiento un cínico reto. Olvidando tantos indicios y tantas pruebas de pasión y de sinceridad como aquella mujer le había dado en otro tiempo y aun aquella tarde, respondió con energía al «ya lo sabe usted» de ella tan humilde en la franqueza de su afirmación:

—¿Qué es lo que yo sé? Que solamente ha declarado usted cuando me la han denunciado con claridad. ¿Por qué? ¿Tal vez porque iban a facilitarme contra usted pruebas indiscutibles, y usted ha preferido adelantarse a ellas dándome la apariencia de la franqueza? No lo sé, no puedo saberlo. En cambio sé, y con una certeza horrible,

que usted me ha dicho: «Cásese conmigo» ocultándome ese infame secreto. ¡Insensato de mí! ¡Yo que ví en tales palabras una prueba de que era usted veraz! Sí, creí que no me infligiría usted la ofensa de pedirme que la hiciese mi mujer teniendo en su pasado manchas tan vergonzosas. ¡Y usted tenía esas manchas! ¡Dice usted que no ha querido que anunciase yo nuestros esponsales! ¿Por qué? Tal vez porque había allí alguien de quien tenía usted miedo.

Y como ella esbozase un gesto para interrumpirle, él añadió:

—Lo diré todo. No es Roudine quien ha hecho llegar a mí ese papel. Un médico que se presta a un aborto no se denuncia a sí mismo. El que ha hecho llegar a mí ese papel está enterado del aborto por criados de usted, por alguna doncella cuya indiscreción habrá pagado usted creyendo pagarle su complicidad. Ese hombre sabe nuestra unión de hace dos años sin duda por el mismo conducto, a no ser que usted misma se haya entregado a él con una de esas confidencias que una querida hace a su amante de hoy acerca de su amante de ayer, sin pronunciar nombres. Y él habrá adivinado y habrá querido poner algo irreparable entre nosotros... No hay otra hipótesis posible. ¡Un amante, un amante!... ¡Ah! Mucho he sufrido por usted, pero jamás sufrí tanto como ahora, con las visiones que tengo delante de los ojos.

Y cual un alucinado, siguió diciendo:

—¡Cuando pienso que ese hombre es quizá Richter!... Y si no es él, es tal vez... ¿por qué no?... Ya que es usted capaz de esa monstruosa acción, bien puede usted haber tenido el capricho vicioso de un monstruo...

—¡Oh!—exclamó ella, poniéndole una mano en la boca para no oir a esta voz adorada proferir un ultraje tan inesperado—. ¡Hugo, Hugo!...

Luego se desplomó, jadeante, en un sillón, con los brazos caídos, caída la cabeza, y rompió en un sollozo tan intenso, que el joven se detuvo en su invectiva, volviendo en sí:

—Acabo de ser atroz y loco—dijo—. Perdóneme... Pero ¿ante qué puede retroceder una mujer que ha matado a su hijo?... Y si todavía pudiera pensar yo que fué un extravío, que la asustó a usted el escándalo, que perdió usted la cabeza!... ¡Si hace poco la hubiera oído lanzar uno de esos gritos de arrepentimiento que demuestran que un alma vale más que su vida, que permiten que se la compadezca y se la estime siempre, aun después de un crimen!... Pero no; la he visto a usted aceptar su acto fríamente, impúdicamente... «Dadas sus ideas...» ¡Eso es todo lo que ha tenido usted que decirme para calificar ese asesinato!... Eso es renovar un crimen en vez de sentir horror por él. Es demostrar que verdaderamente resulta usted digna de se-

mejante acción. Equivale a compenetrarse con ella... ¡Ah! ¡es abominable, abominable!...

La duquesa se había incorporado. Un estremecimiento de rebeldía alzaba las comisuras de sus labios, y con la altivez que presta la total ausencia de malicia, respondió:

—No es usted justo en este momento. ¿Sabe usted lo que está reprochándome? El no mentirle. Si yo hubiera sido hábil, habría representado ante usted la comedia del arrepentimiento. Pero...

Y erguida, intrépida y sacudiendo su cabeza orgullosa, añadió:

—¡No quiero, no!... Ni aun para retenerle a usted, le mentiré más. Sobra con una vez, porque sólo le he mentido esa vez, ya lo oye usted... Hugo, yo no he amado a nadie antes que a usted ni después que a usted. Si no fuese así, lo mismo se lo diría. Acaba de verme desfallecer y sollozar en su presencia sólo porque veía que era usted desdichado por mi culpa. Su pena me desgarraba y me desgarra el corazón. Por eso padezco y me desespero, solamente por eso. En cuanto a decirle que me arrepiento de mi acto en sí, le aseguro a usted que no, no y no... Ya me conoce usted tal como soy. Lo que hice no lo haré más, a causa de usted, únicamente a causa de usted. Es el dolor de usted lo que me reprocho. Lo otro, no. Siempre he pretendido vivir como mejor me pareciera y ser completamente libre. La maternidad es una servidumbre, y la

he rechazado. Si usted me hubiese pedido que me sometiera a ella en nombre de su amor, le habría obedecido. Pero una vez más repito que no se encontraba usted aquí. Estando usted ausente, ¿quién tenía derecho a ordenarme que fuese madre, ni en nombre de qué?

—En nombre de esa vida que llevaba usted dentro y a la cual no tenía usted derecho a atentar. Repito que olvida usted que ha matado, que ha asesinado, a un sér que existía ya con una existencia que no era la suya, que no era de usted. Lo mismo si se ejerce el homicidio sobre un niño que todavía está en el seno de su madre, pero que ya ha sido concebido y vive, o sobre un recién nacido, siempre es un homicidio, y está escrito: «No matarás...»

—¿En los mandamientos de la Ley de Dios? —replicó ella—. Yo no creo en Dios.

Cuando se arroja una piedra en una sima obscura, muchas veces encuentra una capa de agua subterránea. Al chocar con esta agua levanta un eco, y el último rebote de su caída sirve para medir la profundidad. Así ocurre con ciertas frases, que al caer devuelven un resueno de abismo. Para Hugo no era una novedad el absoluto descreimiento de esta mujer. Pero jamás se había inclinado sobre el vacío pavoroso que la completa ausencia de Dios abre en un alma, vacío en que se derrumban las ideas de bien y de mal, de deber y de responsabilidad,

faltas de su único soporte. Y estas ideas arrastran consigo los dictados más sagrados de la moral humana, a los cuales siempre está dispuesto a contestar el ateo con el mismo «¿en nombre de qué?» que la infanticida acababa de pronunciar, cual un reto al código social de los esclavos, hecho de convenciones, para ella tan mentirosas como cobardes.

—¿No cree usted en Dios?—respondió él después de un silencio—. Yo si que creo, y en este momento más que nunca. Si, yo creo—continuó, con una mirada de vidente.

Era como si, en el desquiciamiento de esta suprema entrevista, un impulso de sentimientos experimentados antes sin darse cuenta exacta de ello empujara ahora la puerta de su conciencia, rompiéndola para manifestarse ante él.

—Está escrito igualmente *que solamente en el matrimonio* debe amarse. Siempre lo supe; pero no quise pensarlo, y ahora comprendo mi culpa. La reconozco al expiarla.

De nuevo se encaró con ella:

—¡Oiga usted lo que me veo obligado a decirme! «Ese niño que tu amante ha matado era tuyo. Si no hubieras cedido a tu pasión, si no hubieras faltado al mandamiento, ese niño no habría existido nunca y no se habría cometido el asesinato. Por tanto, estás mezclado en ese asesinato. Lo has hecho posible. Un poco de ese crimen pesa sobre tí...»

Y paseando por la estancia, sin que pareciese ver más que su remordimiento, continuó:

—¡Eso es lo que he venido a buscar aquí! ¡Esa certeza que tanto anhelé poseer y en pos de la cual no vacilé en precipitarme en cuanto regresé!... ¡Y pensar que, al llegar a Siena, me repetía: «¿Tendré un hijo?»!... ¡Yo, que tan apasionadamente he deseado dar uno a mi país! ¡Y ahora, hallo este dolor en lugar de tal alegría! ¡En lugar de un orgullo, esta ignominia!...

Luego se aproximó a su amante:

—Hace poco me ha dicho usted: «¡No se encontraba usted aquí!...» Eso podrá servirle a usted de excusa, si quiere: pero ¿a mí? ¡Ah! A mí me parece una agravante. Cuanto más me demuestre usted que estoy asociado al crimen suyo, más horror me producirá el acto, más horror me produciré yo mismo. Porque no es solamente un crimen contra Dios y contra la vida, sino un crimen contra Francia, pues ese niño era mío y yo era francés...

Fuera de sí, en un transporte de furor, gritó:

—¡Ah! ¿Qué has hecho?

Y alzando sus dos puños, dirigióse a ella, que le respondió, empleando también el tuteo de sus horas de dicha:

—Eso no obsta para que yo te ame absolutamente, completamente, apasionadamente.

Él la miraba, con los puños cerrados todavía. Estaba tan hermosa de amor y de dolor en este

minuto, que, en vez de golpearla, las manos del joven se aflojaron, acabando por posarse en los hombros de ella. Tampoco él la había amado nunca con la intensidad que en este momento. Tal era el delirio que le invadía, que de hacer ella un gesto se habría precipitado a esas caricias de frenesí y de olvido en que todo se anula en el vértigo, incluso el honor.

Pero no hizo ella este gesto. Aunque fuese una mujer muy culpable y muy mimada de espíritu, no era libertina ni vulgar. No intentó recobrar por los sentidos a este hombre a quien amaba con lo mejor de su corazón, con todas las potencias más elevadas de su naturaleza descarriada, pero no rebajada. Y él, sintiendo cómo su deseo le encalenturaba, procuró reaccionar contra esta debilidad y cerró los ojos de repente para no ver la tentación.

Retiró entonces sus manos, mientras la duquesa le oía decir:

—¡Ah! ¡Sólo me faltaba caer en tal vergüenza!

Y alejándose bruscamente, salió de la estancia, sin que ella encontrase una palabra para retenerle o para llamarle.

La duquesa permaneció largo rato con los ojos fijos en aquella puerta por donde le había visto irse... para volver, estaba segura, no aquella noche, pero sí al día siguiénte. Demasiado había advertido cómo acababa de pasar entre ambos el brutal deseo. Había visto al joven re-

sistirse, y le estaba infinitamente agradecida. Esto era la prueba de que, a través de sus rebeldías, de sus severidades y de sus indignaciones, también guardaba él en su corazón un sentimiento absoluto, completo como el suyo. ***El había respetado el amor que los encadenaba***, y esto hacía renacer en la duquesa la extraña fe en su estrella que en todos los trances pequeños o grandes de la vida la había sostenido. Una sonrisa de esperanza flotó en torno a sus labios, al mismo tiempo que de su corazón brotaba este grito:

—¡No, no le he perdido!

¿Lo habría lanzado si hubiese podido seguir, invisible, en su enloquecida fuga lejos de ella, al hombre a quien amaba? Hugo se había precipitado por la escalerilla interior, atravesando a tientas el salón de los frescos, con las manos tendidas, tropezando en los muebles, guiándose por el reborde de las mesas. Al llegar a la escalera principal, bajó de cuatro en cuatro los peldaños a la luz velada de la copa alabastrina. Sin mirarla, pasó por delante de la Némesis, cuya virtud talismánica formidable parecía cernirse sobre el castillo. Encontró descorridos los cerrojos de la puerta grande, y ni siquiera se le ocurrió asombrarse de esto al salir.

Caminaba a través del jardín en línea recta, envuelto en una obscuridad aclarada solamente por el centelleo de las estrellas y el cuarto cre-

ciente de la luna, suspendida en el cielo cual una hoz afilada y cortante. Se había levantado viento. Su rumor, en las sombras macizas de las encinas verdes, se mezclaba al murmullo de las cascadas, al graznido de las aves nocturnas, y en ciertos instantes, la cantilena interminable de los ruiseñores llenaba de un extático ardor amoroso la vasta noche. Hugo seguía caminando. Iba como un hombre que acaba de enterarse de la muerte de un sér adorado, y lleno de estupor cree y no cree en ella al mismo tiempo, sin saber ya si sueña o está despierto, pues su espíritu se adapta difícilmente a la realidad demasiado mortal.

De todas las frases de su trágica entrevista, recordaba una sola, repitiéndosela mentalmente con una amargura renovada de continuo: «No quise tener ese hijo.» Y la aterradora evidencia de esta declaración confundía su raciocinio.

En un momento dado, después de andar mucho en esta fuga de bestia herida que camina porque sí, sin objeto, sin razón, se encontró ante una fila de altos árboles que formaban una muralla negra sobre el fondo claro del cielo. Reconoció los cipreses del Teatro de la Naturaleza. En este sitio desembocaba la avenida cubierta donde, la víspera, aquella mujer le había martirizado negándose a responderle. ¿Por qué no había seguido callando? Volvía a verla en su recuerdo tan tierna, tan humilde, bajo el abovedado de aquella misma avenida, en la tarde última. Oía

la música de su voz. Sentía aún en sus párpados la caricia de su boca bebiendo sus lágrimas. Se oía así propio pronunciar las solemnes palabras referentes a su matrimonio, inesperada y repentina reincidencia en el antiguo enervamiento, pero purificada ahora, lícita y desbordante sobre las más altas cimas de su alma. ¡Y ella le había mentido!...

Al recuerdo de estas horas tan recientes, y que sin embargo parecían ya perdidas en un irreparable pasado, le desfalleció el corazón. Sentóse en la primera grada de la escalinata que subía al teatro. Una angustia de muerte le oprimía y le congelaba. ¡Cuántas veces, en África, se había sentado así junto a su tienda, en plena noche, con el fin de pedir a la frescura de las tinieblas un poco de calma, devorado como estaba por la misma fiebre de amor y por la misma mujer!... También a la sazón le laceraba el alma la implacable serenidad del cielo. En sus noches de Africa agonizaba él por su ausencia. Ahora estaba ella a una distancia de sólo unos minutos, y el abismo que los separaba a uno de otro era más inmenso que los desmesurados espacios cuya extensión infranqueable veía desarrollarse por encima de su cabeza entre los astros inmóviles y de donde sentía caer sobre su infortunio una abrumadora impresión de fatalidad inflexible...

De improviso, estando abismado en su dolor

sobre este frío peldaño de piedra, una detonación formidable rasgó el aire, haciendo ponerse de pie casi automáticamente al joven. Escuchó... De nuevo reinaba la paz sublime de la noche, el silencio dormido de las cosas, animado solamente por el viento que seguía azotando las hojas con dulzura, por las cascadas que continuaban su flujo monótono, por las aves sorprendidas un instante y que volvían a cantar. ¿Qué habría pasado?...

Hugo miró con ansiedad hacia el sitio en que se había producido la explosióu, sin que sus ojos advirtiesen más que la negrura profunda de los árboles del parque por debajo de la bóveda del cielo, más claro aún e incrustado de sus estrellas fijas. Sin embargo, él no había soñado. Subió a lo más alto del teatro para desde allí abarcar con la vista mayor distancia... Nada tampoco... Pero sí... A lo lejos brillaba un resplandor, quizá alguna señal. ¿Qué señal podía ser?... No: no lo era, porque palpitaba, se velaba de humo, se iba ensanchando. Era un incendio.

Y Hugo echó a correr, con el corazón oprimido ahora por otra angustia. Pasó el fortín de ladrillos de la *Foresteria*. Siguió a lo largo del canal de mármol, hasta el jardín minúsculo y el *casino* del enano. Se vió ante la perrera donde se encerraba todas las noches a *Tristán* y a *Iseo*, que aullaban ante las llamas, bien visibles ya. Oyó gritos y un rumor tumultuoso. Lleva-

das por el viento, llegaron ante él algunas pavesas...

El fuego devoraba el castillo, y precisamente por el ala derecha, donde sabía Hugo que habitaba la señora de Roannez... Corrió entonces con más velocidad, hallándose por fin sobre el terraplén donde el automóvil le había dejado el día anterior. Un grupo de criados y de labradores de la granja se apretujaba allí, organizando una cadena humana. Los cubos pasaban de mano en mano. Se habian abierto todas las puertas del castillo, y en la puerta de fuera del vestíbulo, en la calzada, el joven vislumbró otro grupo, ocupado en lanzar contra el incendio el chorro de una bomba enchufada en el estanque.

Los esfuerzos eran vanos. La brisa animaba este brasero, que se iba alimentando en los postes viejos, en los artesonados, en las pinturas, en las estofas, en todas las materias inflamables acumuladas en la lujosa morada. Las llamas se propagaron con tanta rapidez, que Hugo sospechó si serían obra de unos incendiarios. ¿Acaso los ladrones de por la mañana?... Por las ventanas de las mansardas empezaban a escaparse enormes y negras columnas de humo, teñidas de resplandores purpúreos. Un crepitar continuo anunciaba el progreso de este estrago interior. Hugo se acercó más. Una ráfaga de aire caliente le azotó el rostro. Por fin, divisó al Padre Desmargerets apoyado contra el pilar de la *pergola,*

bajo la cual había charlado tan alegremente la concurrencia aquella misma noche. Lady Ardrahan estaba junto a él, envuelta en un largo abrigo echado encima a toda prisa en el trastorno que le produjera la emoción.

—¿Y la duquesa?—interrogó el joven, medio loco.

Por toda respuesta el sacerdote alzó sus largos brazos con un gesto de desesperación, mientras gemía la fiel amiga:

—¡Pobre, pobre Daisy!... ¡Qué muerte tan horrible!... ¡Dios mío! ¡Con tal que no haya tenido tiempo de sufrir!...

—Le repito a usted que la ha matado de repente la explosión—dijo Richter, cuya presencia no había notado Hugo.

El metódico alemán, vestido simplemente con un *pyjama* de dormir, como lord Andrahan, se dedicaba a estudiar, lo mismo que el activo inglés, el mejor medio de distribuir el salvamento y organizar una tercera cuadrilla. Esta tarea no le impedía prestar oído atento a las conversaciones cambiadas cerca de él.

—Pero ¿y la causa de esta explosión? ¿Se supone algo?—preguntó Courtín—. ¿Los ladrones de la estatua?...

—Eso fué lo primero que pensamos mi mujer y yo—repuso lord Ardrahan—. Bellagamba habrá prevenido a la policía, como lo temía nuestra pobre duquesa, y esos miserables se habrán ven-

gado. ¿Se acuerda usted? Parecía que ella misma tenía un presentimiento.

—¿Pero cómo se iban a introducir en el castillo esos ladrones?—objetó el alemán—. Créame, no son ellos, y tampoco es una bomba. Hay una hipótesis más sencilla. y que lo explica todo. Sí, claro: unas latas de cualquier aceite mineral olvidadas, por negligencia, en cualquier pieza de la planta baja; una emanación de gas que se escapa; un criado que pasa con una bujía o que enciende un cigarrillo; el gas se inflama, y vuela todo...

No había acabado su frase, cuando se produjo un movimiento entre las personas que formaban la cadena. Se alzaron voces, gritando: «*E lui! E lui!*» «*Canaglia!... Birbante!... Mascalzone!...*» «*E lui! E lui!...*» Era que el atlético Bridger arrastraba a Bellagamba, cogiéndole por el cuello. El perro *Caserio*—demos su nombre completo a este digno discípulo de su terrible amo — acosaba con furor las piernas del inglés, a despecho de los puntapiés que le propinaba el *chauffeur* Pascual, quien seguía al mayordomo. En cada una de sus manos crispadas llevaba Bellagamba dos bidones de esencia, y protestaba, con una voz ronca tan furiosa como los mordiscos de su «lanudo»:

—¡Pero suélteme, señor Bridger, suélteme! ¡Cuando le digo que son unos bidones que me había dejado olvidados allí y venía a buscarlos por miedo al fuego!...

—¡Yo te digo que mientes!—gritaba Pascual.

Y dirigiéndose a la muchedumbre, aglomerada ahora alrededor de ellos, insistió:

—En el *garage*, adonde he ido a buscar la cánula de la manga de riego, le he visto coger esos bidones de una caja que estaba llena hace una hora, y esos cuatro son los últimos...

Y mostrando el incendio, añadió:

—Los ha echado ahí.

—Pascual me lo habia advertido, milord—dijo Bridger.

Por instinto de jerarquía nacional, el *butler* inglés sometía el caso a lord Ardrahan, como a un representante reconocido de la autoridad británica.

—Le he cogido—prosiguió—en la puertecilla del ala izquierda del castillo, la que da a la bodega. Esa puerta estaba abierta. ¿Quién iba a abrirla sino él?

—¿Con qué llaves?—interrogó el enano—. ¡Las tiene usted todas! De modo que...

Beliagamba se interrumpió bruscamente. Acababa de ver a Hugo Courtín detrás de lord Ardrahan y de Richter. Sus manos se abrieron de asombro y los bidones rodaron por tierra. Bridger le oyó que repetía entre dientes:

—¡Él... él!...

Y de improviso, tomando una resolución, el enano confesó a gritos:

—Pues bien; sí, ¡he sido yo! He puesto una bomba arriba, en la antecámara, y he vertido por todas partes cuanta esencia he podido. Me he vengado; aunque no del todo... Me rindo, cochino lacayo. Pero suéltame el cuello, que me estrangulas... No voy a salvarme, no puedo...

Como Bridger aflojara un poco su mano, Bellagamba se soltó por completo con un supremo esfuerzo, y defendido por su perro, retrocedió algunos pasos hasta la puerta, sobre la cual caía una lluvia de chispas y de pavesas, y luego hasta el vestíbulo. Nadie se atrevió a seguirle en esta atmósfera irrespirable. Se veían salir grandes lenguas de fuego del salón de los frescos, en el primer piso, y lamer los bordes de la tapicería desplegada por encima de la Némesis. Allí se quedó el anarquista, muy cerca de la estatua, contra la columna, en tensión sobre sí mismo, formando un arco con su cuerpo y visiblemente sofocado por esta temperatura de horno. Su perro, enloquecido también por el calor, y sin embargo obstinado en no abandonarle, permanecía delante de él, a alguna distancia, en un ambiente menos ardoroso, y aullaba con creciente rabia a los testigos de esta escena espantosa, alineados en semicírculo. Hubo unos instantes de horrible expectación, durante los cuales se hizo más violento el gruñido del fuego y se oyó la voz de lord Ardrahan, que daba órdenes:

—Ahora no se escapará. Vigílenle, Courtín, y

usted, Padre. ¡Y nosotros, a la cadena, a la cadena!... El incendio aumenta...

—Por lo pronto, inunden a ese monstruo con sus cubos...—insistió Richter—. Voy a decir a los de allá que hagan lo mismo con su bomba...

Y echó a correr en dirección al estanque, contorneando el castillo, en tanto que volvían a ponerse en movimiento los individuos de la cadena, pasándose los cubos.

Hugo Courtin advirtió que ya no había nadie entre él y la puerta del castillo. Como si aguardase este momento, Bellagamba dió un grito salvaje, en el que palpitaba todo su odio. Se había sacado de la chaqueta un cuchillo, y empuñando la acerada hoja, se lanzó contra su enemigo, a quien felizmente no pudo alcanzar. El *chauffeur* Pascual, alarmado por su actitud, había tenido la precaución de recoger uno de los bidones llenos de esencia que el otro había dejado caer poco antes. Utilizándolo a manera de maza, cuando el enano pasaba a su alcance le asestó en la cabeza un golpe con tanta violencia, que el furioso hombrecillo cayó al suelo. Le salía sangre del cráneo y del rostro; pero no estaba muerto. En su caída había soltado el cuchillo, y tuvo energía para incorporarse y buscar aún su arma, sobre la cual había puesto Bridger uno de sus pies. Entonces, lanzando un verdadero rugido, cogió a su perro tan brutalmente, que el animal se debatió entre sus brazos, tratando de morderle a él también.

Y ensangrentado, mudo ya, pero más terrible todavía, el monstruo se precipitó otra vez en el vestíbulo.

Se le vió correr por delante de la estatua y subir los primeros peldaños de la escalera, estrechando siempre al zarcero, con el cual luchaba ahora. Casi en seguida, un inmenso derrumbamiento hizo apartarse a toda prisa a todos. Entre el estrépito del incendio que proseguía, se destacaron dos gritos agónicos, lanzados uno por el hombre y otro por el animal. Al caer una gran viga había arrastrado consigo un lienzo de pared, sepultando al asesino entre los escombros donde yacía ya su víctima.

XI

Epílogo

. . . .

Diez días después de estos acontecimientos, Hugo Courtín y el Padre Desmargerets se paseaban por el andén de la estación de Milán. Era al anochecer de una jornada tan dulce y luminosa como aquella en que, con tanta alegría y a la vez con tanta aprensión, el sabio capellán instalaba la estatua de Némesis en el vestíbulo del castillo ante los ojos satisfechos de la duquesa.

El sacerdote y el oficial aguardaban el tren que va a París por el San Gotardo. Al día siguiente del de la tragedia, la caritativa lady Ardrahan se había llevado a Florencia al pobre arqueólogo, cuya angustia daba pena. Su profundo afecto por la señora de Roannez se unía, para desolarle aún más, a un remordimiento supersticioso que no lograba vencer completamente. La

coincidencia de esta catástrofe con el hallazgo de la estatua le obsesionaba, le abrumaba. Asimismo sentía la pérdida de aquella obra maestra. ¿Qué se encontraría del admirable mármol cuando limpiasen los restos humeantes del castillo? Y en la incoherencia de sus discursos se reflejaban estos diversos y contradictorios sentimientos.

—...¡Pobre duquesa!—decía—. Esta mañana he celebrado mi misa en sufragio suyo también. ¡Es imposible que no se haya salvado en la otra vida!... ¡La veo siempre, en el umbral de la tumba etrusca, tan hermosa! ¡Oigo su voz de oro hablando de Polícrates y de su buena suerte!... Es terrible este pensamiento del gran moralista cristiano: «¡Muerte repentina, única de temer!...» ¡Y pensar que no se ha encontrado su cadáver y que no tiene una tumba adonde podríamos ir para arrodillarnos y rezar!

Otras veces era el postrer y horrendo episodio el que le alucinaba.

—...Sin embargo—gemía—, ese Bellagamba no era un mal sujeto. Pero hay *poseídos*, lady Ardrahan. Estaba *poseído*. ¿Ha observado usted dónde fué a morir? ¡Junto a la Némesis!... ¿Recuerda ese fresco de Signorelli, en el claustro del Monte Olivete, que representa unos monjes tratando de levantar con picos y palas una piedra sobre la cual pesa un demonio? ¿Creían, pues, esos religiosos de la época de San Benito lo que

usted dice de que las potencias del mal pueden habitar un objeto inanimado? Entonces, ¿qué hice yo?...

Y otras veces:

—...¿Por qué no accedí a que el señor de Richter sacase la fotografía de la estatua en cuanto la colocamos? Al menos, poseeríamos su imagen. ¡Era un objeto tan noble, estaba tan intacto, tenía una pátina tan hermosa!... ¡Y ahora!... ¡Ah, qué lástima! Por fortuna, he conservado la inscripción. Reproduje bien la forma de las letras, ¡pero no su belleza!...

Inquieta por la pertinaz melancolía de que veía roído a este hombre tan bueno, la prudente americana se lo había confiado a Courtín para que le recondujese a Francia. El oficial había permanecido en Toscana algunos días para el caso de que su testimonio fuese necesario a la información judicial. Era el único en sospechar que el doctor Roudine podía estar mezclado en el crimen de Bellagamba; pero sentía escrúpulos de nombrarle. Fácil resulta adivinar por qué. Era arriesgarse a una divulgación del horrible secreto del aborto, en el transcurso de una información de la justicia. Sin conocer del médico ruso más que su malvada complacencia, amén de la historia de los cien mil francos arrancados para el periódico de Zurich, Hugo le consideraba como un innoble *chantagista*, y los *chantagistas*

conservan sus armas. ¿Para qué provocar nuevos comentarios en torno a una aventura, cruel para él hasta el punto de que le hacía físicamente insoportable leer siquiera su relato en un diario? Se había callado, pues, y ahora volvía a Francia acompañando al sacerdote, quien, al menos, podía hablarle de la muerta sin hacerle daño.

Durante las horas que habían pasado juntos desde por la mañana en un solitario departamento del ferrocarril, primero entre Florencia y Bolonia, luego entre Bolonia y Milán, no había cesado el anciano de evocar a la duquesa incansablemente y de complacerse en sus recuerdos. Comentaba su esplendidez, la inagotable largueza de su caridad, su viva y flexible inteligencia, su sencillez personal en medio de su lujo, su belleza también y la gracia de sus menores gestos. Citaba palabras de ella, acciones insignificantes, aunque delicadas todas. Por su voz enternecida pasaba el fervor del culto que él le había consagrado, tan ardiente, tan cándido... y tan merecido, según demostraban todos sus relatos. Para el quimérico y distraído sabio, supo ser ella la perfecta amiga, la protectora agradecida al hombre superior, pero inhábil en la existencia, rodeándolo de cuidados.

Rodaba el tren. Junto a la vía se abrían los abismos de los Apeninos, con sus arroyuelos sinuosos y torcidos en las quebraduras de la montaña, sus rocas grises y sus sombrías y agrestes selvas.

Hugo escuchaba al Padre, aclarándosele el misterio de aquel destino por el cual se había martirizado tanto desde hacía dos años. Veía a las dos mujeres de que se había compuesto aquella mujer: la que le había hecho sufrir, hasta horrorizarle en su última explicación, y la otra, la que él habia amado, la que por un momento soñó hacer su mujer en la extraña jornada última.

Esta era la que le mostraban las confidencias de su compañero de viaje, la verdadera. Habría querido Hugo que el tren no se detuviese nunca, que fuesen así siempre, resucitando a la muerta el cándido sabio y él. Y cuando el Padre interrumpía sus confidencias, el oficial sentía ganas de gritarle: «¡Oh, hable, hábleme de ella, pruébeme que tengo razón para creer y para pensar que no participó en su crimen, que no lo realizó!...» ¡Ay! Demasiado sabía el joven que el crimen lo había cometido ella premeditándolo, deseándolo. Y también él participaba en este acto reprobable. ¡Santo Dios! ¡Cómo envidiaba a su compañero de viaje, que no tenía de ella más que melancólicos recuerdos impregnados de dulzura!

De este modo habian llegado a Milán, en donde cambiarían de tren. Era tanta su absorción en su común tristeza, que, mientras iban y venían por el andén de la estación, no tuvieron la curiosidad de comprar ningún periódico. Tam-

poco observaron que a su alrededor una muchedumbre de personas—era domingo, el 28 de Junio de 1914 precisamente—se hablaban entre sí con vivacidad, como ocurre cuando acaba de estallar la centella de una noticia trágica. Por esto quedaron mudos de asombro, no obstante la intensidad de su pena personal, al tropezarse con Erico de Richter, a quien creían en los lagos italianos, y que les dijo:

—¡Qué nueva desgracia tan tremenda! Verdaderamente, hay demasiados Bellagambas en Europa... Pero ¿cómo?... ¿No lo saben ustedes? El archiduque heredero de Austria y su mujer han sido asesinados hoy en Serajevo por un estudiante servio.

Y entregándoles un periódico, añadió:

—Quédense con esto, y leerán los detalles. Sólo dispongo del tiempo justo para tomar el tren de Verona. Me vuelvo a Alemania por el Brenner... Encantado, señores, de haber tenido ocasión de saludarles amistosamente una vez más.

Puso en esta última frase una inflexión tan singular, que incluso le chocó al Padre Desmargerets. Así se lo dijo a Hugo Courtin cuando, instalados de nuevo en su vagón, y solos por fortuna, empezaron a comentar los telegramas del periódico, leídos y traducidos en voz alta por el capellán.

—¡Qué tono tan solemne ha tomado el señor de Richter para decirnos adiós, y cómo le bri-

llaban los ojos! ¿Sería porque no llevaba puestas las gafas?

—No, Padre—respondió Hugo—. Es porque se da cuenta de que ese asesinato traerá la guerra, sin duda. Eso es lo que significaba su ***amistosamente***. En cuanto al resplandor de su mirada, no olvide usted que se trata de un pangermanista de los que cada año, en el aniversario de Sedán, beben en honor «al Día», *Dem Tag*. Y «el Día» para ellos es aquel en que han de invadir de nuevo Francia. Supongo que esta vez se encontrarán con alguien que se atraviese en su camino.

—¡La guerra!—exclamó el Padre Desmargerets.—. ¿Por qué piensa usted que...?

—¿Que Austria se aprovechará de ese pretexto para atacar a Servia? Por toda su política de estos últimos años. Detrás de Servia encontrará a Rusia, la cual encontrará a su vez a Alemania detrás de Austria. Y nosotros somos aliados de Rusia. Saque usted la conclusión.

—¿Habré de volver a ver, antes de morir, una cosa tan horrible?...—dijo el sacerdote—. Yo hice la campaña de 1870 en calidad de capellán. Entonces contaba la edad de usted, y todavía tengo en los oídos el gemir de los heridos, ante los ojos sus caras de agonía, y toda aquella sangre, y todos aquellos muertos... Quiero creer que se engaña usted y que ese atentado no tendrá otras consecuencias que la condena del culpable, aunque...

Calló. Sus ojos ya no miraban sino sus ideas,

según acostumbraba a hacer en sus accesos de exaltación.

—Aunque—repitió—tampoco ahora puedo desechar la visión de la Némesis.

—¿Por qué vivimos en una civilización abusiva?...

—Sí, y parece que es ley de la historia que toda civilización que llega a su colmo vaya a parar a la catástrofe. Y en verdad que nosotros hemos llegado más que al colmo. Materialmente, hay demasiado bienestar, demasiado lujo, demasiada codicia y demasiadas posibilidades de goce. Moralmente, hay demasiado orgullo, existen por doquiera una divinización del hombre, en la vida privada y en la vida pública, y un abuso constante de actividad, de emoción, de pensamiento. También lo dijo Pascal. Ya sabe usted con cuánto gusto le cito. Escuche: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, o concupiscencia de los ojos, u orgullo de la vida: *libido sentiendi, libido sciendi, libido dominandi.* ¡Desdichada la tierra de maldición que abrasan más bien que riegan estos tres ríos de fuego!...» ¡Qué frase! Medite en ella, y mire a Europa. Vea si no desbordan por todos lados esos ríos de fuego. Profundice más, y siga el rayo de luz proyectado por la fe. Para los antiguos, el abuso era sencillamente un exceso, un quebrantamiento de la suprema ley del reparto. Para nosotros, el abuso es el pecado. Piense en los innumerables

pecados que a cada hora, a cada minuto, se cometen en esta sociedad demasiado feliz: pecados de sensualidad, pecados de avaricia, pecados de dureza. Conversando en Alemania con profesores de ese país, hube muy a menudo de asombrarme de la monstruosa soberbia, del espantoso apetito de imperio adivinado, a través de ellos, en sus compatriotas. Cuando los pueblos llegan a ese extremo (y en él estamos) sobran razones de temerlo todo. Némesis va a herirnos; mejor dicho, según expuse otra vez, esos mitos no son más que la visión velada y degradada de la verdad religiosa. Quien va a herirnos no es Némesis, sino Dios y su justicia...

Hubo una pausa. Luego, como luchando contra una reflexión demasiado dolorosa:

—Creo con todo mi sér en esa Justicia divina —repuso—. Sin embargo, hay casos, como el de nuestra encantadora duquesa, que me desconciertan. En su felicidad, ¡era tan bienhechora! Hoy puedo decirle a usted que hice un proyecto ilusorio. ¡Simpaticé tanto con usted desde el primer momento!... Y creí adivinar que usted la gustaba. Entonces pensé: «¿Por qué no se casará con él? ¡Está tan sola! ¡Sería tan feliz ella, y él también!» Y me veía bendiciendo el matrimonio de ustedes en la capillita de Valverde, donde yo decía mi misa. Ella iba allí los domingos, aunque no tenía mucha fe. Le veía a usted siendo su marido y llevándola a la misa con más frecuencia.

¡Me agradó mucho que hiciese usted conmigo la señal de la cruz para el *Benedicite!*... ¡Y ver luego cómo fué fulminada esa mujer, lo mismo que una culpable!... Cuando me salen al paso estas objeciones incomprensibles, tengo, para luchar contra ellas, que repetirme lo que me dijo un día el santo cardenal Newman: «Mil dificultades no deben originar una sola duda...»

Después de estas palabras, pronunciadas con un acento muy profundo, Hugo le vió arrellanarse de nuevo en el ángulo que ocupaba del vagón y extraer del bolsillo interior de su sotana, para no perder el resto del día, una enorme cartera. Sus viejas manos de manipulador de documentos sacaron un papel doblado cuidadosamente. Luego tomó de su saco de viaje un antiguo volumen pequeño, de encuadernación obscura y toda vermiculada. Lo hojeó largo rato, y a pesar de que tenía una vista muy buena y virgen de gafas, guiñaba los ojos sobre los caracteres impresos, demasiado menudos. Por fin, lanzó un suspiro de satisfacción, revolvió otra vez en su bolsillo, y provisto de un estilógrafo negro que no tenía nada de común con la fustuosa alhaja exhibida en el hotel de Siena por el abominable Bellagamba, garrapateó una nota. En su rostro de anciano, tan triste desde la muerte de su bienhechora, flotaba una sonrisa, y dijo a su acompañante:

—Creo que he hecho un pequeño descubri-

miento que no carece de interés. Esto—y mostraba el papel—es la copia de la inscripción de la estatua dedicada por Sila. Esto—y mostraba el volumen—es mi Tito Livio. ¿Se acuerda usted de ese genitivo en el aire con que empieza la inscripción: *Lucii Cornelii Sullæ?* Generalmente, esos genitivos indican posesión. Unas veces es el nombre de la divinidad que representa el objeto ofrecido, y otras el del hombre a quien se dedica la estatua. Aqui el nombre en genitivo es el del donador. Por instinto, había yo sobrentendido *tabula*. Pero tenía vagamente en la memoria un texto de Tito Livio, y he dado con él. Mire: libro cuarenta, capítulo cincuenta y dos. Se trata de Sempronio Graco. La inscripción expuesta por Tito Livio comienza también con nn genitivo en el aire, como la nuestra: *T. Sempronii Gracchi consulis*, y dos lineas antes: *«tabula cum indice hoc posita est...»* (Esta tableta ha sido colocada con esta marca). Lea, lea. Díce *tabula*. ¡La palabra que yo suponía precisamente!...

Luego, volviendo a guardar el papel en la cartera y el libro en el saco de viaje, retiró de éste un otro volumen, pero moderno y más grande que el anterior.

—Es la tesis de mi viejo profesor y amigo Eduardo Tournier acerca de *Némesis*, de la cual ya le he hablado. Voy a aprovechar la media hora que me queda antes de que se haga de noche, para releer algunos pasajes y practicar así

mi oficio... *Todo según el promedio.* Mire qué epígrafe. Para desarmar a Némesis, hay que adoptar su divisa: a cada uno lo suyo, su ración, y tomo esta palabra en su antiguo sentido, el de Recine en *Mitrídates.*

Le pont est son partage et Colchos est le mien. (1)

Nuestra ración, pues, es nuestro oficio. Cuando sufrimos, abismémonos en ese oficio con toda nuestra fuerza, y tendremos un poco de tranquilidad, porque estaremos dentro de la ley. Siempre la concordancia: *Todo según el promedio.* Esclarezca esta máxima con la fe. Es el *Fiat voluntas tua* de nuestro Padrenuestro...

Y uniendo el ejemplo a la acción, el Padre Desmargerets se ensimismó en su lectura. Hugo Courtín le miraba tomar sus notas, y como en aquella mañana acababa de medir toda la grandeza de la herida abierta en el corazón del anciano por la reciente desgracia, no podía por menos de admirar el valor moral que suponía esta ocupación tan humilde y tan modesta de erudito. Pero ¿acaso no tenía él también un oficio, y en ese oficio un alivio para su herida, más dolorosa y más sangrante, ciertamente, que la del otro, puesto que no abrigaba las mismas ilusiones que el sacerdote acerca de la muerta?

(1) «El Ponto es su ración y Colcos es la mía».—*N. del T.*

Razón de más para reaccionar, sobre todo pensando que no se trataba solamente de su vida personal, sino de su misión en la partida suprema en que iba a jugarse todo el porvenir de la patria, si la guerra estallaba.

Y el oficial no podía dudar de que estallaría la guerra, anunciada por demasiados indicios. Se esforzaba por imaginarse su tarea profesional durante el trágico acontecimiento: el trastorno de la movilización, su partida al frente de sus hombres, sus jefes inmediatos, los generales que conocía, su carácter, su talento. Se representaba al enemigo, las formidables fuerzas alemanas, el ataque en grandes masas, como las invasiones antiguas, la inundación arrolladora de hombres, método que le había sido revelado por su estudio de la obra del general de Schlieffen consagrada a la batalla de Canas, ¡aquel abandonado pretexto que había hecho valer para su viaje a Italia!

La inmensidad del acontecimiento que consideraba próximo le hizo ver como muy pequeña la tragedia privada de que acababa de ser testigo y actor. Pero si era verdad lo que había dicho el sacerdote, las dos catástrofes encerraban, sin embargo, en sí una misma enseñanza.

Pero Hugo no era un filósofo. Era un soldado y un enamorado. Y el enamorado había perdido la mujer a quien amaba, en circunstancias terribles, debiendo la conservación de su propia

vida sólo a un azar... ¿Pero acaso debía su vida a un azar? ¿No estaría reservado providencialmente para la tarea a la cual su profesión le preparaba desde hacía tantos años?...

Ante el soldado iba a erguirse el supremo deber. Y el joven sintió que únicamente en este deber, residía para él la salvación, encontrando en el fondo de su pena una nueva energía para cumplirlo mejor.

FIN

NOTA

—

El autor de *Nemesis* faltaría a un deber de gratitud si no diera aquí las gracias a los señores Pératé y León Dorez por la amabilidad con que estos maestros nuestros en estudios italianos han querido aportar a la presente crónica de vida cosmopolita el concurso de su sabia erudición. Para los latinistas curiosos transcribo a continuación el texto exacto del relato dejado por el monje de San Marcelliano al margen del Valerio Máximo, tal como me lo comunicó el señor Dorez. La traducción se halla en el capítulo III de esta novela. He de añadir que la inscripción de Sila me la proporcionó también el señor Dorez. Para el decorado del salón de Valverde y del aposento del enano, me ilustró el señor Pératé. He aquí ahora la página del monje:

«Sylla.—*Vide etiam inferiùs fol.* 97 et 113.—*Paucis abhinc annis, in hoc nostro monasterio sancti Marcelliani, de Sylla dictatore qui se Felicem appellari voluit, quæstio quædam valdè ardua animum meum exagitavit. Hic enim vir nefandæ indolis statuam Deæ, quam Nemesin gentiles nominabant, ab egregio quodam artifice in Magnâ Græciâ nato et vivente fieri jusserat; et, ut Marthæ feminæ, natione Syræ, quam C. Marius incastris alebat,*

incantationibus adversaretur Deorumque invidiam placaret. idolum in celeberrimo templo Nurtiæ. Vulsiniorum Deæ et quasi propriæ Nemesis, cui Magnæ Deæ Nurtiæ nomen imposuerant, ipse consacraverat. Set infausto tempore quo totum imperium Romanum barbarorum vi ruebat, Nurtiæ templum unà cum oppidulo abolitum, et, nescio quo modo, Syliana statua Senas est adducta. Tunc avi nostri, sive simulacri pulchritudine moti, seu forsitan salutiferæ potentiæ huic numini antiquitùs adscriptæ conscii, prætereàque fidei christianæ præceptorum prorsùs obliti, Deam in apice publici fontis instaurare deliberaverunt: quod illicò cum magno populi concursu et lætitiâ factum est. Etenim sciebant nostri (ut veniæ aliquid eis afferam) Florentinos cives, qui jamdiu maximo odio contra nos ardebant, propter civitatis salutem marmoreo Dei Martis signo confidisse. Sed ecce aliquandô, bello et peste inter nos denuò sævientibus, civitati nostræ multa acciderunt adversa, et è nostris principibus quidam, vir raræ prudentiæ famâ præditus, impiam hanc statuam in Consilio cladis nostræ insimulavit acriter, et, cunctis plaudentibus, eam dilacerandam et in Florentino agro, quantum ex tuto fieri posset, defodiendam proposuit. Facillimè vicit ille: statuamque è summo fonte noctu dejectam et in hocce monasterium subitô allatam mihi tunc janitori discerpendam, et secundùm Consolii nostri præceptum recondendam Communis officiales tradiderunt. Sed (mirum!) ubi solus cum statuâ sum et, ferreo malleo munitus, ad mandatum Consilii explendum accingor, en inaudita pietas ergà impium numen me ipsum invasit et in niveo imaginis ore sanguis recens natare mihi visus est. Malleum e manibus delapsum in angulo cellæ meæ depono, deindè iterùm arripio, et tantos ictus statuæ infligere fingo, ut Reverendus Abbas me officio debito fideliter functum esse omninò arbitretur. Tunc, consilio mecum ociùs capto, imaginem—at integram—in ligneâ arcâ ad hoc propositum jam paratâ

accuratissime sterno: deinde, tenacibus clavis funibusque obstrictâ et in mediocri rhedâ depositâ arcâ, equum rhedæ junctum demissâ voce ad profectionem incito. Per tenebras noctis incedimus passibus æquis, et, postquàm circà unam horam vel etiam plus deambulatum est—arca enim pondere et equus annis gravis erat—, in locum ante Collis oppidi mœnia situm et mihi jamdiù cognitum pervenimus. Hic latebant, herbis arbusculisque undique contectæ, plurium sepulchretorum ruinæ, quæ ex litteris parieti inscriptis a Tuscis exstructa monachus quidam commensalis noster existimabat; extrà quidem monumenta pœne nullis fallebant, intùs autem nequaquam aut paululum aliquantulum dirupta erant. E quibus illud, quod maximè facilem dare accessum videbatur, elegi. Tunc arcam extemplò de rhedâ delapsam in sepulchretum induco, persuasum habens nusquàm posse eximiam statuam olim in fano Nurtiæ adveneratam convenientius sepeliri quam inter Tuscorum tumulos et ceteros ejusmodi speluncæ dæmones. Etsi plerisque mortalibus adeô robustior sum, ut his digitis ferream laminan inflectere valeam, novus hic labor vires meas penitùs infregerat. Attamen incœpta res tandem successit, validoque bidente foveam confeci, deinde, saxo quodam ante aditum sepulchreti provoluto, illinc abii. Nunc mihi Deus omnipotens ignoscere dignetur! Et tu, virgo Maria, mater Christi, civitatis meæ tutrix, velim humillimo servo tuo ignoscas, quôd doctissimi Francisci Petrarchæ (hodie, ut aiunt, vitam Mediolani feliciter agentis) vestigiis insistens, gentilitium illud idolum admirari et clam conservare ausus sim. Deinde meo æque ac ceteris peccatis meis, Virgo Maria, veniam da. — Nota quod Aurelius Prudentius, poeta christianus, hoc scripsit: «Sed pulchra res est forma in ære sculptilis.»

INDICE